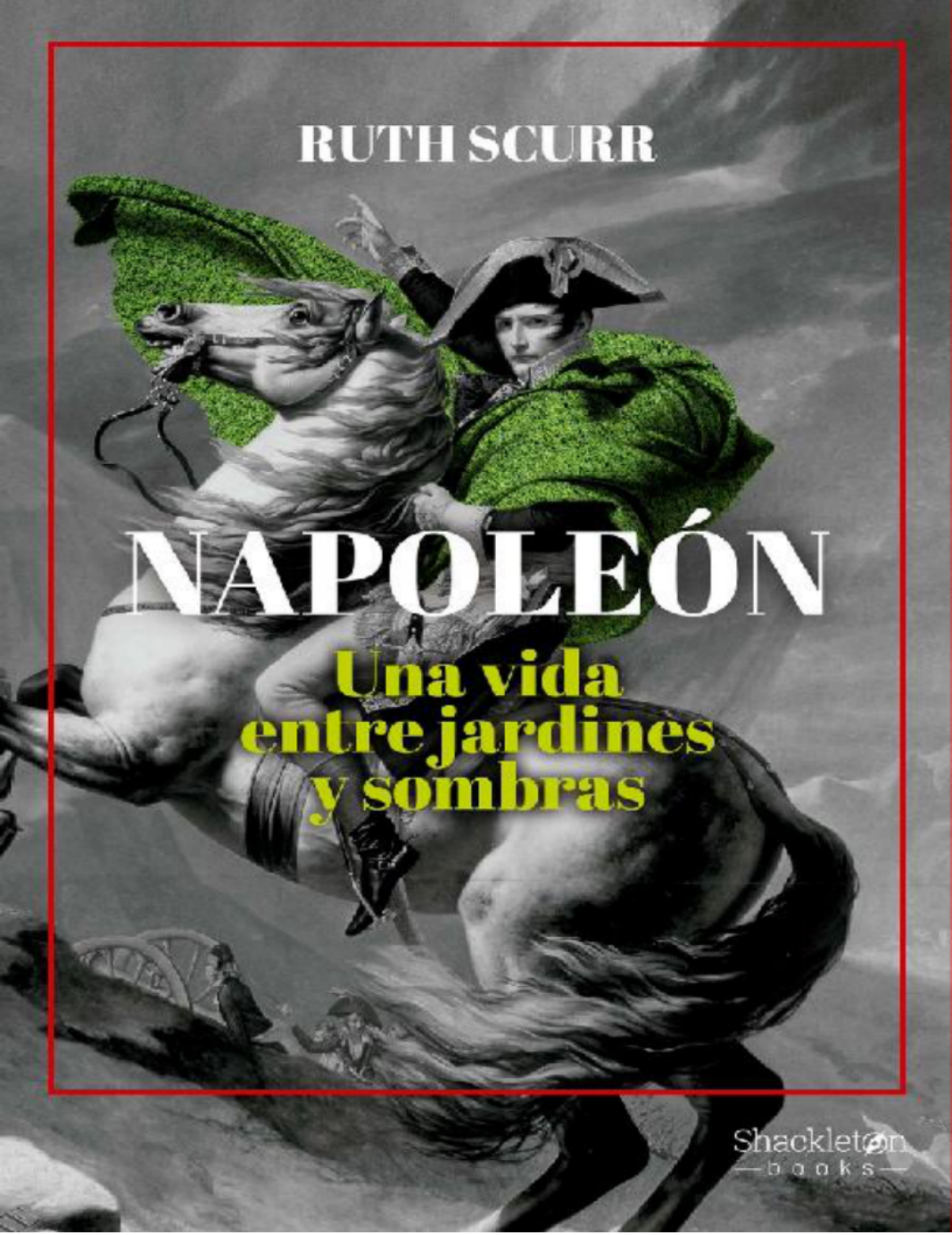
RUTH SCURR

NAPOLEÓN

Una vida entre jardines y sombras



Shackleton books

NAPOLEÓN

NAPOLEÓN

Una vida entre jardines y sombras

RUTH SCURR

Traducción de David León Gómez

Shackleton
books

Napoleón. Una vida entre jardines y sombras
Título original: *Napoleon. A Life in Gardens and Shadows*
© 2021, Ruth Scurr
© de esta edición, Shackleton Books, S. L., 2022
© Traducción: David León Gómez

Shackleton
—books—

@Shackletonbooks
www.shackletonbooks.com

Realización editorial: La Letra, S. L.
Diseño de cubierta: Pau Taverna
Conversión a ebook: Iglú ebooks

ISBN: 978-84-1361-205-8

Reservados todos los derechos. Queda rigurosamente prohibida la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento y su distribución mediante alquiler o préstamo públicos.

Índice

Nota sobre nombres y medidas
Cronología
Introducción
Capítulo 1. Los primeros jardines
Capítulo 2. Regeneración revolucionaria
Capítulo 3. Jardines egipcios
Capítulo 4. Cultivar una corona
Capítulo 5. Terre Napoléon
Capítulo 6. El bosque de Fontainebleau
Capítulo 7. Jardines imperiales
Capítulo 8. Los jardines de Elba
Capítulo 9. El jardín amurallado de Waterloo
Capítulo 10. El último jardín
Agradecimientos
Bibliografía

A mis hijas, Polly y Rosalind

Es una pena ver una sólida inteligencia, como la de Napoleón, consagrada a cosas insignificantes, como son los imperios, los acontecimientos históricos, el retumbar de los cañones y los gritos, creer en la gloria, en la posteridad, en César; ocuparse de las masas tornadizas y de otras nimiedades de los pueblos... ¿Es que no veía que se trataba de algo muy distinto?

Paul Valéry, *Mauvaises Pensées et Autres* (1941) en el epígrafe de Simon Leys, *La muerte de Napoleón* (1991)*

... pero todos reconocen que [el arte de pintar] consiste en trazar líneas en el contorno de la sombra de un hombre.

Plinio el Viejo, *Historia Natural*, XXXV, 15, *c.* 77

Nota sobre nombres y medidas

La forma de escribir el apellido de Napoleón cambió a lo largo de su vida. He usado la variante que más se empleaba en cada uno de los capítulos cronológicos que siguen.

Francia adoptó el calendario revolucionario entre el 24 de octubre de 1793 y el 1 de enero de 1806. Las semanas pasaron a tener diez días y a denominarse *décades*, y los días y los meses adquirieron nombres nuevos inspirados en el mundo natural. Para los acontecimientos ocurridos durante este período, se ofrece tanto el calendario gregoriano como el revolucionario.

El sistema métrico, basado en el gramo, el metro y el litro —medidas derivadas también del mundo natural—, se introdujo en Francia por vez primera en 1799.

El franco decimal se introdujo en 1795, durante la Revolución, con un valor de 1,0125 libras francesas (*livres*). Un franco de 1800 equivaldría a 2,77 libras esterlinas, 3,70 dólares estadounidenses y 3,11 euros aproximadamente.

Cronología

1769 Nacimiento de Napoleón, hijo de Carlo di Buonaparte y Letizia (de soltera Ramolino), en la ciudad corsa de Ayacio o Ajaccio (15 de agosto).

1779 Entra en la escuela militar de Brienne-le-Château (15 de mayo).

1784 Deja Brienne-le-Château para entrar en la Real Escuela Militar parisina del Campo de Marte (22 de octubre).

1785 Muere su padre (24 de febrero).
Napoleón se gradúa y se une al regimiento La Fère en Valence (28 de octubre).

1786 Visita Córcega estando de permiso (llegada, 15 de septiembre).

1787 Vuelve a Córcega de permiso a fin de ayudar a los suyos y tratar de salvar el vivero de moreras de la familia (21 de abril-12 de septiembre).

1788 Viaja una vez más a Córcega (1 de enero). Se reúne con su regimiento en Auxonne, en la Francia oriental (1 de junio).

1789 Empieza la Revolución francesa cuando el mayor cuerpo representativo de Francia, los Estados Generales (conformados por delegados del clero, la nobleza y el tercer estado o plebe), se reúne en Versalles (5 de mayo).
El tercer estado protagoniza el Juramento del Juego de Pelota y se niega a disolverse hasta que Francia tenga una nueva Constitución (20 de junio).
Napoleón recibe un permiso de seis meses y vuelve a Córcega (9 de septiembre).

1790 Solicita una ampliación del permiso (16 de abril).
Conoce al libertador corso Pasquale Paoli en la ciudad corsa de Bastia (17 de julio).

1791 Vuelve a Francia y se incorpora a su regimiento en Auxonne (31 de enero).
Regresa a Córcega después del 30 de septiembre.

1792 Su regimiento lo declara ausente sin permiso (1 de enero).
La Francia revolucionaria declara la guerra al Sacro Imperio Romano Germánico (20 de abril).
Napoleón regresa a Francia y se reincorpora en el Ejército con la graduación de capitán (10 de julio).
Es testigo de la caída de la monarquía francesa en los jardines de las Tullerías (10 de agosto).
Convocatoria de la Convención Nacional a fin de diseñar una Constitución republicana para Francia (20 de septiembre).
Napoleón regresa a Córcega (10 de octubre).

1793 Ejecución de Luis XVI (21 de enero).
Francia declara la guerra a Inglaterra y a las Provincias Unidas de los Países Bajos (1 de febrero).
Francia declara la guerra a España (7 de marzo).
Instauración del Comité de Salvación Pública a modo de Gobierno de emergencia para Francia (6 de abril).
Napoleón y su familia se ven desterrados de Córcega por Pasquale Paoli (27 de mayo).
Fundación del Museo de Historia Natural en el Jardin des Plantes (10 de junio).
Napoleón y su familia llegan a Tolón y él se reúne con su regimiento en Niza (26 de junio).
Francia adopta el calendario revolucionario, que hace del 22 de septiembre de 1792 el primer día del año 1 (24 de octubre).
Sitio de Tolón (29 de agosto-19 de diciembre).
Napoleón es ascendido a comandante de batallón (7 de brumario del año 2; 28 de octubre).

1794 Robespierre intenta introducir una religión nueva en Francia con el Festival del Ser Supremo (20 de pradial del año 2; 8 de junio).
Victoria francesa en la batalla de Fleurus (8 de mesidor del año 2; 26 de junio).
Arresto de Robespierre, su hermano y otros socios (9 de termidor del año 2; 27 de julio).
Ejecución de los seguidores de Robespierre (10 de termidor del año 2; 28 de julio).
Napoleón sufre un breve arresto acusado de complicidad con los hermanos Robespierre (3-13 de fructidor del año 2; 20-30 de agosto).

1795 Proclamación de la Constitución del Año III (1 de vendimiario del año

4; 23 de septiembre).
Napoleón contiene una revuelta realista en París (13 de vendimiario del año 4; 5 de octubre).
Sucede a Barras al frente del ejército del Interior (4 de brumario del año 4; 26 de octubre).
Nombramiento de un Directorio integrado por cinco personas a fin de que gobierne Francia (12 de brumario del año 4; 3 de noviembre).

1796 Napoleón es nombrado comandante del ejército francés en Italia (12 de ventoso del año 4; 2 de marzo).
Contrae matrimonio con Josefina de Beauharnais en una ceremonia civil en París (19 de ventoso del año 4; 9 de marzo).
Principio de la primera campaña italiana (13 de germinal del año 4; 2 de abril).
Batalla de Montenotte (23 de germinal del año 4; 12 de abril).
Batalla de Mondovi (Dréan; 2 de floreal del año 4; 21 de abril).
Batalla de Lodi (21 de floreal del año 4; 10 de mayo).
Napoleón pide al Directorio que nombre una comisión encargada de supervisar la extracción de obras de arte de Italia (22 de floreal del año 4; 11 de mayo).
Batalla de Arcole (25-27 de brumario del año 5; 15-17 de noviembre).

1797 Batalla de Rivoli (25-26 de nivoso del año 5; 14-15 de enero).
Tratado de Tolentino (1 de ventoso del año 5; 19 de febrero).
Batalla de Tagliamento (26 de ventoso del año 5; 16 de marzo).
Napoleón y Josefina visitan los jardines de Isola Bella (30 de termidor del año 5; 17 de agosto).
Por elección, entra a formar parte del Instituto de Francia (5 de nivoso del año 6; 25 de diciembre).

1798 Lo nombran comandante del ejército de Oriente (23 de germinal del año 6), 12 de abril.
Conduce su ejército a Alejandría (14 de mesidor del año 6; 2 de julio).
Batalla de Chobrakit (25 de mesidor del año 6; 13 de julio).
Batalla de las pirámides (3 de termidor del año 6; 21 de julio).
Festival de las Artes y las Ciencias en París para celebrar el triunfo de Napoleón en Italia (9 de mesidor del año 6; 27 de julio).
Batalla del Nilo (también llamada de la bahía de Abukir; 13-14 de termidor del año 6; 1-2 de agosto).
Napoleón funda el Instituto de Egipto (5 de fructidor del año 6; 22 de agosto).
Revuelta de El Cairo (30 de vendimiario del año 6; 21 de octubre).

1799 Napoleón avanza con sus fuerzas hasta Gaza (7 de ventoso del año 7; 25 de febrero).

Captura Jafa (17 de ventoso del año 7; 7 de marzo).
Visita a las víctimas de la peste en Jafa (21 de ventoso del año 7; 11 de marzo).
El Directorio le declara la guerra a Austria (22 de ventoso del año 7; 12 de marzo).
Empieza el sitio de Acre (29 de ventoso del año 7; 19 de marzo).
Josefina compra Malmaison (2 de floreal del año 7; 21 de abril).
Fin del sitio de Acre (28 de floreal del año 7; 17 de mayo).
Napoleón visita por segunda vez a las víctimas de la peste en Jafa (8 de pradial del año 7; 27 de mayo).
Abandona Egipto sin avisar y deja al mando al general Kléber (5 de fructidor del año 7; 22 de agosto).
Visita Ayacio en el camino de vuelta a París (9-14 de vendimiario del año 8; 1-6 de octubre).
Golpe de Estado del 18 de brumario (9 de noviembre).
Napoleón expulsa a la Legislatura de la *orangerie* de Saint-Cloud (19 de brumario del año 8; 10 de noviembre).
Sustitución del Directorio por tres cónsules: Napoleón, Cambacérès y Lebrun (20 de brumario del año 8; 11 de noviembre).
Proclamación de la Constitución del Año VIII (24 de frimario del año 8; 15 de diciembre).
Napoleón se erige en primer cónsul (3 de nivoso del año 8; 24 de diciembre).

1800 Creación del Banco de Francia (28 de nivoso del año 8; 18 de enero).
Aprobación en plebiscito de la Constitución del Año VIII (29 de pluvioso del año 8; 18 de febrero).
Comienzo de la segunda campaña italiana de Napoleón (16 de floreal del año 8; 6 de mayo).
Cruza los Alpes por el paso de San Bernardo (30 de floreal del año 8; 20 de mayo).
Batalla de Marengo (25 de pradial del año 8; 14 junio).
Asesinato del general Kléber en El Cairo (25 de pradial del año 8; 14 de junio).
Se instaura una comisión encargada de redactar el Código Civil (24 de termidor del año 8; 12 de agosto).
Napoleón y Josefina visitan los jardines de Ermenonville (10 de fructidor del año 8; 28 de agosto).
Salida de la expedición de Baudin a Australia (17 de vendimiario del año 9; 19 de octubre).
Atentado contra Napoleón en la Rue Saint-Nicaise, conocido como la Conspiración de la Máquina Infernal (3 de nivoso del año 9; 24 de diciembre).

1801 El cabecilla revolucionario Toussaint Louverture instaura una nueva

Constitución para Santo Domingo (Haití; 18 de floreal del año 9; 8 de mayo).
El nuevo rey de Etruria visita Malmaison (14 de pradial del año 9; 3 de junio).
Firma del Concordato, por el que Napoleón y el papa Pío VII reconcilian a Francia y la Iglesia católica (26 de mesidor del año 9; 15 de julio).
Napoleón se instala en el palacio de Saint-Cloud (20 de fructidor del año 9; 7 de septiembre).
El general Leclerc, cuñado de Napoleón, recibe el mando de un ejército destinado a reinstaurar el orden en Santo Domingo (2 de brumario del año 10; 24 de octubre).

1802 Leclerc y su ejército llegan a Santo Domingo (17 de pluvioso del año 10; 6 de febrero).
Firma de la paz de Amiens, que pone fin a la guerra entre Francia y el Reino Unido (6 de germinal del año 10; 27 de marzo).
Instauración de la Legión de Honor (29 de floreal del año 10; 19 de mayo).
Napoleón restablece en las colonias francesas el tráfico de esclavos, abolido durante la Revolución francesa (30 de floreal del año 10; 20 de mayo).
Detención de Toussaint Louverture (18 de pradial del año 10; 7 de junio).
El Senado proclama a Napoleón primer cónsul vitalicio (14 de termidor del año 10; 2 de agosto).

1803 Se desmorona la paz de Amiens (22 de floreal del año 11; 12 de mayo).

1804 Arresto del duque de Enghien (24 de ventoso del año 12; 15 de marzo).
Ejecución del duque de Enghien (30 de ventoso del año 12; 21 de marzo).
Napoleón es proclamado emperador (30 de floreal del año 12; 20 de mayo).
Recibe al papa Pío VII en Fontainebleau (4 de frimario del año 13; 25 de noviembre).
Napoleón y Josefina contraen matrimonio en una ceremonia religiosa secreta (8 de frimario del año 13; 29 de noviembre).
Coronación de Napoleón en la catedral de Notre-Dame (11 de frimario del año 13; 2 de diciembre).

1805 Napoleón es coronado rey de Italia en Milán (6 de pradial del año 13; 26 de mayo).

Comienzo de la campaña de Ulm (3 de vendimiario del año 14; 25 de septiembre).
Rendición de Ulm (25 de vendimiario del año 14; 17 de octubre).
Los franceses ocupan Viena (22 de brumario del año 14; 13 de noviembre).
Batalla de Austerlitz (11 de frimario del año 14; 2 de diciembre).
Tratado de Presburgo (5 de nivoso del año 14; 26 de diciembre).

1806 Restauración del calendario gregoriano (1 de enero).
Napoleón encarga el Arco del Carrusel (26 de febrero).
Colocación de la primera piedra del Arco de Triunfo (15 de agosto).
Batalla de Jena (14 de octubre).
Capitulación de Érfurt (16 de octubre).

1807 Batalla de Friedland (14 de junio).
Paz de Tilsit entre Francia y Rusia (8 de julio).

1808 Napoleón es excomulgado por el papa Pío VII (27 de marzo).

1809 Comienzo del bombardeo de Viena por orden de Napoleón (12 de mayo).
Batalla de Aspern (21 de mayo).
Batalla de Wagram (5-6 de julio).
Detención del papa Pío VII en Roma (6 de julio).
El Senado disuelve el matrimonio civil entre Napoleón y Josefina (16 de diciembre).

1810 Nulidad del matrimonio religioso entre Napoleón y Josefina (9 de enero).
Napoleón contrae matrimonio con María Luisa (hija de Francisco II de Austria) en Viena por poderes (11 de marzo).
La ceremonia civil se celebra en Saint-Cloud (1 de abril).
La ceremonia religiosa se celebra en el Louvre (2 de abril).

1811 Nacimiento del único hijo legítimo de Napoleón, el rey de Roma (20 de marzo).
Inicio de la construcción del palacio para el rey de Roma en la colina parisina de Chaillot (7 de mayo).
Celebración del nacimiento del rey de Roma en Roma (8 de junio).
Bautismo del rey de Roma en la catedral de Notre-Dame (9 de junio).

1812 El papa Pío VII llega preso a Fontainebleau (19 de junio).
Comienzo de la campaña rusa de Napoleón (24 de junio).
Batalla de Esmolensko (16 de agosto).
Batalla de Borodinó (7 de septiembre).

Quema de Moscú (14-15 de septiembre).
Comienzo de la retirada de Moscú (19 de octubre).

1813 Prusia declara la guerra a Francia (27 de marzo).
Batalla de Leipzig (16-18 de octubre).

1814 Batalla de Brienne (29 de enero).
Batalla de París (30-31 de marzo).
Abdicación incondicional de Napoleón (6 de abril).
Tratado de Fontainebleau (11 de abril).
Napoleón firma el Tratado de Fontainebleau (13 de abril).
Desembarca en la isla de Elba (3 de mayo).
Llegada a París de Luis XVIII, el rey borbón rehabilitado (3 de mayo).
Regreso del papa Pío VII a Roma (24 de mayo).
Inauguración del Congreso de Viena (3 de noviembre).

1815 Napoleón abandona Elba para volver a Francia (26 de febrero).
Luis XVIII deja el palacio de las Tullerías y vuelve Napoleón (20 de marzo).
Festival del Champ de Mai, celebrado en el Campo de Marte (1 de junio).
Batalla de Ligny (16 de junio).
Batalla de Waterloo (18 de junio).
Napoleón abdica por segunda vez (22 de junio).
Regreso a Francia de Luis XVIII (25 de junio).
Napoleón presenta su rendición a los británicos en Rochefort (15 de julio).
Zarpa hacia Santa Elena a bordo del *HMS Northumberland* (7 de agosto).
Llegada a Santa Elena (16 de octubre).

1821 Muerte de Napoleón (5 de mayo).

Introducción

Su vida es un verdadero arcoíris: los dos extremos tocan la tierra y el arco que los une abarca el cielo todo.
Charlotte Brontë, «The Death of Napoleon»[1]

La jardinería fue la primera y última pasión de Napoleón Bonaparte, figura que, doscientos años después de su muerte, sigue siendo posible reconocer por su silueta. Entre su primer jardín, el que cultivó en la escuela de Brienne-le-Château, en la región de Champaña, en el norte de Francia, y el último, estando exiliado en la isla de Santa Elena, en el Atlántico Sur, ganó y perdió un Imperio. Napoleone di Buonaparte nació en la ciudad corsa de Ayacio (Ajaccio) el 15 de agosto de 1769. Tras su primer matrimonio, simplificó la ortografía de su apellido transformándolo en Bonaparte, se erigió en Napoleón, emperador de los franceses, en 1804, y abdicó dos lustros más tarde. En 1815, escapó de un breve destierro en la isla de Elba para reclamar su Imperio durante casi un centenar de días, perdió la batalla de Waterloo y lo relegaron a Santa Elena, donde murió el 5 de mayo de 1821.

Al principio y al final de su extraordinaria vida, la jardinería le ofreció un refugio frente a las frustraciones de la impotencia. Aquel crío inteligente de Córcega, que obtuvo una beca para estudiar en una escuela militar de Francia, hablaba un francés lento y de acento marcado. A veces, mostraba deseos de apartarse de sus iguales para leer, pensar y reflexionar en su hogar, su familia y su isla natal. En aquella época, su impotencia era más corriente, la propia de un chiquillo de procedencia segura pero modesta con un futuro incierto por delante.

Después de que lo desterraran a Santa Elena a los cuarenta y seis años, la jardinería representó el último brote de actividad de Napoleón previo a su muerte. Por consejo de su médico, creó un jardín de gran complejidad cuyos senderos, situados por debajo de la superficie de plantas, lo ayudaban a evadir la vigilancia de los guardias británicos. Cambió su emblemático bicornio por un sombrero de paja maltrecho y se dispuso a cultivar el único trozo de tierra que le quedaba. El vínculo con el mundo natural que mantuvo al final de su vida recuerda al de cualquier persona que disfruta de la jardinería tras su

jubilación o cuando decide apartarse de las tensiones del mundo; pero Napoleón no era cualquier persona. En una etapa anterior de su vida, su relación con la naturaleza estuvo determinada por la ambición que lo llevó, primero, a impulsarse en los tiempos caóticos que siguieron a la Revolución francesa y, luego, a erigirse en el hombre más importante y temido de toda Europa. Aun en el exilio, existían ecos de aquella magnificencia en los proyectos extensos y meticulosos que concibió para su último jardín.

Napoleón pasó cinco años en la escuela militar de Brienne-le-Château y seis en Santa Elena, dos lapsos de tiempo que enmarcan su vida como sujetalibros, dos períodos en los que gozó de un dominio escaso sobre las condiciones de su vida cotidiana y halló refugio en el cultivo de plantas. Entre el primer jardín y el último, se elevó el arco de su vida hasta tocar el cielo para luego volver a caer a la tierra. Durante el ascenso y la decadencia de su poder, raras veces tuvo tiempo para dicha actividad; pero recorrió muchos jardines, grandes y pequeños, parques públicos o espacios verdes privados, y los admiró. A menudo encargó mejoras, que se introducían mediante mano de obra ajena, y siempre tenía en la imaginación un jardín más grandioso que el que existía. Era un observador entusiasta, pendiente en todo momento de la ciencia y el arte de la agricultura. Valoraba los jardines como lugares en los que pasear a su propio ritmo mientras reflexionaba sobre los frenéticos acontecimientos mediante los que esperaba garantizar el futuro de Francia. Para alguien en continuo movimiento, que casi siempre parecía andar con prisas y pasaba más tiempo dedicado a la guerra que a otros menesteres, aquellos espacios ofrecían ocasiones excepcionales de calma y placer. Eran el contrapunto de sus muchos campos de batalla, entornos discretos en los que el terreno y las condiciones atmosféricas revestían la misma importancia que en combate, aunque por motivos creativos y no destructivos. En dos momentos de relieve, uno al comienzo y otro al final de su carrera, un jardín se trocó en campo de batalla y la distinción se perdió. El primero se produjo en las Tullerías, en el centro de París, donde en 1792 fue testigo de la matanza de la Guardia Suiza de Luis XVI y la caída de la monarquía francesa; el segundo, en el jardín amurallado de Hougoumont, en Waterloo. En ambos, los montones de cadáveres y cuerpos mutilados ofrecían un contraste terrible con los empeños de los jardineros en imponer un orden al mundo natural.

Napoleón quería imponer el orden en Francia y soñaba con extender el territorio de la nación por Europa y más allá de esta. En 1802, siendo aún primer cónsul y no emperador, Samuel Taylor Coleridge lo describió como el «poeta Bonaparte, diseñador de un jardín mundial».[2] Casi dos lustros después, pese a la consternación que le produjeron los violentos resultados del poder napoleónico, propuso «una serie sobre las vidas de todos los hombres notables que, desde Moisés hasta Bonaparte, han producido en los Estados o en la mente del hombre grandes revoluciones de efecto perdurable que son, en mayor o menor grado, causas distantes de la condición presente del mundo».[3]

Napoleón fue un Alejandro Magno de la Edad Contemporánea cuya vida encarnaba también el ideal de hombre hecho a sí mismo, el cabo procedente de Córcega que llegó a dominar Europa y se coronó a sí mismo emperador de los franceses. Su autoridad no fue heredada, sino conquistada a golpe de ingenio militar y político. Su ascenso al poder no habría sido posible sin la Revolución francesa y, sin embargo, al erigirse en soberano hereditario de Francia, traicionó los ideales revolucionarios que le habían brindado sus primeras oportunidades.

Como objeto biográfico, Napoleón ha atraído siempre a grandes autores varones que se identificaban con él. Walter Scott viajó a París para entrevistar a sus antiguos compañeros y publicó *Vida de Napoleón Bonaparte* en 1827. Stendhal siguió los pasos del emperador y aseveró: «Escribo esta *Vida de Napoleón* para refutar una calumnia». En su autobiografía, el autor realista francés declaró: «Yo caí con Nap[oleón] en abril de 1814».[4] William Hazlitt pasó semanas sumido en un estupor inducido por el alcohol tras la batalla de Waterloo y, después de aquello, no volvió a beber. Con el tiempo publicaría una vida de Napoleón en tres volúmenes. Thomas Carlyle, quien declaró que «[l]a historia del mundo no es sino la biografía de sus grandes hombres», incluyó a Napoleón en *Sobre los héroes: el culto al héroe y lo heroico en la historia* en 1841.[5] Con todo, su actitud al respecto resultaba ambivalente, pues, si bien a veces lo caracteriza como «nuestro último gran hombre», en otras lo critica por su «grandioso bandolerismo, locura revolucionaria y derroche ilimitado de hombres y pólvora». A la postre, lo concebía como un jugador imprudente cuyo inmenso éxito transitorio lo llevó a «perder hasta la última guinea».[6]

Carlyle pedía que se le juzgase con arreglo «a lo que sancione la naturaleza con sus leyes; a lo que de realidad había en él; a eso y nada más».[7] *Sobre los héroes: el culto al héroe y lo heroico en la historia* se publicó un año después de que se trasladaran los restos mortales de Napoleón a París desde su modesta tumba en Santa Elena a fin de darles sepultura en Los Inválidos, en un sarcófago y un entorno dignos de un emperador que cambió el mundo. En 1842, un año después de su publicación, Charlotte Brontë, quien a la sazón contaba veintiséis años, viajó a Bruselas a fin de mejorar su francés. A dieciséis kilómetros de Waterloo, escribió un ensayo breve sobre la muerte de Napoleón que comenzaba preguntándose: «¿Cómo debería concebirse este asunto, con gran pompa de palabras o de un modo sencillo?». Se distanció de los grandes oradores, escritores y políticos para partir de la perspectiva de «la persona común» para quien Napoleón sería siempre un mercenario:

> Que se acerque con respeto a la tumba excavada en la roca de Santa Elena y que, aun negándose a inclinarse en señal de adoración ante un dios de carne y barro, conservando su dignidad independiente, aunque inferior, ponga cuidado en no pronunciar una sola palabra ofensiva ante el sepulcro, ahora vacío, pero consagrado en otro tiempo por los restos de Napoleón.[8]

Brontë oponía la gloria de Napoleón, que creció de la noche a la mañana,

«como la calabaza vinatera de Jonás», y la del duque de Wellington, que lo hizo «como uno de los robles añosos que dan sombra a la mansión de sus padres, a orillas del Shannon».[9] Wellington era su héroe, pero Napoleón, el extranjero, el joven soldado que no tenía más respaldo que su coraje y su talento, se acercaba más a su propia experiencia del mundo. El 4 de agosto de 1843, monsieur Héger, el profesor del que estaba enamorada, le dio un fragmento del ataúd de Napoleón procedente de Santa Elena y recibido de un amigo que había ejercido de secretario de un sobrino de Napoleón.[10] Ella lo hizo girar en la mano y pensó que todos tenemos de Napoleón la idea que somos capaces de concebir. No existen retratos biográficos definitivos: todos se reducen a una persona que observa a otra —quizá la mediocridad contemplando al genio— con mirada fría.

La mirada fría de Brontë me inspiró a escribir sobre Napoleón.

—¿Y vas a encontrar algo que decir que no se haya dicho ya? —Me preguntó en un primer momento un compañero mayor que yo, dispuesto a apoyarme, aunque escéptico.

Si no existe un retrato biográfico definitivo, una última palabra o una conquista en lo que a la vida de otro se refiere, siempre habrá algo nuevo que decir, por numerosas que sean las legiones de biógrafos que han marchado sobre el mismo terreno. Napoleón es el más masculino de los temas sobre los que pueda hacerse una investigación y son muy pocas las mujeres que han emprendido su biografía, un hecho que sin duda a él le habría complacido. Se mostraba paternalista y desdeñoso con las féminas de su tiempo que cultivaban la escritura, y en particular con madame De Staël, novelista y teórica política liberal. Cuando conoció al joven héroe, De Staël trató de hablar con él de política revolucionaria y él, por toda respuesta, le preguntó cuántos hijos tenía.[11] Estaba convencido de que las mujeres debían ocuparse de la crianza y no de la política ni la literatura. «Las mujeres que actúan como hombres me gustan tan poco como los hombres afeminados», aseguró a su secretario.[12] Ella se desquitó con unas elocuentes líneas sobre el egoísmo de Napoleón: «Concibe a un ser humano como una acción o una cosa, no como a un semejante. Ni odia ni ama, porque para él no existe otra cosa que él mismo: todas las demás criaturas son cifras».[13]

En *Una habitación propia*, Virginia Woolf evocaba el papel servil que han representado las mujeres en las vidas y las biografías de los grandes hombres:

> Las mujeres han servido durante todos estos siglos de espejo dotado del poder, mágico y delicioso, de doblar el tamaño natural de la figura del hombre cuya imagen refleja. Sea cual fuere su función en las sociedades civilizadas, los espejos resultan esenciales en toda acción violenta y heroica. Por eso tanto Napoleón como Mussolini insisten de forma tan enérgica en la inferioridad de las mujeres, porque, de no ser inferiores, dejarían de servir para engrandecer. Esto explica, en parte, que sean tan a menudo necesarias para los hombres.[14]

Ver a Napoleón metido en los jardines ayuda a apartar los espejos

deformantes de cuya importancia «en toda acción violenta y heroica» se duele Woolf. En los jardines hay sombras en lugar de espejos. A veces son largas y se extienden en el tiempo y el espacio, y otras son cortas y se proyectan solamente sobre las personas más cercanas a él. El resto de quienes participan en su historia, y en especial las mujeres, no se tratan como seres inferiores que le sirven de contraste ni como meras cifras, sino como individuos que consideraban sus vidas igual de preciosas que lo era para él la suya. Una sombra es una zona o una forma oscura proyectada por un cuerpo situado entre un haz de luz y una superficie. Napoleón se comparaba a menudo con el sol y su primera esposa, Josefina, adoptó el heliotropo como emblema con el lema *Vers le Soleil* («Hacia el Sol»).[15] En este libro, en cambio, no es el astro rey, sino que se presenta bien asentado en el mundo natural. En estas páginas, para verlo, trazaremos las sombras que arrojó sobre las vidas que se congregaron en torno a la suya y las que proyectó en el césped de jardines concretos como presencia inquietante y misteriosa.

A diferencia de su silueta, reconocible al instante, la sombra de Napoleón no es singular ni monolítica. No cabe poner en duda la magnitud de lo que significó su vida para Francia, Europa y el mundo entero; pero ¿tan grande, monstruosa es su sombra? Se han escrito muchos miles de libros sobre él y casi todos caen a un lado u otro de este interrogante. Más que sopesar cuestiones napoleónicas o reconstruir los motivos que hubo tras aquellas acciones que transformaron el mundo, me he propuesto anclar su vida a tierra situándola en una serie de jardines en los que las sombras por él proyectadas son diversas y cambiantes, plurales, no singulares.

Napoleón: una vida entre jardines y sombras bebe de una riquísima tradición académica, histórica y contemporánea, e invita al lector a observar la trayectoria de su extraordinaria vida desde puntos de vista desacostumbrados. Durante la Revolución francesa, las ideas relativas a la naturaleza —la del ser humano, la del mundo natural y la interacción entre ambos— fueron el centro de feroces debates y acontecimientos políticos. La naturaleza se vio venerada y profanada por igual. El Antiguo Régimen, el viejo orden social supuestamente natural, quedó destruido en favor de un nuevo orden meritocrático centrado en los valores revolucionarios de libertad e igualdad, al menos en teoría, aunque no siempre en la práctica. La naturaleza personal de Napoleón y su relación con el mundo natural se desarrollaron en este contexto dinámico. Él llegó a verse como un agente sanador, patrocinador de las ciencias y el progreso, la persona capaz de poner fin a la violencia de la Revolución y restañar sus heridas. En realidad, desató una nueva era de terrible destrucción. Las guerras napoleónicas provocaron entre tres y seis millones de muertes por causas no naturales entre militares y paisanos.

De no haberse erigido en uno de los más grandes generales de la historia, Napoleón se habría consagrado a la ciencia. De joven, quería ser un descubridor a la manera de Isaac Newton más que seguir el ejemplo de

Alejandro Magno y, por más que en su vida adulta se impusiese su carrera militar, jamás abandonó aquellos sueños de adolescencia. Lo acompañaron en los campos de batalla y las sendas recorridas en campaña, a las salas de debate, los pasillos y salones del trono en que se desarrollaba el poder político. Entendía que le aguardaba todo un «mundo de detalles» por explorar y, cuando se detuvo a considerar cuál podría haber sido su contribución al desarrollo de la comprensión humana del mundo natural, lo dominó el arrepentimiento. «Pensando al respecto, siento que me duele el alma», confesó a su amigo el naturalista Étienne Geoffroy Saint-Hilaire.16

Este libro ofrece un retrato del emperador trazado desde ángulos oblicuos. En una serie de capítulos cronológicos, enmarcados por jardines, bosques o expediciones botánicas, se exploran pasajes particulares de su vida. Tras su primer jardín, el de la escuela, aparecen el de la familia y un vivero de moreras de Córcega; el botánico de París, el Jardin des Plantes, una de las pocas instituciones reales que sobrevivieron a la Revolución; los de El Cairo, durante la campaña egipcia; los de Malmaison, su hogar de casado a las afueras de París; los jardines y el bosque de Fontainebleau, donde instaló un salón del trono en el apogeo de su poder; los romanos y los palatinos de París que hizo construir para su hijo, el rey de Roma, y que nunca llegaron a concluirse; los de su primer exilio, en Elba; la granja fortificada de Waterloo, donde se desarrolló una batalla dentro de la batalla, y el último, el de Longwood, su residencia de la meseta de Deadwood de Santa Elena. Todos ellos fueron lugares de refugio o de conquista y control, rincones para la investigación científica o la búsqueda de placer, y, en ocasiones, escenarios en los que la armonía se vio manchada de sangre.

Dentro de estos jardines de amplia definición, se describe la vida de Napoleón a través de las sombras que arroja sobre cuantos lo rodean. Su relación con el mundo natural estuvo mediada por la presencia de familiares, amigos y amantes, en muchos casos científicos profesionales o aficionados dispuestos a ampliar las fronteras del conocimiento en igual medida que lo estaba él a extender su dominación territorial. Su trato con todos ellos en lo tocante a los jardines, proyectos agrícolas, investigación o experimentación científica nos ofrece oportunidades únicas y arrojadas de entender cómo era Napoleón. A veces, el foco de la narración se aparta de él para poder exponer el impacto que tuvo en otras biografías. Las vidas que rodean a la suya no son superficies estáticas ni espejos: no se limitan a reflejar su poder ni a aceptarlo de forma pasiva, sino que resultan valiosas por derecho propio y forman parte del contexto que hizo posible los logros de aquel.

Plutarco, el padre de la biografía, confronta a menudo la de un gran personaje con la de otro que no es tan célebre. El presente volumen se asienta sobre esa misma tradición al contrastar una serie de vidas menos conocidas u olvidadas con la de Napoleón a fin de revelar el contorno de su personalidad y su poder. Muchas de esas personas actuaron de intermediarias en su relación con el mundo natural: jardineros, botánicos, científicos e investigadores. Otras

son políticos o diplomáticos, soldados de a pie o generales; algunas son mujeres que subsistieron o perecieron, forasteros o extranjeros; miembros leales de su familia o su servicio doméstico, arquitectos y diseñadores de exterior; otros son habitantes remotos de distintos continentes que jamás conocieron en persona al hombre cuya autoridad, ganada con sangre, sudor y lágrimas, cambió su vida o quizá no supieron siquiera de su existencia. Algunos escribieron cartas, diarios o memorias sesgadas por su propia perspectiva, pero también los hubo que no dejaron registro personal alguno y son conocidos solo mediante anécdotas. Las figuras que conforman este gentío de vidas entraban y salían de la vida de Napoleón mientras él se aferraba a momentos preciados de descanso y reflexión en los jardines que encontraba o creaba.

La vida de Napoleón gozó de una intensidad y un impacto épicos, pero no fue más que una menudencia temporal en la historia del mundo natural. Moribundo en Santa Elena, cuando lo habían abandonado hasta la capacidad y la voluntad de cultivar hasta un modesto trozo de tierra, se sabía vencido por la naturaleza, pero era muy consciente de que se había hecho merecedor de un lugar en la historia: su sombra seguiría proyectándose sobre el mundo durante siglos después de su muerte. Al regresar a los jardines que creó al comienzo y al final de su vida, al verlo atravesar otros jardines en su ascenso al poder y su caída, he tratado de volver a colocarlo en el contexto en el que vivió. He aceptado que hubo, y hay, muchos Napoleones. Cabe describirlo —como, de hecho, se describe— «con gran pompa de palabras», como lo expresó Charlotte Brontë. Eso es, sin duda, lo que pretendía él. Aun así, también era un hombre a quien fascinaban los detalles, los hechos empíricos que habría clasificado y recopilado en caso de haber tenido la libertad de seguir una carrera científica. Al centrar mi enfoque en los jardines, he encontrado el espacio necesario para dar cabida a los pequeños detalles que quedan fuera en obras más grandiosas y convencionales. Todo jardín combina circunstancias básicas —tipo de suelo, clase de plantas...— con abstracciones como las estaciones, el tiempo, la eternidad... Al trazar la sombra de Napoleón en los jardines, no me he humillado en actitud de adoración ni he querido condenarlo. He observado atentamente el efecto que tuvo en otras personas en varios espacios verdes y he llegado a la conclusión de que madame De Staël se equivocaba al afirmar: «En todos los aspectos, es la guerra, y solo la guerra, lo que encaja con él».[17] Los jardines también encajaban con él y las sombras que arroja en ellos ofrecen nuevos modos de entender su vida.

Capítulo 1
Los primeros jardines

El jardín es la parte más pequeña del mundo y el mundo entero al mismo tiempo.
Michel Foucault[1]

Su primer jardín no era mucho más grande que una tumba. En la escuela de Brienne-le-Château, donde Napoleone di Buonaparte estuvo interno entre los nueve y los quince años, se le asignó una modesta parcela en la que podía sentarse o tumbarse, aprender a cultivar flores y unas cuantas hortalizas... y poco más. A los demás se les cedieron cuadros de tierra similares, dispuestos en hileras como las camas de un dormitorio colectivo o un barracón. La escuela era una de las doce que financiaba el Estado francés a fin de preparar a los alumnos para la academia militar de París. Estaba dirigida por monjes de la Orden de los Mínimos de Brienne, que consideraban la horticultura un pasatiempo didáctico con el que complementar un plan de estudios conformado por las asignaturas de Francés, Latín, Matemáticas, Historia, Geografía, Música, Dibujo y Esgrima. Algunos de los alumnos descuidaron sus jardines, perdieron todo interés en ellos y los dejaron yermos o invadidos de zarzas; pero él se preciaba enormemente del suyo. Tal vez contó con la ayuda de un monje amable con experiencia o quizá no la necesitó después de pasar sus primeros años en vergeles de frutales y olivares en Córcega. Hablaba un mal francés de marcado acento corso. Pronunciaba su propio apellido como *Napoilloné*, lo que llevó a sus compañeros a apodarlo *la Paille au Nez*, o «Paja en la Nariz».[2] Sentía nostalgia. Echaba de menos a sus padres y la casa de Ayacio, la habitación en la que había nacido y los jardines en los que había jugado con sus hermanos antes de que lo enviasen al colegio. Más tarde aseveraría que «verse privado del aposento natal, del jardín en el que se paseó en su infancia, no tener un hogar propio... era no tener patria».[3] Echaba de menos el terreno, el mar, el cielo y el clima de Córcega. Los inviernos de la Champaña eran muy duros, pero, una vez superados, la horticultura lo ayudó a sentirse mejor. Si aquel becario, de familia modesta pero aristocrática, conseguía algo de dinero para sus gastos, lo invertía en mejorar su jardín, en

protegerlo con una cerca o con un seto vivo y en cultivar flores en sus horas libres. En cuestión de dos años, consiguió crear un cenador, un santuario verde en el que leer y estar a solas.[4]

La información relativa a este primer jardín no es muy sólida. Nos ha llegado a través de las memorias de personas que aseguraban recordar a Buonaparte antes de que simplificara su nombre como Bonaparte y mucho antes de que se tornara en Napoleón, emperador de los franceses. Como la mayoría de los atisbos que tenemos de los primeros años de vida de los personajes célebres —o de infausta memoria—, la idea del joven Buonaparte se ha visto muy embellecida. Algunos dan a entender que sus ambiciones acaparadoras y expansionistas se hicieron ya evidentes cuando se hizo con los bancales descuidados que había a uno y otro lado del suyo para triplicar su tamaño. En el libro basado en su obra de teatro frustrada sobre él, el novelista y dramaturgo Alejandro Dumas padre, cuyo padre sirvió de general en el ejército de Napoleón, lo imaginaba solo en su huerto, disponiendo en formación marcial piedrecitas de distintos tamaños según la graduación a la que representaban.[5] Cuando uno de los otros niños se encarama a la cerca para espiarlo y se burla de su pasatiempo, él responde lanzándole una piedra al intruso, que llevará de por vida una cicatriz en la frente en recuerdo de la herida recibida. Veinticinco años más tarde, estando el emperador Napoleón en la cima de su poder, reconocerá a su antiguo compañero como «un general en jefe al que di en la cabeza».[6] Dumas se basó en las memorias de Louis-Antoine Fauvelet de Bourrienne, que nació el mismo año que Bonaparte, en 1769; coincidió con él en Brienne-le-Château, y con el tiempo devino secretario privado suyo. La precisión y la veracidad de Bourrienne se han puesto en tela de juicio desde hace mucho, en gran medida por el hecho de que confió a varios negros la redacción, a partir de sus notas, de memorias destinadas a ser publicadas. Con todo, si bien Bourrienne mencionaba el placer que producía en Buonaparte el tiempo de recreo que pasaba al aire libre y su consternación cuando la nieve le impedía cultivar, en ningún momento da a entender que la cerca que erigió fuera tan alta y firme que permitiera a un colegial encaramarse a ella ni que, dentro de sus confines, el futuro emperador estuviese ya preparándose para la guerra y acaudillando guijarros a modo de soldados.[7]

Otro relato nos lo presenta retirándose a su jardín a medida que se acercaba el 25 de agosto de 1784 y toda la escuela se entusiasmaba con los preparativos de la festividad de San Luis, día de celebración para los estudiantes de toda Francia.[8] Los monjes permitían a los de más de catorce años comprar pequeñas cantidades de pólvora para usarlas en cañones y pistolas de miniatura. Nadie hablaba de otra cosa. Se limpiaron cañones y petardos con antelación, y en la fachada del centro escolar se tendió en alabanza de aquel rey de treinta años y mente reformista, coronado en 1774, un letrero que proclamaba: À Louis XVI, notre père («A Luis XVI, nuestro padre»). Aun así, llegado el día en cuestión, Buonaparte no tomó parte en las celebraciones.

Dado que había cumplido hacía poco los quince años, podía haberse hecho con algo de pólvora para sumarse a sus iguales y, sin embargo, prefirió pasar más tiempo en su jardín. Aquella noche, en torno a las nueve, fue a molestarlo un grupo de unos veinte muchachos que se habían congregado en una parcela contigua para encender fuegos artificiales. Del cielo cayeron pavesas que incendiaron una caja de pólvora que descansaba en el suelo y que, al estallar, hizo que muchos corrieran en estampida hacia el jardín de Buonaparte. Montando en cólera ante semejante destrucción de plantas y flores pisoteadas, echó a los intrusos de su terreno blandiendo una herramienta de jardinero como quien maneja una pica.[9] La ventaja que ofrece poder ver las cosas desde el presente ha llevado a algunos a interpretar su negativa a sumarse a las celebraciones como un indicio temprano de sus tendencias republicanas: Paja en la Nariz era un chiquillo de Córcega resentido con la monarquía francesa por haber conquistado su isla nativa.

A esto hay que añadir la anécdota de la guerra de bolas de nieve que se libró en la escuela, y que algunos biógrafos rechazan y otros subrayan por considerarla el ejemplo más temprano del genio de Napoleón para las operaciones militares.[10] Supuestamente, durante el invierno en particular inclemente de 1783, organizó a sus compañeros para llevar a cabo un simulacro de asedio en las instalaciones de la escuela. Cavaron trincheras y erigieron una fortaleza de nieve y, acto seguido, se dividieron en secciones y combatieron por hacerse con el dominio de aquella fortificación helada. El juego se prolongó durante muchos días y solo finalizó cuando, al empezar a derretirse la nieve y mezclarse con la gravilla, las bolas utilizadas como proyectiles causaron cortes y abrasiones de cierta gravedad entre los participantes. Cada uno de los participantes que, con el tiempo, se vieran convertidos en soldados pudo mirar atrás y asegurar haber sido responsable de concebir un asedio memorable a aquella fortaleza de nieve. Con todo, aun en el caso de ser cierta, la anécdota no añade gran cosa a nuestra comprensión del carácter de Buonaparte. En cambio, su pasión por la jardinería resulta más peculiar. Existe una gran disensión sobre su grado de inteligencia, la precocidad con la que se hizo evidente su capacidad para las matemáticas, si era retraído y sufría acoso o popular y de personalidad arrolladora..., y lo cierto es que, si bien la mayor parte de los debates relativos a su infancia no llegará jamás a resolverse, en el fondo del aserto, muy idealizado, de que mantenía con primor un jardincito en sus tiempos escolares, hay una semilla de verdad. No se trata de la clase de pasatiempo que nadie inventaría para él, ya que resulta incongruente e irrelevante en relación con sus posteriores conquistas militares y políticas.

Entre los muchos libros que leyó en su jardín o con la espalda apoyada en uno de los árboles frutales que prosperan en la Champaña, figura *Los jardines*, de Jacques Delille (1780). Su autor era profesor de Poesía Latina en el Collège de France antes de la Revolución y alcanzó gran celebridad por sus traducciones de las *Geórgicas*, el poema de Virgilio sobre la naturaleza y el

nacionalismo. En *Los jardines,* Delille describía a un varón tahitiano, por nombre Potaveri, que, llevado a París por el conde de Bougainville, explorador, se echa a llorar supuestamente al ver en el arboreto real un platanero que le recuerda a su hogar y su infancia.[11] Buonaparte se referiría más tarde a aquel poema en el ensayo sobre la felicidad que escribió a los veintiún años, en 1791, con la esperanza de ganar un premio de la Academia de Lyon. A su decir, al verse arrancado de Tahití y abrumado por las preocupaciones, lo único que encontró Potaveri capaz de aliviar su sufrimiento no fue un banano, sino una morera de papel, a la que se abrazó lloroso mientras exclamaba: «¡Árbol de mi país! ¡Árbol de mi país!».[12] Esto, según Buonaparte, que usa la palabra *naturaleza* poco menos de cincuenta veces en un ensayo de cien páginas, ilustra los sentimientos que albergamos para con nuestro entorno natural, nuestro país y la gente que nos es querida. Se mostró defraudado cuando el jurado decidió que ninguno de los trabajos presentados merecía el premio.

En la escuela entró en contacto con la obra del filósofo Jean-Jacques Rousseau. Tenía nueve años cuando leyó *Julia, o la nueva Eloísa*, que le produjo una honda impresión. El personaje que da nombre a la novela posee una hacienda llamada Clarens y dotada de un viejo vergel, un trozo de naturaleza cercado que ella llama su Elíseo. Julie ha dejado que crezcan entre los árboles arbustos floridos y trepadoras, y por la umbría serpentean paseos cubiertos de musgo y un riachuelo. Cuando su amado, Saint-Preux, visita el lugar por primera vez, cree estar viendo «el lugar más salvaje y más solitario de la naturaleza» y tiene la sensación de ser el primer mortal que ha entrado jamás en él. Asegura a Julia que se diría que la naturaleza es el único autor de su Elíseo, a lo que ella responde: «Es verdad que la naturaleza lo ha hecho todo, pero siempre bajo mi dirección, sin que haya nada aquí que no haya dispuesto yo».[13] El vergel de Julia representa un desafío deliberado al estilo formal tradicional de jardinería francesa, basado en parterres, formas geométricas y elaborada poda ornamental. En lugar de árboles pegados los unos a los otros y esculpidos en forma de parasol y de abanico, sus plantas y sus arbustos dan la impresión de crecer de forma natural, sin artificio.[14] Su Elíseo tiene muchos rasgos con el estilo informal de jardinería conocido en el siglo XVIII como *jardin à l'anglaise*. Aunque, en períodos posteriores, Buonaparte los preferiría siempre a la francesa, la soledad en los espacios verdes también era un elemento importante para él. En su imaginación, era capaz de retirarse al jardín recóndito del corazón de la hacienda Clarens del mismo modo que se recluía en su propio jardincito cuando lo fastidiaban sus compañeros de estudios.

Pese a la infelicidad y la nostalgia que lo invadían en la escuela, Buonaparte recordaría con afecto aquel período de Brienne-le-Château. Mantuvo el contacto con algunos de sus profesores, entre quienes se encontraba el matemático Louis Monge, cuyo hermano más distinguido, Gaspard, llegó a ser gran amigo suyo y asesor científico. Tampoco dejó de ver

a algunos de sus compañeros, y en particular a Bourrienne. Cuando, en 1805, visitó su antigua escuela y su primer jardín yendo de camino a Milán, donde se coronaría rey de Italia, se encontró con que había sido destruida parcialmente durante la Revolución y había sido clausurada en 1790 por la estrecha asociación que guardaba con Luis XVI y el Antiguo Régimen. Tras otorgar al centro doce mil francos para que acometiese las reparaciones necesarias, galopó sin su escolta al bosque aledaño para quedarse a solas con sus recuerdos.[15]

En enero de 1814 regresaría a Brienne-le-Château a fin de luchar contra las fuerzas invasoras de Rusia y Prusia. El castillo de la ciudad, como la legendaria fortaleza de nieve de la escuela, había quedado sitiado. Obtuvo una victoria muy ajustada, pero no logró hacer retroceder al enemigo hasta más allá de la frontera francesa. En su exilio en Santa Elena, rememoraría la batalla de Brienne, librada cerca de su vieja escuela y aseguraría que había estado a punto de morir —por una bala de cañón o por un cosaco, según la versión— cerca del mismo árbol en el que tanto le había gustado sentarse a leer de niño.[16] En medio de una batalla encarnizada, por tanto, reconoció un manzano, un peral o un ciruelo de sus días escolares.

En los cinco años que estuvo en Brienne-le-Château, Napoleone no regresó una sola vez a Córcega. Después de graduarse y mudarse a la academia militar de París, en 1784, empezó a volver por vacaciones, estrechó los lazos con su familia y participó en la política de la isla. Sus padres, Letizia y Carlo di Buonaparte, tenían trece hijos. De los ocho que llegaron a adultos, él era el segundo. Tenía un hermano mayor, José, y entre los menores, tres hermanos varones, Luciano, Luis y Jerónimo, y tres hermanas, Elisa, Paulina y Carolina. La familia tenía dos residencias: una en Ayacio y otra, llamada Les Milelli, en los montes de la periferia, con vistas al mar. Los Buonaparte también eran dueños de otra propiedad que incluía un olivar, una viña y un molino, disponían de criados y estaban bien conectados con la minoría selecta de la isla. El arcediano de Ayacio, Joseph Fesch, era medio hermano de su madre. En 1769, el año en que nació él, cuando Francia invadió Córcega, el nuevo gobernador, el marqués de Marboeuf, se hizo amigo de la familia y se encargó de garantizarle una plaza en la escuela de Brienne-le-Château.

Las dos viviendas de los Buonaparte tenían jardín. El de Ayacio era más pequeño, un patio de ciudad, pero lo bastante espacioso para dar cabida a palmeras altas y resistentes a la sequía y fragantes naranjos. El de Les Milelli era mucho más extenso. Aquella era la residencia de verano, a la que se llegaba por una avenida cercada con altos cactus. Había una extensión de césped bien cuidada, rodeada de arbustos y un huerto de frutales (*milelli* significa «manzanitos» en corso). Las clemátides trepaban por los almendros mientras en los cuadros florecían violetas corsas y siemprevivas del monte. Los olivos envolvían la finca y protegían su intimidad.

En cierto lugar de aquellas doce hectáreas, oculta bajo una bóveda verde de

matorrales, había una pequeña abertura en una peña de granito aislada en la que gustaba de recluirse el muchacho y que más tarde adquiriría el nombre de «cueva de Napoleón». Uno de los primeros turistas de la zona dio con los restos de una casita de verano construida bajo la roca y una higuera frondosa que había cerrado la entrada casi por completo. Walter Scott escribió al respecto en su biografía: «¡Cómo se afana la imaginación en hacerse una idea de las visiones que debieron de cobrar forma en este lugar recoleto y romántico ante el héroe de cien batallas!».[17] Hoy, la ubicación de la Grotte Napoléon ha pasado de Les Milelli a la plaza de Austerlitz de Ayacio, donde puede encontrarse al pie de un monumento imponente erigido en 1938. En una pendiente pronunciada de piedra que se eleva entre dos columnas rematadas con sendas águilas y grabadas con la fecha del nacimiento y la muerte del homenajeado, se relacionan sus batallas y sus logros:

Montenotte		Millesimo
Lodi		Castiglione
Mondovi		Arcoli
Rivoli		Las pirámides
Paso de San Bernardo		
Montebello		Marengo
Ulm	Austerlitz	Jena
Eylau	Friedland	Madrid
Eckmu¨hl	Essling	Wagram
Moscú		Lu¨tzen
Bautzen	Dresde	Brienne
Champaubert		Montmirail
Nancy	Craonne	Laón
Ligny Sous Fleurus		

Código Civil	Universidad
Banco de Francia	
Legión de Honor	
Tribunal de Cuentas	
Concordato	Consejo de Estado

La rampa tiene a uno y otro lado sendos tramos de altos escalones de piedra que permiten a los visitantes subir a la pirámide y la estatua que coronan el conjunto, donde hay una inscripción que casi lo deifica: A Napoleón I, emperador de los franceses, 1804-1815. Lo hemos visto ascender soberbio los primeros escalones de los cielos. En el suelo, desde el interior de la cueva, puede verse la célebre silueta del emperador recortada en lo alto contra el horizonte. La Grotte Napoléon de nuestros días, tan oportunamente cerca del monumento, es un invento para turistas; pero, en algún lugar de Les Milelli, había un refugio apartado al que acudía para pensar y escribir, ignorante de si su futuro estaría en Córcega o en Francia y sin más certeza que la de que

debía trabajar y dar lo mejor de sí mismo, deleitándose en todo momento en la belleza del mundo natural. Le encantaría saber que, hoy, la hacienda familiar es un jardín botánico con gratos paseos, un arboreto pedagógico plantado en 1993 y huertos ecológicos abiertos al público desde 2003. Entre las especies de árboles que lo pueblan se incluyen castaños de Indias, cedros del Líbano, cedros del Atlas y palmeras datileras de Judea. En un cartel situado a la entrada se lee: «Aquí la reina es la naturaleza. Gracias por respetar este lugar».

Bonaparte vivió un año en Les Milelli al volver de Francia, en septiembre de 1786. Disfrutó de un permiso prolongado mientras el regimiento La Fère, al que lo habían asignado hacía un año, tras graduarse en la academia militar, se encontraba acantonado en Valence, en la margen izquierda del Ródano. Durante aquel tiempo se dedicó a escribir una historia de Córcega concebida como una galería cronológica de grandes hombres en la que lamentaba el estado en que se encontraba entonces la isla.[18] «Yo nací cuando mi país agonizaba», escribió.[19] Abrumado por la melancolía y consternado por lo que había oído de la política corsa bajo dominación francesa, llegó a pensar en suicidarse:

> ¿Qué se puede hacer en este mundo? Si tengo que morir, ¿no dará igual si me mato? Si fuese ya sexagenario, respetaría los prejuicios de mis contemporáneos y aguardaría paciente a que la naturaleza concluyese su curso; pero, dado que estoy empezando a conocer la desgracia, y que nada me resulta placentero, ¿por qué seguir acarreando una vida en la que nada me es próspero? ¡Cuán apartados están los hombres de la naturaleza! ¡Cuán cobardes son; cuán abyectos; cuán serviles![20]

El Napoleón adolescente idolatraba a los patriotas corsos, a los que imaginaba viviendo existencias sencillas de virtud pública, en contacto con la naturaleza y llenas de amor. Estaba convencido de que los franceses habían saqueado y corrompido Córcega. Había temido volver («¿Qué actitud tendré que adoptar? ¿Qué idioma tendré que usar?») y se entregó a la idea del suicidio a fin de aliviar su sentimiento de repugnancia y aislamiento.

La efímera República de Córcega se había fundado en 1755, tras declarar su independencia de Génova guiada por el libertador Pasquale Paoli. Aquel Estado diminuto se vio conquistado por Francia a principios del mes de mayo de 1769, tres meses antes del nacimiento de Buonaparte (15 de agosto). Aunque nacionalizado, por tanto, ciudadano francés, creció añorando la independencia corsa. En 1784, antes de dejar Brienne-le-Château, Bonaparte escribió a su padre para pedirle un ejemplar de *An Account of Corsica* del biógrafo escocés James Boswell (1768), que leyó en traducción al francés o al italiano.[21] Boswell había visitado Córcega en 1765. Había mostrado su aprobación ante aquella islita que reivindicaba su libertad y había querido conocer al patriota Paoli. Durante su estancia, había observado que la horticultura se había descuidado en gran medida por la lucha por la independencia. En el momento de su visita, existía un decreto por el que «cada hombre que posea un huerto u otro recinto está obligado a sembrar cada

año guisantes, alubias y toda clase de productos hortícolas, y en cantidad de al menos una libra [450 gramos], so pena de cuatro *livres*, pagaderas al *podestà*».[22] El Consejo Supremo de la República destinó a dos funcionarios en cada provincia para que supervisaran el cultivo de la tierra y fomentaran, sobre todo, la plantación de moreras con la esperanza de dotar a Córcega de la capacidad para producir seda de los gusanos que se alimentan de sus hojas. El sueño de la creación de una industria sericícola en la isla sobrevivió a la caída de la República.

En la costa, al nordeste de Ayacio, había una marisma, conocida como Les Salines, que estaba separada del mar por un banco de arena. Entre los juncos se extendían unas cuatro hectáreas de saladares, delimitadas por viñedos por un lado y por arena por el otro. De la zona había emanado siempre una gran pestilencia y las gentes del lugar se preguntaban si no sería posible sanearla drenándola o transformándola en un estanque de peces o una verdadera salina. Pocos en Ayacio poseían el dinero necesario para semejante empresa, pero Carlo, el padre de Buonaparte, era uno de ellos. Reclamó aquella tierra con un título de propiedad procedente nada menos que de 1584.[23] El Estado francés aceptó el documento y le otorgó, en nombre de Luis XVI, una concesión a perpetuidad sobre Les Salines. Carlo solicitó de inmediato ayuda gubernamental para drenar el terreno y en 1782 recibió un préstamo estatal libre de intereses para la creación de un vivero de moreras. Se comprometió a cultivar cien mil ejemplares en diez años y recibió ocho mil quinientas libras más dos *sous* por injerto.[24]

Además de las moreras, Carlo tenía la intención de cultivar frutales y otras plantas exóticas. Dos años después, había gastado unas treinta mil libras y Les Salines seguían sin drenarse como era debido. La pestilencia no había cesado y se había cobrado la vida de uno de los hortelanos que trabajaban aquellas tierras fétidas.[25] Carlo calculó que necesitaría la misma cantidad de dinero que había invertido si quería completar el proyecto. Sin embargo, el 24 de febrero de 1785 murió de cáncer de estómago a los treinta y nueve años. Buonaparte, que se encontraba en la academia militar de París, lamentó profundamente no haber podido cerrar los ojos a su padre.[26] El moreral constituyó una herencia problemática para su familia y él no tardó en verse arrastrado a la pugna por obtener el dinero que les había prometido el Estado francés. Cuando su madre escribió en octubre, solo ocho meses después de la muerte de su marido, para solicitar el resto del préstamo, la informaron de que la producción del vivero se hallaba muy por debajo de lo esperado, pues se habían proporcionado solo 25.330 árboles, de los cuales solo 7.850 habían resultado viables. La humedad de Les Salines seguía siendo excesiva y el vivero no prosperaba. El Estado francés se limitó a cancelar el préstamo y exigir su reembolso. Los Buonaparte, aún de luto, se vieron así, además, al borde de la bancarrota.

Napoleone luchó por su familia. Al año siguiente, tras más solicitudes y reclamaciones por daños y perjuicios, un funcionario francés viajó a Córcega

para inspeccionar Les Salines y encontró la parte desecada de la marisma cubierta de hermosos plantones. Al final de su informe, escribió: «No puedo sino aplaudir la dedicación y la inteligencia del hijo mayor de la señora Buonaparte, a quien ha hecho permanecer en la región para cuidar de la empresa que tanto ha sufrido con la muerte del padre, el señor Buonaparte».[27] Él no era el mayor de los varones del matrimonio, pero llevaba en Córcega desde el 15 de septiembre de 1786. El segundo era más diligente a la hora de ayudar a su madre que José, más falto de recursos; de modo que es posible que el funcionario que inspeccionó Les Salines estuviera alabando las capacidades de aquel, y no de este, para el cultivo de la tierra.

Buonaparte desaprobaba el modo como los habían atendido y mimado en la academia militar de París a los demás cadetes y a él. Volviendo la vista atrás, consideraba que habría sido más provechoso para ellos aprender a cultivar y preparar sus propios alimentos. Su familia corsa se preciaba de no haber tenido que comprar nunca pan, vino ni aceite de oliva. A excepción de un número reducido de artículos que no era posible producir en la isla —café, azúcar y arroz—, todo lo que llegaba a su mesa de Ayacio o de Les Milelli procedía de la tierra o del mar de la zona.[28] En los albores de su carrera, cuando Buonaparte debía haber estado tratando de medrar en las filas de su regimiento, la familia lo hizo volver a Córcega, donde hizo cuanto estuvo en su mano por rescatar el vivero de moreras dispuesto en un suelo tan poco apropiado. Por más que se hubieran despejado los juncos y se hubieran rellenado con mantillo las zanjas, el agua seguía inundando Les Salines y pudriendo los arbolitos que se hundían poco a poco en la tierra.

Buonaparte trató de convencer a las autoridades para que les adelantasen el resto del préstamo, lo que les permitiría aumentar el número de injertos. Intentó conseguir una compensación económica por los miles de moreras que ya había enviado su familia al Gobierno francés. Contaba con que, en 1787, cuando Luis XVI sustituyera a su *contrôleur général des finances*, Charles-Alexandre de Calonne, por el arzobispo Loménie de Brienne, se le presentaría otra oportunidad de recuperar parte de las pérdidas familiares; pero todas sus esperanzas de justicia y compensación por parte del Estado francés quedaron en nada. «El año pasado enviamos entre cuatro mil y cinco mil árboles, aunque teníamos diez mil listos para trasplantar. Este año hemos enviado solo unos cuantos centenares, cuando el rey debería haber aceptado diez mil. Este cultivo nos está arruinando —se quejó al intendente francés en Córcega— y no le negaré que la plantación se encuentra ahora en muy mal estado; pero algo hay que hacer y no es justo que sigamos sufriendo».[29] En 1789, cuando Luis XVI se avino a hacer frente a la amenaza de bancarrota que acechaba a su reino mediante la convocatoria de los Estados Generales, el mayor cuerpo legislativo de la nación, que no se había reunido desde 1614, Buonaparte se hallaba de nuevo en Francia, acantonado con su regimiento en la ciudad borgoñona de Auxonne. Su origen corso y la experiencia que había adquirido de muy joven en el manejo de la economía familiar lo llevaron a solidarizarse

con quienes exigían reformar el Antiguo Régimen. Abrigaba la esperanza de que la convocatoria de los Estados Generales reavivara la lucha por la independencia de Córcega. Idolatraba al legendario Paoli, que vivía en el exilio en Londres, y soñaba con que su isla natal se sacudiera el yugo de la dominación francesa del mismo modo que había hecho en el pasado con la supremacía genovesa.

Estando de instrucción en Auxonne, escribió un discurso sobre la autoridad real y un tratado sobre los usos de la artillería. «No me queda más opción que trabajar», escribió a un tío de Córcega en 1789.[30] Siguió investigando para su historia de la isla y también tomó extensas notas de la enciclopedia *Histoire naturelle*, del gran naturalista Georges-Louis Leclerc, conde de Buffon, centradas en la formación de los planetas y la Tierra, los ríos, los mares, los lagos, los vientos, los volcanes, los terremotos y los seres humanos.[31] Mientras el tercer estado, el pueblo llano, de París inventaba un significado nuevo para la palabra *revolución* —el rechazo total al Antiguo Régimen y la creación de un nuevo orden político y social—, él había dado con el antiguo en la descripción que hacía Buffon de los planetas:

> La Tierra tiene unas tres mil leguas de diámetro y está situada a treinta millones de leguas del Sol, a cuyo derredor completa una revolución en trescientos sesenta y cinco días. Este movimiento es resultado de dos fuerzas: una que va de arriba abajo y que recibe el nombre de *atracción*, y otra que va de izquierda a derecha [...] [L]a revolución se da siempre con un eje menor, que es 1/125 menor que el eje del ecuador.[32]

Tomó apuntes de la teoría de que los planetas habían surgido de la colisión oblicua de un cometa con el Sol, que había originado fragmentos de materia derretida convertidos en satélites que daban vueltas alrededor del astro rotando a gran velocidad; del enfriamiento y la formación de la Tierra, la aparición de la vida humana, su reproducción y el crecimiento del feto; hasta del desarrollo de los dientes y el lenguaje tras el nacimiento, además de mostrar un interés particular en la castración. En esta obra, Buonaparte encontró la historia de la humanidad situada en el contexto de la del mundo natural:

> Seiscientos siglos —había escrito Buffon— fueron necesarios a la Naturaleza para construir sus grandes obras, enfriar la Tierra, dar forma a su superficie y llevarla a un estado de calma. ¿Cuántos requerirán los hombres para alcanzar el mismo estado y dejar de importunarse, agitarse y destruirse los unos a los otros?[33]

Buffon infravaloró la edad de la Tierra, pero no la condición esquiva de la paz en nuestro planeta. En *Les époques de la Nature*, sostenía que cada país y cada sociedad debían luchar por dar con la mejor forma posible de gobierno, «una capaz de hacer a todos los hombres, si no felices por igual, sí menos infelices por igual». Con todo, no sentía un gran entusiasmo por la Revolución ni tenía programa político alguno o forma de gobierno que proponer. Simplemente esperaba que hubiese llegado el momento de que la humanidad reconociera que «su verdadera gloria es la ciencia, y la paz, su verdadera

felicidad».[34] El Buonaparte que se aplicó a los estudios en Auxonne habría estado muy de acuerdo; pero, aunque mantuvo durante toda su vida el interés por el progreso de las ciencias, habría sido el primero en reconocer que la paz no había sido precisamente una de sus contribuciones a la historia de la humanidad.

A principios de abril de 1789, lo enviaron junto con otros oficiales y trescientos soldados a sus órdenes al municipio de Suerre, a cuarenta kilómetros al sur de Auxonne, para reprimir el motín del pan que se había producido en paralelo al arranque, el 5 de mayo en Versalles, de las elecciones a los Estados Generales. Buonaparte permaneció un par de meses en Suerre a fin de mantener el orden, para lo cual amenazó con hacer fuego contra los alzados si no se dispersaban. No se hallaba en París el 20 de junio, día del Juramento del Juego de Pelota, en que los diputados de la plebe (el tercer estado) invitaron a los del clero y la aristocracia (primer y segundo estados) a redactar una nueva Constitución para Francia. Al verse excluidos de la cámara en que se producían los debates, los representantes del tercer estado se reunieron en una pista de juego de pelota de Versalles y juraron no disolverse hasta que Francia tuviera una nueva Constitución. Para muchos, este acontecimiento, que más tarde representaría el pintor Jacques-Louis David en un óleo cargado de dramatismo, marcó el principio de la Revolución. Aquel Juramento no fue una rebelión que pudiera reprimirse ni un movimiento reformista al que cupiera hacer frente mediante un acuerdo, sino la afirmación de los derechos del tercer estado, que desde entonces cambió su nombre por el de *la nación*.

Buonaparte siguió aquellos primeros acontecimientos revolucionarios desde cierta distancia. No podía permitirse viajar a París para observarlos personalmente. Para él, las cuestiones que revestían importancia eran cómo afectaría la Revolución a Córcega y qué impacto tendría en su familia y en el problema, aún sin resolver, del vivero de moreras. El 12 de julio escribió a Paoli una carta propia de un admirador en la que se identifica de forma explícita como patriota corso. «Nací cuando moría la patria. Treinta mil franceses, vomitados sobre nuestras costas y ahogando el trono de la libertad en oleadas de sangre: ese fue el odioso espectáculo que primero conocieron mis ojos».[35] A continuación, daba a entender que quizá un día iría a visitarlo a Londres.

Cuando, el 14 de julio, cayó la Bastilla, la cárcel que simbolizaba la opresión del Antiguo Régimen, Buonaparte estaba, probablemente, estudiando. Supo de las noticias que llegaban de París al día siguiente, cuando dos de sus camaradas corrieron a su habitación y se las leyeron. Se mostró entre asombrado y alarmado. Se hablaba de soldados que, apostados en la capital para mantener el orden, se habían mezclado con el pueblo y disparaban a los integrantes de otros regimientos, cosa que le pareció que presentaba cotas sin precedentes de caos e incertidumbre. Cuando, menos de una semana más tarde, estalló la revuelta en Auxonne, su general le encomendó que

restableciese el orden. A sus setenta y cinco años, cansado y renuente al uso excesivo de la fuerza, el general Du Teil confió encantado en aquel oficial que se mostró dispuesto a arengar y arrestar a los alborotadores. En una carta a su hermano mayor, Buonaparte expresó su convencimiento de que habría que ahorcar a dos o tres de ellos. Aunque no apoyaba a la realeza, su instinto lo ponía del lado de la ley y el orden.[36]

En septiembre de 1789 obtuvo un permiso para visitar de nuevo a su familia. Esta vez permaneció en Córcega hasta el 30 de enero de 1791. La Revolución francesa tuvo un efecto paradójico en la isla, pues quienes apoyaban la independencia corsa, que hasta aquel momento habían visto a los franceses como opresores, pasaron de pronto a tenerlos por defensores de la libertad. «Regeneración, tú eres sin duda la reina de la Naturaleza», escribió Buonaparte.[37] El 17 de julio de 1790, conoció, al fin, a Paoli, aunque no en Londres, como supuso que ocurriría, sino en la ciudad de Bastia, después de que el legendario patriota se dejara convencer para volver a Córcega. Su viaje de regreso lo hizo pasar por París, donde recibió honores de todo el espectro político, desde Luis XVI hasta la Asamblea Nacional y el revolucionario radical Maximilien de Robespierre, quien dijo de él que había «defendido la libertad en un tiempo en que nosotros ni nos atrevíamos a abrigar la esperanza de lograrla».[38] A la edad de veintiuno, Buonaparte no pudo menos de enorgullecerse al verse incluido en el séquito de Paoli. Durante su exilio de Santa Elena, aseveraría que el héroe le había dicho: «¡Oh Napoleón! Nada tienes de moderno: eres de Plutarco de los pies a la cabeza».[39] Aun así, en 1790, el futuro Napoleón seguía siendo, sin más, Buonaparte, y estaba infinitamente menos convencido que poco antes de morir de que se convertiría en objeto de biografías. De cualquier modo, si bien es poco probable que Paoli reconociese en Buonaparte un personaje en ciernes de la historia mundial, sí que ayudó a su hermano mayor, José, a ser elegido presidente de la Administración del distrito de Ayacio. Buonaparte regresó a Francia en febrero de 1791 y, tras viajar de nuevo a Córcega nueve meses después, volvió a la primavera siguiente a Francia para reanudar su servicio en el Ejército francés.

Buonaparte llegó a París poco antes de que la Francia revolucionaria emprendiese un ataque preventivo contra Austria, a quien declaró la guerra el 20 de abril de 1792. Esto aumentó las probabilidades que se le presentaban a un joven soldado como él de volver a sentar plaza en el Ejército, aun después de haberse ausentado sin permiso. A fin de ser readmitido, recurrió a cuantos contactos tenía y fue a ver al matemático Gaspard Monge, ministro de la Armada y hermano mayor de Louis Monge, su profesor de matemáticas en la escuela. El hombre recibió con gran educación a aquel joven desconocido y arruinado que se presentó ante él con aspecto harapiento, con un gabán gris de hechura sencilla, abotonado hasta el mentón, pañuelo torpemente anudado al cuello y sombrero redondo que unas veces calaba demasiado sobre el rostro, y

otras echaba hacia atrás hasta que le descansaba sobre la coronilla. El cabello, mal empolvado, le caía lacio sobre el cuello del abrigo.[40] Monge, que era hijo de vendedor ambulante, fue pionero de la geometría descriptiva, que tiene dos fines: el cálculo de las dimensiones de los cuerpos sólidos y la creación de métodos para la representación de objetos tridimensionales en las dos dimensiones de una hoja de papel. Durante muchos años, sus ideas tuvieron el carácter de secreto militar por la gran utilidad que ofrecían a la hora de mejorar la artillería y las técnicas de fortificación. Su obra concedía una importancia fundamental a la teoría de las sombras, concebidas estas como lo que denota el término en el habla ordinaria: la proyección de un cuerpo sobre la superficie de otro, como ocurre, «por ejemplo, cuando, al caminar a pleno sol, percibimos que se acortan al mediodía».[41] Cuando conoció a Buonaparte, Monge no podía imaginar siquiera las sombras que proyectaría sobre su propia vida aquel joven desaliñado.

En aquellas fechas, Buonaparte y Bourrienne, que se conocían desde su época escolar, retomaron su relación en París. Ambos tenían veintitrés años, poco dinero y menos aún que hacer. A Buonaparte lo habían sacado de las listas del Ejército el 6 de febrero de 1792, después de prolongar en Córcega un permiso que había expirado a finales del año previo. En sus poco fiables memorias, Bourrienne subraya ufano que el futuro emperador era aún más pobre que él mismo, aunque reconoce que ambos vivían como vagabundos y a ninguno le resultaba nada fácil pagar su alojamiento.[42] Buonaparte esperaba encontrar trabajo en el Ministerio de la Guerra y Bourrienne, en el de Asuntos Exteriores. También aquí se jacta el segundo de ser el que más éxito tuvo de los dos. Se encontraban con cierta regularidad para pasear o sentarse sin hacer gran cosa, siempre atentos ante cualquier oportunidad de ganar dinero. A Buonaparte se le ocurrió alquilar y subarrendar varias casas de la Rue Montholon y, en lugar de eso, acabó por verse obligado a vender su reloj por mediación de Fauvelet, hermano de Bourrienne, que llevaba una tienda de muebles en la Place du Carrousel, muy cerca de los jardines de las Tullerías, donde a quienes necesitaban salir con prisa de París les avanzaban dinero contra la venta de sus posesiones.

Buonaparte volvería a alistarse en el Ejército en mayo y unas semanas después, el 20 de junio, día del tercer aniversario del Juramento del Juego de Pelota, que había marcado el inicio de la Revolución en 1789, Bourrienne y él salieron a dar uno de sus paseos, para lo cual se encontraron en un restaurante de la Rue Saint-Honoré, cerca del Palacio Real. En el momento de echarse a andar, toparon con un gentío harapiento con armas improvisadas. Buonaparte calculó que los congregados debían de ser cinco mil o seis mil. Los dos amigos los siguieron hasta las Tullerías, donde se situaron en la terraza que corría paralela al Sena a fin de observar el enfrentamiento entre los manifestados y las fuerzas del rey.[43]

Luis XVI llevaba aposentado en el palacio de las Tullerías desde el mes de octubre de 1789, cuando se había visto obligado a trasladarse de Versalles a

París, y sometido a estricta vigilancia desde junio de 1791, fecha en que había tratado de escapar a la frontera francesa, donde se habían reunido fuerzas hostiles a la Revolución. Aunque a regañadientes, en septiembre de 1791 había aceptado formalmente su nueva función en la monarquía constitucional y el 18 de dicho mes se había organizado un festival nocturno en los jardines de las Tullerías con la intención de celebrar la nueva Constitución. En aquella ocasión, la multitud había ovacionado a la familia real; pero, cuando aún no había transcurrido un año, el monarca empezó a usar su veto ejecutivo de un modo que inflamó los sentimientos revolucionarios. Tras la declaración de guerra contra Austria, cuando la muchedumbre mostró su apoyo al conflicto bélico congregándose en las Tullerías, la Guardia Suiza del rey, cuerpo que tenía por principal responsabilidad la salvaguardia de la familia real, expulsó a los manifestantes. En consecuencia, el 24 de abril de 1792, la Asamblea Legislativa, reunida en la Salle du Manège, el picadero situado en el extremo septentrional de los jardines, al oeste del palacio, declaró las Tullerías un «bien nacional». El diputado Armand de Kersaint declaró: «La nación tiene alojado al rey en las Tullerías, pero en ningún lado veo que le haya otorgado el uso y disfrute exclusivo del jardín».[44] Por consiguiente, se le dio el nombre de Jardín Nacional. Se eliminó la decoración floral de los cuadros que poblaban los parterres para sustituirla por cultivos con los que alimentar a los pacientes de los hospitales parisinos y se llenó el lugar de tiendas y tenderetes que lo convirtieron en un mercado. Las escasas secciones privadas que se reservaron para la familia real quedaron separadas del público por una frágil cinta tricolor.

Los jardines de las Tullerías databan de mediados del siglo XVI, época de Catalina de Médici, esposa de Enrique II de Francia y madre de Francisco II, Carlos IX y Enrique III. Cien años más tarde, el diseñador André Le Nôtre los transformó en un *jardin à la française* para el Rey Sol, Luis XIV. Sus creaciones, en las que predominan las líneas rectas y la simetría, incluían largos paseos de árboles, a menudo castaños u olmos, así como setos de haya o boj primorosamente podados, estanques o fuentes simétricos, senderos de gravilla y parterres, destinados todos ellos a poner de relieve el triunfo metódico del hombre sobre la naturaleza. Entre las plantas, que seguían una disposición geométrica, se intercalaban hermosas estatuas de mármol. Aquellos jardines eran obras de arte destinadas a contemplarse desde arriba, desde la terraza o los salones de la primera planta del palacio. Los de las Tullerías, a los que se podía acceder con facilidad desde las vías aledañas, incluida la Rue Saint-Honoré, habían estado abiertos al público desde 1667 y se habían usado para conciertos, para lanzar fuegos artificiales durante la festividad de San Luis, el 25 de agosto, y hasta para uno de los primeros vuelos en globo, en 1783.

A la multitud que se congregó allí el 20 de junio la empujaba un espíritu crítico, no de celebración, y exigía que Luis XVI demostrara su lealtad a la Revolución. Buonaparte quedó tan estupefacto como indignado cuando se

obligó al rey a asomarse a los ventanales de palacio que daban a unos jardines llenos de manifestantes, no con la corona, sino con el *bonnet rouge* revolucionario, el gorro frigio rojo de la libertad, símbolo que habían tomado prestado de la Antigüedad clásica, en la que identificaba a los esclavos manumisos. Cuando le colocaron uno de estos en la cabeza a Maximilien de Robespierre, la estrella pujante del cada vez más radical Club de los Jacobinos, adepto al debate de principios revolucionarios, se lo quitó y lo arrojó al suelo; pero Luis XVI no estaba en posición de rechazar ni poner en duda los emblemas de la Revolución.[45] Se resignó a beber un vaso de vino a la salud de la nación. Bourrienne asegura que Buonaparte no lograba entender que se hubiera permitido entrar a los manifestantes a los jardines de palacio. «¿Por qué no barren a cuatrocientos o quinientos a cañonazos? —se preguntó en voz alta—. Seguro que los demás salen corriendo como locos».[46]

Aquella noche, durante la cena —pagada por Bourrienne—, no habló de otra cosa. Comentó las causas y las consecuencias de aquella insurrección sin reprimir y predijo que la monarquía no tardaría en desmoronarse, cosa que, de hecho, ocurriría el 10 de agosto de 1792. Dado que, a esas alturas, Bourrienne había ascendido a un cargo diplomático en Stuttgart, Buonaparte regresó solo a las Tullerías a fin de ser testigo de la violencia que, al final, destronó a Luis XVI. Más tarde, diría a su hermano José que la carnicería que había contemplado aquel día en los jardines le afectó más hondamente que cualquiera de las batallas en las que habría de participar después.[47] Muy temprano, en cuanto supo del asalto a las Tullerías, corrió al almacén del hermano de Bourrienne, desde donde podía estar seguro de que podría ver sin peligro cuanto ocurría.[48] Allí, rodeado de antiguas pertenencias de quienes ya habían huido de Francia, observó los estertores de la monarquía. Unos nueve centenares de soldados de la Guardia Suiza trataron de proteger a la familia real de la turba revolucionaria. Ciento cincuenta de ellos habían acompañado ya al rey durante el triste paseo por el jardín que lo había llevado a la Asamblea Legislativa, reunida en la Salle du Manège, para renunciar a la corona. Al dejar las Tullerías por última vez, el monarca señaló que las hojas del otoño habían empezado a caer pronto aquel año. El resto de la Guardia permaneció en el palacio, ya vacío. Pese a disponer de cañones y municiones, fueron masacrados por centenares en los dominios del palacio. Tal cosa se debió a que habían recibido de Luis XVI la orden de deponer las armas y volver a sus barracones. Obedecieron... y murieron casi setecientos, cuyos cadáveres fueron amontonándose en torno al estanque redondo del armonioso jardín mientras el palacio se veía saqueado. El contraste entre la precisión geométrica de la disposición de aquel lugar, marcada por la poda ornamental y geométrica que presentaban sus plantas, y los cuerpos de los muertos y los agonizantes resultaba estremecedor.

Tiempo después, volviendo la vista atrás, Buonaparte sería incapaz de determinar con seguridad si fue lo reducido del espacio, lo inusual del espectáculo ofrecido por una batalla sangrienta en el interior de un jardín, la

densidad de los cadáveres apilados sobre el suelo o el hecho de que aún era joven e inexperto y aquella era la primera vez que veía una matanza lo que explicó la impresión, tan honda como duradera, que le produjo la degollina del 10 de agosto.[49] En ella participaron hombres y mujeres. Théroigne de Méricourt, revolucionaria extravagante que fundó con el matemático Charles-Gilbert Romme la Société des Amis de la Loi («Sociedad de Amigos de la Ley»), recibiría después una corona cívica por su valor.[50] Buonaparte recordaba haber pasado por los jardines tras el enfrentamiento y haber visto a mujeres bien vestidas conduciéndose con repugnante indecencia, mutilando los genitales de los guardias asesinados: gentes civilizadas en apariencia reducidas a un comportamiento salvaje. Luego, mientras hacía la ronda por los cafés de los alrededores, percibió la rabia en el rostro de los ciudadanos y el furor revolucionario que inflamaba cada corazón. Creyó ver a algunos que lo miraban con gesto hostil y desafiante, como si, de algún modo, fuese sospechoso por el simple hecho de permanecer en calma y no compartir su ira.[51] Probablemente estuviera impactado, sin saber bien qué esperar de su futuro ni qué pensar en medio de la Revolución. De cualquier modo, la sensación de que la muchedumbre podía volverse de pronto contra él como había hecho con el rey y su Guardia Suiza en los jardines de las Tullerías jamás lo abandonaría. Con el tiempo, de hecho, se volvería más verosímil e inquietante.[52]

Capítulo 2
Regeneración revolucionaria

¡Oh Naturaleza, este pueblo inmenso, congregado a los rayos de la primera luz del día, es digno de ti, es libre![1]

En el corazón mismo del París revolucionario, en la margen izquierda del Sena, había un jardín botánico. Antes de la Revolución, era el Jardin du Roi, creado a mediados del siglo XVII por los médicos de Luis XIII para cultivar plantas medicinales. Más tarde, el conde de Buffon lo transformó en uno de los más grandes del mundo. Durante cincuenta años, hasta su muerte, ocurrida en 1788, un año antes del comienzo de la Revolución, Buffon estuvo plantando, propagando e investigando especies en él. Introdujo en Francia la primera hortensia de la China, la dalia, el plátano de sombra y la carrasca. Remodeló los invernaderos, dispuso paseos de tilos y amplió el terreno negociando con el abad del monasterio contiguo. Cuando él se encontraba en su finca privada de Montbard, trabajando en los numerosos volúmenes de su *Histoire naturelle*, nadie cuidaba más de aquel lugar que André Thouin, el jardinero mayor, cuyo padre había ocupado el puesto antes que él. Thouin había nacido en el Jardin du Roi y jamás había mostrado deseo alguno de vivir en ningún otro sitio.[2]

Gracias a los cuidados de Thouin, el jardín prosperó durante la Revolución mientras otras instituciones reales se veían destruidas. Recibió un nombre nuevo (Jardin des Plantes), se le añadió una casa de fieras y Jean-Marie Daubenton, que había sido conservador del Gabinete Real durante el Antiguo Régimen, recibió el encargo de organizar un museo moderno, el Nacional de Historia Natural.[3] Thouin se transformó enseguida en un revolucionario comprometido. Aquel hombre alto de canoso pelo castaño, ojos marrones, frente alta y nariz aguileña contaba cuarenta y tres años cuando empezó la Revolución. Botánico distinguido, se resolvió a proteger los jardines que había conocido desde la infancia. Deseaba que el Jardin des Plantes contribuyera al bien público sin sufrir la injerencia del nuevo Gobierno. Para disfrute del público, dispuso cuadros de flores y setos de poda ornamental. En

los primeros años de la Revolución, los parisinos encontraron en sus dominios un paraíso verde en medio de la agitación política.

Thouin representó un papel nada desdeñable en el diseño del calendario revolucionario que sustituyó al gregoriano el 24 de octubre de 1793. El nuevo sistema de división de los días, las semanas y los años se inspiró en el mundo natural y se retrotraía a la fundación de la República Francesa el 22 de septiembre de 1792, de modo que, cuando arrancó el nuevo calendario, Francia se hallaba ya en su segundo año de regeneración revolucionaria. Los revolucionarios se habían propuesto romper de forma clara y simbólica con el corrupto Antiguo Régimen. Además de diseñar una nueva Constitución para la nación, pretendían borrar todo vestigio de los privilegios clericales y aristocráticos. El matemático Charles-Gilbert Romme dirigió la comisión encargada de diseñar el calendario. También participaron Gaspard Monge y el dramaturgo Philippe Fabre d'Églantine, que había añadido a su apellido el de *églantine* («rosa silvestre») después de ganar un premio de poesía. «No podíamos —aseveró este último— seguir contando los años en los que habíamos estado oprimidos por los reyes como parte de nuestra vida. Cada página del viejo calendario estaba manchada por los prejuicios y las falsedades del trono y de la Iglesia».[4] El nuevo calendario republicano se inauguró en París el día del equinoccio de otoño. Estaba dividido en doce meses de treinta días bautizados con neologismos que se inspiraban en la naturaleza:

vendimiario (*vendémiaire*, mes de la vendimia)	30 días	desde el 22, 23 o 24 de septiembre
brumario (*brumaire*, mes de la bruma)	30 días	desde el 22, 23 o 24 de octubre
frimario (*frimaire*, mes de la escarcha)	30 días	desde el 21, 22 o 23 de noviembre
nivoso (*nivôse*, mes de la nieve)	30 días	desde el 21, 22 o 23 de diciembre
pluvioso (*pluviôse*, mes de la lluvia)	30 días	desde el 20, 21 o 22 de enero
ventoso (*ventôse*, mes del viento)	30 días	desde el 19, 20 o 21 de febrero
germinal (mes de las semillas)	30 días	desde el 20 o 21 de marzo
floreal (*floréal*, mes de las flores)	30 días	desde el 20 o 21 de abril
pradial (*prairial*, mes de los prados)	30 días	desde el 20 o 21 de mayo
mesidor (*messidor*, mes de la cosecha)	30 días	desde el 19 o 20 de junio
termidor (*thermidor*, mes del calor)	30 días	desde el 19 o 20 de julio
fructidor (mes de la fruta)	30 días	desde el 18 o 19 de agosto

Las semanas tenían diez días, que recibían el nombre de otras tantas plantas, animales o herramientas usados por los campesinos. Dada su experiencia hortícola, Thouin tenía una responsabilidad especial a la hora de proponer los nombres de las plantas que irían a sustituir a los de santos cristianos del viejo calendario.[5] Eligió frutas y verduras que ya eran bien conocidas en toda Francia: nabo, achicoria, níspero, coliflor, trufa, aceituna, naranja, etc. El décimo día de cada semana era festivo. Los cinco que sobraban (seis en año bisiesto) como resultado de dividir en diez los del calendario gregoriano recibieron el nombre de *sans-culottides* en honor a los *sans-culottes* o «sin calzón corto», los revolucionarios de a pie que salían a la calle con sus *bonnets rouges* y no dudaban en recurrir a la violencia para salvaguardar la nueva República.

Uno de los símbolos de la regeneración de comienzos de la Revolución fueron los árboles de la libertad, que se plantaron en montículos de tierra con la esperanza de que crecieran aislados, altos y rectos, como emblema de la vitalidad del nuevo régimen. No habría que esperar mucho para que Francia tuviese sesenta mil ejemplares, muchos de los cuales no prosperaron. Nadie, y menos la Convención Nacional, elegida para gobernar Francia tras la caída de la monarquía, quería ver languidecer o morir un árbol de la libertad y Thouin ofrecía encantado su consejo en lo relativo a las especies más apropiadas para el trasplante.[6] No estaba de acuerdo con la propuesta de usar solo robles con este fin y, de hecho, vio en la iniciativa la ocasión de introducir en toda Francia variedades arbóreas nuevas que pudieran resultar originales e interesantes a los vecinos de cada región. Imaginaba que alguna de ellas podría llegar a ser tan popular como el olmo, que, tras una adaptación difícil, crecía en abundancia en todo el país. Hizo hincapié en la importancia de elegir árboles fuertes y capaces de sobrevivir a los inviernos franceses, así como especies de follaje generoso y duradero que ofreciera a los ciudadanos amparo frente a la lluvia y el sol. Elaboró una lista de sesenta y seis árboles adecuados para distintas partes de Francia y otra de viveros en los que adquirirlos. El nuevo Estado halló en él a un horticultor experto de esencial relevancia.

Bonaparte conoció a Thouin y el Jardin des Plantes a través de su amigo Jean-Andoche Junot, que ejercería de edecán suyo durante el sitio de Tolón, a finales de 1793. Este asedio supuso la primera ocasión de relieve de distinguirse en combate que se le presentó a Bonaparte. En el año 1 (a mediados de septiembre de 1793), cuando no era aún más que un oficial de su regimiento de artillería, destinado a la escolta de un convoy de lentos carros de pólvora que recorría la costa meridional francesa, de Marsella a Niza, hizo un alto para visitar a su paisano corso Antoine Saliceti en Le Beausset. Saliceti era uno de los influyentes *représentants en mission* de la Convención Nacional, investidos de poderes extraordinarios para imponer el orden en provincias o en el Ejército, y tenía muy buena relación con el cabecilla revolucionario Maximilien de Robespierre y su hermano Augustin.[7]

Maximilien, abogado provinciano antes de la revolución, se había transformado en el hombre más temido de Francia debido a su pertenencia al Comité de Salvación Pública, el organismo de infausta memoria que organizó el Terror. A Augustin lo habían enviado, en su condición de diputado de la Convención Nacional, a reprimir las revueltas contrarrevolucionarias del mediodía francés. Saliceti se encontraba en Le Beausset por ser el cuartel general de un ejército comandado por el general Carteaux, pintor y policía a quien habían confiado la misión de aplastar el alzamiento y defender al país frente a la invasión extranjera. En cuestión de horas, gracias a su propia determinación y a la ayuda de Saliceti, Bonaparte se vio ascendido de la escolta del convoy a un puesto de mando en la artillería de Carteaux. Lo enviaron a Tolón, donde los monárquicos contrarrevolucionarios se habían apoderado de la ciudad y habían dejado el puerto expedito a las fuerzas aliadas de una flota angloespañola.

Bonaparte conocía bien Tolón por ser el punto en el que embarcaba y desembarcaba en sus numerosos viajes entre Córcega y la Francia continental.[8] Pensando en la posición del puerto, reparó en que el único modo de recuperar la ciudad consistía en poner cerco al promontorio de L'Éguillette y su fortaleza, situados en un estrecho desde el que resultaba fácil controlar el acceso al puerto y la salida de embarcaciones. Si tomaba el promontorio con su artillería, cortaría la comunicación entre los insurgentes toloneses y los barcos angloespañoles. El plan era sencillo y su victoriosa culminación salvó a Francia de la invasión extranjera; pero para adoptarlo fue necesario un largo forcejeo. El joven jefe de batallón no poseía la autoridad necesaria para revocar las decisiones de sus superiores, cuya incompetencia le resultaba muy frustrante.

Durante la construcción de una de sus primeras baterías contra los ingleses,** Bonaparte pidió un voluntario excelentemente capacitado para labores de oficina y dotado de una buena caligrafía. Jean-Andoche Junot, sargento de veintidós años, dio un paso al frente y empezó a tomar al dictado las órdenes de su superior, apoyado en el muro de contención y sin arredrarse cuando caían a su alrededor los proyectiles y el polvo que levantaban manchaba el papel en que escribía. «Así, al menos, no necesito arenilla para secar la tinta», bromeaba.[9] Poco después, Bonaparte lo hizo su edecán y ambos trabaron una gran amistad. Emplazaron más baterías, entre las que había una llamada *Jacobinos* y otra denominada *Hombres sin Miedo*, y se las compusieron para hacer retroceder al enemigo hasta que cayó preso el general británico Charles O'Hara. Este entabló entonces negociaciones con Augustin de Robespierre. La noche del 26 de frimario del año 2 (16 de diciembre de 1793), Bonaparte, ascendido ya a coronel, emprendió un asalto y los británicos abandonaron L'Éguillette. Dos días después, el 28 de frimario, la flota angloespañola huyó de Tolón. Más tarde lo harían *général de brigade*.

El obispo de Metz era tío de Junot, naturalista distinguido y amigo íntimo de Daubenton, quien ya se había instalado en su museo del Jardin des Plantes.

Cuando Junot y Bonaparte coincidían en París, era frecuente que salieran a pasear al botánico, donde Daubenton y Thouin los recibían amablemente. Daubenton recorría los jardines como un patriarca, supervisando las labores de plantación, en tanto que Thouin trabajaba con tanto ahínco que bien cabría haberlo confundido por un peón común.[10] A Bonaparte le encantaba recorrer con Thouin los invernaderos, que, sin ser aún los que Laure Martin de Permond, futura esposa de Junot, describiría en sus memorias como «el templo más hermoso que se haya erigido jamás a la naturaleza en medio de una ciudad», estaban ya bien provistos de plantas raras y fascinantes. El más reciente, construido en 1788, debía su nombre al conde de Buffon. Tenía 7,8 metros de longitud, 3,8 de ancho y 4,6 de alto, y contenía una magnífica colección de helechos que incluía la *Gymnogramma chrysophylla*, de hojas doradas. También alojaba a la gran buganvilla (*Bougainvillea spectabilis*), la vistosa trepadora descubierta en Brasil durante la expedición que hizo alrededor del mundo Louis-Antoine de Bougainville en 1772, de flores amarillas envueltas en brácteas rosas.

En 1786, el conde de Buffon había puesto a Thouin al cargo de una almáciga resguardada del sol y del viento con instrucciones de ampliar la variedad de verduras que se cultivaban en Francia. Recorriendo el Jardin des Plantes, Thouin fue mostrando a Bonaparte hortalizas de todo el planeta que propagaba en semilleros bajo cubiertas que reproducían sus climas naturales. Algunas eran de regiones tropicales y otras de terrenos montañosos nevados. Junto con las plantas comestibles las había también ornamentales: helechos del norte, especies del género *Daphne*, geranios alpinos, violetas de flor amarilla, *Androsace*, prímulas, *Saxifraga* de los Pirineos, *Soldanella* de los Alpes, ranúnculos y sauces enanos.[11]

Uno de los sucesores de Buffon en el Jardin des Plantes era el naturalista y novelista Jacques-Henri Bernardin de Saint-Pierre, autor de *Pablo y Virginia*. La novela, ambientada en Mauricio, conocida entonces como Isla de Francia (Île de France), había atrapado la imaginación de Bonaparte. Había aparecido en 1788 y describe a dos chiquillos criados en la naturaleza y corrompidos por la sentimentalidad de la clase privilegiada francesa. Los personajes viven de lo que les da la tierra, tratando con amabilidad a sus esclavos y deduciendo la hora por la sombra de los árboles. «Pablo y Virginia no tenían relojes, almanaques ni libros de cronología, historia ni filosofía. Su vida estaba regida por la naturaleza. Conocían las horas del día por la sombra de los árboles; las estaciones, por el tiempo en que ofrecían sus flores y sus frutos, y los años, por el número de sus cosechas».[12]

Cuando lo nombraron director del Jardin des Plantes, Bernardin de Saint-Pierre se propuso crear un zoológico junto a los jardines y un nuevo museo de historia natural. El año 1, la Comuna de París aprobó una ley que prohibía la exhibición de animales salvajes en las calles de la capital.[13] A los propietarios se los instó a llevarlos al Jardin des Plantes, donde los alojaron en antiguos establos o jaulas improvisadas hasta que fue posible construir instalaciones

permanentes. Empezaron a llegar osos, lobos, zorros, marmotas y aves. Los animales de la antigua casa de fieras de María Antonieta y el duque de Orleans también se trasladaron a los jardines procedentes del palacio de Versalles y del Château du Raincy respectivamente. Sin contar las numerosas aves, fueron unos sesenta animales los que poblaron el recinto en instalaciones poco seguras. No dejaron de llegar ciudadanos con más donaciones, movidos por el fervor patriótico o por su propio interés. Algunos se presentaban con gatos domésticos con la esperanza de una recompensa. En medio del Terror, cuando se multiplicó el número de personas guillotinadas por actividades o convicciones contrarrevolucionarias, el Jardin des Plantes siguió siendo un enclave de relativa civilización en el que se ofrecían conferencias públicas y una colección —animada, aunque cada vez más caótica— de vida salvaje entre árboles y plantas cuidados con primor.

En el mes de pluvioso del año 2 (febrero de 1794), Augustin de Robespierre escribió una carta a su hermano en París alabando al joven oficial cuyo ingenio lo había llevado a obtener la victoria en Tolón. «Yo añadiría a la lista de patriotas el nombre del ciudadano Buonaparte, general en jefe de la artillería y oficial de mérito trascendente».[14] Augustin conoció a Bonaparte en Niza. Se hizo amigo de él y se desvivió por ascenderlo. De hecho, tras el éxito logrado en Tolón por su estrategia, consiguió que lo pusieran al cargo de la planificación de un ataque a la ciudad fortificada de Cúneo, sita en la llanura piamontesa.[15] Bonaparte no llegó a conocer al mayor de los Robespierre, si bien a través de Augustin se formó una firme opinión favorable del hombre que asociamos más estrechamente con el reinado del Terror. Aprobaba sus intentos de estabilizar la Francia revolucionaria mediante un sólido Gobierno centralizado y le atribuyó un plan de «regeneración tanto del siglo como del país».[16] Influido por Augustin, lo concebía como se imaginaba a sí mismo el Incorruptible: como un hombre generosamente comprometido con el triunfo de la Revolución. Sin embargo, se cuidó de mantenerse a cierta distancia de la ferviente política del corazón de la Revolución. Cuando Augustin trató de persuadirlo para que regresara a París en pradial del año 2 (mayo de 1794) y se hiciera con el mando de la Guardia Nacional, Bonaparte sopesó la oferta durante una noche y declinó. «No quería verme mezclado en conspiraciones revolucionarias de las que hasta entonces me había mantenido al margen».[17]

Durante la Revolución, se usaron a menudo los paseos y jardines de París para albergar celebraciones públicas.[18] El 20 de pradial del año 2 (8 de junio de 1794), se quemó ceremoniosamente en los jardines de las Tullerías una estatua de cartón piedra que representaba el ateísmo, diseñada por el artista Jacques-Louis David. Se eligió de forma deliberada el lugar de la matanza que había marcado el fin de la monarquía como escenario del Festival del Ser Supremo, acto inaugural de la nueva religión de Robespierre. Este, presentándose como un sumo sacerdote con gabán celeste y un ramo de trigo y flores silvestres, dio un largo discurso antes de prender fuego a la

irreligiosidad. A medida que ardía la escultura, fue surgiendo de entre las llamas otra que representaba a la sabiduría. Después, la multitud siguió a Robespierre hasta el Campo de Marte, que había sido testigo de otra carnicería en una etapa anterior de la Revolución y donde se había erigido un inmenso monte artificial con un árbol de la libertad plantado en la cumbre.

Bonaparte aprobaba los esfuerzos de Robespierre por revertir el ascenso del ateísmo en Francia mediante la introducción de aquella nueva religión revolucionaria organizada en torno a la adoración al Ser Supremo. Robespierre tenía la esperanza de que aquella religión deísta suya sustituyera tanto al catolicismo romano como al ateo culto a la Razón que se había desarrollado durante la Revolución. Bonaparte, como él, pensaba que la fe en la existencia de Dios y en la inmortalidad del alma resultaban útiles para la estabilidad del Estado. Si muchos encontraban ridícula aquella adoración al Ser Supremo, y a algunos de los integrantes de la Convención Nacional los vieron soltar una risita nerviosa mientras Robespierre ascendía el monte artificial con el ramo en la mano, Bonaparte encomiaba al Incorruptible por tratar de reintroducir la religión en Francia y elevar las cotas de moralidad de la nación. Leyó con gran interés la versión impresa de su discurso sobre el Ser Supremo y llegó a la conclusión de que Robespierre no era un hombre corriente, sino un animal político de gran valentía. «Era muy superior a cuanto lo rodeaba».[19]

Con todo, el poder de Robespierre estaba a un paso de agotarse. Desde su llegada a la ciudad portuaria de Burdeos en vendimiario del año 2 (septiembre de 1793), el joven representante en misión de veinticuatro años Jean-Lambert Tallien, al que habían enviado desde París a fin de reprimir a los insurgentes, se había deleitado alimentando la tristemente célebre maquinaria del castigo revolucionario. Sin embargo, tras un período sangriento inicial, la guillotina redujo de pronto su ritmo de ejecución y Tallien dejó de abrazar con entusiasmo los métodos del Terror. El pueblo achacaba tal cambio a su enamoramiento de Teresa Cabarrús, joven acaudalada y hermosa que había estado casada con el marqués de Fontenay y que usó su influencia sobre Tallien para salvar a sus amigos de la decapitación. Cuando tal cosa llegó a oídos de Robespierre, este lo hizo regresar a París. Teresa sufrió arresto y encarcelamiento, algo que equivalía a una muerte casi segura en la guillotina. No obstante, desde prisión se las ingenió para enviar a Tallien una daga con una carta que decía: «Muero con la desesperación de haber pertenecido a un cobarde como tú». La determinación de Tallien de redimirse a los ojos de su amante salvándola de la muerte contribuyó al golpe de Estado que derrocó a Robespierre el 9 de termidor del año 2 (29 de julio de 1794). Tallien era uno de los diputados de la Convención Nacional, entidad que seguía gobernando Francia en teoría, que denunciaron a Robespierre por traicionar la Revolución y conspirar contra ella. Muchos de ellos tenían motivos para creer que Robespierre pensaba proscribirlos y mandarlos matar, convencimiento que los

llevó a actuar contra él primero. Al día siguiente subió al cadalso de la guillotina junto con su hermano. Bonaparte estaba en Niza cuando supo de la noticia. «En cierto grado, me ha conmovido la suerte catastrófica de Robespierre, a quien estimaba y tenía por puro; pero, aun cuando hubiese sido mi padre, yo mismo lo habría apuñalado si su aspiración hubiera sido la tiranía», escribió al encargado de negocios en Génova.[20] En su opinión, la caída de Robespierre no se debió a que fuera un tirano, sino a que era más moderado que algunos de los demás jacobinos y había estado tratando de poner coto a los efectos perturbadores de la Revolución.[21]

Por buena que pudiese ser la opinión que tenía Bonaparte de Robespierre, fueron muchos quienes debieron la vida a su muerte. Teresa Cabarrús fue solo una de los que se vieron excarcelados a raíz del golpe de termidor. De hecho, entre ellos también se contaba Josefina, futura esposa de Bonaparte. Dada su asociación con Augustin, él mismo sufrió arresto el 22 de termidor del año 2 (9 de agosto de 1794) acusado de complicidad con los hermanos Robespierre. Estuvo encerrado dos semanas solamente, en Fort Carré (Antibes) o en régimen de arresto domiciliario en su vivienda de Niza. En aquel período escribió a Junot, su edecán, para informarlo de que tenía la conciencia clara y no abrigaba intenciones de escapar.[22] También escribió extensamente a los representantes del pueblo que lo habían suspendido de sus funciones y ordenado su detención. Aseveró que, durante una revolución, solo hay dos clases de personas, sospechosos y patriotas, y que él era, sin duda, un patriota adherido a los principios de la Revolución desde su comienzo.[23]

Bonaparte tenía en gran estima la amistad de Junot y en alguna ocasión había sentenciado que un amigo fiel era la verdadera imagen de Dios.[24] Durante los paseos que daban juntos en el Jardin des Plantes, se volvía comunicativo y dado a confidencias. Cuando cruzaban sus puertas para internarse en su exuberante sombra de verdor, ambos tenían la impresión de que habían dejado atrás una carga onerosa y les era posible respirar un aire más puro. En una de aquellas visitas confesó a Junot que estaba hondamente enamorado, pero sus sentimientos no eran correspondidos. Aun cuando la voz le temblaba de emoción, Junot tuvo la impresión de que «había en su interior una fuerza extraordinaria que luchaba contra su debilidad». Con todo, cuando él, a su vez, le confió el amor que profesaba a su bella hermana Paulina (o Paulette) en el momento que salían del jardín, Bonaparte se volvió frío y racional. Los amigos cruzaron el Sena en un bote y caminaron hacia el norte, en dirección a los nuevos baños chinos. Fuera del espacio confinado y pacífico del Jardin des Plantes, más allá de sus «sombras odoríferas», lo reclamaba la dura realidad de la vida. Se negó a escribir a su madre para recomendar a Junot en calidad de pretendiente de Paulina. «La verdad es que lo único que tienes es tu sueldo de teniente —le dijo— y Paulette no tiene gran cosa. En resumidas cuentas: tú no tienes nada y ella tampoco. ¿Qué suma eso? Nada. De momento no debéis casaros. Más os vale esperar».[25] Junot señalaría más tarde el punto del

Boulevard des Italiens al que habían llegado cuando Bonaparte le dirigió estas palabras.

En la primavera del año 3 (1795), París se moría de hambre. En el Jardin des Plantes no había nada con que alimentar a los animales de la casa de fieras, ni siquiera carne de caballo, y más de la mitad de ellos murieron y acabaron embalsamados en el museo.[26] Aún no había pasado un año de la caída de Robespierre y los ciudadanos famélicos recordaban con nostalgia el régimen del Terror, en el que, cuando menos, tenían pan. «Los bailes, los teatros y los conciertos estaban a rebosar noche tras noche, mientras que el hambre nos miraba a los ojos y nos amenazaban todos los horrores de la anarquía», recordaba en sus memorias Laure Martin de Permond, joven precoz cuyo cáustico ingenio y cuya gran belleza se hacían ya patentes a los diez años.[27] Regresó a París el año 3 con su madre, Panoria, en tanto que su padre permaneció en Burdeos a la espera de recibir noticias de que era seguro reunirse con su familia. Panoria, de ascendencia griega, había pasado un tiempo viviendo en Córcega y conocía a muchos corsos en París antes de la Revolución. Al volver, un buen número de ellos fueron a visitarlas a ambas en las habitaciones que ocupaban en la segunda planta del Hôtel de la Tranquillité, sito en la Rue des Filles-Saint-Thomas, y que daban a un parque. Bonaparte se encontraba entre los más asiduos. Iba a verlas casi a diario. Era amigo de la familia desde hacía mucho y había pasado tres semanas en su domicilio tras hacerse un esguince de tobillo en la escuela militar.[28] Con la crueldad propia de la juventud, Laure lo encontraba raquítico y, sin dudarlo, feo. Él regalaba a veces a Panoria un ramo de violetas, flores que sabía que le encantaban. Laure sabía que a su madre no le hacía ninguna gracia la vehemente cháchara política de Bonaparte y que, sin embargo, se lo perdonaba. Pese a ser general, se hallaba sin blanca y vivía de los donativos que le enviaba su hermano José, quien acababa de contraer matrimonio.

Las memorias de Laure también daban cuenta de la suerte corrida por Jean-Bertrand Féraud, quien había mantenido una relación estrecha con Robespierre, pero había sabido desvincularse de él tras el 9 de termidor para entrar a formar parte del nuevo Gobierno. No hacía mucho que le habían asignado la poco envidiable misión de supervisar las provisiones destinadas a París. El 1 de pradial del año 3 (20 de mayo de 1795), Féraud, descrito en cierta ocasión como «el colega más desquiciado con que pueda uno soñar», estaba tratando de calmar a la turba colérica que había irrumpido en la Convención Nacional exigiendo comida cuando lo mató de un tiro una mujer hambrienta que llevaba una pistola. La multitud cayó sobre su cuerpo y le cortó la cabeza, la clavó sobre una pica y desfiló con ella hasta el interior del salón destinado a los debates. Al cerrajero cincuentón que llevaba el brutal trofeo lo arrestaron y lo guillotinaron más tarde. Nadie sabe qué fue de la mujer de la pistola.

Laure recordaba que, mientras en la Convención Nacional ocurrían escenas

violentas como la descrita, los parisinos respetables, quienes aún tenían algo que perder, se encerraban con sus objetos de valor y aguardaban con angustia recibir noticias. Su hermano regresó por la tarde, después de no haber comido nada en todo el día, cargado de sucesos del levantamiento ocurridos en las calles de la capital y, en particular, en el Faubourg Saint-Antoine. Sin embargo, no fue hasta más tarde, cuando llegó Bonaparte, también con el estómago vacío, cuando supieron del asesinato que se había producido en la Convención. «[S]i seguimos mancillando nuestra Revolución —dijo, según Laure—, ser francés va a convertirse en una deshonra».[29] Pensaba que sería un error terrible por parte de la Convención bombardear el citado barrio, pues con ello solo lograría extender más aún la violencia por todo París.

Uno de los detenidos tras el alzamiento fue Gilbert Romme, quien, amén de presidir la comisión que había inventado el calendario revolucionario, había diseñado un almanaque agrícola basado en él. Había apoyado la insurrección y las reivindicaciones del pueblo que pedía pan. Juró que se suicidaría si lo condenaban y así lo hizo, hundiéndose una daga en el corazón en la escalera del tribunal tras declarar: «Muero por la República», el 29 de pradial del año 3 (17 de junio de 1795). En su versión de la historia, Laure asegura que las últimas palabras de Romme fueron: «Vive la liberté!», y que su hermano estaba tan cerca de él cuando murió que se manchó la chaqueta de sangre. Bonaparte se había ausentado unos días de París y se encontraba en Saint-Maur; pero, a su vuelta, la muerte de Romme le produjo una honda impresión. Alabándolo, criticó con vehemencia a Saliceti, a quien acusó de tratar de reavivar la política del Terror. Al dar cuenta de todo esto, Laure pretendía echar por tierra el retrato negativo de Bonaparte debido a la esposa de Bourrienne, quien lo presentaba como un personaje frío e insensible. Los Bourrienne, recién desposados, habían regresado hacía poco desde Stuttgart para una breve estancia en París poco antes del juicio de Romme y habían visto a Bonaparte en reuniones sociales —en las que, dada la extrema escasez de pan, los anfitriones tenían que pedir a los invitados que llevasen el suyo propio— y en numerosas visitas al teatro. La señora Bourrienne lo encontraba reservado y melancólico, y no compartía el cariño que profesaba su marido a su antiguo compañero de escuela. «Siempre había algo excéntrico en el comportamiento de Bonaparte. Muchas veces, desaparecía de nuestro lado sin decir palabra y, cuando pensábamos que debía de haberse marchado del teatro, lo descubríamos de pronto en la segunda o tercera planta, sentado solo en un palco y con aire más bien malhumorado».[30]

Aquel otoño, Bonaparte escribió una novela, *Clisson et Eugénie*, un romance iluso y vagamente autobiográfico que acusa una notable influencia del *Pablo y Virginia* de Bernardin de Saint-Pierre. «Clisson nació con una fuerte atracción por la guerra», es la frase con la que arranca. Con todo, la obra no tarda en centrarse no en el terreno bélico, sino en el amoroso. A Clisson no había nada que le gustase más que vagar por el bosque, donde «se sentía en paz consigo

mismo y podía desdeñar la maldad del ser humano, su estupidez y crueldad».[31] Sabía apreciar los amaneceres y las puestas de sol, «la mudanza de las estaciones y la variedad de las vistas, los conciertos de las aves y el murmullo de las aguas».[32] Repara en que, en su vida previa, centrada en las batallas, estaba ciego ante la belleza y era «insensible ante los placeres de la naturaleza».[33] Conoce a Eugénie en un balneario y la compara con una pieza de la música de Paisiello, «que eleva solo las almas nacidas para apreciarla».[34] Por ella renuncia a todo pensamiento de guerra y de gloria, y ambos viven juntos durante años, en los cuales tienen muchos hijos sin dejar nunca de amarse profundamente. «Pasaban juntos cada día mientras criaban a sus hijos, cuidaban de su jardín y gobernaban su hogar». Se recrean en su amor, la naturaleza y la sencillez rústica. Al final, sin embargo, este idilio doméstico se ve destrozado por la guerra y la infidelidad de Eugénie, y Clisson marcha para morir en el campo de batalla.

El protagonista femenino de la novela estaba basado probablemente en Eugénie Désirée Clary, con la que Bonaparte estuvo comprometido brevemente. Era la hermana de la mujer de su hermano mayor, José, y, aunque no está claro que fuese ella la mujer de la que habló a Junot durante sus paseos en el Jardin des Plantes, si es cierto que al principio no le correspondió, fue él, y no Eugénie, quien puso fin a la relación el 20 de fructidor del año 3 (6 de septiembre de 1795). El motivo no fue otro que Josefina. La mujer que se convertiría en la primera esposa de Bonaparte nació con el nombre de Marie Josèphe Rose Tascher de la Pagerie en el seno de una familia criolla que poseía esclavos y una plantación de azúcar en Les Trois-Îlets (Martinica). En 1779 contrajo matrimonio con Alexandre de Beauharnais, con quien tuvo dos hijos, Eugène y Hortensia. Durante el Terror, su marido fue arrestado y acusado de actividades contrarrevolucionarias el 29 de germinal del año 2 (18 de abril de 1794), y ella siguió la misma suerte tres días después. A Alexandre lo guillotinaron cinco días antes que a Robespierre y a Josefina (a quien todos llamaban Rose hasta que conoció a Bonaparte, quien le cambió el nombre por el de Joséphine por ser su favorito) la excarcelaron inmediatamente después de la caída del Incorruptible. Cuando la conoció Bonaparte, durante el otoño del año 3, estaba ya bien relacionada con el nuevo Gobierno gracias a su buena amiga Teresa Cabarrús —la hermosa amante de Tallien, convertida ya en su esposa— y a su propia aventura con Paul Barras, miembro de la Convención Nacional y comisionado del Ejército francés.

En su atracción por Josefina coincidieron el lado romántico y el práctico de la naturaleza de Bonaparte. No pudo menos de quedar fascinado y perdidamente enamorado, pero su conexión con Barras, a quien él conocía de Tolón, la convertían también en una elección práctica muy inteligente. Desde la caída de Robespierre, el poder de Barras no había hecho más que aumentar hasta ponerlo al mando de las tropas que defendían a la Convención. Cuando Josefina se convirtió en su amante, canceló las deudas que tenía contraídas

(aun cuando ella percibía unos ingresos anuales de veinticinco mil francos) y le sufragó la fianza para el arrendamiento de una casa en la Rue Chantereine; pero su condición promiscua lo llevó a interesarse, poco después de empezar su relación con ella, por Teresa Cabarrús, cuyo matrimonio con Tallien había empezado ya a hacer aguas tras un año. Barras alentó activamente la relación entre Bonaparte y Josefina, sin duda con la esperanza de despojarse de toda responsabilidad ante ella. Sus treinta y tres años y sus dos hijos adolescentes eran detalles mundanos que no representaban óbice alguno para Bonaparte. Casarse con una mujer seis años mayor que él no lo inquietaba. Laure Permond aseguraba que, tras la muerte de su padre, Bonaparte propuso matrimonio a su madre, que tenía la edad de la madre de Bonaparte y compartía amistad con ella.[35] Laura, que era entonces una niña, presenta este hecho en sus memorias, muy posteriores, en tono semijocoso al referirse a la búsqueda, por parte de él, de un modo de unir las dos familias corsas y señala que aquella mañana se había levantado «con la ventolera del matrimonio».[36] En cambio, su proposición de matrimonio a Josefina no tuvo nada de chistoso. En ella veía a alguien incomparable cuyos besos le encendían la sangre y removían sentimientos tan hondos como irrefrenables de ternura y de deseo.[37] Le gustaba el sexo y era buena practicándolo. «Tenía el coñito más hermoso que pueda imaginarse», confesó Bonaparte al conde Henri-Gatien Bertrand en Santa Elena, mucho después de su muerte.[38]

El 12 de vendimiario del año 4 (4 de octubre de 1795), Bonaparte miró desde el interior de las Tullerías los jardines en los que había sido aniquilada la Guardia Suiza de Luis XVI y preguntó: «¿Dónde está la artillería?». Hacía diez días que se había aprobado oficialmente la nueva Constitución republicana del año 3; pero aún no se había elegido a los cinco directores del comité ejecutivo que habría de gobernar Francia. Los realistas que se oponían a aquel documento, partidarios conservadores de una monarquía constitucional, eligieron aquel momento para tratar de hacerse con el poder. Bonaparte era uno de los generales jacobinos al cargo de la defensa de la Convención Nacional, que seguía en activo en espera de las elecciones que habían de celebrarse en virtud de la nueva Constitución. La Convención se había declarado en sesión permanente y buscaba protección frente al motín de unos treinta mil ciudadanos armados que había estallado dentro de las Tullerías. De las 48 secciones de París, 44 se habían alzado contra la Convención, que contaba con el apoyo de la Guardia Nacional. En medio de aquel caos, Bonaparte recibía órdenes exclusivamente de Barras, general en jefe del ejército del Interior. En Tolón, este último había quedado impresionado por la actuación de Bonaparte y había empezado a confiar en él. Cuando recurrieron a Barras para que salvara al Gobierno, Bonaparte se encontraba en el teatro. Barras mandó llamarlo y, en el carruaje que lo llevó a las Tullerías, Napoleón tuvo claro lo que debía hacer. Se vio a sí mismo como subordinado inmediato de Barras y decidió que haría fuego contra la multitud

si era necesario.

Fuera de las Tullerías, quienes apoyaban el levantamiento parecían superar en número a los defensores de la Convención Nacional conforme a una proporción de seis a uno. Bonaparte pensó, como en 1792, que un número reducido de cañones diestramente emplazados por las angostas calles que rodeaban las Tullerías podría dispersar a la turba. Pero ¿dónde estaban los cañones? Consciente de que había unos cuarenta en el campamento de Les Sablons, a diez kilómetros de allí, envió al oficial de caballería Joachim Murat a buscarlos. Los insurgentes tuvieron la misma idea, pero Murat, a galope tendido, logró adelantarse con un escuadrón montado. Llevaron las piezas de artillería hasta Bonaparte, que aguardaba en las Tullerías y no había olvidado la matanza con la que se había puesto fin a la monarquía en aquellos mismos jardines. La tarde del 13 de vendimiario, cuando la muchedumbre armada marchó por la Rue Saint-Honoré, tenía ya emplazados los cañones. Tras un breve tiroteo con fuego de mosquete, llegó la señal de dispararlos. Se repitió dos o tres veces para que se dispersaran los rebeldes. Más tarde, Bonaparte aseveraría que se habían producido menos víctimas de las que había cabido esperar, ya que, tras las primeras descargas, había ordenado a la artillería disparar solo con pólvora. Su estrategia consistía en matar primero a unos cuantos y luego asustar al resto. Lo contrario, estaba convencido, habría sido un desastre: de no haber caído nadie al hacer fuego el cañón la primera vez, el gentío se habría confiado y habría sido necesario que murieran muchos más antes de que tomaran en serio la amenaza.[39] Para algunos, y en especial para Bonaparte, la sublevación realista de vendimiario demostró que en 1792 habría podido salvarse la monarquía y evitarse el Terror y, quizá, hasta la guerra con el extranjero y la civil.

Tras aquella victoria, Bonaparte fue nombrado oficialmente segundo al mando del ejército del Interior. No tardaría en suceder a Barras, quien renunció al puesto para centrarse en la formación del nuevo Gobierno del Directorio, en calidad de general en jefe. Los cinco integrantes del Directorio eran Barras, La Révellière-Lépeaux, Rewbell, Le Tourneur y Carnot. La institución ocupó los despachos del tristemente célebre Comité de Salvación Pública, en el palacio del Luxemburgo, del centro de París, y trató de estabilizar la ciudad y el país. El problema más inminente al que se enfrentaba era la incesante guerra revolucionaria contra la coalición de Gran Bretaña y Austria, que había estallado en 1792, antes de la ejecución de Luis XVI. Aquel enfrentamiento bélico con el extranjero llevaba mucho tiempo causando dificultades económicas y malestar dentro de las fronteras nacionales. El cometido original del ejército del Interior, compuesto por unos cuarenta mil soldados, consistía en mantener la paz en París y controlar el reparto de víveres. Abundaban los disturbios, porque el invierno se estaba volviendo más inclemente y el pueblo seguía muriendo de hambre. Bonaparte hizo cuanto estuvo en su mano por distinguir a los alborotadores contrarrevolucionarios de la gente corriente desesperada, «movida por la

necesidad o por un atolondramiento pasajero».[40] No hacía tanto que él también había pasado hambre. En ese momento, disfrutaba del salario y la residencia propios del puesto que ocupaba. Se dispuso a organizar el apoyo al Directorio, para lo cual creó un cuerpo especial destinado a protegerlo y disolvió la Guardia Nacional, que había secundado la insurrección. Impuso el orden en París en la medida de lo posible, para lo cual llegó incluso a acudir de noche a los teatros para comprobar que nadie cantase otra cosa que *La Marsellesa* ni sembrara cizaña contra los integrantes del Directorio.[41]

Bonaparte seguía cortejando a Josefina, a quien propuso matrimonio en nivoso del año 4 (enero de 1796), cuando aún no hacía un año que la había conocido. El anillo de compromiso de oro que pudo permitirse a duras penas estaba decorado con un diamante y un zafiro siguiendo un estilo de engaste dieciochesco llamado *toi et moi* (en 2013 se vendió en una subasta por 1,17 millones de dólares). Su familia, de mente más estrecha que él, desaprobó la relación. Su madre y sus hermanas, que habrían preferido para él una novia más joven y menos refinada a la que poder manejar, se encontraron con una mujer hermosa y con experiencia que escapaba con creces a su control. El enlace se celebró la noche del 19 de ventoso (9 de marzo) y Bonaparte llegó tarde a la ceremonia civil del ayuntamiento, sito en la Rue d'Antin, pues su reciente nombramiento en calidad de comandante en jefe del Ejército francés en Italia lo tenía ocupado en la planificación de su campaña contra el Piamonte y la Lombardía austríaca. Debía su ascenso al apoyo del general Lazare Carnot, conocido como *el Organizador de la Victoria* de las guerras revolucionarias francesas, que formaba parte del Directorio. Mientras aguardaba al novio de veintiséis años, Josefina, quien, a pesar de haber cumplido ya los treinta y tres, decía tener veintiocho, llevaba violetas en el pelo y pidió a su nuevo esposo que siempre le regalara violetas, solo violetas, en sus aniversarios de boda.[42] Su alianza —que se vio por última vez en el cadáver de Napoleón III y que probablemente siga enterrada con él en la abadía de Farnborough (Hampshire, Inglaterra)— llevaba, al parecer, la inscripción de Au destin («Al destino»). Tras una luna de miel de treinta y seis horas, Bonaparte partió hacia Italia.

«El 15 de mayo de 1796, el general Bonaparte hizo su entrada en Milán a la cabeza del joven ejército que acababa de pasar el puente de Lodi y anunciar al mundo que, después de tantos siglos, César y Alejandro tenían un sucesor», escribió Stendhal al principio de *La cartuja de Parma*.[43] Aun así, su aspecto distaba de ser heroico. Muy delgado, llevaba una guerrera entallada con angostas vueltas doradas y sombrero con penacho tricolor. Miot de Mélito, enviado francés y erudito, lo conoció en Brescia. «Mi primera impresión fue que no era precisamente bien parecido, pero sus rasgos marcados, su viva mirada inquisitiva y sus gestos céleres y decididos revelaban un espíritu flamígero. La frente, ancha y reflexiva, era la de un pensador sesudo».[44] Mientras marchaba por Italia de conquista en conquista, Bonaparte fue

recogiendo especímenes que daban cuenta de la historia natural y obras de arte. El Directorio nombró para ayudarlo en semejante labor una Comisión de las Ciencias y las Artes que incluía a sus amigos Gaspard Monge, matemático, y André Thouin, botánico, junto con otros científicos, naturalistas y artistas. En Parma, Piacenza, Módena, Boloña, Ferrara, Milán, Verona, Perusa (Perugia), Loreto, Pavía y Cento, la comisión se hizo con pinturas, libros, manuscritos, objetos de valor y especímenes naturales para enviar a París.

Thouin viajó a Italia a fin de reunirse con el ejército de Bonaparte el 2 de pradial del año 4 (21 de mayo de 1796) y participó con entusiasmo en la selección de botín y trofeos destinados a París y el Jardin des Plantes.[45] En cuanto la comisión llegó a Milán, Bonaparte honró a sus integrantes almorzando con ellos. Después, Thouin fue a visitar la catedral. Desde Boloña, escribió a su hermano Jean sobre una caja de cincuenta esquejes de dos variedades muy poco comunes de vid que tenía la esperanza de propagar en Francia. Además, le pidió que consultara las notas que había recogido en su diario y había enviado ya a su otro hermano, Jacques, a lo que añadió que, en caso de que los esquejes estuvieran secos a su llegada, era necesario dejarlos en agua entre treinta y seis y cuarenta y ocho horas antes de trasplantarlos, tras lo cual era necesario mantenerlos con buena temperatura y humedad. Se quejaba de tener que dedicar buena parte de su tiempo a las piezas de arte y al Ejército cuando prefería, con diferencia, recorrer los campos recogiendo esquejes y especímenes. Mientras cruzaba los Alpes en Mont Cenis, recolectó anémonas de la región, *Draba alpina*, *Gentiana nivalis*, *Viola cenisia*, *Saxifraga oppositifolia* y otras muchas plantas en plena floración.[46]

Cuando el año 5 tocaba a su final, en brumario (noviembre de 1796), los franceses se hallaban combatiendo contra los austríacos al sur de Verona, en la batalla de Arcole. Para hacerse con la victoria, necesitaban cruzar un puente sobre el río Adigio ocupado por el enemigo. Bonaparte se hizo con una bandera y se plantó de pie en la línea de fuego a fin de inspirar a sus hombres en un acto poco menos que suicida. Al final de su novela, Clisson envía una última carta a su esposa infiel y, «situándose con diligencia en la vanguardia de un escuadrón, se lanzó de cabeza al combate, en el punto en que se decidiría la victoria, y pereció acribillado por mil disparos».[47] Tal vez pensaba en Clisson mientras se puso a ondear la bandera francesa delante de sus hombres. En una versión de aquellos acontecimientos, su edecán, el coronel Muiron, lo salvó al recibir la bala que, de otro modo, habría alcanzado al general y murió en su lugar. Después, Napoleón cayó del puente al barro. Según otra variación de lo ocurrido, lo arrastró al barro un oficial desconocido que se había propuesto salvarle la vida. Con el tiempo, al volver la vista atrás, Bonaparte decidiría que había sido en Arcole donde había reparado en el destino extraordinario que le estaba reservado, pues se había enfrentado a la muerte y había escapado a sus garras. En realidad, su salvación bien pudo ser, sin más, fruto de la suerte o del buen juicio y la abnegación de otros; pero la

posteridad haría que olvidase el barro y lo banal del azar: había arrostrado la muerte sobre el puente y había triunfado.[48]

Si la de Arcole fue una victoria muy ajustada, la batalla de Rivoli, dos meses más tarde, resultó decisiva. Si, en vísperas de la de Arcole, Bonaparte había reconocido en un despacho al Directorio: «Podríamos estar a punto de perder Italia»,[49] después de Rivoli estuvo en posición de garantizar a dicha entidad que Austria había quedado sin recursos y sin soldados con los que guerrear. En Rivoli, las fuerzas francesas eran menos numerosas que las austríacas que pretendían liberar a la ciudad de Mantua del sitio al que se hallaba sometida desde termidor del año 4 (julio de 1796). El hambre había empujado a las tropas de Austria que habían quedado atrapadas en la ciudad a alimentarse de ratas. Bonaparte se encontraba en Verona cuando el Ejército austríaco, a las órdenes de József Alvinczi, acometió por primera vez al contingente francés de Rivoli, acaudillado por el general Barthélemy Joubert. Alvinczi tenía casi el triple de soldados (veintiocho mil, frente a los diez mil de Joubert). Bonaparte mandó al general Berthier con refuerzos antes de seguirlo él mismo con los suyos y llegó a las cumbres de Trombalore a las dos de la mañana del día 25 de nivoso del año 5 (14 de enero de 1797). El enfrentamiento que se produjo a continuación duró diez horas. Los franceses, aún en minoría, debieron su éxito a la inteligencia con que concibió sus tácticas y desplegó la artillería Bonaparte, cuya fama y reputación crecieron de forma espectacular tras la victoria, tanto en el campo de batalla como en París. Aunque seguía sometido a las órdenes del Directorio y no había dejado de ser uno de muchos generales, tras la batalla de Rivoli destacó como radiante esperanza de la República. Tras expulsar a Austria del norte de Italia, centró su atención en la región que se extendía al sur de los Estados Papales. En virtud del Tratado de Tolentino, firmado el 1 de ventoso del año 5 (19 de febrero de 1797), el papa Pío VI cedió a Francia Romaña, Boloña, Aviñón y Ferrara, junto con treinta millones de francos y cien obras de arte.

Bonaparte no fue a Roma, pero envió a sus comisionados, incluido Thouin, a confiscar las obras de arte para París. Pidió expresamente que se hicieran con el busto de bronce de Lucio Junio Bruto, fundador de la República romana, y el de mármol de Marco Junio Bruto, cabecilla de los asesinos de César del monte Capitolino.[50] Una vez en Francia, este extravagante espolio de Italia resultó controvertido. El artista Jacques-Louis David figuró entre la cincuentena aproximada de firmantes de una petición al Directorio de que reconsiderase su actitud al respecto. Sin embargo, en el diario *Le Moniteur Universel* se publicó una solicitud de signo contrario que argüía que «la República francesa, en virtud de su fuerza y de la superioridad de su ilustración y sus artistas, es el único país del mundo que puede ofrecer un refugio inviolable a esas obras de arte».[51] El inestimable botín se metió en cajas selladas para transportarlo en carretas construidas para la ocasión hasta Livorno, en fragata hasta Marsella y en gabarra hasta París. Thouin observó nervioso mientras las cargaban. En Roma, se había centrado sobre todo en los

jardines. La Villa Borghese no le causó gran impresión comparada con los jardines franceses del Pequeño Trianón versallesco y de Ermenonville, a las afueras de París, donde había muerto el filósofo y botánico Jean-Jacques Rousseau.[52] También se sintió defraudado por el jardín botánico de Roma, cuya dirección le pareció incompetente.[53] En cambio, lo que encontró en las bibliotecas romanas le causó una gran impresión.

Tras cruzar el río Tagliamento en ventoso del año 5 (marzo de 1797) con soldados de caballería, oficiales de artillería e ingenieros de combate, Bonaparte llevó su campaña de Italia a Austria y consolidó su reputación de salvador de la República, que comparó como «el sol en el firmamento».[54] Si la República era el sol, él, sin duda, estaba aumentando de estatura a su luz y proyectaba sombras cada vez más alargadas sobre los numerosos soldados y ciudadanos que contaban con él para que rescatase a su nación de la ignominia y la confusión. La fuerza principal del Ejército austríaco estaba apostada en las márgenes del Tagliamento. El hecho de enfrentarse a los franceses en la llanura contigua tenía que haber brindado al archiduque Carlos la ocasión de desplegar la caballería que durante tanto tiempo había sido el punto fuerte de su Ejército.[55] Pero Bonaparte supo llevar al enemigo a pensar que, extenuados, sus soldados se habían retirado a pernoctar y, a continuación, en plena noche, «cuando todo parecía sumido en el silencio», su brava infantería cruzó el río protegida por la caballería francesa. Mientras, el general Masséna, por orden de Bonaparte, había hecho otro tanto en el curso alto, en los Alpes julianos, donde tenía su nacimiento, para cortar toda comunicación entre el archiduque y Viena. Al describir estos hechos treinta años después, Walter Scott aseveraría que el archiduque seguía teniendo la esperanza «de recibir la asistencia de las defensas naturales o artificiales de los ásperos campos [...] por los que había emprendido la retirada».[56] El austríaco tenía motivos para pensar que la corriente honda e impetuosa del Isonzo, rodeado por montes insalvables, sería una barrera natural para el avance de Bonaparte. «Sin embargo, la naturaleza, como los acontecimientos, combatió contra los austríacos y la corriente, que se había reducido por el hielo, resultaba vadeable en varios lugares». Una vez tomado el municipio de Gradisca, Bonaparte convenció —u obligó— a los habitantes a donar víveres y otras provisiones para su ejército. Al verlo a ciento veinte kilómetros de Viena, el archiduque pidió firmar la paz.

Cuatro meses después, en termidor del año 5 (julio de 1797), llegó Josefina a Milán para unirse a su triunfante esposo. Pese a llevar poco tiempo casados, él había tenido que rogarle que viajara a su lado. Fijaron su residencia en el castillo de Montebello y Thouin hizo constar que Bonaparte estaba encantado con la presencia de su mujer. Poco después de su llegada, ella ofreció una recepción oficial para los comisionados, a quienes pidió que eligieran a sendos artistas o intelectuales locales para que acudiesen con ellos a la cena.[57] Thouin y sus colegas llevaron a un médico joven, a un escultor, a un mineralogista, al secretario de la Sociedad Milanesa de la Agricultura y las Artes y al arquitecto

del teatro de La Scala. Al llegar, se encontraron, entre otros invitados, con Barnaba Oriani, el astrónomo, y a los pintores Andrea Appiani y Antoine-Jean Gros. En la mesa había veinticinco cubiertos. Bonaparte dirigió la conversación y recordó a los congregados cada uno de sus principales logros. La cena, de un plato único, sin excesos ni ostentación, duró solo una hora y media. El coloquio se prolongó durante dos horas más y Thouin no pudo menos de asombrarse ante los conocimientos de química, mineralogía y ciencia en general que poseía su anfitrión.[58]

A Josefina y Napoleón les encantaban las excursiones campestres. Partiendo de Milán, recorrieron la orilla del lago de Como hasta el lago Mayor con un séquito de unos sesenta soldados y sirvientes. El 30 de termidor del año 5 (17 de agosto de 1797), llegaron a Isola Bella, donde, sin previo aviso, se sirvieron invitar a cuantos viajaban con ellos y a ellos mismos a alojarse en el palacio Borromeo, desde donde se dominaba la ciudad de Stresa desde diez altas terrazas de estilo barroco. Para crear aquellos jardines se habían acarreado a la isla toneladas de tierra en el siglo XVII. Bonaparte quedó fascinado por la majestuosidad y la ordenada disposición de las terrazas, que, hermosamente delimitadas por balaustradas, obeliscos, esculturas y obras de poda ornamental, se sucedían en ascenso hacia la magnífica estatua de un unicornio debida a Carlo Simonetta, recortada contra el cielo a treinta y siete metros sobre el nivel del lago. Su embeleso fue aún mayor cuando descubrió un teatro en el que se representaban operetas ligeras en las terrazas superiores, construido con piedra negra y caliza y decorado con colosales conchas marinas. El jardín casaba a la perfección con su gusto. Aunque antes de que acabara el año habría dejado sin efecto la jurisdicción de los Borromeo sobre el ducado de Milán, permitió que la familia conservara sus palacios e islas privados.

Edward Bulwer Lytton, estadista y autor victoriano, escribió un poema sobre la estancia de Bonaparte en Isola Bella que se publicó en 1845. En él imaginaba al «corso portentoso» invitado a pedir un deseo y grabarlo en el tronco de un laurel gigante o «árbol profético»:

> Lenta se movió la mano poderosa, un temblor agitó
> las hojas y los vientos broncos gruñeron en la madera.
> El árbol pitio recibió la frase irrefutable
> y al sol *batalla* con sangre escrita
> brilló en la corteza tajada.[59]

Lytton describe cómo la sangrienta palabra *batalla* desaparece con el tiempo del árbol a medida que prosigue su crecimiento. La corteza de aquel laurel ensancharía y encogería «la crónica dañina» y la podredumbre acabaría con todo vestigio de la inscripción de Bonaparte. Dada la honda impresión que le produjeron los jardines del palacio Borromeo, resulta difícil imaginarlo sacando un cuchillo para lastimar de ese modo un árbol majestuoso. Pese a todo, Lytton compuso sus versos pensando en el derramamiento de sangre de

las guerras napoleónicas y con la intención de dar a entender que el mundo natural acabaría por triunfar sobre Bonaparte y su ambición destructiva.

Cuando regresó a París de Italia, el 15 de frimario del año 5 (5 de diciembre de 1797), se encontró convertido en una celebridad a la que todo el mundo alababa. Una de las muchas personas que recurrieron a él en busca de favores fue, una semana después de su vuelta, el escritor Bernardin de Saint-Pierre, quien le hizo llegar ejemplares de sus libros y lo informó de que estaba sin blanca y esperaba contar con su patrocinio.[60] Él se sintió halagado al saber que el autor de su novela favorita deseaba verlo, pero, cuando al fin se produjo el encuentro, se sintió defraudado al no encontrar en él un ápice de la delicada sensibilidad que tanto lo había impresionado de *Pablo y Virginia*. Trató de darle dinero con gran discreción, pero poco después, con gran vergüenza, se convenció de que estaba haciendo el ridículo, pues, al parecer, era la única persona de todo París que no sabía que Saint-Pierre no tenía reparo alguno en vivir de dar sablazos al prójimo. Abochornado, tuvo que reconocer que el novelista había sabido adularlo con sus atenciones. Recordó entonces que había leído parte de sus *Études de la nature* a la vez que leía y anotaba la *Historia natural* de Buf-fon.[61] En aquel momento, lo habían sorprendido los errores que contenía y, en especial, la idea de que la causa de la alternancia de las mareas era el deshielo de los casquetes polares por el día y su congelación nocturna. Durante el resto de su vida, sostendría que Saint-Pierre era inepto para las matemáticas y un mal científico.

Años después, paseando por el jardín de su exilio en Santa Elena, hablaría a Emmanuel de Las Cases de sus recuerdos sobre la composición y el espíritu del Instituto de Francia, del cual entró a formar parte por elección como miembro de la Sección de Artes Mecánicas de la Primera Clase (la de Ciencias Físicas y Matemáticas) el 5 de nivoso del año 6 (25 de diciembre de 1797).[62] Dicho organismo había sido creado por la Constitución de 1795 en sustitución de las academias reales que habían existido antes de la Revolución. Bonaparte presumía de haber proporcionado un espectáculo notable a los círculos parisinos, que tenían ocasión de ver al joven general del ejército de Italia discutiendo sesudas cuestiones metafísicas en público con sus colegas del Instituto. Aquello le brindó nuevos sobrenombres: *Geómetra de las Maniobras* (o *de las Batallas*), *Mecánico de la Victoria*...

El filósofo y lingüista prusiano Wilhelm von Humboldt estaba de visita en París cuando quiso la suerte que viera llegar al nuevo miembro al Instituto el día después de su elección, acompañado por el naturalista francés Bernard Germain de Lacépède. Entraron cuando la sesión ya había comenzado y, aunque el curso de esta no se detuvo, todos los ojos fueron a centrarse en Bonaparte. Humboldt dejó escrita una descripción física detallada y precisa de él, propia de quien observa una especie animal poco común:

> Es bajito y enjuto, tiene la cabeza pequeña y, por lo que me pareció para una figura tal, las manos chicas y delicadas. Su rostro es más oval que redondo y muy sobrio. Tiene el

> cabello liso y no muy abundante. La frente, por lo que pude ver pese al pelo que la cubría, es más plana que prominente y el arco de las cejas es recio y pronunciado, y está bien curvado, de tal modo que su frente sobresale encima de su nariz. Tiene los ojos grandes, intensos y de contorno elegante, y la nariz curva, aunque no ganchuda, por más que presente un trazo bien definido. Su boca y su barbilla son muy masculinas y fuertes, sobre todo el mentón, firme en particular y de perfil rotundo. El labio superior sobresale por encima del inferior y la línea que se extiende entre las comisuras de sus labios, bajo su nariz, se presenta tirando a recta, aunque sin dar la impresión de aspereza ni de orgullo. Es más bien enteco, tiene los pómulos pronunciados y mueve al hablar todos los músculos del rostro, incluidos los de la nariz, en un grado que resulta sorprendente. A menudo hace un movimiento de parpadeo que le provoca la elevación del párpado inferior [...] pero no evoca grandeza, sino que, más bien, lo hace parecer mucho más pequeño. Iba vestido con gran sencillez, con una chaqueta azul, un abrigo cuyas mangas le llegaban casi a los dedos y botas con espuelas. Tenía el pelo recogido en una coleta y empolvado. Su fisiología no tiene nada de voluminoso, de pesado ni de resuelto y de él parecen rezumar cualidades más intelectuales que morales. Parece tranquilo, pensativo, decidido y, aunque posee un orgullo fuerte y justificado, se presenta relajado, perspicaz y muy serio, como quien no se compromete más que con su obra y no posee otras aficiones ni intereses. A veces, su expresión adopta un aire más duro y cortante, sobre todo cuando va de un lado a otro. Resulta difícil imaginarlo en acción y mucho menos suponerlo entusiasta. Sus facciones son modernas y, en mi opinión, es más francés que italiano. Por lo que tiene de intelectual su expresión, podría ser el epítome del ideal de lo moderno.[63]

Llegada la primavera siguiente, Humboldt volvió a verlo paseando en el Jardin des Plantes con Josefina, el hijo de esta Eugène de Beauharnais y el artista Jacques-Louis David. Aquellos eran tiempos duros para el parque y su casa de fieras. La guerra había provocado una escasez de alimentos brutal, que había obligado a abatir a algunos animales para alimentar a otros, como la gacela y el faisán que murieron sacrificados para asegurar la subsistencia de una hiena y un chacal respectivamente. Con todo, en medio de la desesperación llegaron más ejemplares, incluida la pareja de elefantes Hans y Marguerite, que Bonaparte no quiso perderse.

Hans y Marguerite habían sido capturados por los neerlandeses en 1784 en la isla de Ceilán (Sri Lanka).[64] Habían vivido en los Países Bajos, en la corte de Guillermo V, y luego en el llamado Zoológico del Estatúder, cerca de Apeldoorn, hasta la invasión del Ejército revolucionario francés del año 3. La República francesa se apropió formalmente de la casa de fieras el 16 de pradial del año 3 (4 de junio de 1795) y, al año siguiente, trasladó a los dos elefantes en un convoy de animales y aves que tardó veinte meses en llegar a París, cosa que ocurrió en ventoso del año 6 (marzo de 1798). El viaje estuvo plagado de dificultades. En cierto punto, Hans, montando en cólera, destruyó su jaula y se negó a entrar en la nueva que le habían construido a la carrera hasta que lo metieron con engaños. Para colmo de males, cuando el convoy navegaba sobre la costa del mar del Norte, se desató una tempestad terrible. Pese a todo, una vez en el Jardin des Plantes, los elefantes se mostraron encantados de verse juntos de nuevo. Se hicieron al lugar y se hicieron famosos. El cariño que se profesaban y su aparentemente recatado rechazo a aparearse en público encajaban con la moral republicana.

Humboldt se encontró con Bonaparte y los demás frente al recinto del elefante y trabó conversación con Josefina, a quien encontró en extremo educada, hermosa y delicada. En su diario anotó al respecto:

> Sin embargo, tenía el rostro de una mujer de mundo a la que no falta experiencia. Su complexión es amarilla. Debe de haber cumplido ya los cuarenta. Disfrutó con mis chiquillos y, al oír a mi hijo hablar en alemán, lo tomó por inglés. Admiró el pelo rubio de Li [Karoline, la hija de Humboldt], le acarició la cabeza y, llevándose la mano a la cadera, dejó que la apoyara en su brazo.65

El 9 de termidor del año 6 (27 de julio de 1798), el Directorio celebró sus cuatro años en el Gobierno desde la caída de Robespierre con dos días de Festival de la Libertad. La procesión comenzó en el Jardin des Plantes del Museo Nacional de Historia Natural, donde subieron a carretas decoradas con cintas y guirnaldas tricolores animales vivos entre los que se incluían camellos, avestruces, leones y gacelas, así como cuarenta y cinco cajas de muestras. Los siguió un destacamento de soldados y más vehículos con libros, manuscritos y medallas raros. De manera precaria, se incorporaron al desfile esculturas antiguas de mármol, entre las que se incluían la *Venus Capitolina*, el *Gálata moribundo* y el león y los cuatro caballos de bronce de la basílica veneciana de San Marcos. Aunque nadie pudiera ver ni apreciar su contenido, había también carretas cargadas de pinturas: la *Transfiguración* de Rafael, *Las bodas de Caná* del Veronés, *El martirio de san Erasmo* de Poussin... Aunque llovía, la multitud salió a la calle a contemplarlo cantando: «Roma ya no está en Roma. Está toda en París». Thouin, en cabeza de la procesión con una bandera tricolor, la llevó siguiendo el Sena hasta las Tullerías y, de allí, al Campo de Marte.66 En el lugar donde Robespierre había ascendido el monte artificial con el árbol de la libertad en la cumbre se había instalado ya un imponente altar de la Victoria decorado con el busto de Junio Bruto que habían transportado desde el Capitolino y una inscripción que decía: «Roma estaba gobernada por reyes y Junio Bruto le dio la libertad y la República». Thouin leyó un breve discurso para ofrecer a la nación los trofeos de la campaña italiana de Napoleón. El mensaje presentaba Francia como la nueva Roma. Pero ¿dónde estaba Bonaparte? Sin sus conquistas, Roma habría estado aún en Roma y no habrían tenido botín alguno que mostrar en procesión. Cabía esperar que, como Robespierre en el Festival del Ser Supremo, hubiese marchado ligeramente por delante del resto de dignatarios, tal vez con un ramo de flores o una corona de laurel que colocar en el altar de la Victoria, al lado del busto de Bruto. Sin embargo, no se le veía por ninguna parte, pues ya había zarpado de Tolón en un viaje de exploración a Egipto y había dejado que la creciente reputación que le había proporcionado su gloria militar planeara sobre las celebraciones. El desfile incluía dos carrozas con gigantescas representaciones del Tíber y el Nilo. Si Bonaparte había subyugado en nombre de la república las tierras que regaba el primero, a continuación, haría otro tanto con las que bañaba el río de los faraones.

Capítulo 3
Jardines egipcios

Prometo a cada soldado que regrese de esta expedición el dinero suficiente para comprar seis arpents[20.520 m^2] de tierra.[1]
Napoleón

Le dijeron que sería fácil, que «el valle del Nilo quedaría transformado en breve en un jardín», y eso era, precisamente, lo que él quería creer.[2] La invasión de Inglaterra no era viable. Tras estudiar la posibilidad, había llegado a la conclusión de que no cabía pensar en superar a su Armada tan cerca de casa.[3] En cambio, en Egipto era posible vencer a los ingleses, cortar su ruta comercial con la India y cultivar el valle del Nilo con el fin de proporcionar alimento y placer a Francia. Estando en la academia militar de Auxonne, había leído y admirado el *Viaje por Egipto y Siria*, en el que el conde de Volney relataba sus excursiones a principios de la década de 1780, y antes de partir de Italia exigió todos los libros sobre Egipto, Siria y el mar Rojo que hubiera en la biblioteca de la catedral de Milán.[4] Sabía que el orientalista Claude-Étienne Savary había descrito Egipto como «el tranquilo vergel prometido por Mahoma».[5] «No habrá de pasar mucho para que nos convenzamos de que, si queremos destruir de veras Inglaterra, debemos tomar Egipto —comunicó Bonaparte al Directorio el 29 de termidor del año 5 (16 de agosto de 1797)—. El vasto Imperio otomano, que muere con el paso de los días, nos obliga a pensar cuanto antes en los medios de que disponemos para proteger nuestro comercio en el Levante».[6] Al año siguiente se embarcó en Tolón, Génova, Civitavecchia y Córcega un ejército de treinta mil soldados. En total, la flota, que incluía navíos de línea, fragatas y otros barcos de guerra de menor porte, contaba con unas cuatrocientas embarcaciones. Desde las Cruzadas no se había visto en el Mediterráneo semejante armada.[7] Casi dos meses después, el 14 de mesidor del año 6 (2 de julio de 1798), Bonaparte, al frente de sus hombres a la manera de Alejandro Magno o Julio César, marchó con ellos a pie hasta Alejandría ante la imposibilidad de desembarcar los caballos. «Las grandes reputaciones se forman solo en Oriente: Europa es

demasiado pequeña», aseveró.[8]

Además de a los soldados, Bonaparte llevó a Egipto a científicos y eruditos, pues, desde el principio, la conquista francesa de Egipto se consideró una expedición de descubrimiento. Uno de los muchos libros que llevó consigo fue el de los *Viajes* del capitán Cook. La Comisión de las Ciencias y las Artes que lo acompañaba se había formado por orden del Directorio, aunque con arreglo a los deseos de Bonaparte. A juzgar por la nómina elaborada por el pagador del militar, el número de comisionados ascendía a 167.[9] En el centro mismo de aquella institución se encontraban dos de sus amigos íntimos: el matemático Gaspard Monge y el químico Claude Berthollet. Mientras alistaban al resto de colegas para emprender una expedición secreta a un destino no revelado, ambos sabían que viajarían a Egipto. André Thouin declinó la invitación de Bonaparte aduciendo que acababa de regresar de Italia, tenía enferma a su hermana y debía atender con urgencia ciertas labores del Jardin des Plantes.[10] Indagó con discreción sobre el proyecto y le dijeron que el general tenía la intención de colonizar Egipto, usarlo como ruta comercial con las Indias Orientales y abrir un canal a tal efecto entre el Nilo y el mar Rojo para echar por tierra toda oportunidad mercantil que pudiera presentársele a Inglaterra.

Los soldados sentían envidia de los eruditos y reprobaban que Bonaparte antepusiera su título de integrante recién elegido del Instituto Nacional al de comandante en jefe del ejército (firmaba sus cartas como *membre de l'Institut National, Général en Chef*), como si el estudio fuera antes que la actividad castrense. A fin de evitar un mayor grado de insatisfacción, dividió a los académicos en cinco categorías a las que asignó sueldos acordes con los que correspondían a las distintas graduaciones militares. A los que pertenecían a la primera categoría se les concedieron camarotes, en tanto que los demás tuvieron que conformarse con los coyes en que dormían los soldados rasos.

Las primeras reuniones de la comisión itinerante se celebraron estando ya en el mar. Con tiempo bonancible, los eruditos se hacían visitas de una embarcación a otra y Bonaparte convocaba coloquios a bordo del buque insignia, *L'Orient*. Este, que embarcaba toneladas de explosivos y ciento veinte cañones, estaba dotado de un salón de baile, una biblioteca y una *suite* para el general. Su amigo Junot se quedó dormido y se echó a roncar en una de aquellas charlas. «Su dichoso Instituto hace que se duerma el más pintado», se quejó cuando lo despertaron.[11] En carta a su esposa, Monge describió al equipo de estudiosos como un grupo fuerte y alegre que se reunía para cantar himnos revolucionarios y dormía a pierna suelta en el mar. Desde *L'Alceste*, el joven naturalista Geoffroy Saint-Hilaire escribió a su amigo Georges Cuvier, el gran zoólogo y paleontólogo, que había permanecido en Francia: «Aquí estoy tan a gusto como en el Jardin des Plantes».[12] No ocultaba su orgullo por participar en una expedición con «el hombre del siglo».[13] Al arribar a Alejandría, sin embargo, se olvidaron de ellos y, entre el calor, el polvo y el caos, los académicos necesitaron cinco días para conseguir

que les dieran las mismas raciones que recibían los soldados de los barcos. Cuando protestaron, les prometieron que en El Cairo mejoraría la situación. Con todo, aquel no era el único problema. El 18 de mesidor (6 de julio), Bonaparte estaba ya escribiendo al Directorio para reconocer: «Este país no se parece en nada a lo que dan a entender viajeros y literatos». Las cartas que enviaban a casa los soldados y otros participantes se habían llenado de dudas y decepciones:

> Este país, que tanto ensalza todo el mundo, no merece, en absoluto, la fama que se le ha dado. El lugar más salvaje y baldío de Francia es mil veces más hermoso. No puede haber nada en la tierra tan triste, tan precario ni tan insalubre como Alejandría, que es el lugar más comercial de Egipto. Las casas de barro no tienen más ventanas que un agujero aquí y otro allí y están cubiertas con una desmañada celosía. Tampoco tienen techos elevados y para abrir la puerta y poder entrar hay que deslomarse. Si te imaginas una colección de palomares sucios y mal construidos, podrás formarte una idea muy cumplida de lo que es Alejandría.14

Entre los exhaustos estudiosos se encontraba Dominique Vivant Denon, diplomático y artista que, a sus cincuenta y cuatro años, era el decano de los eruditos que acompañaron a Bonaparte a Egipto. Debía su invitación a su amistad con Josefina. Cuando vio por primera vez la Columna de Pompeyo al llegar a Alejandría, se sintió transportado al pasado:

> Vi el arte triunfar sobre la naturaleza; el genio alejandrino emplear las manos del comercio y sentar, en una costa infértil, los cimientos de una ciudad majestuosa; a los ptolemaicos abrir la puerta a las artes y las ciencias y reunir aquella biblioteca que tantos años tardaron los bárbaros en consumir.15

Aun así, tampoco él pudo dejar de reconocer que el presente de Alejandría distaba mucho de su ilustre pasado; que en su ribera no crecía un solo árbol ni se asentaba una sola casa, y que la ciudad presentaba el aspecto «no de la melancolía de la naturaleza, sino de su ruina, del silencio y de la muerte».16 En el primer día completo que pasó en Alejandría, descubrió con el geólogo Déodat de Dolomieu un sarcófago cubierto de jeroglíficos que estaba haciendo las veces de fuente para abluciones en una iglesia copta convertida en mezquita. Pensaron haber dado con el sepulcro de Alejandro Magno, aunque, en realidad, se trataba del último reposo del rey Nectanebo II.17

Monge y Berthollet se sumaron a Bonaparte durante los cuatro días que duró la travesía de Alejandría a El Cairo, «bajo un sol abrasador, sobre las arenas del árido desierto, sin agua ni pan».18 Sandía era lo único que tenían para llevarse a la boca: «sandía para comer y sandía de postre».19 Muchos soldados murieron por deshidratación durante la marcha o se vieron arrastrados al suicidio.20 Los supervivientes culparon de su calvario al Directorio y a los académicos, pues supusieron que había sido el interés de Monge y Berthollet por las antigüedades lo que había inspirado la expedición. En venganza, llamaron a sus burros *eruditos* o *medio eruditos*.21 Los comentaristas británicos también se mofaron de ellos por informarse mal

sobre Egipto, haber esperado, como el mítico Faetón, «dar con deleitosos bosques, / sublimes templos y ciudades llenas de dioses» y haber topado, en cambio, con «un incendio general y un río».[22]

Fuera cual fuere su estado de ignorancia o de falta de preparación, Bonaparte elogió a Monge y Berthollet en su informe al Directorio por el valor que demostraron durante la batalla de Chobrakit (Šubrā Jīt).[23] Ambos eruditos se hallaban a bordo de *Le Cerf* el 25 de mesidor (13 de julio) cuando la embarcación se vio atacada por los cañones que habían emplazado en la orilla del río los mamelucos. Estos soldados musulmanes formaban parte de la fuerza de combate selecta ecuestre que había gobernado Egipto durante cientos de años. En 1517, los turcos habían conquistado la región y la habían incorporado al Imperio otomano, pero jamás habían conseguido subyugar a los guerreros mamelucos.[24] En el momento de la invasión francesa, se hallaban a las órdenes de Murad Bey. «¡Guerra a los mamelucos, paz con los árabes!», era la estrategia francesa para ocupar Egipto.[25] Esperaban presentarse como libertadores de los egipcios frente a la opresión mameluca al mismo tiempo que competían con los británicos por la dominación del territorio. El ejército de Napoleón, que acababa de lograr varios triunfos en tierra, acudió al rescate de *Le Cerf*. Monge y Berthollet no estarían presentes más tarde, en la batalla de las Pirámides, librada cerca de Imbāba el 3 de termidor (21 de julio). En ella, los franceses lograron una victoria decisiva frente a los mamelucos y obligaron a Murad Bey a huir hacia el curso alto del Nilo con los restos de su ejército. Monge y Berthollet volvieron a reunirse con Bonaparte a continuación para participar en su entrada triunfal en El Cairo. El estudioso del siglo XIV Abenjaldún había descrito la ciudad como «metrópolis del universo, vergel del mundo, centro efervescente de la especie humana, embellecida por castillos y palacios, engalanada de cenobios y escuelas, iluminada por las lunas y estrellas del conocimiento».[26] Al llegar a ella cinco siglos después, Napoleón escribió al almirante Brueys para garantizarle que no había necesidad alguna de seguir preocupándose por la subsistencia del ejército, por cuanto el país era «rico en trigo, legumbres, arroz y ganado, casi más de lo que cabe imaginar».[27]

En El Cairo, Bonaparte encontró un palacio recién construido y amueblado que parecía haber estado esperándolo. Era la residencia de al-Alfí Bey, sita en la plaza de Azbakiya, en la parte occidental de la ciudad. Aquel distrito, cercano al lago regado por el canal Nasirí durante las inundaciones anuales del Nilo, se había reconstruido de forma gradual después de un incendio sufrido en 1776. El palacio de al-Alfí se hallaba en la margen del río y acababa de completarse con arreglo a los gustos de su propietario. Muy oportunamente, seguía sin habitar a la llegada de Bonaparte.[28] El cronista y erudito ‘Abd ar-Raḥman al-Ŷabartī, nacido en El Cairo, donde había vivido la mayor parte de su vida, contaba cuarenta y cuatro años en el momento de la invasión francesa y tuvo la impresión de que el palacio de al-Alfí se hubiera erigido expresamente para Napoleón.[29] Los residentes de la zona recibieron

órdenes de abandonar sus hogares para que los franceses pudieran acantonarse en un solo sector de la ciudad y sentirse así más seguros.[30] En total, el ejército confiscó 298 viviendas en la capital y estableció el cuartel general cerca de la residencia de Bonaparte.[31] El palacio del que se apoderó este tenía un vergel extenso que se conocería como el Jardin du Général en Chef. Él lo comparaba con los que había en los conventos italianos: lleno de árboles magníficos, excelentes cenadores y las uvas más espléndidas del mundo, pero carente por completo de paseos y senderos.[32] Ordenó hacer mejoras instalando caminos y fuentes de mármol e injertando otros rasgos franceses en el que había encontrado ya hecho. En sus memorias aseveraría que «a los nativos orientales no les gusta pasear: caminar pudiendo estar sentados les parece un absurdo que no pueden sino achacar a la petulancia del carácter francés».[33] En ningún momento mencionaba que, antes de su tiempo, la parte del palacio que daba a la ribera había sido un paseo público.

Más allá del vergel personal de Bonaparte, se plantaron árboles en torno al borde del lago y se restauró con su estilo original mameluco el puente al-Magribí, sobre el canal Nasirí.[34] Entre el lago y el puente, además, se tendió una carretera protegida por muros. Considerando que las calles sinuosas de El Cairo eran peligrosas y poco prácticas, los franceses crearon vías amplias que conectaran su cuartel general con los diversos distritos de la ciudad. Para ello y para erigir sus fortificaciones hubieron de demoler las casas de los alrededores y varias mezquitas.[35] «Destruyeron ventanas y puertas —escribió al-Ŷabartī— y quemaron todas las vigas, de modo que en todos aquellos lugares se propagó la destrucción, ululó el búho y graznó el cuervo».[36] Se dio orden de retirar los cementerios de Azbakiya por considerarlos insalubres en una zona urbana.[37] Se talaron muchos árboles, incluidos los del jardín de Ibrahim Efendi, el oficial al cargo del registro de las especias, y las palmeras de los campos de al-Ma'diya y Misbah. La mezquita de Ẓāhir Baybars se convirtió en torre de observación y se artilló. También se hicieron planes para rediseñar toda la zona de Azbakiya con calles más amplias y rectas flanqueadas de árboles recién plantados. Al decir de al-Ŷabartī, los franceses diseñaron «una gran avenida con tiendas y caravasares a un lado y a otro, columnatas, emparrados, cenadores y jardines», que recorrería la ciudad desde el extremo sudoeste de la Birka al-Azbakiya al puente Muski. La falta de tiempo y recursos impidieron llevar a cabo el proyecto.[38] Aun así, hubo suficientes cambios y destrucción para que el cronista cairota evocase versos que alababan la Azbakiya de antaño:

> Azbakiya abundaba en placeres y alegre compañía.
> El agua y el cielo flotaban juntos y el firmamento envolvía las flores.
> Rodeada por casas espléndidas como el halo de la luna,
> en el verde brocado de sus campos zureaban las palomas.
> La brisa se refrescaba con sus aguas y estas, en su fluir, captaban la luz que centelleaba entre los árboles
> y brillaba como una armadura argéntea con rosas que marcaban el rojo de las heridas.[39]

Nada había de metafórico, ni de comparable a flor alguna, en las heridas que infligieron los franceses a los cairotas y su ciudad.

Las victoriosas batallas libradas en tierra por Bonaparte y su dominio de la administración urbana no tuvieron parangón naval. Durante la del Nilo, que comenzó el 14 de termidor (1 de agosto) en la bahía de Abukir (Abū Qīr), a treinta y dos kilómetros al nordeste de Alejandría, los británicos destruyeron casi toda la flota francesa. La explosión del espléndido *L'Orient*, atestado de municiones bajo cubierta, pudo verse y oírse desde el puerto de Rosetta (Rašīd).[40] Cierto testigo describió la «total oscuridad» y el «profundo silencio» que siguieron al estallido y se prolongaron durante unos diez minutos, hasta que se reanudó el sonido de los disparos.[41] Jean-Lambert Tallien, quien había tenido una función fundamental en la caída de Robespierre en 1794 y el fin oficial —si no real— del Terror revolucionario, observaba el combate desde un promontorio que daba al mar cuando vio la explosión y supo que tendría que ser él quien informara al respecto a Bonaparte. Este se encontraba en Ṣalahīya cuando recibió la noticia, que llegó «como el rayo»... más de una semana después. Supo que habían destruido *L'Orient*. De los trece navíos de línea franceses y las cuatro fragatas que participaron en la batalla, solo sobrevivieron dos y dos, respectivamente, al ataque británico encabezado por el almirante Nelson. Bonaparte y sus fuerzas quedaron, así, encallados en Egipto. Cuando le presentaron el informe de aquel desastre, guardó un silencio absoluto hasta que, al fin, dijo: «Lo importante es proteger al ejército del desaliento, que podría contener el germen de la destrucción».[42] A los egipcios que sorprendieran murmurando sobre la destrucción de la flota francesa les cortarían la lengua. En cuanto a las recriminaciones, Napoleón se centró en el general Blanquet, que había sido el único que se había pronunciado en contra del plan de ancorar la flota al amparo de la bahía. El mismísimo Bonaparte había dudado si las embarcaciones estarían seguras allí o más bien corrían el riesgo de que las acorralasen los barcos británicos. ¿No habrían estado más resguardados en aguas abiertas? La mayoría de los capitanes de la flota pensaba que no y sus votos habían superado al de Blanquet, a quien culparía injustamente el general por haberse rendido sin presentar batalla. Lo cierto, sin embargo, era que sí se había resistido y, de hecho, había quedado con el rostro desfigurado y había perdido media nariz de un disparo antes de que apresaran su nave. Con todo, Bonaparte tenía que responsabilizar a alguien y el almirante Brueys, al mando de la flota, a esas alturas inexistente, había muerto.

El mismísimo Napoleón fue una de las fuentes de la historia del muchacho que permaneció sobre la cubierta en llamas, «que todos menos él habían abandonado», y que celebraría Felicia Hemans en su poema «Casabianca» (1826). La composición, aprendida de memoria por generaciones de colegiales británicos y, por tanto, objeto de numerosas parodias, presenta la tenaz obediencia del niño ante las órdenes del padre:

Mas, bello y luminoso, quedó de pie plantado,
como nacido para dominar la tormenta,
aquel crío de sangre heroica,
aquella figura infantil pero orgullosa.
Las llamas se extendían; él no iba a abandonar
sin la llamada de su padre,
su padre, que había dejado allí la vida
y cuya voz nunca se oiría.

El protagonista es un marinero corso llamado Giocante, hijo del capitán de *L'Orient*, Luc-Julien-Joseph Casabianca. Bonaparte había cobrado apego a aquellos compatriotas corsos durante el largo viaje por mar que los habían llevado a Egipto. «Dedíquele mil halagos a [...] Casabianca», acabó la carta remitida al almirante Brueys el 9 de termidor (27 de julio).[43] Al comienzo de la batalla del Nilo, el padre de Giocante le había ordenado permanecer en cierta sección del buque hasta que lo llamara y el chiquillo, por no desobedecerlo, ni siquiera se movió después de que los artilleros abandonasen las baterías y el barco se incendiara. Bonaparte informó al Directorio de las bajas del padre y del hijo en estos términos: «Casabianca murió con calma y sangre fría mientras ardía su barco. Pereció con él. Su hijo, de once años, que no quiso separarse de él, fue devorado por las llamas en brazos del padre».[44] La versión que dio de lo ocurrido, tal vez ilusa y sentimental, no presenta al niño solo sobre la cubierta en llamas, sino que deja que el padre y el hijo acaben sus días abrazados.

A Tallien le preocupaba que las noticias de la batalla del Nilo permitieran a los enemigos de Bonaparte poner al público de Francia en su contra.[45] «¡Los bandos, las facciones medio extintas, volverán a avivar la rabia mutua que se profesan y nuestra desdichada nación se verá desgarrada otra vez con nuevas disensiones!». En la correspondencia a su esposa, Teresa Cabarrús, Tallien dejaba fuera de toda duda su lealtad a Bonaparte: su comandante en jefe había sufrido un revés con la pérdida de la flota, pero tal hecho no constituía sino un motivo añadido «para adherirme a su causa con más firmeza y unir al suyo mi propio destino». Aun así, su pasado revolucionario le había enseñado que, en caso de que surgiera «un jefe ambicioso, resuelto a encadenar a su país o a volver contra su propia libertad las armas de quienes lo defienden», tendría que sumarse de inmediato a la oposición:

> Ya ves, mi niña, que sé elegir mi bando; pero ante ti declaro, con la mayor franqueza que me permite el corazón, que preferiría mil veces estar contigo y con tu hija en algún rincón apartado del mundo, lejos de todas las pasiones e intrigas que agitan a la humanidad, y te aseguro que, si se me concede la felicidad de volver a pisar algún día el suelo que me vio nacer, nada habrá que me haga abandonarlo de nuevo. De los cuarenta mil franceses que hay aquí, no es posible encontrar más de cuatro cuya determinación al respecto no sea tan resuelta como la mía propia.[46]

Cartas como esta eran abundantes entre los expedicionarios y sus familias francesas, y algunas caían en manos de los barcos británicos. Entre las

comunicaciones navales y militares secretas interceptadas había correspondencia personal de los combatientes, incluida una carta de Napoleón a su hermano José referente a las noticias recibidas sobre la infidelidad de Josefina. «Me embarga una pena muy muy honda ahora que se ha descorrido el velo por completo», aseveraba.[47] El matrimonio de los Bonaparte había tenido dificultades desde el principio, pero entre la sospecha y la certidumbre de un acto de infidelidad sexual hay todo un mundo. En el desierto, durante la marcha a El Cairo, había recibido pruebas, en forma de carta, de la aventura que mantenía su esposa con un joven soldado, el teniente Hippolyte Charles. En consecuencia, le escribió a José para pedirle que buscase una residencia rural retirada en las afueras de París o en Borgoña donde pudiera alojarse tras su regreso de Egipto y confesarse «hastiado de la naturaleza humana» y a punto de volverse misántropo. Anhelaba un lugar aislado y pintoresco en el que encerrarse durante el invierno.[48] Necesitaba soledad para sanar su espíritu herido.

Entre las cartas interceptadas había también una de Eugène de Beauharnais en la que el hijastro de Bonaparte pedía a su madre que le asegurase que no estaba portándose tan mal como se rumoreaba. Napoleón profesaba una gran devoción a los dos hijos que había aportado Josefina de su matrimonio anterior y Eugène se hallaba en Egipto en calidad de edecán suyo.

En Londres, se leía con gran atención la correspondencia interceptada, cuyo contenido se ponía en conocimiento de lady Holland, Elizabeth Vassall-Fox, «so promesa estricta de secreto».[49] Tras un primer matrimonio desventurado, Elizabeth se había desposado con lord Holland, sobrino del estadista conservador Charles James Fox, y se había transformado en una de las integrantes más célebres de la alta sociedad, anfitriona de tertulias literarias y políticas en su residencia de Holland House. Las cartas de Bonaparte, según anotó en su diario, «ofrecen una visión de ese hombre extraordinario mucho más amable de lo que nunca habría imaginado».[50] «A sus veintinueve años, ha agotado los *attraits* ["encantos"] de la ambición y la gloria, y [...] se ha visto decepcionado por aquellos en los que más confiaba». Quien tal cosa escribía tenía la esperanza de que las cartas no llegaran a hacerse públicas y consideraba que lo más adecuado era que los ministros británicos las hicieran llegar a sus destinatarios. Con todo, la prensa británica se encargó de divulgar fragmentos de aquella correspondencia. *The Morning Chronicle* optó por una postura de superioridad moral argumentando que «rebajarse a semejante comadreo menoscaba el carácter de una nación»; pero otros prefirieron satisfacer la inclinación del público por lo escandaloso y se recrearon en presentar a Bonaparte como cornudo.

Se decía que, poco después de llegar a El Cairo, le había hecho proposiciones sexuales una chiquilla de dieciséis años llamada Zaynab.[51] Era hija del jeque al-Bakrī, el religioso más ilustre de Egipto, que formaba parte de la cancillería y ansiaba congraciarse con el caudillo del ejército invasor, de quien se decía que abrigaba la esperanza de copular no con esclavas, sino

«con adolescentes de lo más granado de la sociedad egipcia».[52] Con todo, no está claro si aceptó la oferta del jeque. Según cierta fuente, Zaynab, que tenía «el cuerpo flexible y firme, y los pechos bien colocados», llevaba un vestido parisino cuando la presentaron ante él y apenas le resultaba posible caminar con aquellos ropajes foráneos y aquel calzado.[53] El episodio, que más parece una fantasía orientalista de sexo y violencia, está muy poco documentado.[54] Sin embargo, tres años más tarde, cuando Bonaparte se había marchado ya de Egipto, arrestaron a Zaynab y la acusaron de haber sido depravada por los franceses. Obligada a comparecer frente a un tribunal improvisado en casa de su madre tras la puesta de sol, se vio sometida a interrogatorio y, cuando pidieron el consejo de su padre, este la repudió. La decapitaron a los diecinueve años, convertida en víctima de guerra, traicionada y destruida por los hombres que tenían poder sobre ella.[55]

En sus memorias, Bonaparte calculaba que la superficie del valle del Nilo era una sexta parte de la extensión de la Francia antigua (con lo que se refería a la Galia), «pero en Francia hay montañas, playas, páramos y tierras sin cultivar, mientras que en Egipto todo es productivo».[56] Aquella vega, que hacían fecunda el agua, el barro y el sol, era más fértil que el mejor suelo de Francia. Si se mantenían bien las acequias, no se dejaba que las bloquearan los desechos ni se abandonaban, aquella tierra podría cultivarse con más éxito aún. «No hay país en el que el Gobierno tenga mayor influencia en la agricultura, y por tanto en la población, que en Egipto». Estaba convencido de que, «con una buena administración, el Nilo ganará terreno al desierto; pero, si es mala, el desierto ganará terreno al Nilo». El río era el bien; el desierto, el mal. Él tenía claro que estaba de parte del Nilo. Sabía que Egipto había sido el granero de Roma, pero necesitaba madera, carbón y aceite. El Cairo era lugar de paso para las caravanas procedentes de Marruecos, Fez, Túnez, Argelia y Trípoli de camino a la Meca, aunque también las había que llegaban de Arabia, la India, Libia, Abisinia, Tagasta y el Cabo. Transportaban productos de sus países de origen y esclavos que intercambiar por artículos de Europa y el Levante mediterráneo. Bonaparte había leído que, en tiempos de Ptolomeo, el canal de Suez al Nilo resultaba practicable, lo que eliminaba la necesidad de acarrear por tierra la mercancía, y tenía la ambición de reabrirlo.[57]

«En Egipto no llueve nunca», aseveraría en sus memorias, dictadas durante su exilio en Santa Elena.[58] Se trataba de una exageración, pues sus propios científicos dan cuenta de las precipitaciones de Rosetta: «¡Es un paraíso terrenal! Aquí reina la temperatura de nuestro mes de mayo ¡y está lloviendo!».[59] Con todo, era algo excepcional. La *Description de l'Égypte*, vasto testimonio enciclopédico de los descubrimientos que hicieron científicos y exploradores durante la ocupación francesa, señala que «la atmósfera de Egipto no se ve refrescada casi nunca por la lluvia ni tiene más humedad que la que se eleva del Nilo».[60] Bonaparte también quiso subrayar que el suelo de Egipto debe por entero su fertilidad a las inundaciones del río, que se desborda entre el solsticio de verano y el equinoccio de otoño. Recordaba

haber ido al nilómetro de la isla de Roda, considerado desde tiempos de los faraones indicación de la prosperidad que alcanzaría cada año la economía egipcia. El 1 de fructidor del año 6 (18 de agosto de 1798), cuando el nivel del río había alcanzado los 16 codos requeridos en el nilómetro, presidió el Festival del Nilo junto con el subordinado inmediato del virrey otomano y otros personajes destacados, que desfilaron hasta el puente de as-Sadd («la presa») ante la mirada de miles de espectadores. Fue él quien dio la señal de romper el dique y permitir que las aguas del Nilo cayeran en cascada al canal de al-Jalīŷ, que rodeaba El Cairo. Como exigía la tradición, se lanzó a la impetuosa corriente la efigie de una joven virgen a modo de sacrificio simbólico al dios del río. La ceremonia marcaba el auge de la inundación anual, «la que da vida a Egipto».[61] El *Courier de L'Égypte*, periódico francés de El Cairo, informó de que Bonaparte lanzó al pueblo una gran cantidad de monedas menudas y piezas de oro a las cubiertas de los barcos que pasaban. Pronunció un discurso de alabanza a Alá y regresó a la plaza de Azbakiya para un espectáculo de fuegos artificiales.[62]

Napoleón asignó a Monge y a Berthollet cinco mil francos con los que financiar actividades vinculadas a la Comisión de las Ciencias y las Artes y buscó un lugar en que alojar la nueva sede del Instituto Nacional que estaba resuelto a fundar en Egipto.[63] *** Eligieron para ello los palacios contiguos de Qásim Bey y Hasan Bey Kashif, sitos en el barrio de an-Nasiriya, a unos dos kilómetros al este del cuartel general cairota de Bonaparte y rodeados por hermosos jardines. En aquel momento, los vastos jardines amurallados, rodeados de campo hasta la orilla del Nilo, estaban ya divididos a la manera de parcelas agrícolas y plantados de sauces y de cierta variedad de cultivos.[64] Contaban, además, con un complejo sistema de riego con acequias y cascadas de varias alturas. Estas caídas de agua estaban rodeadas por pabellones y terrazas con árboles que les daban sombra.[65] Qásim Bey había abierto al público aquel magnífico vergel, que, por consiguiente, disponía de cafeterías, zonas de descanso y letrinas para uso de los visitantes. Todo se confiscó y pasó a formar parte de la nueva sede del Instituto Nacional, cuyo principal objetivo era «impulsar la difusión de la Ilustración y el conocimiento en Egipto». Entre sus fines se contaban no solo el descubrimiento científico, la rigurosa clasificación de los fenómenos y la aplicación de la razón al entendimiento del mundo natural, sino también otros más mundanos de administración y gobierno local. Bonaparte dio órdenes a Monge y a Berthollet de crear una imprenta para publicar en árabe y en francés, un laboratorio de física y otro de química, una biblioteca y un observatorio en el jardín de la nueva sede. «Las verdaderas conquistas, las únicas de las que nunca cabe arrepentirse, son las que se logran contra la ignorancia. La ocupación más valiosa y significativa de las naciones consiste en ampliar las fronteras del conocimiento humano», declaró.[66]

Al-Ŷabartī visitó el Instituto y tuvo ocasión de ver la biblioteca, bien dotada de libros de historia musulmana y de ciencia, y de ser testigo de los

empeños en aprender su lengua que estaban haciendo los estudiosos franceses. También conoció los laboratorios y el observatorio, y escribió en su crónica: «Poseen extraordinarios instrumentos astronómicos de perfecta construcción, así como útiles para medir la altura de construcciones maravillosas, asombrosas y valiosísimas».[67] En su descripción de aquella nueva sede, el naturalista Saint-Hilaire subrayaba que el inmenso jardín, pródigamente regado y poblado de numerosas especies de árboles y de aves, no tardaría en superar al Jardin des Plantes que habían dejado atrás en París.

La casa de fieras no dejaba de recibir animales: elefantes, leones, tigres, jirafas, hipopótamos y aves exóticas que llevaban milenios llegando a Egipto y sirviendo de obsequios diplomáticos.[68] El país gozaba de una larga tradición en lo tocante a zoológicos, nada menos que desde que se creó en él el primero que conoció el mundo, en torno a 2500 a. C.[69] El colosal jardín amurallado del Instituto ocupaba unas doce hectáreas. Los estudiosos podían pasear por él hasta la llegada de la noche, admirar la belleza del cielo, el perfume de los naranjos, la suavidad de las temperaturas... «Es nuestro jardín de Academo», escribió orgulloso Saint-Hilare a su padre. El botánico Alire Raffeneau Delile se encargó de dirigir el vergel, adonde acudían para debatir sobre la civilización antigua y la moderna naturalistas, arquitectos, químicos, inventores, ingenieros y geógrafos. En carta a su mujer, Monge describía esta zona del Instituto como deliciosamente exuberante, casi un paraíso terrenal, después de las inundaciones. No tardó en convertirse en un jardín botánico en toda regla, lleno de animales y curiosidades del mundo vegetal y considerado la culminación de uno de los objetivos más elevados de la Ilustración.[70] En cambio, los eruditos se mostraban desdeñosos para con otros jardines que conocieron en El Cairo. En *Description de l'Égypte*, el cartógrafo Edme-François Jomard hablaba de 22 jardines de relieve en la ciudad, aunque advertía a los lectores que no debían imaginar lo que se entiende por tales en Europa, sino más bien en plantaciones «consistentes en densos arbustos y enredaderas, plataneros, naranjos y limones, acacias y sicómoros».[71] Como Bonaparte, se quejaba de que los de Egipto no estaban diseñados para pasear, sino para ser disfrutados desde el asiento de un quiosco cubierto de celosías.[72]

El 5 de fructidor del año 6 (22 de agosto de 1798), Napoleón firmó un decreto por el que se instauraba formalmente aquel Instituto dedicado a las ciencias y las artes en Egipto. La sesión inaugural se celebró al día siguiente, a las siete de la mañana, en el harén del palacio de Hasan Bey Kashif, que, al decir de al-Ŷabartī, se había «construido a la perfección».[73] El arquitecto y delineante Jean Constantin Protain hizo un dibujo de aquella ocasión en el que se ve a Bonaparte, delgado y elegante en el centro de la reunión de estudiosos, y a él mismo junto a la ventana, con gafas y dibujando. En el jardín del edificio principal instalaron un reloj de sol gigante con la inscripción: L'an VII RF («año 7 de la República francesa»).[74] El Instituto tenía treinta y seis integrantes y cuatro secciones: Matemáticas; Física e Historia Natural; Economía Política, y Arte y Literatura. Monge fue su primer presidente y

Bonaparte, el primer vicepresidente, amén de integrante de la sección matemática. En su opinión, en Europa no verían con buenos ojos que se erigiera en presidente. De cualquier modo, los soldados se molestaron con la institución, a la que conocían como la amante favorita de su general, por más que su misión consistiera en colaborar con la ocupación militar y administrativa de Egipto, estudiar el país y difundir el progreso europeo.[75] Sea como fuere, Bonaparte parecía no ver o no querer ver la irritación que provocaba su Instituto entre los soldados. «Las sencillas costumbres de los hombres de ciencia —aseveró en sus memorias—, sus constantes ocupaciones, el respeto que les profesaba el ejército, el útil servicio que prestaban a las labores de arte y manufactura [...] los hicieron merecedores de inmediato de la buena voluntad y el respeto de la población toda».[76]

El comandante en jefe propuso seis ámbitos de investigación: la mejora del proceso de elaboración del pan, la búsqueda de una alternativa al lúpulo para producir cerveza, la purificación del agua del Nilo, la construcción de molinos de viento y de agua, la fabricación de pólvora y la reforma de los sistemas legal y educativo de Egipto. Pidió a los estudiosos que se concentrasen en una serie de problemas prácticos, como el cultivo de la vid, la reparación del acueducto que llevaba el agua del Nilo a El Cairo o la comparación detallada de los diversos métodos de plantación y recolección de grano en Europa y Egipto. Los eruditos se pusieron a trabajar en estos proyectos y también en los suyos propios. Berthollet, por ejemplo, llevaba a cabo varios experimentos químicos semanales, a los que asistían Bonaparte y un buen número de sus oficiales.[77] Napoleón dio por sentado que los residentes de la zona debían de suponer que los científicos eran alquimistas que trataban de dar con la forma de fabricar oro. Durante una de las primeras sesiones, Monge leyó un artículo sobre el fenómeno de los espejismos basándose en su experiencia reciente en el desierto, donde había experimentado visiones cruelmente ilusorias de agua en el momento en que más lo necesitaba.[78] Cuando Bonaparte propuso presentar una comunicación propia, Monge lo disuadió con mucho tacto. También lo convencieron de que se abstuviera de aparecer con vestiduras egipcias después de un experimento que hizo que los soldados estallaran en carcajadas.[79]

Bonaparte se declaró entusiasta del islam y trató de gobernar Egipto mediante el uso de un lenguaje religioso y citas coránicas. Invitó a los principales jeques y otros administradores poderosos a unirse al diván —o consejo— que instauró a fin de gobernar el país.[80] Sus decretos se publicaban tanto en francés como en árabe y a menudo hacían hincapié en «su respeto por Dios [Alá], su Profeta y el Corán». Hasta aseguró haberse convertido al islam. De hecho, más tarde argumentaría que, «si bien un cambio de religión por motivos privados resulta inexcusable, puede perdonarse en consideración de resultados políticos de inmensa envergadura».[81] Tras el descalabro de la batalla del Nilo, el sultán otomano de Constantinopla declaró la guerra a los franceses y, en respuesta, Bonaparte amplió su argumentación retórica: no

había emprendido solamente una misión destinada a liberar Egipto de los mamelucos, sino que estaba combatiendo por salvar a los árabes del yugo de los turcos.[82] Bonaparte pensó que podría combinar el respeto al islam con el proyecto de trasladar la Ilustración y los valores revolucionarios de Francia a Egipto. Los integrantes de su Instituto se tenían por superiores a los egipcios. Mostraban poco respeto o ninguno por la situación en que se encontraba el conocimiento en la nación y adoptaron la actitud de tutores dispuestos a ayudarla a recuperar la gloria de otrora.

Tras la batalla del Nilo, la necesidad imperiosa de lograr la aprobación de los egipcios para la forma de Gobierno de Francia llevó a Bonaparte a organizar celebraciones a gran escala en El Cairo a fin de conmemorar el sexto aniversario de la fundación de la República francesa, el 1 de vendimiario del año 7 (22 de septiembre de 1798). En la plaza de Azbakiya se erigió un arco de triunfo de madera frente a otro en el que se leía en francés y en árabe: «No hay más dios que Dios y Mahoma es su profeta». El pintor genovés Michel Rigo lo decoró con escenas de la batalla de las Pirámides.[83] La fundación de la República se presentó a los egipcios como el día en que los franceses expulsaron a sus propios opresores, con lo que se equiparó a las clases privilegiadas de la Francia del Antiguo Régimen con los mamelucos. En un primer momento, el programa incluía una exhibición de vuelo en globo que, sin embargo, tuvo que posponerse ante el retraso que sufrieron los preparativos de los científicos, que habían perdido la mayor parte de su equipo en la batalla del Nilo.[84]

A las siete de la mañana, Monge llevó a los miembros del Instituto a la plaza de Azbakiya a fin de que ocuparan sus respectivos lugares para la ceremonia, que incluía un desfile militar y un himno compuesto especialmente para la ocasión. Bonaparte pronunció un discurso al que siguieron gritos de *Vive la République!* y salvas de cañón. Más tarde, se celebró un banquete en el Jardin du Général en Chef, para lo cual se dispuso una mesa para doscientas personas en la terraza profusamente decorada. Durante la opulenta comida, se fueron turnando dos orquestas para interpretar diversas sinfonías. Napoleón propuso un brindis: «¡Por la prosperidad de la República y la gloria de sus ejércitos!».[85] Luego, mandaron a los soldados a colocar la bandera de Francia en lo más alto de las pirámides. Al día siguiente, Bonaparte decidió visitarlas junto con la Esfinge, aún enterrada hasta el cuello en arena, e invitó a los integrantes del Instituto a acompañarlos. Si, al ver por primera vez aquellos monumentos de Guiza, durante la marcha de Alejandría a El Cairo, se había dirigido grandilocuente a sus hombres exclamando: «¡Soldados! Desde lo alto de esas pirámides os contemplan cuarenta siglos de historia», en esta ocasión se limitó a decir: «A ver quién llega antes arriba», con lo que provocó una avalancha de hombres encaramados a las piedras de la Antigüedad. Él no se sumó a la carrera: permaneció al pie de las pirámides mientras se reía de ellos a carcajada limpia con el general Caffarelli, quien tampoco participaba en la competición, pues se lo impedía su pata de palo. Los egipcios lo llamaban

general Abu Jašaba (algo así como «Madérez»), en tanto que Bonaparte, con su marcado acento corso, se refería a él como *Gaffarelli* (por *gaffo*, «patinazo»).[86] En sus memorias, aseguró que las pirámides eran la mayor obra de arte que hubiera visto jamás. De haber ganado los franceses en Waterloo, habría conmemorado la victoria con una pirámide de piedra blanca.[87]

La revuelta de El Cairo, un alzamiento del pueblo contra los franceses, empezó el 30 de vendimiario (21 de octubre), estando Bonaparte ausente de la ciudad durante una visita de supervisión al Nilo. Al principio, todo apuntaba a que el Instituto no corría peligro y la turba airada se había centrado en la residencia del general Caffarelli y, acto seguido, en la Gran Mezquita, adonde se había trasladado un convoy de libros, manuscritos e instrumentos científicos; pero, al día siguiente, después de que asesinaran en las calles de la ciudad a un número determinado de soldados franceses y se extendiera la violencia por toda la ciudad, quedó claro que se hacía forzoso defender la sede. El ingeniero Villiers du Terrage recordaría haberse retirado a un pabellón situado en lo más alejado de los jardines tras oír los gritos y las amenazas de las mujeres del vecindario.[88] Monge y Berthollet convencieron a sus colegas de que sería una deshonra huir del recinto y abandonar sus investigaciones y sus recursos, de modo que se hicieron fuertes en el interior a la espera de recibir ayuda, que llegó al fin cuando Bonaparte regresó a su cuartel general. Entre los varios cientos de franceses muertos hubo varios miembros de la Comisión de las Ciencias y las Artes y uno del Instituto. Cuando escribió al respecto a su familia, Saint-Hilaire señalaría en tono condescendiente: «Los desdichados habitantes de El Cairo no sabían que a los franceses no nos supera nadie, en todo el mundo, a la hora de combatir insurgencias. Lo aprendieron por las malas».[89] Napoleón cercó la zona que rodeaba la Gran Mezquita y la bombardeó. A continuación, ordenó ajusticiar a todos los cairotas a los que hubieran arrestado en posesión de armas. Sus cadáveres decapitados se lanzaron al Nilo. El número de egipcios muertos superó los tres mil y hay quien calcula que debió de llegar a los cinco mil.[90] Tras aquello, Bonaparte se resolvió a gobernar por medio del terror:

> Cada día corto cinco o seis cabezas en las calles de El Cairo. Hemos tenido que actuar, hasta el presente, con mucho tacto con ellos para contrarrestar esa reputación de temibles que nos precedía. Hoy, por el contrario, cumple adoptar un tono que los lleve a obedecer y, para ellos, obedecer es tener miedo.[91]

Meses después de la revuelta de El Cairo, se congregó en la plaza de Azbakiya una multitud para contemplar la exhibición de vuelo en globo que se había pospuesto el año anterior. Monge había estado colaborando con el inventor Nicolas-Jacques Conté para desarrollar el uso militar de dicho aparato. Conté había sido de niño un artista de talento precoz que soñaba con ser jardinero de mayor como su padre.[92] No obstante, acabó por convertirse en químico e inventor, en el hombre que salvó a la Francia revolucionaria al crear una nueva forma de lápiz cuando se agotó el grafito. Fue uno de los

pocos científicos franceses que consiguieron aprender árabe. Pese a lo limitado de sus recursos, Conté y Monge se las compusieron para construir con papel un globo aerostático de forma esférica y doce metros de diámetro, patrióticamente pintado de rojo, blanco y azul. El artefacto se elevó sobre la plaza, pero no tardó en caer del cielo haciendo cundir el pánico entre los espectadores. Al-Ŷabartī comentó con sarcasmo: «Nos habían dicho que este aparato era como un barco en el que uno podía sentarse y viajar a otros países para descubrir novedades, pero ese aserto y otros igual de fantasiosos resultaron ser patrañas. En realidad, son más como las cometas que construyen los criados domésticos para las fiestas y otras ocasiones especiales».[93]

Bonaparte estaba presente en aquel espectáculo ignominioso y oyó a su hijastro hablar con otro soldado de una bella francesa que había entre la multitud. Se trataba de Marguerite-Pauline Fourès, que, disfrazada con un uniforme de caballería, había acompañado a Egipto al teniente con quien acababa de contraer matrimonio. Una vez afincados en El Cairo, hacía un tiempo que había vuelto a usar ropa de mujer. Intrigado, Napoleón lo dispuso todo para encontrarse con ella en el Tivoli, el parque egipcio situado cerca de la plaza de Azbakiya y creado a imitación del recinto homónimo de París con la intención de entretener a los soldados descontentos. Lo dirigía un compañero suyo de escuela de los tiempos de Brienne-le-Château, el antiguo oficial de la guardia Dargevel.[94] La idea de crear aquellos jardines, en los que, al final de cada semana revolucionaria de diez días, se ofrecerían fuegos artificiales, había sido del comandante en jefe, quien, además, tenía la esperanza de construir un teatro en el que representar un repertorio adecuado para los actores disponibles. Concedía una gran importancia a las festividades en El Cairo.

El Tivoli egipcio, que se hallaba en los terrenos de un antiguo palacio mameluco, el Gayt an-Nubī, e incluía baños, casa de fieras e hipódromo, se convirtió en el centro de ocio por excelencia del ejército. En él abundaban los paseos, los juegos, las atracciones, los fuegos artificiales, los malabaristas, los encantadores de serpientes y las bailarinas.[95] También había una sala de apuestas y una biblioteca con ejemplares de periódico. Los soldados que no estaban de servicio podían pasear o comer helados bajo árboles de cítricos cargados de farolillos mientras oían la música que interpretaba una banda militar. Al-Ŷabartī describe estos jardines como «lugares de diversión y libertinaje que incluían toda clase de depravaciones y entretenimiento desenfrenado: bebidas alcohólicas, cantantes femeninas, bailarinas europeas y cosas por el estilo».[96] Recordaba la presencia de un hombre en la puerta que vendía, por noventa *nisf fidda*, las entradas que permitían al comprador acceder al recinto cuantas veces quisiera en un día para divertirse con «comida, bebida, fornicio y juego según le viniese en gana, servicios por los que pagaba un precio aparte». También era posible alquilar durante un mes un pabellón privado dentro de los jardines y amueblarlo al gusto de cada uno.

«Este servicio no estaba reservado solo a los franceses, sino que se encontraba disponible para cualquiera que lo desease, ya fuera europeo, musulmán, copto, griego o judío». En el Tivoli cairota había muchas menos mujeres que en el de París. Las esposas de muchos de los oficiales se habían quedado en Francia y las mujeres del lugar tenían prohibido entrar al parque o mostraban poco interés por visitarlo.[97]

En semejantes circunstancias, una veinteañera atractiva como madame Fourès destacaba de forma espectacular y Bonaparte no dudó en cortejarla con obsequios y con cartas. Se encargó de que reclamaran a su marido en París, organizó un banquete para el día siguiente, derramó una jarra de agua sobre el vestido de la dama e insistió en llevarla a una habitación auxiliar para que pudiera cambiarse. Según uno de los presentes, «trataron de guardar las apariencias, pero, desafortunadamente, su ausencia fue tan prolongada que los invitados que permanecían a la mesa empezaron a abrigar serias dudas sobre la autenticidad del accidente».[98] Madame Fourès no tardó en mudarse a una casa situada en las inmediaciones del cuartel general de Bonaparte, donde paseaba con él en los jardines que había hecho modificar el comandante en jefe. Cuando volvió el marido antes de lo esperado, después de que lo interceptaran los ingleses y lo devolvieran a El Cairo, la esposa no dudó en pedir el divorcio y recuperar su apellido de soltera, Bellisle. Los soldados preferían llamarla Cleopatra. Se convirtió en compañera habitual de Napoleón y aparecía a su lado, lujosamente ataviada, en el carruaje y a la mesa de él. A Eugène de Beauharnais se le excusaba discretamente de su cometido de ayudante de campo en ocasiones públicas, cuando la amante de su padrastro estaba presente. De aquel período no han llegado a nosotros cartas de Bonaparte a Josefina, ya sea por haberse perdido, o por no haber existido de entrada. Sin embargo, sí que escribió muchas a madame Fourès, quien las quemó al final de su larga vida, antes de morir en París en 1869.

Tan grandes eran la admiración y el agradecimiento de Bonaparte para con el artista Dominique Vivant Denon que más tarde lo haría director del Louvre, convertido en museo en el que exhibir la colección artística de la nación durante la Revolución francesa. Denon acompañó al contingente de soldados que, a las órdenes del general Desaix, dio caza a Murad Bey y sus mamelucos en el Alto Egipto, adonde habían huido tras la batalla del Nilo. Los franceses llegaron nada menos que al Sudán de nuestros días antes de volver a El Cairo. Al verlos aparecer por la isla de File, los nubios quedaron tan horrorizados que muchos de ellos optaron por ahogarse con sus hijos en el río. Denon desplegó una actividad frenética dibujando sobre la marcha, incluso en medio de los combates, cientos de esbozos y panoramas de gran precisión con tanta rapidez como le era posible mientras seguía el ritmo de los militares y esquivaba las balas en la batalla. Los ojos con los que vio y representó las ruinas del antiguo Egipto se hallaban a menudo irritados e hinchados. Trataba su oftalmia con vinagre y miel cuando podía disponer de tales ingredientes, ya que los cirujanos del ejército no tenían medicamentos. Muchos de los

soldados sufrieron infecciones oculares en el desierto y no faltó quien perdiera la vista.[99]

Cuando el ejército llegó a Tebas, en ventoso del año 7 (marzo de 1799), Denon nos cuenta que los soldados dejaron caer sus armas de manera espontánea, «como si el objeto de todos sus gloriosos trabajos hubiese sido la posesión de los restos de esta capital».[100] Aquel mismo año, río arriba, en Dendera, el dibujante reconoció la importancia del zodíaco en bajorrelieve hallado en el templo de Hathor, que podía ayudar a determinar la edad del yacimiento.[101] La aridez del desierto contrastaba claramente con las partes fértiles de Egipto y realzaba la sensibilidad de los soldados y los eruditos frente al mundo natural. «Tras una estancia de ocho días en el desierto, los sentidos se despiertan ante las sensaciones más insignificantes. No puedo describir lo que experimentaba cuando, por la noche, tumbado cerca de las márgenes del Nilo, oía el viento agitar las ramas de los árboles y refrescarse al colarse entre sus finas hojas. El aire estaba preñado de vida y la naturaleza parecía respirar», escribió Denon.[102] Muchos de sus dibujos estaban destinados a publicarse en la *Description de l'Égypte* y sirvieron para decorar el Servicio Egipcio de porcelana de Sèvres que, siendo ya emperador, encargó Bonaparte en 1804. Las imágenes, refinadas y en miniatura, se reprodujeron en bandejas, tazas, platos, azucareros y jarritas para nata. Las escenas de pirámides, de templos y de la Esfinge estaban rodeadas por jeroglíficos, elegidos al azar antes de que se hubiera revelado su significado gracias al descifrамiento de la piedra de Rosetta.

Henri-Joseph Redouté era especialista en dibujo zoológico y había sido nombrado pintor de animales del Museo Nacional de Historia Natural de París. Su hermano mayor, Pierre-Joseph Redouté, que alcanzaría gran fama con el tiempo por sus dibujos botánicos, lo que lo haría merecedor de la denominación de «Rafael de las flores», se encargaba de representar las plantas de la misma entidad. El botánico Étienne Geoffroy Saint-Hilaire recomendó la incorporación de Henri-Joseph Redouté a la Comisión de las Ciencias y las Artes. También entró a formar parte del Instituto de Egipto y llevó a cabo numerosos estudios detallados que incluían uno sobre los peces del Nilo. Aun así, el trabajo de los naturalistas franceses que acompañaron a Bonaparte se vio impedido por la pérdida de su equipo cuando se hundió el barco que transportaba sus escalpelos, microscopios, pinzas, frascos, alfileres y prensas para flora desde Francia. Para colmo de males, los soldados solían mostrarse poco dispuestos a escoltarlos en sus expediciones, convencidos de que velar por la seguridad de hombres que se dedicaban a observar aves o recoger insectos era una labor demasiado indigna.[103] Así y todo, los naturalistas, a diferencia de los ingenieros, los químicos y los inventores, tenían casi siempre la ocasión de satisfacer sus intereses científicos sin que nadie los interrumpiera. Tan pronto llegaron, se dedicaron a buscar semillas que enviar al Jardin des Plantes de París.

El bloqueo naval británico, que databa de 1793, a comienzos de las guerras

revolucionarias, no se hacía extensivo a las embarcaciones que transportaban especímenes botánicos y semillas a Francia. Pese a ser consciente de su infidelidad y a la relación que él mismo mantenía con madame Fourès, Bonaparte envió supuestamente semillas de *Reseda odorata* a Josefina, quien, encantada con el aroma marcado y agradable de sus flores, la llamó *mignonette d'Égypte* («preciosita de Egipto»). Se trata de una planta anual que, según se recoge en la *Description de l'Égypte*, crece de forma espontánea en Siria y Barbaria.[104] Suele decirse que aquel obsequio marcó la introducción de dicha especie en Francia y, con el tiempo, en toda Europa; pero, según se explica en *Transactions of the Horticultural Society of London*, la planta se cultivaba en tierras francesas en años anteriores de aquel mismo siglo y recibía ya el nombre de *mignonette d'Égypte* en la sexta edición de *The Gardener's Dictionary* de Philip Miller, en 1752. Los aceites esenciales de la reseda tenían una presencia marcada en la elaboración de perfumes. Tal vez fuese una de las favoritas de Bonaparte y quizá le enviara semillas a Josefina; pero, en tal caso, el gesto fue menos original y romántico de lo que se ha querido hacer ver.

Monge y Berthollet se sumaron a Bonaparte en la expedición destinada a investigar los restos del antiguo canal que había conectado el golfo de Suez con el Nilo, aunque él, a fin de ahorrarles lo más arduo del viaje, dispuso que viajasen en un coche tirado por seis caballos. La noche del 5 de nivoso (25 de diciembre), el convoy francés hizo un alto cerca de una acacia alta y solitaria que habían divisado horas antes sobre una planicie rocosa elevada. Los guías egipcios les habían explicado que aquel árbol, que marcaba la estación de peregrinaje de al-Hawra, era objeto de veneración y tenía las ramas adornadas con jirones de ropa que dejaban quienes iban de camino a La Meca. Quien osara dañarlo sería tratado con oprobio.[105] Los árboles no eran frecuentes en el desierto si no era alrededor de los pozos, donde era posible dar con alguna que otra palmera.[106] Bonaparte colocó su tienda cerca del tronco a fin de protegerlo de cualquiera de los soldados que pudiese sentirse tentado de mutilarlo para quemar sus ramas. Hacía demasiado frío para dormir. En ausencia de leña, los eruditos recogieron una gran cantidad de huesos de dromedario y trataron de quemarlos para generar calor. Monge llegó incluso a sacrificar algunos de los extraños cráneos de animal que había conseguido durante el viaje y guardaba en el carro. En el desierto había suficientes huesos humanos y de animales que usar de combustible.[107] El olor que desprendían al quemarse era insoportable, pero, una vez encendido el fuego, no cabía siquiera pensar en derrochar agua para extinguirlo. A las tres de la mañana reanudaron la marcha para llegar a Suez el 6 de nivoso (26 de diciembre).

Bonaparte sostenía que había sido el primero en dar con las ruinas del antiguo canal de los Faraones, que conectaba el Nilo con el mar Rojo mediante los lagos Amargos. Puso al ingeniero Jacques-Marie Le Père, hermano de Gratien Le Père, otro de sus compañeros de clase de Brienne-le-

Château que lo habían acompañado a Egipto, a estudiar la posibilidad de crear un canal nuevo que uniese el Mediterráneo con el mar Rojo directamente, sin necesidad de usar la sinuosa ruta del Nilo.[108] Le Père calculó que el nivel del primero era mucho más bajo que el del mar Rojo y advirtió de que el canal que proponía Bonaparte provocaría peligrosas inundaciones en el delta del Nilo.[109] Aunque era un error, el ingeniero persistió en él pese a las voces discordantes de algunos de los otros estudiosos del Instituto y, en consecuencia, Bonaparte acabó por convencerse de que era mejor abandonar el proyecto. Desde Suez, visitó también las Fuentes de Moisés, cerca del Sinaí, a las que solo podía llegarse vadeando a caballo el mar Rojo. La expedición de soldados franceses pasó varias horas en aquel paraje bíblico y preparó un café negro que no había quien bebiese con el agua salobre que manaba de allí. Luego, estuvieron a punto de ahogarse por haber calculado mal el cambio de marea. El general Caffarelli perdió la pata de palo en medio de la confusión.[110]

En Suez, donde pasó buena parte de su tiempo investigando el comercio, Bonaparte topó con unos árabes que escoltaban una caravana a lomos de dromedarios. Reparando en la agilidad de que daban muestra aquellos animales y su idoneidad para viajar por el desierto, ordenó a Eugène de Beauharnais que intentara montar a uno de ellos y, a continuación, se vio obligado a poner a su caballo al galope para alcanzarlo.[111] Decidió entonces formar un regimiento de dromedarios, que se constituyó por decreto al mes siguiente, el 20 de nivoso del año 7 (9 de enero de 1799), con el cometido de hacer labores de patrulla y perseguir a los insurgentes beduinos, que seguían efectuando incursiones incluso en El Cairo. El regimiento estaba dividido en dos escuadrones de cuatro compañías armadas con sables, pistolas, bayonetas y lanzas, y el uniforme incluía turbante y capa. Los dromedarios, robados a los beduinos, podían recorrer largas distancias sin necesidad de comer ni beber, y los camellos podían llevar a dos soldados a la vez, espalda con espalda, lo que, en teoría, les permitía combatir a los atacantes con independencia de por dónde se vieran acometidos. A una orden, se arrodillaban de inmediato para que el soldado pudiese desmontar y seguir combatiendo a pie.

Bonaparte adquirió su propio dromedario. En 1801, después de que su dueño regresara de Egipto, el animal fue trasladado supuestamente al Jardin des Plantes parisino. Cuando murió, lo disecaron para exhibirlo en el Museo Nacional de Historia Natural, hasta que, en 1932, lo llevaron al Museo Africano de Île-d'Aix. No hay nada que demuestre que el dromedario que aún puede verse en esta última ciudad francesa fuese el de Bonaparte y parece poco probable que él mismo hubiese podido confirmar que el que llegó a París era el mismo que el que había montado en el desierto. Aun así, aquel camélido anónimo constituye una reliquia tan verosímil como la osamenta de *Marengo,* el caballo de Bonaparte, que presuntamente también llegó a París procedente de Egipto. En la batalla de las Pirámides, quedó tan impresionado por los

hermosos caballos árabes sobre los que emprendían sus cargas los mamelucos que hasta le costaba ordenar a su artillería que les disparase.[112] Tras el combate, los franceses se apropiaron de muchas de aquellas monturas. Haciendo gala de su erudición, Bonaparte llamó a uno de ellos *Tamerlán,* como el conquistador que invadió Asia Menor en 1402 y derrotó a los otomanos.[113] Con todo, el que pasó a ser su caballo personal fue un berberisco gris claro de seis años. Se decía que *Marengo* fue capturado tras la batalla del Nilo y que sirvió a su amo hasta la de Waterloo. Los ejemplares de dicha raza, que recibe el nombre por la costa de Berbería, se consideran inferiores a los purasangres. Sin embargo, él los prefería a otros de más porte, tanto que tenía una decena aproximada y los iba turnando. Su estilo de monta era libre, frenético y sin gracia, pues lo había adquirido en Córcega antes de recibir un adiestramiento formal en la escuela militar. El esqueleto de *Marengo* se encuentra en la colección del Museo Nacional del Ejército de Londres. La sempiterna fascinación con los restos de un dromedario y un caballo que bien podría no haber montado Bonaparte refleja la salud de que goza aún su condición de héroe y celebridad, condición que en Egipto apenas había empezado a desarrollar.

Uno de los motivos que lo llevaron a ampliar su campaña a Siria fue la búsqueda de madera. Los franceses necesitaban construir fortalezas que los protegiesen de los ataques en el Nilo y sustituir las fragatas que habían perdido; pero Egipto no contaba con la materia prima necesaria. Según la Biblia, el Líbano, que era parte de la Siria otomana, poseía bosques de cedros.[114] Durante la expedición al canal de Suez, oyó decir que las fuerzas otomanas habían tomado el fuerte de El Arish (al-ʻArīš), situado en el desierto, en lo que a la sazón era la frontera entre Egipto y Siria. Ante la inminencia de la guerra con el sultán otomano, decidió que el ataque era la mejor defensa. Dispuso para la invasión un contingente de trece mil soldados que incluía divisiones acaudilladas por el general Kléber y el general Caffarelli.

Las fuerzas invasoras de Bonaparte no llegaron nunca a la Siria de nuestros días, sino solo al territorio que hoy ocupan Gaza, Israel y Cisjordania.[115] Su ejército llegó a Jafa el 17 de ventoso del año 7 (7 de marzo de 1799), tras noventa y seis kilómetros de marcha por el desierto y poner cerco a la ciudad. Tras cuarenta y ocho horas de sangriento combate, se ejecutó a unos cuatro mil quinientos prisioneros. Muchos de los franceses contrajeron peste bubónica durante el asedio y Bonaparte instauró un hospital en la ubicación del monasterio carmelita del monte Carmelo a fin de tratarlos. Visitó en persona a los enfermos en un acto de solícito coraje en medio de la brutalidad y la carnicería que más tarde inmortalizaría Antoine-Jean Gros en su pintura hagiográfica *Bonaparte visitant les pestiférés de Jaffa* (1804), expuesto en el Louvre entre su proclamación como emperador y su coronación. En él se representa tocando la buba de la axila de uno de los pacientes en un gesto que recuerda al toque real por el que, según se creía, curaban las escrófulas los

monarcas del Antiguo Régimen. Aun así, en aquel período atribulado de Jafa no había milagro que valiese: solo recursos naturales y limitaciones. El comandante en jefe llegó incluso a sugerir la posibilidad de proporcionarles una muerte piadosa con el médico castrense René-Nicolas Dufriche Desgenettes, quien se negó a administrarles una dosis fatal de opio. Mucho más personales que las visitas públicas —escenificadas y convertidas luego en leyenda— al hospital fueron las que hizo en privado a Monge, que pasó semanas enfermo y febril. El futuro emperador pasaba por la noche a comprobar cómo estaba su amigo y si necesitaba agua.

Cuando hirieron al general Caffarelli en el sitio de Acre, Monge y Berthollet se apostaron a la cabecera de su cama para leerle a Montesquieu y debatir con él de economía política. Con todo, murió de una infección poco después de que le amputaran el brazo. Bonaparte ordenó que le momificaran el corazón para enviarlo a París. A finales de mayo, tuvo que aceptar, a regañadientes, que había sido derrotado en Acre. Sus fuerzas fueron incapaces de tomar la fortaleza, sin la que no cabía esperar hacerse con Siria. Regresó a El Cairo con un contingente muy mermado por los combates y la peste, aunque hizo ver mediante propaganda que la campaña había culminado con un éxito glorioso. Completó con sus soldados un recorrido triunfal por la capital egipcia y publicó un decreto por el que se comprometía a construir una mezquita colosal en conmemoración de la victoria. No obstante, durante una reunión del Instituto celebrada en junio, Desgenettes se enfrentó a Bonaparte en relación con lo sucedido en Jafa. El médico, que se había visto excluido de la comisión encargada de informar sobre la peste, se puso en pie de un salto y «con una vehemencia que dejó atónito a su nutrido auditorio», acusó al general de encubrir sus derrotas y fracasos militares, que calificó de crímenes.[116]

El 24 de termidor del año 7 (11 de agosto de 1799), en el jardín del Instituto, Bonaparte confió a Monge y Berthollet su intención de volver a Francia. Pensaba dejar atrás a su ejército, al mando del general Kléber, que sería informado al respecto por carta tras su partida. Propuso llevarse con él a ellos dos y a Denon, aunque algunos estudiosos permanecerían en Egipto. Saint-Hilaire adivinó sus planes y le entregó un manuscrito con la intención de que lo diese a la imprenta en Europa. Bonaparte abordó también con este último y con Monge las ambiciones que albergaba de hacía tiempo en el ámbito de la ciencia y el descubrimiento del mundo natural. De adolescente había querido competir con Newton, pero las circunstancias lo habían empujado a seguir la carrera militar. De haber seguido sus sueños, habría descubierto «un mundo de detalles». Si Newton había descubierto las uniformidades del mundo, el habría explorado sus variedades. Su idea de «un mundo de detalles» era algo muy valioso para él. Saint-Hilaire interpretó que se refería al contraste entre el mundo astrológico de leyes fijas y el mundo fenoménico de detalles infinitos, todos los actos y las cosas del universo, estudiados no mediante principios apriorísticos, sino a través de la indagación

sistemática. Newton había elevado las ciencias matemáticas por encima de las demás, pero Bonaparte pensaba que aquello era un error, pues el estudio de la botánica, la zoología, la hidrología, el embalsamamiento y los jeroglíficos no era menos importante. Los descubrimientos de Newton eran abstractos, mientras que él quería interactuar con el mundo real. En un relato similar, se asegura que confió a Monge mientras inspeccionaba las canteras cairotas de Muqaṭṭam, de donde se habían extraído las piedras de las pirámides: «Me he encontrado convertido en conquistador en Europa, como Alejandro, cuando habría sido más de mi agrado marchar tras los pasos de Newton».[117]

Doce años antes, a los dieciocho, su interés por la ciencia había quedado reflejado en un cuento escrito en Ayacio. Se titulaba «Le masque prophète» y estaba inspirado en la *Histoire des Arabes sous le gouvernement des califes* (1750), del abate Marigny. Comienza describiendo el gobierno justo, pacífico y promotor de la ciencia del califa medieval bagdadí al-Mahdī, quien, «temido y respetado por sus vecinos, se ocupaba en hacer florecer las ciencias y acelerar su avance».[118] Su política progresista se ve desafiada por un profeta de Jorasán, ciudad oriental de Irán. Este hombre atractivo, formidable y elocuente seduce a la multitud predicando la pureza moral y la igualdad de clase y riqueza. El califa intenta en vano contener la creciente insurrección. El profeta sufre una enfermedad que le desfigura el rostro y recurre a cubrírselo con una máscara, lo que no le resta poder de captación a sus sermones. Asegura a sus seguidores que la lleva puesta para protegerlos de quedar deslumbrados por la luz que emana de su semblante. Les dice que son los elegidos, pero los envenena durante una última cena antes de suicidarse arrojándose a una tina de ácido. Cuando llega el califa a restaurar el orden, encuentra abiertas las puertas de la ciudad y una sola persona con vida: la amada del profeta. Quienes siguen creyendo en él dan por hecho que ha ascendido al cielo. Bonaparte concluye: «Este ejemplo es increíble. ¡Hasta dónde puede llevar el furor de la fama!». La palabra *incroyable* resulta igual de ambigua que *increíble*. Apenas una década después de haber escrito este cuento, su autor perseguía furioso su propio camino a la fama, dirigiéndose a sus soldados con arengas conmovedoras, prometiéndoles tierras y exponiéndolos a la guerra y la peste. Seguía teniendo por objetivo la ilustración científica y el progreso, pero pretendía alcanzarlo por métodos bárbaros.[119]

Cuando Bonaparte desapareció de Egipto, dejando una carta con instrucciones para el general Kléber, los compañeros que había elegido y él soltaron a los caballos que los habían llevado a la costa para que regresaran a Alejandría. No está claro si el ejemplar que después recibiría el nombre de *Marengo* embarcó en *Le Murion* con él. Su dromedario no, pero el antílope egipcio que usaba de animal de compañía sí subió a bordo.[120] Al amparo de la noche, la pequeña embarcación que lo devolvió a Francia fue arrimada a la costa egipcia para evitar llamar la atención de los británicos que velaban por el bloqueo, hasta que, rebasadas las ruinas de Cartago, puso rumbo al norte.

Entre sus acompañantes se hallaba Rustam Raza, esclavo de dieciocho años y ascendencia armenia que había recibido el adiestramiento propio de un mameluco y había cedido a Bonaparte el jeque al-Bakrī tras el sitio de Acre. Ejerciendo ya de guardaespaldas de su señor, dormía delante de la puerta de su camarote. Estaba entusiasmado con la idea de viajar a Francia y conocer allí una vida nueva, pero lamentaba haber dejado El Cairo a la carrera sin tener la ocasión de convencer a Bonaparte para que emplease a algunos de sus amigos. El artista Denon también había partido de la capital de Egipto con una mezcla de alivio y pena. De vuelta en París, revisó su tesoro egipcio, que incluía un papiro de Tebas y sus numerosos dibujos. A Josefina, amiga y mecenas, le había llevado un monito adiestrado para lacrar sobres.[121]

El general Kléber montó en cólera. Sin previo aviso, se había visto al mando de aquel ejército varado, acosado y desesperado. Disfrutó de un breve devaneo con madame Fourès. Ella, no obstante, también logró salir de Egipto poco después. Volvió a casarse, se divorció de nuevo en 1816 y más tarde zarpó a Brasil para montar un negocio maderero antes de regresar en 1837 a Francia, donde vivió hasta los noventa y un años.[122] El general Kléber no tuvo tanta suerte: murió asesinado el 25 de pradial del año 8 (14 de junio de 1800) en el Jardin du Général en Chef del palacio de al-Alfí, donde se había instalado cuando se encontró, sin quererlo, en el puesto de comandante en jefe que había ocupado hasta entonces Bonaparte.[123] Estaba paseando por la terraza con el arquitecto Jean Constantin Protain, discutiendo sobre reparaciones que necesitaba el edificio y sobre posibles mejoras, cuando se acercó alguien a quien tomó por un vagabundo. Cuando tendió la mano para recibir el beso del suplicante, recibió repetidas puñaladas, igual que su acompañante, quien al principio se lanzó al suelo y a continuación trató de rechazar al asesino con un bastón. Cuando los guardias llegaron a él, Kléber estaba ya moribundo. Protain sobrevivió a las heridas recibidas y al atacante lo encontraron escondido en el jardín tras una pared derruida, con la ropa ensangrentada y la daga a su lado, en el suelo.

Sulaymān al-Ḥalabī era un joven de Alepo. Lo acusaron de haber estado todo el día siguiendo a Kléber con la daga oculta bajo la túnica (galabiya).[124] Durante la investigación, para la que estuvo en condiciones de testificar Protain, se descubrió que tres jeques de El Cairo vinculados a la Universidad de al-Azhar habían conocido las intenciones asesinas de Sulaymān. La crónica de Al-Ŷabartī dio pábulo a la controversia al tratar la muerte del general como un acto criminal y no como parte de la rebelión árabe contra la represión francesa.[125] En su obra incluye los informes del juicio que distribuyeron las autoridades de Francia. Se refiere a Sulaymān como a un «entusiasta religioso», aunque de forma más reciente no han faltado iniciativas destinadas a rehabilitar su figura y presentarlo como un héroe, incluida una estatua en su honor en Alepo. En tanto que quienes supuestamente conspiraron con él se vieron condenados a decapitación, el joven sufrió una muerte larga y dolorosa mediante empalamiento después de que le quemaran el brazo derecho hasta el

hombro. Los franceses, cuya Revolución había proscrito semejantes castigos en favor de la guillotina por considerarla un instrumento más humano, justificaron su decisión remitiéndose a las costumbres locales. Las relaciones del terrible castigo recibido por Sulaymān recuerdan a las de las ejecuciones del Antiguo Régimen. Los franceses, tan orgullosos de la ilustración científica que desplegaron en Egipto, volvieron a abrazar en dicha tierra las prácticas bárbaras de antaño. Sulaymān tardó cuatro horas en morir. Solo lo decapitaron una vez que abandonó la vida, con la intención de trasladar el cráneo a París y estudiarlo como la cabeza de un criminal. Más tarde se expondría en el Museo del Hombre como objeto de interés científico.

El funeral del general Kléber se celebró el 28 de pradial (17 de junio). Sus restos pasearon en carreta por las calles de El Cairo, cubiertos por un tapete negro y rodeados de sus trofeos militares. El matemático Fourier pronunció un panegírico en el que dirigía esta exclamación a los soldados presentes: «¡Cuántos de vosotros no habríais aspirado al honor de lanzaros entre Kléber y su asesino!».[126] En aquel punto se produjo una efusión de dolor por el distinguido general que había luchado en tantas batallas por la República francesa. Tras los actos, se envió a Francia su cadáver embalsamado. Bonaparte, conmovido por el asesinato, no pudo menos de recordar las veces que se había encontrado en la misma situación que Kébler, caminando sin protección por la terraza del Jardin du Général en Chef. Cuando le transmitieron la noticia en plena noche, su secretario leyó en su expresión lo que estaba pensando: «¡Hemos perdido Egipto!».[127] Bonaparte era muy consciente de la fama que había adquirido Kléber como militar ya al principio de las guerras revolucionarias de 1792 y decidió que sus restos no podían ser trasladados a París si no quería que su tumba se tornara en un foco de pasión revolucionaria. En lugar de eso, su cadáver permaneció dieciocho años en el castillo de If, erigido sobre una isla diminuta en el mar de Marsella, antes de hallar sepultura al fin en su ciudad natal de Estrasburgo, en la plaza Kléber, donde tiene una estatua conmemorativa.

Cuando los franceses dejaron Egipto, en 1801, Estambul envió de gobernador a Muhammad Husraw, quien tomó por residencia el palacio de al-Alfí. El edificio quedó reducido a cenizas poco después, de modo que, cuando su sucesor, Mehmet Alí, fue investido valí en 1805, no se alojó en el palacio en ruinas, sino en sus inmediaciones. Mehmet Alí completó la iniciativa francesa de retirar los cementerios de Azbakiya por motivos de higiene urbana y drenó el lago, considerado pestilente, sobre todo cuando bajaba demasiado el nivel del agua, para volver a rellenarlo y convertirlo en un gran jardín público «a fin de otorgar al público de El Cairo y, en particular, a los europeos, un lugar en el que pasear». Cuando tocaba a su fin el largo período en que ejerció su autoridad, el lago de Azbakiya se había transformado en un parque *à l'européenne*.[128] En 1849, Samuel Shepheard, repostero y emprendedor inglés procedente de Preston, abrió un hotel en el terreno del antiguo palacio de al-Alfí, llamado primero Hôtel des Anglais y, después,

Shepheard's Hotel. Adquirió una celebridad considerable por su terraza, que daba a la plaza de Azbakiya, igual que el palacio original aun antes de que Bonaparte se afincara en él. El poeta Gérard de Nerval, cuyo padre había sido médico en el Ejército francés, se alojó en el hotel en 1842. Vio carteles que anunciaban una representación benéfica en beneficio de los ciegos de El Cairo en el teatro que Bonaparte había construido en el Tivoli egipcio, cuyo nombre se había cambiado por el de jardín Rosetti, y asistió al acto. La casa de fieras que habían creado los franceses seguía en funcionamientos y, de hecho, el experto médico de Mehmed Alí había añadido jirafas.[129] Nerval describió aquel parque como un oasis de palmeras, naranjas y sicómoros.

Capítulo 4
Cultivar una corona

Me encontré la corona [de Francia] en el arroyo, la recogí y el pueblo me la puso en la cabeza.
Napoleón[1]

Josefina compró Malmaison, la *mala domus* («casa mala»), antes de que regresara Bonaparte de Egipto. El lugar se convirtió en su residencia marital. La habían visitado juntos en nivoso del año 6 (enero de 1798), antes de su partida, aunque sin alcanzar acuerdo alguno en lo relativo a la compra por considerarla él demasiado cara.[2] El 2 de floreal del año 7 (21 de abril de 1799), Josefina se comprometió a pagar 225.000 francos por la casa, que bien podía datar del siglo XIV y estaba situada a once kilómetros al noroeste de París, rodeada de zonas verdes, bosques, campos y arroyos que desaguaban en el Sena. Tuvo que pedir prestada la entrada de quince mil francos y esperar a que regresara su marido para liquidar el resto de la deuda. El anterior propietario, Jacques-Jean Le Couteulx du Molay, financiero acaudalado, había mandado hacer un jardín de gran belleza a la manera inglesa. El diseñador, Jean-Marie Morel, era un notable defensor de aquel estilo y autor de la *Théorie des jardins*, publicada en 1776. En lugar de la estricta formalidad de los diseños tradicionales franceses, que Napoleón prefería con diferencia, el *jardin à l'anglaise* incluía senderos sinuosos, cuadros asimétricos, arboledas, lagos y caprichos arquitectónicos. Aunque, cuando lo compró Josefina, el jardín de Le Couteulx estaba abandonado, todavía había un huerto, un invernadero para naranjos, otro para verduras y un pabellón de exterior octogonal e interior circular.

Si el jardín de Le Couteulx se encontraba descuidado se debía a que su esposa y él habían sufrido arresto en Malmaison durante el Terror revolucionario. La biblioteca y el dormitorio estaban sellados, como era costumbre hacer con los acusados de actividades contrarrevolucionarias. La mismísima Josefina se había visto entre rejas en aquella época de denuncias, farsas judiciales y ejecuciones. Con todo, a diferencia de su primer marido, el vizconde de Beauharnais, que fue guillotinado, tanto ella como Le Couteulx y

su mujer escaparon al tribunal revolucionario. Cuando adquirió la casa de sus sueños de manos de quienes habían sobrevivido con ella a la degollina, Josefina estaba resuelta a crear un jardín inglés más encantador aún que el que había existido antes de la Revolución.

Al principio, se instaló en Malmaison con su hija, Hortensia, y su joven amante, Hippolyte Charles, de quien los habitantes de la vecina Rueil dieron por hecho que era su hijo. Bonaparte llegó a París el 24 de vendimiario del año 8 (16 de octubre de 1799), furioso tras saber de la aventura de su esposa y de la compra que había hecho; pero con el tiempo acabó por prendarse de la casa y permitió a Josefina gastar unos tres millones y medio de francos renovándola, hasta que, tras su divorcio, ocurrido en 1809, pasó a ser propiedad exclusiva de ella. Entre los años 8 y 10, Malmaison habría de ejercer, junto con el palacio de las Tullerías, de sede del Gobierno francés. Pese a los diversos descalabros, Bonaparte se las compuso para hacer pasar la campaña egipcia por todo un éxito y se erigió en primer cónsul —jefe de un Gobierno republicano autoritario y centralizado— gracias al golpe de Estado del 18 de brumario (9 de noviembre de 1799), cuando todavía no había pasado un mes de su regreso. El nombramiento era para un período de diez años y lo aclamaron por salvador de la patria tanto la facción prorrevolucionaria de los jacobinos como los realistas. El abate Sieyès, teórico político y antiguo sacerdote cuyos panfletos revolucionarios habían ayudado a destruir el Antiguo Régimen en 1789, creyó hallar al fin en Bonaparte un general capaz de llevar a la práctica sus ideas constitucionales. Se equivocaba, y no por vez primera.

Sieyès era uno de los cinco miembros del Directorio gobernante, a los que Josefina había ofrecido dos espléndidos banquetes en Malmaison mientras Bonaparte seguía en ultramar.[3] Sieyès ya conocía la casa, pues había estado en ella en junio de 1789 por invitación de Le Couteulx y su esposa a fin de debatir sobre la Revolución cuando esta estaba en sus albores.[4] Diez años más tarde, habían cundido la mortandad y la destrucción hasta extremos que no podía haber imaginado. Temiendo una reacción de los monárquicos y una victoria electoral frente a un Gobierno en decadencia, estaba dispuesto a apoyar un golpe de Estado contra el Directorio del que formaba parte. Con todo, para que tuviera éxito sería necesario que dimitieran sus cinco componentes y que los cuerpos legislativos (el Consejo de Ancianos y el Consejo de los Quinientos) aceptasen una nueva Constitución. Sieyès y otros dos directores renunciaron voluntariamente al cargo y a los dos restantes los arrestaron. A los dos Consejos les hicieron creer que corrían peligro en el centro de París y estarían más seguros en las afueras, en el palacio de Saint-Cloud. Bonaparte los siguió allí el 19 de brumario (10 de noviembre de 1799) e irrumpió a la fuerza en sus sesiones. Acusó al recalcitrante Consejo de Ancianos de haber violado su propia Constitución y declaró: «La Revolución sigue sujeta a los principios con los que nació. Se acabó [...] Hemos llegado al fin de la novela de la Revolución y es la hora de empezar su historia». En la

reunión del Consejo de los Quinientos, que se estaba celebrando en la *orangerie* (invernadero de naranjos) del palacio, lo agredieron y estuvo a un paso de sufrir un desmayo. Su hermano Luciano se hizo cargo de la situación y usó la fuerza militar para expulsar a los diputados del recinto. En una caricatura inglesa de la época, Bonaparte, recién llegado de Egipto, aparece representado como un cocodrilo de gran tamaño con botas hasta el muslo y una profética corona imperial dorada, respaldado por una serie de cocodrilos más pequeños de uniforme militar y haciendo huir a un consejo de ranas. Algunas de estas llevan capas rojas y los gorros frigios rojos de la Revolución con escarapelas mientras tratan de escapar del «cocodrilo corso». Solo una de ellas, pequeñita, está blandiendo una daga diminuta, apenas mayor que uno de los muchos dientes que pueblan la boca del reptil invasor. El dibujante anónimo sospechaba lo que un intelectual como Sieyès no había sido capaz de prever: las ambiciones imperiales de Bonaparte estaban empezando a despertarse.

La Constitución del Año VIII se adoptó el 22 de frimario (24 de diciembre de 1799). Otorgaba amplios poderes a Bonaparte y era la primera desde 1789 que no tenía por prefacio una Declaración de Derechos. A esas alturas, Napoleón ejercía, en la práctica, de soberano de Francia pese a la existencia de otros dos cónsules: Jean-Jacques-Régis de Cambacérès y Charles-François Lebrun. En la redacción de aquella carta magna se emplearon términos de la Roma clásica a fin de evocar la República autocrática de César Augusto, su primer emperador. Aunque el poder legislativo quedó dividido en tres, Bonaparte, en calidad de primer cónsul, tenía la potestad de gobernar por decreto. Su siempre servicial hermano Luciano organizó un plebiscito al respecto de la nueva Constitución el 18 de pluvioso del año 8 (7 de febrero de 1800). Los resultados oficiales fueron de tres millones de ciudadanos franceses a favor frente a solo 1.562 en contra. Cierto es que estos resultados pudieron haberse exagerado, pero no cabía dudar de que la abrumadora mayoría del electorado estaba harta de la Revolución y tenía la esperanza de que Bonaparte supiera llevar la paz y la estabilidad a Francia después de una década de agitación política.

Él, más ocupado que nunca, agradeció que Josefina tuviese la distracción de Malmaison. Si bien la finca tenía unas cuarenta y tres hectáreas en el momento de adquirirla, su mujer se dispuso de inmediato a comprar terrenos adyacentes, de modo que, en el momento de su muerte, en 1814, contaba con unas ciento veinte, casi el triple de su extensión original, para lo cual fueron necesarios más de quinientos contratos de compra y de cambio.[5] Ya antes del golpe de Estado del 18 de brumario había empezado a introducir mejoras tratando de trocar cierta extensión de bosque por el estanque de San Cucufato y el pantano vecino.[6] Compró arboledas, granjas y parques de los alrededores hasta adquirir, de treinta terratenientes distintos, todo el valle de Hudrée, por el que corría un río pequeño del estanque hasta la casa. Cuando Bonaparte le dio permiso para comprar el palacio de Bois-Préau con sus terrenos, se refirió

en tono mordaz a la pasión de ella por los jardines de estilo inglés: «Te dejo porque te hace feliz, pero, cuando lo hayas comprado, haz el favor de no echarlo abajo para poner piedras en su lugar».[7]

Un día gélido de principios de frimario, poco después del golpe de Estado de brumario, el artista Jacques-Louis David viajó a Malmaison con dos amigos arquitectos —Chales Percier y Pierre-François-Léonard Fontaine— para ofrecer su consejo a Josefina sobre las reformas de su casa. Los arquitectos se habían conocido siendo estudiantes en París, habían ganado becas para estudiar en Roma y se encontraban en ella al estallar la Revolución. Los dos habían regresado antes del Terror. El padre de Percier había sido portero del palacio de las Tullerías y su madre, lavandera de la reina María Antonieta. Su principal fuente de ingresos eran las rentas que generaba el restaurante de la Guardia Suiza, cerrado desde la matanza de las Tullerías que había puesto punto final a la monarquía.[8] Siendo arquitectos jóvenes en tiempos inestables, Fontaine y él habían aceptado el encargo de rediseñar la sede de la Convención y crear escenarios operísticos. A fin de mantener alta la moral y no perder su conexión con Roma durante el Terror, habían empezado a escribir un libro sobre las villas y jardines de la ciudad antigua. Como David, no estaban dispuestos a dejar que ningún cambio de régimen entorpeciera sus ambiciones artísticas. Pudieron haber sido amantes o no, pero lo cierto es que su colaboración profesional duró varias décadas.

Recorriendo Malmaison, los arquitectos llegaron a la conclusión de que tenía una ubicación espléndida y los jardines eran muy agradables, pero que el estado en que estaba la casa propiamente dicha la hacía peligrosa. Los muros se desmoronaban, había vigas rotas y algunas faltaban, y los suelos necesitaban un arreglo. Quedaron en elaborar un plan de reforma. Unos días más tarde, Josefina y David llevaron a Percier y Fontaine a conocer a Bonaparte. En lugar del gran héroe de guerra que esperaban encontrar, les pareció un hombre más bien pequeño con un abrigo de solapas anchas, doble botonadura y amplios faldones, abrochado hasta arriba para ahuyentar el frío.[9] Fue en torno a este tiempo cuando empezó a cubrirse con su proverbial bicornio, distintivo por tener los picos a uno y otro lado y por su extrema sencillez, sin brocado decorativo ni plumas, ni más adorno que una escarapela revolucionaria sobre el fieltro negro. Estuvo hablando largo y tendido con los arquitectos sobre los planes de mejora que tenía para París y el problema de dónde colocar el botín capturado en Italia: si el Laoconte, los caballos y el león de Venecia y otras esculturas antiguas deberían albergarse de forma permanente en la iglesia castrense de Los Inválidos como trofeos de guerra o en el Louvre. Fontaine, afable y elocuente, fue muy sincero: lo más apropiado era tenerlas en el museo. Percier, alto y tímido, guardó silencio como hacía a menudo.[10]

Los arquitectos hicieron planes grandiosos para Malmaison inspirados por sus estudios de las villas romanas de la región rural de Toscana. Pretendían erigir un edificio totalmente nuevo a modo de reflejo del antiguo al otro lado

de un jardín central. Al norte de ambos edificios, tenían la intención de construir un pabellón palladiano en el que alojar a Napoleón y a su esposa en estancias separadas pero conectadas, decoradas con arreglo a sus gustos diferentes. Imaginaron todas estas estructuras rodeadas de jardines de aire italiano, con setos simétricos, fuentes y largas avenidas de árboles. Bonaparte dio su aprobación. Sentía inclinación por las líneas rectas de los jardines de las Tullerías y le encantaba la idea de verlas reproducidas en Malmaison. Quería ampliar el terreno e incluir un gran lago. La precisión y el orden eran elementos esenciales en su concepción estética. Sin embargo, Josefina tenía planes muy distintos, pues deseaba desarrollar el estilo informal inglés que había iniciado el anterior propietario de la hacienda. Fontaine se quejaba de que el proyecto de la señora de la casa solo incluyera «grupos, efectos, contrastes y, sobre todo, elementos sensibleros».[11] Se mostró consternado cuando ella contrató a un jardinero jefe escocés, Alexander Howatson, y horrorizado al ver que en medio de una de las extensiones de césped hizo plantar un tulipero.

Josefina se lanzó a adquirir plantas para su jardín: rosales, eucaliptos, laureles, hibiscos y cuatro variedades de magnolia, incluidas la *M. grandiflora* y la *M. tripetala*.[12] Encargó otra *orangerie* con calefacción a Percier y Fontaine, que buscaron algunas de las piedras para los pilares en los jardines de las Tullerías. Con todo, ambos arquitectos chocaron con ella desde el principio en lo referente al jardín. Ella se molestó al descubrir que pretendían disponer los senderos siguiendo líneas rectas. Los paseos que iban directamente de un lugar a otro no eran de su gusto: los tenía por bárbaros y por contrarios a las normas de los jardines refinados. Su *jardin à l'anglaise* debía tenerlos sinuosos y llenos de curvas.[13] Buscó a otro arquitecto, Louis-Martin Berthault, con la esperanza de que Percier y Fontaine limitasen su trabajo a la casa. A fin de aplacar las quejas de Bonaparte, mandó hacer para él un jardín más ordenado, separado del resto por un puentecito levadizo tendido sobre un arroyo.[14]

Cada día décimo (el *décadi*, consagrado al descanso en el calendario revolucionario), Napoleón acudía a Malmaison con Josefina, sus cuatro hermanos varones, su madre, su medio tío Joseph Fesch —religioso que ascendería a arzobispo y, después, a cardenal—, su edecán Junot y otros amigos íntimos y simpatizantes. Se levantaba temprano y salía a pasear al bosque, muchas veces solo, aunque otras acompañado por Fontaine y el administrador de la finca, que antes había servido a las órdenes de Le Couteulx. Fontaine consideraba al administrador un personaje inteligente a su manera tosca.[15] A Bonaparte le gustaba discutir los planes que tenía para Malmaison con ambos, pero entre la magnificencia de sus proyectos y su presupuesto mediaba un gran trecho. Odiaba tirar el dinero y se quejaba sin cesar del coste de las reformas. Llegada la primavera, Fontaine había perdido ya toda esperanza de llevar a cabo el diseño que había creado con Percier para Malmaison. Confió a su diario que, en lugar de edificar una residencia

grandiosa digna del extraordinario primer cónsul de Francia, se encontraban con la labor de rescatar una casa en ruinas concebida para una persona corriente.[16]

Bonaparte volvió a salir de París en floreal (mayo) para emprender su segunda campaña italiana. Tenía la intención de sorprender y derrotar al Ejército austríaco cruzando los Alpes, empresa que no había intentado acometer general alguno desde Aníbal en la Antigüedad. Se reunió con su ejército de reserva, conformado por seis regimientos al mando del general Lannes, en Lausana. A los soldados los habían hecho avanzar a marchas forzadas a fin de llegar a tiempo. A ellos se sumaron otros miles de soldados necesarios para la expedición, muchos de ellos alistados por recluta obligatoria. Antes de partir para cruzar los Alpes, Bonaparte pasó revista a sus cuarenta mil combatientes en Saint-Sulpice, a las afueras de Lausana, y, para conmemorar la ocasión, Étienne de Loys, poderoso terrateniente de la zona, hizo desarraigar un roble (*Quercus robur*) de veintidós años para colocarlo en medio de su finca de Dorigny, cuyo palacete y jardines acababa de remozar. Cuenta la leyenda que Bonaparte fue a visitarlo y se sentó en el banco de piedra que había bajo el árbol trasplantado.[17] Aquel magnífico ejemplar ha subsistido hasta nuestros días. Tiene ya más de treinta metros de altura y un tronco de más de siete metros de contorno. Lo llaman Le Chêne Napoléon, «el roble de Napoleón».

La posición de Bonaparte en calidad de primer cónsul quedó consolidada con la batalla de Marengo, librada cerca de la ciudad piamontesa de Alessandria, el 25 de pradial del año 8 (14 de junio de 1800). El asesinato del general Kléber en El Cairo se produjo también aquel mismo día, pero, para su objetivo de afianzar el poder que acababa de adquirir Napoleón, los sucesos de Italia tenían muchísimo más peso que el caos que había dejado atrás en Egipto. Desde el punto de vista militar y político, no había nada más importante que la conquista del norte de Italia. Tras el intrépido paso de los Alpes en mayo, la ocupación de Milán y un combate triunfal en Montebello, Bonaparte se enfrentó a las fuerzas austríacas, acaudilladas por el mariscal de campo Michael von Melas, en una batalla decisiva. Esta se desarrolló en una llanura al este de Alessandria, atravesada por el río Bormida y un arroyo llamado Fontanone. Los austríacos superaban en número a los franceses hasta que llegó el general Desaix con refuerzos y, frente a los quince cañones de estos, aquellos disponían de cien. Pese a todo, los austríacos sufrieron pérdidas graves durante las doce horas que, entre avances y repliegues a un lado y otro del Bormida y el Fontanone, duró el combate hasta la derrota final de las fuerzas de Austria. La mañana del 26 de pradial (15 de junio), Napoleón volvió a toda prisa a París y dejó al general Berthier al cargo de las negociaciones de la Convención de Alessandria, por la que los austríacos se comprometían a retirarse del norte de Italia hasta más allá del río Tesino. Ningún otro general había sido capaz de hacer morder el polvo de un modo semejante a los ejércitos austríacos ni a sus aliados. Si la suerte militar de

Bonaparte se había agotado en Oriente Próximo, más cerca de casa había conseguido salvar su reputación. En 1805 puso la primera piedra de una pirámide destinada a conmemorar el lugar de la batalla de Marengo; pero su construcción no llegó a completarse y hoy ha desaparecido.

En Malmaison, Josefina celebró aquella victoria plantando un cedro del Líbano que creció hasta convertirse en el imponente ejemplar que se yergue aún en las tierras del palacio. Asimismo, organizó una gran fiesta en el jardín. Percier y Fontaine tuvieron que pedir carpas prestadas a su colega Étienne Lecomte, arquitecto jefe del Gobierno encargado de la reforma del palacio de las Tullerías, a fin de proteger las mesas de comida dispuestas bajo los árboles. Aquellas estructuras eran fáciles de montar, resultaban baratas y evocaban a las campañas militares. No tardaron en convertirse en un rasgo distintivo de las obras de restauración de ambos en Malmaison.[18] Colocaron dos construcciones semejantes a tiendas militares a uno y otro lado de la entrada de la hacienda, para el portero y el guardia. Napoleón, sorprendido y furioso a un tiempo, quiso saber quién les había dado permiso para poner allí algo de tan mala calidad. También diseñaron un pórtico de cristal con forma de tienda de campaña sobre la entrada al palacio. Las columnas de los extremos parecían haces de picas. Cuando Bonaparte lo vio por primera vez, dijo que le recordaba al lugar donde metían a los animales en las ferias rurales.[19] Sí aprobó el modo como habían convertido Percier y Fontaine su dormitorio en un salón en el que reunirse con su consejo forrándolo con un tejido a rayas que cubría, como en una tienda, paredes y techo. Había concebido Malmaison como un retiro, una residencia privada en la que relajarse al final de una semana de trabajo; pero cada vez recibía más visitas y trataba desde allí una cantidad ingente de complicados asuntos de Estado. Aquella sala recordaba el cuartel general de campaña que usaba en el campo de batalla.

El artista Jacques-Louis David lo pintó dominador y victorioso en *El primer cónsul cruzando los Alpes en el paso de San Bernardo*. Existen cinco variaciones de este emblemático óleo propagandístico: la primera, encargada por Carlos IV de España, aliado de los franceses, se donó al museo de Malmaison en 1949. David pintó a Bonaparte con uniforme militar y armado con un sable de estilo mameluco, envuelto en una capa dorada ondulante y con el bicornio adornado con un galón a juego, sobre un caballo picazo inspirado en el célebre berberisco *Marengo.* En realidad, había cruzado los Alpes a lomos de una mula, montura más segura y práctica para tal cometido. Aún era muy pronto para que los caballos como *Marengo,* procedentes de Egipto, estuviesen preparados para el combate. Al pie del cuadro, se leen, grabados en la roca, los nombres de Aníbal, el emperador Carlomagno y Bonaparte. Otro artista que intuía las ambiciones imperiales del primer cónsul. Napoleón se negó a posar para aquel óleo por considerarlo una pérdida de su tiempo y, además, porque lo que quería era una representación de su carácter y su genio y no un parecido físico. El lienzo quedó rematado en nivoso del

año 9 (enero de 1801), después de cuatro meses de trabajo. Se expuso en pradial (junio) de aquel mismo año y conoció numerosas reproducciones.

Durante el verano del año 8, Louis-Jean-Népomucène Lemercier, poeta e integrante del Instituto, envió a las Tullerías un ejemplar de su *Homère, Alexandre, Poèmes* y recibió una invitación para cenar en Malmaison la noche siguiente. Mientras paseaba entre los distinguidos invitados por los jardines, Lemercier se puso a disertar sobre las diferencias entre la poesía épica y la didáctica.[20] Bonaparte mostró un gran interés en el punto de vista de Lemercier. Se quejó de que, si Alejandro Magno había tenido como poeta favorito a Homero y el emperador Augusto había optado por Virgilio, el único compositor de epopeyas que le quedaba a él era Ossian. Se refería al narrador de un ciclo de poemas compuesto en gaélico escocés y supuestamente traducido y publicado por James Macpherson a partir de 1760. Lemercier se abstuvo de señalar que el primer cónsul habría demostrado tener mejor gusto de haber elegido a Milton o a Tasso. Acabado el banquete, el anfitrión le pidió que se quedara para proseguir su conversación. Le encantaba encontrar paralelismos entre su propia persona y los héroes de la Antigüedad. El general romano Escipión, que derrotó a Aníbal en la batalla de Zama (202 a. C.), recibió el sobrenombre de *el Africano* y Bonaparte señaló que los ciudadanos franceses habían empezado a llamarlo a él *el Italiano* tras su victoria en la batalla de Marengo. Lemercier aseguraría después que advirtió al primer cónsul contra los que lo alentaban a invadir Gran Bretaña con la esperanza de añadir a aquel apelativo el de *el Británico*.

Bonaparte tenía a Aníbal por el mayor de todos los grandes hombres de la Antigüedad. En su opinión, si César era el héroe de los poetas y Bruto el de los demócratas, Aníbal era el mayor caudillo militar del mundo antiguo. En cuanto a quién debía llevarse el título en el mundo moderno, no buscó adulación. Primero, quiso mantener una conversación seria sobre los méritos del príncipe Eugenio de Saboya, el vizconde de Turena, el Gran Condé y el conde de Montecuccoli a este respecto; a continuación, se mostró interesado por los grandes generales de las guerras revolucionarias, y, por último, en lo tocante a sí mismo, pareció contentarse con la representación en verso que hizo Lemercier sobre las batallas de Arcole, Rivoli y Marengo, satisfecho al ver que el poeta lo había colocado en compañía de héroes. Lemercier reconoció que lo consumía la curiosidad por internarse en los «sueños de gigante» del primer cónsul. Tras hablar de su tragedia *Charlemagne*, llegó a la conclusión de que Bonaparte anhelaba volver a invadir Egipto, por tierra, no por mar, y «convertir Constantinopla en la capital de un Imperio combinado de Oriente y Occidente» en el que Francia sería un virreinato dentro de una entidad dividida en grandes prefecturas. El poeta se convenció de que el resto de las ambiciones de Bonaparte no era «otra cosa que etapas hacia tal meta imaginaria».

El 10 de fructidor del año 8 (28 de agosto de 1800), Napoleón y Josefina

hicieron algo semejante a un peregrinaje a Ermenonville, hacienda situada a unos cuarenta y ocho kilómetros al norte de París en la que había pasado los últimos meses de su vida y había recibido sepultura veintidós años antes Jean-Jacques Rousseau. El suyo se contaba entre los primeros jardines de estilo inglés de Francia. Lo había creado un admirador acaudalado del filósofo, René de Girardin, marqués de Vauvray, quien tomó como modelo de aquel extenso edén las escenas idílicas descritas en las obras de Rousseau. En la casita de campo que construyó en una de las zonas más silvestres de Ermenonville a fin de evocar la que albergó a Julia en *La nueva Eloísa* murió el pensador en 1778. Se dice que, siendo un joven abogado, Robespierre fue a visitarlo allí poco antes de su fallecimiento; pero esta historia, recogida en las memorias de Henri Béraud, *Mi amigo Robespierre*, es incluso menos verosímil que la leyenda que asegura que el Incorruptible dormía con un ejemplar de *El contrato social* bajo la almohada mientras planeaba el Terror. Durante la Revolución, se exhumaron los restos de Rousseau, que descansaban, bajo la inscripción: «Aquí yace el hombre de la Naturaleza y la Verdad», en la Île des Peupliers («isla de los Álamos») del lago de Ermenonville, para trasladarlos al Panteón de París. Aun así, la finca sigue atrayendo a visitantes que quieren presentar sus respetos al filósofo que puso de relieve la condición noble de la naturaleza: «Todo es bueno al salir de las manos del Creador. Todo degenera en las manos del hombre».[21] Los jardines de Ermenonville, inspirados por su pensamiento, liberaban a las flores y las plantas del estricto formalismo del estilo francés. Cerca de la entrada había un pedestal grabado con sentimientos propios de la Ilustración:

> Jardines, gustos, costumbres
> podrán ser ingleses, franceses o chinos;
> pero las aguas, los prados, los bosques,
> la Naturaleza y el paisaje
> son de todos los tiempos, de todas las tierras.
> Por eso, en este lugar silvestre,
> Todos los hombres serán hermanos
> y se admitirán todas las lenguas.[22]

Bonaparte había leído *Julia, o la nueva Eloísa* en su juventud y la había admirado junto con otras muchas obras de su autor. Podría ser que, de adolescente y en su primera etapa de adulto, se viera como el «hombre virtuoso» de Rousseau, retirado del ámbito público para concentrarse en el trabajo y el amor. Sin embargo, al regresar de Egipto cambió de idea. «¡El hombre natural es un perro!», declaró.[23] La insistencia del ginebrino en la bondad natural del hombre ya no resultaba convincente a Napoleón, que había sido testigo y partícipe de numerosos horrores dentro y fuera del campo de batalla. En Ermenonville, mientras visitaba el cuarto en que había muerto el filósofo, se quejó ante Girardin, a quien más tarde procuraría Josefina una pensión:

—Vuestro Rousseau estaba loco. Él fue quien nos llevó a la situación en la

que estamos ahora.[24]

Había pasado a culpar al controvertido pensador de dejar expedito el camino a la Revolución, a la que él mismo debía su poder.

—Más le habría valido al reposo de Francia que no hubiera existido este hombre —insistió ante Girardin, quien tuvo la audacia de replicarle:

—Creo, ciudadano cónsul, que no es usted el más indicado para quejarse de la Revolución.

A lo que Bonaparte respondió:

—En fin, la posteridad se encargará de decir si no habría valido más al reposo de Francia que no hubiéramos existido ni Rousseau ni yo.

Este rechazo del filósofo por parte de su marido no fue óbice para que Josefina lo honrase en Malmaison. Georgette Ducrest, una de sus damas de honor, recordaba un busto bien cincelado de Rousseau colocado de tal modo que las enredaderas y demás follaje lo envolviesen formando «una corona natural».[25]

No está muy claro en qué momento exacto pasó la solución de Bonaparte a los problemas de Francia a incluir la idea de coronarse a sí mismo; pero a Ducrest le constaba que lo último que deseaba su señora era que su marido adquiriese tal emblema, real o simbólico. Porque, estando él en Egipto, Josefina reveló a sus amistades más allegadas que, de pequeña, en Martinica, le habían leído el porvenir y le habían revelado que se casaría con un noble que moriría por causas no naturales y que, aunque tendría una vida triste y llena de peligros, llegaría a ser reina o algo más que reina; pero que debía tener «cuidado con la caída».[26] Aquella advertencia la obsesionaba. Vivía aterrada con la idea de que Napoleón se divorciase ante la falta de un heredero si se erigía en rey. Ya había gente desagradable que había comentado lo paradójico que resultaba que la esposa del primer cónsul estuviera propagando en Malmaison plantas tan exquisitas y raras sin ser capaz de reproducirse con Bonaparte. Ducrest publicaría más tarde una carta sin fechar en la que Josefina, invirtiendo el papel de lady Macbeth, urgía a su marido a renunciar a toda ambición monárquica:

> He leído tu carta, querido, quizá por décima vez y debo confesar que el asombro que me causó ha dado paso a sentimientos de compunción y alarma. Te has propuesto reinstaurar el trono de Francia y no para sentar en él a aquellos a quienes derrocó la Revolución, sino para colocarte tú en él. A ti, tal designio te parece audaz, grandioso y, por encima de todo, útil; pero yo debo subrayar cuán numerosos son los obstáculos que dificultan su ejecución, cuán abundantes los sacrificios que exige su consecución y, en caso de que lo lograras, cuán incalculables serían los resultados.[27]

El 3 de nivoso del año 9 (la Nochebuena de 1800), murió sacrificada una chiquilla. Aunque, más tarde, el pueblo debatiría cuántos otros cayeron muertos o heridos aquel día, de la niña no cabe duda alguna. En las calles hacía frío y había niebla. Salió a hacer un recado para su madre con una falda de rayas blancas y azules, un abrigo gris de lana y un pañuelo azul en el cabello pelirrojo. La familia tenía planes de hacer un festín a medianoche con

amigos, como solía hacerse antes de que se prohibieran las misas. A sus catorce años, no tenía memoria alguna de los días de antaño. Tenía tres cuando había empezado la Revolución y siete cuando habían guillotinado al rey y se habían instaurado la República y el nuevo calendario. Aquella noche, los parisinos celebraban el primer aniversario de la Constitución del Año VIII. La pequeña estaba deseando que llegase el momento de la cena.[28]

De camino a casa, a la Rue du Bac, donde su madre vendía hortalizas y pan recién hecho, encontró la Rue Saint-Nicaise más concurrida de lo normal. Había gente en la acera y vecinos asomados a las ventanas de sus pisos. El Café d'Apollon y los comercios donde vendían sombreros, pelucas, calzas y relojes estaban llenos de clientes de buen humor. Preguntó qué ocurría y le dijeron que el periódico había anunciado que el primer cónsul Bonaparte asistiría aquella noche al estreno en París de *La creación* de Haydn, que tanta publicidad había recibido. La Rue Saint-Nicaise formaba parte del trayecto entre el palacio de las Tullerías, donde residía el prócer cuando no estaba en Malmaison, y el Théâtre des Arts, donde se había congregado un auditorio de casi mil quinientas personas cuya riqueza y elegancia superaban con creces cuanto había conocido ella en su corta vida. La adolescente vaciló entre esperar allí por si conseguía atisbar siquiera a Bonaparte o regresar corriendo a casa. Jamás lo había visto, pero ya se había hecho de noche, era tarde y su madre podía necesitar su ayuda. Entonces, cuando pasaba al lado de una carreta desvencijada de dos ruedas que había en la acera, un hombre le ofreció doce *sous* si sujetaba las riendas de la yegua negra enganchada al vehículo. Le aseguró que volvería enseguida y que la jaca no le daría problemas, porque estaba vieja y cansada.

Le encantó la idea de que le pagasen mientras esperaba. Oyó la campana de la iglesia vecina de San Roque, sita en la Rue Saint-Honoré, dar las ocho y, a continuación, gritos de *Vive Bonaparte!* Vio el carruaje, tirado por dos caballos, y la escolta de jinetes tomar la Rue Saint-Nicaise a gran velocidad, demasiada para que pudiese ver al primer cónsul pasar ante ella. Apretó las riendas de la yegua negra preguntándose cuándo volvería su dueño y podría soltarlas. Acto seguido, como de ninguna parte, desde arriba, desde detrás de ella, hubo un estruendo ensordecedor, una luz blanca cegadora: una explosión que parecía anunciar el principio del fin del mundo. Su cuerpo se vio despedido hacia el aire y despedazado. Cayó al suelo mutilado y desnudo, con la carne del rostro abierta y el cráneo partido. De la ropa que llevaba y de su cabello pelirrojo no quedaba nada. Sus brazos y sus piernas habían quedado desperdigados junto con trozos de carne de caballo por toda la calle. Los espectadores habían sufrido heridas y los pisos estaban dañados. Una mujer que se había asomado al umbral de su comercio para ver a Bonaparte perdió la vista y a otra le arrancaron los pechos. En el carruaje que seguía al de Napoleón se había desmayado Josefina. Su hermana, Caroline Murat, en su noveno mes de embarazo, quedó gravemente traumatizada y daría a luz más tarde a un hijo epiléptico. Hortensia, la hija de Josefina, se lastimó la mano.

Hay quien asegura que solo hubo dos víctimas mortales, si bien otros hablan de nueve, de una docena o de una veintena. El número de heridos estuvo entre los seis y los cincuenta y uno.[29] Bonaparte declaró que la venganza caería «como un rayo», que descubriría a los responsables de aquella conjura contra su vida y que habría de «correr la sangre». Aun así, todo eso sería más tarde, demasiado tarde para ella. Nadie dudó jamás que Marianne Peusol murió al instante, tan desconocida y prescindible para la historia como la vieja yegua negra.

Bonaparte había tenido un día largo y agotador. Aquella misma tarde había estado pensando en no acudir al concierto, pero Josefina insistió en que fuesen. Iba dormitando cuando la carreta, la yegua y la niña saltaron por los aires entre el paso de su vehículo y el de su esposa. Había soñado que se ahogaba en el río Tagliamento estando en Italia.[30] Al despertarse, gritó a sus acompañantes —los generales Berthier y Lannes y el coronel Lauriston—: «Amigos, nos han minado».[31] Las ventanillas del carruaje se habían hecho añicos, pero pidió al cochero que siguiera avanzando hacia el Théâtre des Arts y dejara atrás a su séquito sin perder tiempo. El cochero, que estaba bebido, dio por hecho que la explosión y el fogonazo que había iluminado el cielo eran una salva militar en honor a su ilustre pasajero. Diez minutos después, dejó a Bonaparte en el teatro, ante un público que se puso en pie para ovacionarlo. Al oír el estruendo, también ellos habían supuesto que debían de ser salvas de artillería, tal vez para anunciar la paz o la victoria en la guerra con Austria. Con todo, para cuando Napoleón ocupó su asiento, ya había cundido la voz del atentado. Permaneció allí el tiempo necesario para tranquilizar a los asistentes y, a continuación, regresó a las Tullerías para planear su respuesta mientras en escena cobraba vida el oratorio de Haydn. El libreto, basado en el libro del Génesis y *El paraíso perdido* de Milton, se había traducido al francés. El preludio, «Representación del caos», precede a la creación del orden por Dios: el cielo y la Tierra, el Sol y la Luna, el agua y el tiempo atmosférico, la vida animal y la vegetal y, por último, Adán y Eva. Bonaparte también se resolvió a imponer el orden en el caos. La música de Haydn podría ser demasiado compleja para su gusto y no es fácil determinar a qué altura de la interpretación abandonó el teatro; pero es posible que, al menos, oyese, durante la primera parte, la espectacular creación del Sol: «Con brillo esplendoroso se eleva ahora el Sol y lanza sus rayos como dardos, consorte amoroso, alegre y feliz, gigante orgulloso que recorre satisfecho su bien medida trayectoria».[32]

Él insistió desde el principio en que era evidente quién había detrás de aquella carnicería: los intransigentes jacobinos, viejos agitadores revolucionarios impulsores del caos que llevaban tiempo «deshonrando la República y mancillando la causa de la libertad con toda suerte de excesos». Después de todo aquel tiempo, seguían tratando de desestabilizar Francia; pero había llegado la ocasión de vencerlos de una vez por todas y propiciar el amanecer de un orden nuevo. Toda una multitud de senadores, legisladores,

tribunos, consejeros de Estado y ministros se reunieron con él en las Tullerías cuando acabó el oratorio de Haydn a fin de discutir lo que debía hacerse respecto del atentado. Pierre-Louis Roederer, superviviente político de pasado revolucionario, no estaba entre ellos. Al caer la monarquía en 1792, Roederer, a la sazón *procureur général syndic* del departamento de París, había llevado a Luis XVI del palacio asediado de las Tullerías a través de sus jardines para buscar refugio en la Asamblea Nacional. También había representado un papel de relieve en el encumbramiento de Bonaparte en el poder en calidad de primer cónsul a través del golpe de Estado del 18 de brumario (9 de noviembre) que dio lugar a la Constitución del Año VIII. En sus memorias alardeaba de ello en estos términos: «Pasé con Luis XVI la última noche de su reinado y con Bonaparte la primera del suyo». Roederer era astuto y cauteloso: no corrió a las Tullerías porque no quería parecer inoportuno, sino que fue a buscar a Charles-Maurice de Talleyrand-Périgord, quien también había tenido una función decisiva en el golpe del 18 de brumario, tras lo cual Napoleón lo nombró ministro de Asuntos Exteriores. Estuvieron hablando hasta las diez y media de la noche antes de que Talleyrand acudiese a las Tullerías y encontrase aún allí a Joseph Fouché, ministro de la Policía.

La noche del 4 de nivoso (25 de diciembre), Roederer fue a ver a Josefina. Las relaciones entre esta y su marido estaban tensas —tras las aventuras extramatrimoniales que se habían dado por ambas partes, él había decidido: «Mi amante es el poder»—; pero ella seguía teniendo un gran peso político por su cercanía con el primer cónsul y su capacidad para garantizar el acceso a su tiempo y sus favores. Cuando llegó, Bonaparte estaba sentado en un sofá situado en una punta del salón de Josefina, en tanto que ella se encontraba en la otra, cerca de la puerta de su dormitorio, rodeada de mujeres. Al decir de Roederer, estaba siempre rodeada de mujeres. La anfitriona le preguntó cortésmente por su mujer; Bonaparte se puso en pie y salió de la estancia, y Roederer se puso a echar pestes de Fouché. No cabía dudar de que la culpa del intento de asesinato había sido del ministro de la Policía, pues no habría ocurrido nada de haber hecho él su trabajo como estaba mandado, y, de hecho, le bastarían dos meses más en el cargo para que todos acabaran degollados. Fouché había omitido actuar durante todo un año contra los sospechosos de terrorismo que pretendían desestabilizar la Constitución del Año VIII. Aquello no era cierto, pues se había impedido un gran número de atentados similares, incluido un intento de asesinar a Bonaparte en Malmaison con un trabuco.[33] Aun así, Roederer insistía en que el ministro de la Policía era demasiado indulgente y en que era preferible arriesgarse a cometer una injusticia con un inocente que tolerar monstruos. Josefina dejó escapar una risita amarga y dijo:

—Señor mío, ¿no es usted muy severo?

—Sí que lo soy, señora —repuso él antes de acusarla de estar rodeada de cortesanos que le ocultaban la verdad, mientras que él tenía el valor de hablar sin tapujos.

Ella le contestó irritada:

—No es del ministro de la Policía de quien tiene que protegerse Bonaparte, sino de los aduladores peligrosos que le inculcan ambiciones que él no tiene.

Nadie ignoraba que por «aduladores» se refería al propio Roederer y por «ambiciones» a la corona.[34]

Roederer transcribió punto por punto en sus memorias el discurso que dio Bonaparte durante la sesión extraordinaria que celebró el Consejo de Estado el 5 de nivoso (26 de diciembre). En él, el primer cónsul sostenía que los asesinos lo habían atacado no solo a él, sino a los cientos de muertos y heridos que había dejado la agresión y los veinte edificios que habían quedado en ruinas o dañados:

> Tiene que haber tantos sacrificios como víctimas. De lo contrario, el pueblo podría pensar que el Gobierno no tiene ningún interés por vengar lo público. Ni París ni Francia estarán tranquilas hasta que se fusile o se deporte a los cien o ciento cincuenta canallas que han provocado el terror generalizado. La nación necesita paz y precisamente para eso se nos ha investido de poder. La ley que se ha propuesto solo se ocupa de quienes están implicados directamente en este asunto y no de los canallas que han sido cómplices. ¿Por qué no investir durante cinco días a los cónsules de un poder similar al que otorgaban los romanos a sus cónsules? *Caveant consules* [«vigilen los cónsules»], etc.[35]

Bonaparte pidió a Fouché que elaborase una lista de ciento treinta jacobinos que serían proscritos y desterrados sin juicio. Ambos habían sido en otro tiempo jacobinos fervorosos. Cuando el ministro de la Policía puso reparos, Bonaparte lo acusó de tratar de salvar a sus antiguos amigos, insistiendo, sin prueba ni investigación alguna, que sabía quién estaba detrás de la explosión de la Rue Saint-Nicaise.

—¡Esto es obra de los jacobinos! ¡Han sido los jacobinos quienes han intentado asesinarme! [...] Sé que es así y nadie puede hacer que cambie de opinión. Esos canallas despreciables han estado en franca rebeldía, en una conspiración constante, en una rebelión armada contra todos los Gobiernos que se han sucedido. Si no es posible aprisionarlos, habrá que aniquilarlos. Francia debe purgarse de esa escoria vil. ¡No hay piedad para los malvados!

Madame De Staël, novelista y teórica política liberal, se hallaba conversando con unas amistades en su salón cuando oyó la explosión y, dando por hecho que debía de tratarse de maniobras de artillería, prosiguió su tertulia. Era muy consciente de que no era del agrado de Bonaparte, quien, en general, desaprobaba a cualquier mujer inteligente. No en vano le había preguntado si tenía hijos cuando ella había tratado de impresionarlo con su intelecto. Ella lo había apoyado antes del golpe de brumario, pero cada vez temía más que traicionara los principios originales de la Revolución. Se escandalizó cuando lo vio servirse del atentado como pretexto para librarse de semejante número de opositores jacobinos. «Si dejamos que deporten arbitrariamente a ciento treinta ciudadanos, no habrá nada que impida [...] tratar del mismo modo a las personas más respetables».[36]

A fin de descubrir a los verdaderos culpables, Fouché emprendió la primera investigación criminal de un acto de terrorismo llevada a cabo en Francia. La madre viuda de Marianne Peusol había acudido a la mañana siguiente a la policía para informar de que su hija no había vuelto a casa. Dio una descripción detallada de la adolescente y explicó que solía mandarla a vender bollos de pan a la calle. Aquella tarde en particular la había mandado en dirección a la Rue Saint-Nicaise. Acompañado de su *préfet de police*, Louis-Nicolas Dubois, Fouché siguió las pistas que habían quedado entre los restos de la yegua y la carreta. Las hicieron recoger de la calle manchada de sangre. Llamaron a un dibujante veterinario para que examinase el cuerpo destrozado del animal e hiciera una representación del aspecto que debía de tener estando vivo. Al día siguiente de la explosión, pusieron carteles con la descripción del caballo en los que se pedía la colaboración de quien pudiera tener alguna información al respecto. Dos días después, un residente de la zona llamado Lambel reconoció la jaca negra que había vendido hacía un mes, el 23 de frimario, junto con una carreta por doscientos francos.[37]

Un herrero llamado Legros dijo haber herrado a la yegua recientemente y un hombre que arrendaba carretas y establos la reconoció también. A continuación, dieron con el proveedor de los barriles de pólvora. Los guardias de la Rue Saint-Nicaise aseguraron haber visto una mecha larga colgando detrás del vehículo y reconocieron no haberle dado importancia antes de la explosión. Todas estas pistas y testigos apuntaban a tres conspiradores: Pierre Robinault de Saint-Régent, el caballero Pierre Picot de Limoëlan y François-Jean Carbon, quien había estado con anterioridad al servicio del segundo. Primero, el 28 de nivoso (18 de enero) apresaron a Carbon. Como quiera que figuraba ya en los registros de la policía, no tardaron en encontrarlo. Interrogaron a su sobrina mayor, quien, tras cierta resistencia, acabó por confesar que su tío estaba escondido con un grupo de monjas en la Rue Notre-Dame-des-Champs. Prendido y torturado, no tardó en revelar el nombre de sus cómplices. Aunque había sido Limoëlan quien había ofrecido a Marianne Peusol las riendas de la yegua negra, los tres habían participado en la construcción de la bomba y el plan de hacerla estallar en la ruta que habría de seguir Bonaparte. Con independencia de lo que quisiese creer este, los tres eran monárquicos, no jacobinos.

Fouché le presentó las pruebas y esto fue lo que dijo el primer cónsul a su Consejo de Ministros: «Es un error pensar que haré como Luis XVI y no ofreceré resistencia. Yo soy un hombre del pueblo y jamás pienso dejar que me insulten como a un rey». No cabía esperar que se indultara a los jacobinos proscritos. Bonaparte sacó provecho de la situación y jamás reconoció haberse equivocado. Tras la confesión de Carbon, detuvieron a Saint-Régent, a quien encontraron vagando por las calles sin atreverse a pedir a nadie que lo escondiese, y a otro centenar de realistas. Limoëlan fue el único que logró escapar a América, donde se hizo sacerdote y pasó cada Nochebuena arrodillado en la iglesia, pidiendo a Dios perdón por el sacrificio de Marianne

Peusol. Aun así, pese al arresto de dos de los tres sospechosos, era demasiado tarde para salvar a los jacobinos, convertidos en víctimas no por tener vinculación directa alguna con el atentado, sino por el bien de la seguridad pública. El Consejo de Estado no quiso pronunciarse acerca del destierro, pues, según declaró, no era un asunto legislativo. La Asamblea Legislativa tampoco se convocó para votar sobre la proscripción al no estar Bonaparte seguro por completo de que aceptaría. En consecuencia, pidió al Senado que la ratificase como «medida destinada a preservar la Constitución». En calidad de «salvaguardia de la Constitución», el Senado se invistió de forma tácita con el poder de modificarla o violarla. Su aceptación del destierro de los jacobinos en virtud del decreto del 13 de nivoso del año 9 (5 de enero de 1801) fue el primero de una serie de pasos que permitieron a Bonaparte legislar sin la Asamblea Legislativa. De este modo, empezó a enmendar la Constitución del Año VIII con arreglo a sus intereses. Los jacobinos fueron deportados a las Seychelles... o «al fondo del mar», según sospechó madame De Staël, pues nunca más se supo de ellos.[38]

Fouché no creía que Bonaparte abrigase ambiciones imperiales o monárquicas en aquel tiempo. Sabía con certeza que Josefina no las tenía. Lo que sí estaba claro era que el primer cónsul estaba resuelto a aumentar su poder. Usó el atentado contra su vida para derrotar a los enemigos que tenía a izquierda y derecha. Jacobinos y realistas fueron castigados por igual. Carbon y Saint-Régent comparecieron ante un tribunal penal. Entre los testigos a los que se llamó a declarar estaba la viuda de Peusol, quien aseveró que varias personas le habían dicho que a su hija le ofrecieron doce *sous* por sostenerles las riendas a los asesinos. Cuando le preguntaron si había identificado el cadáver, dijo que no, que había pedido a su hermano, el tío de la niña, que lo hiciera. Cuando le preguntaron si era consciente de que la explosión le había arrancado las extremidades a su hija, dijo que sí. Para las mujeres del pueblo llano, el sacrificio de Marianne Peusol resultó más indignante que el atentado contra el primer cónsul. Cuando Carbon y Saint-Régent murieron guillotinados el 1 de floreal del año 9 (21 de abril de 1801), el público aplaudió con euforia durante un largo rato. Vertió su ira sobre los cobardes que habían utilizado a una niña inocente de catorce años para sostener las riendas de su máquina infernal. La gente empezó a temer lo que podía ocurrir si asesinaban a Bonaparte y empezó a extenderse la idea de que el futuro de Francia dependía de protegerlo. Fouché siguió culpando a los ingleses del atentado contra el primer cónsul.

Bonaparte tenía miedo de Fouché, que no había perdido el apego a su pasado revolucionario. El ministro quería salvar cuanto pudiera de la Revolución e impedir que la aristocracia volviera a hacerse con el dominio del Estado. Sentía nostalgia del tiempo en que también él hablaba en nombre del pueblo soberano. Había hecho favores personales a muchos parisinos que no dudarían en mantenerse fieles a él en caso de que optase por actuar de manera independiente. Su pasado revolucionario era más extremista que el de

Bonaparte. Había organizado la matanza de miles de contrarrevolucionarios en Lyon. Había participado en el derrocamiento de Robespierre después de que el Incorruptible lo expulsase del Club de los Jacobinos el 26 de mesidor del año 2 (14 de julio de 1794) y había ayudado a aupar a Bonaparte al poder. Este no lo perdía de vista. Las pasiones de Fouché eran las habituales: dinero y poder; pero la ambición del primer cónsul iba mucho más allá. Se decía a sí mismo que deseaba «cerrar el romance de la Revolución», sanar sus heridas, corregir sus extravagancias y afianzar sus conquistas.[39]

A raíz de la explosión, Josefina escribió directamente a Fouché a fin de pedir clemencia para los acusados: «No logro evitar sentirme consternada e inquieta en grado sumo ante la idea de los terribles castigos que aguardan a los responsables del crimen, que pertenecen, por lo que tengo entendido, a familias con las que he tenido una relación muy estrecha. Recurrirán a mí madres, hermanas y esposas desconsoladas, y yo no podré sino atormentarme ante mi incapacidad para conceder tantos favores como desearía».[40] Confiaba en la clemencia de Bonaparte y en lo estrecho del vínculo que lo unía a ella; pero también era consciente de que, ante semejante crimen, se hacía necesario un terrible castigo ejemplar. Pidió a Fouché que limitase sus investigaciones, que no fuera demasiado riguroso a la hora de buscar cómplices. Seguro, insistió, que bastaba con hacer pagar a los cabecillas. Bonaparte, recién investido con el poder del primer cónsul, querría consolidar amistades más que triunfar sobre los adversarios. «Después de haber escapado por muy poco de los peligros de la Revolución, es perfectamente comprensible que me preocupe por aquellos cuyas vidas pueden perdonarse sin peligro para la vida de mi esposo, tan valiosa para mí y para Francia».[41] Por último, le imploró: «Esfuércese, ciudadano ministro, por reducir el número de víctimas». En lo que respectaba a sanar las heridas de la Revolución, Josefina, que había estado mucho más cerca de la guillotina que Bonaparte, tenía una idea muy distinta de lo que hacía falta. Su petición de clemencia era profundamente humana. Sus sueños se veían turbados por los compañeros de encarcelamiento que, como su marido, habían tenido mucha menos suerte que ella.

En *La interpretación de los sueños*, Sigmund Freud analiza el que tuvo Bonaparte al dormirse en el carruaje que lo llevaba al Théâtre des Arts.[42] Se basa en dos fuentes. La primera es Adolphe Garnier, filósofo y psicólogo que aseveraba en su libro sobre las capacidades del alma humana, *Traité des facultés de l'âme* (1852), que estaba soñando con el traumático paso del Tagliamento y el bombardeo de los austríacos. Al cruzar el río, en ventoso del año 5 (marzo de 1797), con soldados de caballería, oficiales de artillería e ingenieros de combate, Bonaparte había trasladado su campaña de Italia a Austria y se había erigido con ello en salvador de la República. Según Garnier, cuando se produjo la explosión de la Rue Saint-Nicaise, el primer cónsul lo incorporó a su sueño bélico antes de despertarse gritando: «Amigos, nos han minado». La segunda fuente, cuyo nombre no revela Freud, sostenía que, al oír el ruido ensordecedor, soñó con el tronido de los cañones de la

batalla de Arcole, ocurrida en brumario del año 5 (noviembre de 1796). Allí, Bonaparte se había hecho con una bandera y se había puesto de pie en primera línea de fuego para inspirar a sus hombres, hasta que un oficial desconocido lo arrastró hacia una trinchera. Freud combina las dos fuentes y señala que, de un modo u otro, el sonido de la explosión quedó divorciado de la realidad e incorporado a la secuencia del sueño para prolongar momentáneamente la cabezada. Estaba convencido de que Napoleón era excepcionalmente bueno durmiendo, alguien capaz de apartar los pensamientos propios del estado de vigilia con el simple hecho de decidir que se iba a dormir. Suponía que, una vez dormido, su poderoso ego se resistiría a cualquier cosa que intentase despertarlo, incluido el fragor infernal de un carro que saltara por los aires con una yegua y una niña.

Tras el atentado, el palacio de las Tullerías quedó envuelto en una atmósfera de paranoia y denuncia que recordaba a los tiempos del Terror. Uno de los sospechosos de haber conspirado contra Bonaparte era Lecomte, el arquitecto jefe del Gobierno. Napoleón decidió echarlo y sustituirlo por Fontaine. Este, considerando que se estaba cometiendo una injusticia con su colega, sobre el que no pesaba prueba alguna, trató de defenderlo. El primer cónsul montó en cólera. «Ya está bien de tanto Lecomte —le espetó—. He puesto mi confianza en usted. ¡Ándese con ojo, no vaya a ser que la pierda!».[43] Convencido de que no había nada más que pudiese hacer por Lecomte, Fontaine pasó entonces a centrarse en Percier. Ambos eran socios y trabajaban juntos, y él no podía aceptar un ascenso que no lo incluyera. Josefina trató de ayudar, pero Bonaparte no le hizo caso. Había centrado ya su mente en otros asuntos. Fontaine salió de allí resuelto a compartir el honor de su nueva condición de arquitecto jefe con Percier. Guillaume Trepsat, también arquitecto, fue uno de los heridos del atentado contra Bonaparte. Salía de una cafetería situada en la esquina de la Rue Saint-Nicaise cuando lo alcanzó un resto de la carreta y le dañó de tal modo la pierna que tuvieron que amputársela. Incapaz de trabajar, fue destituido. Fontaine convino en hacer que el primer cónsul se interesara por su situación. Concertó audiencia en Malmaison para proponer que pusiese al arquitecto damnificado al cargo de Los Inválidos, pero quedó desalentado al encontrar a Bonaparte de un humor de perros antes de la llegada de Trepsat. Aquella mañana, Napoleón había intentado abrir una ventana de su biblioteca recién reformada, con la que, en general, había quedado encantado, por más que el revestimiento de madera le recordase al de una sacristía, y había descubierto que la habían sustituido por una luna fija de cristal. Estaba furioso con Fontaine, que se deshizo en disculpas y prometió que a la mañana siguiente tendría puesta en su lugar una ventana totalmente operativa. Bonaparte se calmó lo suficiente para que el arquitecto lisiado pudiera tratar de hacerse con un puesto de trabajo a fuerza de halagos. Cuando se le preguntó qué se le había pasado por la cabeza en el momento de la explosión, aseguró no haber pensado en otra cosa que en el prohombre que acababa de

escapar a la más oscura de las confabulaciones.[44] No era sino uno más de los muchos ciudadanos que se habían habituado a vivir a la sombra protectora de Bonaparte. De forma generalizada, una amenaza al primer cónsul se entendía como una amenaza a la seguridad y la estabilidad nacionales.

Mientras Fouché se afanaba en dar caza a los culpables del intento de asesinato de la Rue Saint-Nicaise, apareció un panfleto titulado «Paralelismo entre César, Cromwell, Monck y Bonaparte».[45] Llegó dentro de un sobre oficial al escritorio de todos y cada uno de los prefectos de la República y abogaba abiertamente por la realeza y la sucesión hereditaria. Anunciaba que, tras diez años de agitación, había aparecido, al fin, la persona capaz de poner fin a la Revolución y, al mismo tiempo, conservar sus logros:

> Bonaparte es, como César, uno de esos personajes dominadores ante los cuales ceden todos los obstáculos y las voluntades. Su inspiración parece tan sobrenatural que, en tiempos clásicos, se habría dado por cierto que debía de gozar de la protección de un genio o de un dios.[46]

César había sido dictador vitalicio y había nombrado a su heredero. Bonaparte, que contaba ya treinta y un años, seguía siendo primer cónsul. El camino que lo llevaría a consolidar su poder estaba expedito. Fouché no tardó en descubrir que la idea de aquel panfleto había sido impulsada por Luciano Bonaparte, a esas alturas ministro de Interior, y que el mismísimo Napoleón se había encargado de corregir el borrador. Luciano tenía la esperanza de ser nombrado heredero de su hermano si se daba la ocasión. Entre los tres se produjo una terrible polémica que se tradujo en la salida de Luciano del país para ejercer de embajador en Madrid, aunque en la práctica no fue sino un exilio forzoso. Bonaparte se desvinculó del panfleto y Fouché hizo reunir y destruir todos los ejemplares. El primer cónsul reflexionó en estos términos acerca del mal momento elegido para dar aquel paso inicial hacia el poder absoluto: «He abierto camino demasiado pronto. Todavía no está en sazón la pera».[47] La corona, como una fruta aún verde, seguía creciendo y había dejado de estar oculta en lo más hondo de la imaginación o los sueños de Bonaparte para convertirse en una posibilidad futura. «Los franceses solo pueden ser gobernados por mí», dijo a Roederer, quien escribió en su diario que Luciano decía haberse llevado consigo a España la redacción original del panfleto, con las correcciones de puño y letra de su hermano, y añadía: «y yo lo creo».[48]

La primera corona que creó Bonaparte no fue para él, sino para Luis I de Etruria. Este reino no existía antes del año 9. Tras las victoriosas campañas italianas de Napoleón, Francia se hizo con el mando de Toscana, Parma, Saboya, Cerdeña, Lucca y Módena.[49] El ducado de Parma llevaba desde el año 4 ocupado por las fuerzas de Francia, pero, una vez conquistada la mayor parte de lo quedaba de Italia, Napoleón quiso compensar a la casa de Borbón. Fernando, duque de Parma, cedió a regañadientes su ducado a Francia y, a cambio, su hijo Luis se erigió en rey de lo que antes había sido el gran ducado

de Toscana. El reino de Etruria tomó su nombre del antiguo país de los etruscos. Luis, enfermizo y epiléptico, llegó a París para su coronación con su esposa, María Luisa, una de las hijas de Carlos IV de España. El matrimonio atravesó de incógnito Francia con su hijo pequeño. Luis iba disfrazado del conde de Livorno.

Bonaparte los recibió en Malmaison. Como de costumbre, los preparativos de la recepción fueron apresurados y se hicieron a última hora. Percier y Fontaine encargaron una enorme carpa octogonal de quince metros de ancho que levantaron como una sombrilla colosal al lado del césped; pero, cuando estaba a medio montar, Bonaparte hizo desmantelarla. Los arquitectos, avergonzados y frustrados, pidieron al carpintero que la almacenase en su taller por si la necesitaban en el futuro.[50] Poco antes de que llegasen los invitados, Percier y Fontaine decidieron colgar en el salón dos nuevos cuadros de Nicolas-Antoine Taunay. Uno de ellos representaba a Bonaparte exhausto y dormido durante el paso de los Alpes previo a la batalla de Marengo y a los soldados marchando con cuidado de no despertarlo, y en el otro aparecía en la cima de dicha cordillera mostrando a sus hombres las fértiles tierras lombardas que se extendían a sus pies. Cuando el anfitrión entró en la estancia y vio las pinturas, se echó a reír y ordenó que las descolgasen. Todos corrieron a colocar de nuevo el tejido verde pintado al que habían sustituido antes de que llegara el futuro rey de Etruria.[51]

La coronación asombró a los parisinos, que, siete años antes, en el apogeo del Terror, habían visto al tribunal revolucionario condenar a conciudadanos suyos por tendencias monárquicas. Madame De Staël estaba convencida de que Bonaparte deseaba «mostrar a los franceses el espectáculo de un príncipe de la antigua dinastía humillado ante el primer cónsul».[52] Fuera de Francia, muchos quedaron estupefactos ante la idea de que un general y cónsul —por más que fuera el primero— pudiese hacer reyes. Luis recibió no pocas críticas por aceptar su corona de las manos de Bonaparte, y María Luisa, que hacía cuanto podía por cuidar de su hijo y su marido enfermo, no pudo sino horrorizarse al tener que visitar la ciudad en la que habían sido ajusticiados Luis XVI y María Antonieta. Las meteduras de pata del nuevo rey de Etruria eran la comidilla de los habitantes de París. Lo habían llevado a visitar el Museo Nacional de Historia Natural, en el Jardin des Plantes, y allí el monarca había hecho preguntas sobre cuadrúpedos y peces que habrían abochornado a un chiquillo de doce años.[53] Durante aquel tiempo de transición de los usos revolucionarios a los monárquicos, Bonaparte asistió a una representación de *Edipo* en el teatro y el auditorio prorrumpió en un aplauso espontáneo al oír decir en el escenario: «He hecho reyes, pero no quiero ser uno».[54]

Bonaparte acabó por convencerse de que Percier y Fontaine habían tenido razón desde el principio: Malmaison no tendría jamás la magnificencia que correspondía a un hombre de su estatura. Por consiguiente, pidió a sus

arquitectos que centraran su atención en remozar el palacio de Saint-Cloud, lugar en que se había producido el golpe que lo había llevado al poder. Ellos se mostraron encantados con la idea. Ambos estaban ya ahítos de las discusiones de Malmaison y se habían sentido agraviados sobre todo cuando Josefina había contratado a Jean-Marie Morel, el paisajista achaparrado y septuagenario que había creado el parque de Malmaison en tiempos del Antiguo Régimen. La señora de la casa lo había sacado de su retiro en Lyon para que supervisara su *jardin à l'anglaise*. Morel pensaba que la moda de los jardines informales era reflejo de la condición social y política de los emigrados que habían huido de la Revolución y empezaban a regresar a Francia.[55] Antes de la Revolución, había trabajado cinco años en Malmaison, donde había diseñado, entre otras cosas, un caserío rústico similar al que había tenido en Versalles la reina María Antonieta. A su regreso, criticó todo cuanto se había hecho de forma reciente en el jardín. Los árboles no se habían plantado conforme a la correcta combinación de especies y todos los efectos que habían pretendido lograr Percier y Fontaine le parecían faltos de gusto. Hasta el invernadero nuevo estaba mal ubicado en opinión del patriarca de los jardines de estilo inglés. Los dos socios se referían a él con el apelativo mordaz de *el Dendrólogo* y resolvieron dimitir del puesto de arquitectos jefes del Gobierno y acabar el tratado sobre villas rurales romanas que habían comenzado durante el Terror. Escribieron dos cartas de renuncia, una para Josefina y otra para Bourrienne, secretario de Bonaparte. Suponían que caerían en desgracia y los sustituirían como había ocurrido con su colega Lecomte; pero no tuvieron noticia alguna al respecto. Por el contrario, permanecieron en su puesto y se centraron en el nuevo proyecto de Saint-Cloud.[56]

Cuando caminaba en solitario por el bosque vecino a Malmaison, Bonaparte se sentía «en medio de la soledad de la naturaleza». Él era agnóstico espiritual y aceptaba que, como seres humanos, «no sabemos de dónde venimos ni adónde vamos».[57] Una tarde, por entre los árboles, oyó a lo lejos doblar las campanas de la iglesia de Rueil y se sintió embargado por la emoción. Reflexionó sobre la fuerza de los hábitos y asociaciones adquiridos tempranamente y sobre cómo sentimientos así pueden ser más poderosos aún en gentes crédulas. Más tarde, cuando refería este episodio a los consejeros de Estado, dijo: «No creo en doctrinas religiosas particulares, pero, en lo que a la idea de Dios se refiere, miren al cielo y díganme quién hizo eso». Propuso la restauración en Francia de la religión católica, que la Revolución había desmantelado, pero no había logrado destruir. Hizo saber a los consejeros que estando en Egipto se había hecho musulmán y, de vuelta a Francia, sería católico y propiciaría la reconciliación con el papa: «la gente cantará: "Dios salve la Iglesia gala"». Topó con una feroz oposición entre los consejeros que pensaban que la Revolución había hecho demasiado daño y no podía haber perdón por parte del clero ni restablecimiento de la Iglesia. Abogaban por la

libertad religiosa e insistieron en que «el espíritu de los tiempos se opone por completo a un regreso al catolicismo».[58] Bonaparte, en cambio, era de otra opinión: «Hemos visto repúblicas y democracias. La historia tiene muchos ejemplos que ofrecer de Gobiernos así, pero no de Estados sin un credo establecido, sin religión y sin sacerdotes».[59]

El 26 de mesidor del año 9 (15 de julio de 1801), pese a la continua oposición de una porción significativa de los consejeros de Estado y la Legislatura, Bonaparte firmó el Concordato con el papa Pío VII. Se encargó de redactarlo una comisión formada por tres representantes de cada parte. Entre los franceses se encontraba José, el hermano mayor de Bonaparte. El tratado reconocía el catolicismo romano como religión de la mayoría de los ciudadanos franceses, aunque no su condición de religión oficial del Estado. Las propiedades eclesiásticas confiscadas durante la Revolución tampoco se restituirían, si bien los sacerdotes que se habían exiliado pudieron regresar a sus parroquias. De conformidad con el nuevo convenio, sería Bonaparte y no el papa quien se encargara de elegir a los obispos y supervisar las finanzas de la Iglesia. Roederer mostró su enojo por no haber sido consultado al respecto de tales disposiciones.[60] No supo nada del Concordato ni de la reinstauración del clero hasta que, conversando en los jardines de Malmaison con el primer cónsul y Antoine Claire Thibaudeau, otro superviviente revolucionario que había votado a favor de ejecutar a Luis XVI y había servido durante un breve período en el tristemente célebre Comité de Salvación Pública durante el Terror. Aunque Thibaudeau fue uno de los consejeros de Estado que no aprobaron el Concordato, fue Roederer de quien se encargó primero Bonaparte.

—He oído que es usted el cabecilla de la oposición a la restauración del clero —le dijo, a lo que el interpelado le respondió:

—Lo único a lo que yo me opongo es a los insultos que prodigan a diario los falsos apóstoles contra los filósofos. Por lo demás, no me opongo a nada.

Bonaparte insistió en que el pueblo necesitaba contar con un dogma.

—Resulta totalmente esencial tener una religión para el pueblo y, más aún, que dicha religión esté dirigida por el Gobierno.

Robespierre, quien en la etapa culminante del Terror había intentado instaurar el culto al Ser Supremo, habría coincidido con él.

Empezó a decirse por las calles que el regreso del clero era el preludio del regreso de la corona, que el Concordato podía anunciar la restauración del Antiguo Régimen. Cuando entró en vigor al fin, el convenio con el papado se celebró con una misa en Notre-Dame el 28 de germinal del año 10 (18 de abril de 1802, Domingo de Resurrección). Las campanas de la catedral llevaban diez años sin sonar. Cuando volvieron a hacerlo, fue para anunciar una celebración más fastuosa que ninguna de cuantas se hubieran conocido desde el comienzo de la Revolución. Bonaparte salvó el trayecto de las Tullerías a Notre-Dame en un carruaje tirado por ocho caballos, honor reservado al rey en tiempos del Antiguo Régimen.[61] Cada uno de los ocho iba guiado por un

criado de soberbia librea. El arzobispo de París lo recibió al llegar a la puerta del templo. Se esparció agua bendita sobre el primer cónsul, que se dirigió a su asiento bajo palio seguido de los otros dos cónsules, los consejeros de Estado, la Legislatura y los generales del Ejército. Con todo, hubo ausencias notables, como, por ejemplo, el general Lannes, republicano acérrimo que había comandado el ejército de reserva y viajaba en el carruaje de Bonaparte de camino a *La creación* de Haydn. Cuando se negó a asistir, se le asignó discretamente una misión fuera de París a fin de explicar su ausencia. El general Masséna, veterano de numerosas batallas, incluidas la de Arcole y la de Rivoli, y uno de los jefes militares más leales de Bonaparte, propietario de una casa en Reuil desde la que aseguraba en tono de broma que podía orinar sobre el titular de Malmaison, causó un gran alboroto al llegar y ver que no le habían reservado asiento. El primer cónsul se dio la vuelta y lo miró con gesto de desaprobación.[62]

Durante la Revolución, la catedral se había visto despojada de sus veintiocho estatuas de reyes y reinas para consagrarse primero a la diosa Razón y luego, muy brevemente, al Ser Supremo de Robespierre. A continuación, habían dejado que se deteriorase. La prohibición que pesaba sobre toda religión organizada durante la Revolución también condujo al colapso de las escuelas catedralicias, de modo que, llegado el año 10, se acusaba una grave escasez de músicos religiosos con formación.[63] La música del *Te Deum* con que se celebró el Concordato fue obra del italiano Giovanni Paisiello, el nuevo *maître de chapelle* de Bonaparte. El primer cónsul había insistido en que dejase Italia para vivir en París, pues sus creaciones, tranquilas y monótonas, que no eran intrusivas ni exigentes, resultaban muy de su agrado. También aprobaba *El genio del cristianismo*, libro del joven autor François-René de Chateaubriand que se había publicado cuatro días solamente antes de la misa con que se celebró el Concordato. Chateaubriand era un exiliado, descendiente de una familia aristocrática de Bretaña, que había regresado a Francia no hacía mucho. Había abandonado su patria en 1791, después de la Revolución, pero antes del Terror, y, tras visitar Norteamérica, había estudiado botánica y escrito hermosas descripciones de la naturaleza del Sur profundo. También había pasado un tiempo en Inglaterra y se había dejado influir fuertemente por *El paraíso perdido* de Milton. Impresionado por su libro, que presentaba una defensa muy oportuna de la superioridad artística del cristianismo a causa de sus hermosas ceremonias y sus mayestáticas catedrales, Bonaparte lo nombró secretario de la legación cerca de la Santa Sede. La segunda edición de *El genio del cristianismo*, aparecida al año siguiente, estaba dedicada al primer cónsul.

En el año 10, Gran Bretaña era el único enemigo invicto con que contaba Francia. Los dos países llevaban en guerra más de una década, desde la ejecución de Luis XVI y el comienzo del Terror a principios de 1793. La Paz de Amiens, en virtud de la cual reconoció al fin el primero la República del segundo, puso fin a las hostilidades; pero apenas duró más de un año. Se firmó

el 4 de germinal del año 10 (25 de marzo de 1802) y quedó sin efecto el 28 de floreal del año 11 (18 de mayo de 1803). Durante aquel breve intervalo pacífico, Gran Bretaña pudo permitirse hacer mofa de la amenaza de Bonaparte y obviarla. El 21 de pluvioso del año 11 (10 de febrero de 1803), Samuel William Fores publicó en Londres una lámina satírica, parte de un infolio de caricaturas que podía sacarse en préstamo para una velada de diversión, titulada *The Rival Gardeners* («Los jardineros rivales»). El dibujante, Charles Williams, representaba a Jorge III y a Bonaparte en sus respectivos jardines a uno y otro lado del canal de la Mancha, cultivando sendas coronas en baldes de flejes de oro. El primero, con prendas sencillas y un mandil de jardinero, se apoya en una pala y el segundo aparece de uniforme militar, aunque protegido también por un mandil y manguitos. La corona del rey británico prospera en lo alto de un vigoroso plantón de roble, mientras que la de Bonaparte apenas logra sostenerla una planta marchita. Detrás de Bonaparte hay hileras de flores rojas en macetas etiquetadas como «amapolas marciales» y una carretilla atestada de monedas de oro en la que ha clavado su sable y en cuyo frontal se lee: «Abono de Italia y Suiza». El texto que hay sobre Bonaparte dice: «Vaya, pues no sé por qué, pero mis amapolas florecen que da gusto y, sin embargo, esta *Corona imperialis* me ha salido delicada y hay que cuidarla con cabeza». Jorge III, señalando su vigorosa corona, responde: «No, no, hermano jardinero. Aunque nuestras tierras están separadas solo por un canal, el sitio bueno para cultivar de veras es este. Aquí crecen la *Corona britannica* y el corazón de roble [en alusión al himno de la Armada británica] hasta el último confín del mundo». En el agua que corre entre ambas tierras flota un garrote que lleva inscritas las palabras «roble británico».

Madame De Staël no pasó por alto que «las instituciones monárquicas estaban avanzando con rapidez a la sombra de la República».[64] El primer cónsul contaba ya con una guardia pretoriana, se habían usado los diamantes de la corona para decorar su espada y su atuendo, cubierto de oro, remitía al Antiguo Régimen prerrevolucionario. La comentarista política, que lo veía como «un advenedizo dotado de toda la audacia de un tirano», dejó la siguiente descripción devastadora de su sonrisa:

> Aunque han ensalzado su sonrisa por agradable, mi opinión es que, en cualquier otra persona, habría resultado antipática, toda vez que, partiendo de un talante serio, más bien parece movida por un resorte que un gesto natural, de modo que la expresión de sus ojos no concuerda nunca con la de su boca. Con todo, como al sonreír alentaba a quienes lo rodeaban, se ha tomado por encanto el solaz que hacía que experimentasen.[65]

En cuestión de un año, la franqueza de De Staël haría que Bonaparte la exiliara de París durante una década e insistiese en que se mantuviera al menos a cuarenta leguas (casi ciento ochenta kilómetros) de la capital. El día que se le comunicó que tenía cuarenta y ocho horas para dejar la ciudad, expresó la admiración que sintió ante la belleza del sol y las flores. «¡Cuán diferentes son las sensaciones que nos afectan procedentes de las

combinaciones de la sociedad de aquellas de la naturaleza!».[66]

Tras la Paz de Amiens se prolongó el mandato de Bonaparte en calidad de primer cónsul, primero por otros diez años y después con carácter vitalicio. Aparte del general Carnot, que declaró: «Pienso votar en contra de la reinstauración de la monarquía», el 22 de floreal del año 10 (12 de mayo de 1802), el Tribunato se declaró unánimemente a favor de este nombramiento de por vida y el plebiscito celebrado el 14 de termidor (2 de agosto) también resultó favorable de manera aplastante.[67] Semanas después, el cumpleaños de Bonaparte fue celebrado con otro *Te Deum* en Notre-Dame que conmemoraba «el nacimiento del cónsul vitalicio».

En lo que duró la paz, fueron miles los británicos que cruzaron el canal de la Mancha para visitar Francia. Entre ellos se hallaban el estadista conservador Charles James Fox, su sobrino lord Holland y la esposa de este, Elizabeth, lady Holland. El 15 de fructidor (2 de septiembre), el primer cónsul recibió en audiencia a Fox cortésmente y con un discurso prefabricado en el que elogiaba al «hombre más insigne de una de las más insignes naciones» y abogaba por la humanidad, la justicia y la paz. Fox no pudo menos de experimentar cierta irritación y envidia por la magnificencia de Bonaparte, a quien describió como «un joven considerablemente ebrio de éxito».[68] De Staël, aun reconociendo que nadie podía dudar del «talento y bondad de espíritu» de Fox, advirtió que prestaba demasiada atención al primer cónsul sin reconocer que se hallaba enemistado con los dos primeros principios de la Revolución francesa: la libertad y la igualdad.[69]

El encuentro con Fox fue cruelmente satirizado por James Gillray en su viñeta *Introduction of Citizen Volpone & His Suite at Paris* («Presentación del ciudadano Volpone y su séquito en París»), que caricaturiza a lady Holland, obesa y obsequiosa, inclinada ante un hombre enjuto, muchísimo menos corpulento que ella, sentado en un trono y con la cabeza cubierta por un bicornio descomunal en lugar de corona. En realidad, lady Holland solo vio a Bonaparte desde lejos, montado en un hermoso caballo árabe blanco, ataviado sencillamente y con su sombrero negro sin decoración alguna. Quedó impresionada por las comidas para cientos de soldados que se ofrecían en los jardines de las Tullerías. Admiró la iluminación conmemorativa, aunque no tanto los cuatro caballos de bronce apresados en Italia, que habían colocado en las puertas del recinto. «Los caballos de latón de Venecia están situados sobre la verja que recorre la Place du Carrousel, separados, y producen un efecto muy mediocre».[70]

La paz permitió a Bonaparte centrar su atención en las artes y las ciencias. El astrónomo William Herschel y su esposa, Mary, acudieron a París en calidad de invitados de honor del Instituto. El primer cónsul le concedió audiencia junto con el matemático Pierre-Simon Laplace y otros científicos en Malmaison, donde toparon con él mientras supervisaba el riego de unos cuadros de flores recién plantados durante una ola de calor. A veintiocho grados a la sombra, tomando helados, discutieron la construcción de

acequias.[71]

Bonaparte pidió a Antonio Canova, el mejor escultor de Europa, que viajara a París para hacerle un busto. El artista no quería dejar su estudio en Roma, y el papa Pío VII y el cardenal Consalvi, secretario de Estado de los Estados Papales, tuvieron que rogarle que sopesara las consecuencias que podría tener para Italia su rechazo a la convocatoria del primer cónsul. La llegada de Canova en otoño deleitó a Percier, Fontaine, David y otros artistas parisinos. Se dirigió al palacio de Saint-Cloud con la intención de llevar a cabo el encargo, pero a Bonaparte posar para él le resultó tan aburrido que las sesiones tuvieron que ser cortísimas.[72] El escultor acabaría por conocer muy bien los jardines y las estatuas de Saint-Cloud mientras esperaba a su impaciente modelo.

Bonaparte pasaba cada vez más tiempo en el palacio de Saint-Cloud, en cuya *orangerie* había puesto fin al Directorio durante el golpe de Estado de brumario. En vendimiario del año 10 (octubre de 1801), había publicado un decreto por el que convertía el palacio en nuevo centro oficial del poder consular. La hacienda, del siglo XVI, se encuentra sobre una colina desde la que se contemplan París y el Sena; está rodeada por jardines y terrazas, e incluye la Gran Cascada del renombrado diseñador André Le Nôtre. María Antonieta había adquirido Saint-Cloud en 1785 con la convicción de que el aire sería beneficioso para sus hijos y, aunque el contenido del *château* fue vendido o saqueado durante la Revolución, los jardines se conservaron «a expensas de la República para el placer del pueblo». Cierto visitante que lo conoció en la época del Consulado quedó abrumado por su magnificencia y no pasó por alto que la estancia que se convertiría en el salón del trono del emperador estaba dotada de una cornisa «¡adornada con un gallo (Francia) sobre el lomo de un león (Inglaterra) agazapado!». Cuatro de los compartimentos del techo se habían decorado con las armas imperiales «antes de que el pueblo hubiese tenido el detalle de instarlo a hacerles el favor de aceptar el Imperio».[73] Cuando lady Holland visitó el palacio antes de dejar Francia, observó: «los jardines son insignificantes, pero, si el cónsul sigue queriendo vivir allí, no me cabe la menor duda de que dará con el modo de ampliarlos. De cualquier modo, tengo para mí que Saint-Cloud no es sino un alto en el camino que lleva a Versalles».[74]

Capítulo 5
Terre Napoléon

Poeta Bonaparte, diseñador de un jardín mundial.
Samuel Taylor Coleridge[1]

Entre las obras de juventud de Bonaparte hay un resumen detallado de la guía del mundo que el abate Nicolle de la Croix tituló *Géographie moderne* (1752). El libro, destinado a un público juvenil, presenta la geografía como «uno de los ojos de la historia» y ofrece un esbozo de la extensión, las costumbres y la religión de los distintos países, así como una relación de sus ciudades principales y una descripción de su historia natural. Siendo colegial, Napoleón copió y subrayó la referencia a Santa Elena, «una islita», y anotó los países del hemisferio meridional agrupados bajo el nombre de Australasia: «La Nouvelle Guinée, la Carpentaire, la Nouvelle Hollande». En 1785, poco después de graduarse, a los dieciséis años, de la academia militar, solicitó unirse a la vuelta al mundo que planteaba hacer el conde de La Pérouse, con la esperanza de que su aptitud para las matemáticas y su formación en artillería lo hicieran merecedor de formar parte de su tripulación. Ambas disciplinas estaban solicitadas entre los marineros: la primera, para la navegación, y la segunda, en caso de ataque. Consiguió entrar en la selección preliminar, aunque no en la definitiva. La Pérouse se había propuesto completar los descubrimientos hechos en el Pacífico por el capitán Cook. Tras llegar a lo que hoy conocemos por Chile, Hawái, Alaska, California, Corea, Japón, Rusia y Australia, sus embarcaciones, *Le Boussole* y *L'Astrolabe*, zarparon de la costa de Nueva Gales del Sur en marzo de 1788 con la intención de regresar a Francia en junio de 1789; pero desaparecieron sin dejar rastro. «¿Se sabe algo de La Pérouse?», preguntó Luis XVI la mañana de su ajusticiamiento, en enero de 1793.[2] Si hubiesen aceptado a Bonaparte para aquel viaje, se habría ahogado antes del comienzo de la Revolución.

Poco después de su nombramiento en calidad de primer cónsul, el 4 de germinal del año 8 (25 de marzo de 1800), una delegación de sus compañeros del Instituto le pidió que aprobara una expedición a las costas inexploradas de Nueva Holanda (la región occidental de Australia que no se había incorporado

a la colonia británica de Nueva Gales del Sur. Desde la Revolución, la exploración científica se había convertido en una prioridad. Los revolucionarios habían emprendido en 1792 una expedición al Pacífico para buscar a La Pérouse, pues la nación regenerada no estaba dispuesta a olvidarlo ni abandonarlo «a la furia de los mares ni la rabia de los caníbales».[3] Con todo, los marineros y científicos embarcados no lograron dar con él y, dos años después, regresaron a un país gobernado por el Terror. Mientras Francia se afanaba en recobrarse de aquel período nefasto, la exploración científica cobró una importancia aún mayor como medida de la ambición nacional, ya que parecía ofrecer la oportunidad de resucitar los valores del progreso y la razón humanos que habían caracterizado la primera Revolución antes de su descenso al caos.[4] El poder cada vez mayor de Bonaparte brindaba una nueva ocasión a los científicos del Instituto. La delegación estaba encabezada por Nicolas Baudin, capitán plebeyo de la marina mercante originario de la isla de Ré, que tenía experiencia en el océano Pacífico y el Índico y que sostenía que Francia necesitaba equipararse a otras naciones en terrenos como, sobre todo, el de las ciencias naturales. Napoleón les brindó encantado su apoyo y les pidió que, cuando entrasen en contacto con los habitantes de lugares remotos, se esforzaran en hacerlo como «amigos y benefactores».[5] Los preparativos de la expedición fueron complicados y muy caros. Se eligieron dos buques del puerto de El Havre: *Le Géographe*, corbeta de cuatrocientas cincuenta toneladas y treinta cañones, y *Le Naturaliste*, nave menos marinera destinada a almacenar los especímenes botánicos y animales recogidos. Los barcos estaban bien provistos de instrumental científico, artículos de primera necesidad y lujos para el largo viaje. Baudin disponía incluso de papel con membrete especialmente diseñado para su correspondencia con Francia, consistente en una representación de sus dos barcos bajo una filacteria suspendida entre los valores revolucionarios de liberté y égalité. En su interior se leía: Bonaparte premier consul.

Entre los sesenta y un tripulantes cuidadosamente elegidos había veinticuatro eruditos, incluidos cinco artistas, cinco jardineros, cinco zoólogos y tres botánicos. El naturalista alemán Alexander von Humboldt, hermano menor del lingüista y filósofo Wilhelm von Humboldt, se habría unido a la expedición de no haber sido por la opinión desfavorable que le merecía Baudin.[6] El cometido oficial del viaje era la «observación e investigación tocantes a la geografía y la historia natural». El capitán, que apenas había pasado un tiempo en la marina francesa, se preciaba de su condición de científico aficionado. «No he aprendido del mar en la escuela ni de ciencias naturales en los laboratorios, pero he recolectado personalmente plantas en América y Nueva Holanda».[7] Sus viajes anteriores lo habían convertido en un botánico entusiasta y competente. Había naufragado varias veces y había participado en el tráfico de esclavos. Dado que Francia y Gran Bretaña se hallaban en guerra en 1800, *Le Géographe* y *Le Naturaliste* necesitaban salvoconductos del Almirantazgo británico a fin de garantizar su inmunidad

frente a ataques del enemigo y una recepción favorable en los puertos británicos de fuera de Europa. Sir Joseph Banks, presidente de la Royal Society, explorador y naturalista veterano que había navegado con el capitán Cook, medió para su concesión.

Los vientos desfavorables impidieron a los expedicionarios hacerse a la vela en El Havre hasta el 27 de vendimiario del año 9 (19 de octubre de 1800). En un banquete de despedida celebrado del 7 de fructidor del año 8 (25 de agosto de 1800), Baudin brindó por Bonaparte, «primer cónsul de la Revolución francesa y protector de la expedición». Los comensales bebieron también por «la mejora de la suerte de las razas salvajes» y por la esperanza de que «la visita que estamos a punto de hacerles los franceses les lleve la civilización». A La Pérouse lo honraron en silencio. En otro ágape habido mientras esperaban para zarpar, un chino llamado Ah Sam y hallado a bordo de una fragata capturada a los británicos propuso un brindis a la salud de sus buenos amigos los franceses. Bonaparte había encomendado personalmente a Baudin la misión de devolverlo a su propio país.[8] Los buques tardaron doscientos veinte días en arribar a Australia y, para cuando lo lograron, buena parte del pasaje había contraído escorbuto. Sir Joseph Banks había escrito con anticipación al gobernador británico en Port Jackson (Sídney), el capitán Philip Gidley King, para advertirle que era posible que los barcos franceses llevasen, además del científico, un objetivo político. Banks creía probable que el primer cónsul Bonaparte abrigase la esperanza de procurarse la lealtad de Isla de Francia (Mauricio) y de la isla de Borbón (Île de Bourbon, hoy Reunión).

El nuevo poder de Bonaparte supuso también un beneficio para las ciencias naturales y los científicos en la misma Francia. Su cargo lo ponía en posición de autorizar fondos para el Jardin des Plantes, revitalizar proyectos que se habían visto interrumpidos por la agitación política, emprender ampliaciones y enriquecer su colección.[9] Consciente de sus propios orígenes, poco después de asumir el puesto ordenó la creación de un jardín botánico en Córcega, el Jardin d'Expériences.[10] Estaba ubicado en Ayacio, en el recinto amurallado del antiguo convento de San Francisco, convertido en hospital militar. Tan bien crecían allí las plantas exóticas que, seis años más tarde, convertido ya Bonaparte en el emperador Napoleón, aprobaría el decreto que lo transformó en una división del Jardin des Plantes.[11]

Desde su regreso de Italia y su negativa a viajar a Egipto, André Thouin, amigo suyo y, como él, miembro del Instituto, se había consagrado al Jardin des Plantes y al Museo Nacional de Historia Natural. Su familia y él tenían el domicilio en una vivienda situada en el terreno mismo, preparó un curso sobre cultivo y ayudó a fundar la Société d'Agriculture et d'Économie Rurale. De alguien tan humano y, literalmente, terrenal como Thouin no resultaba extraño que una de las primeras cosas que pidió al nuevo régimen fuera que liberasen de todo compromiso con el Ejército al hijo de uno de sus jardineros. El 8 de nivoso del año 8 (29 de diciembre de 1799), Thouin firmó un certificado por

el que confirmaba que Louis Serjent, de sesenta y nueve años y originario de Pontoise, municipio del departamento de Sena y Oise, llevaba doce trabajando diligentemente en el Jardin des Plantes. Su esposa y él tenían ya una edad y la salud frágil, y su hijo único llevaba desde 1793, fuera de casa, combatiendo por la República en las filas del 12.º batallón. El solicitante deseaba que pudieran enviarlo al hogar con sus padres, quienes lo necesitaban más aún que la República.[12]

El Gobierno invitó a Thouin a formar la Société d'Agriculture et d'Économie Rurale en 1798, a fin de promover debates públicos sobre agricultura y proyectos de investigación científica sobre cultivos después del Terror. También este organismo, rebautizado en 1803 como Société Libre d'Agriculture du Département de la Seine, tenía su propio membrete con las palabras liberté y égalité.[13] Thouin era un hombre hondamente comprometido con la causa republicana. Había visto a amigos suyos morir por la Revolución, entre ellos nada menos que a Gilbert Romme, con quien había colaborado en la creación del nuevo calendario proponiendo nombres agrícolas para los días del año en homenaje a flores, árboles y plantas no arbóreas, animales y aperos de labranza. Por más que valorase la estabilidad y las oportunidades que ofrecía al Jardin des Plantes, al Museo Nacional de Historia Natural y al Instituto la subida al poder de Bonaparte, no podía aceptar la idea de un régimen cada vez más jerárquico y autoritario.

La Revolución había causado destrucción y provocado matanzas en Francia, pero también había brindado algunos logros. Y para los republicanos que más ansiaban mantener vivo el espíritu de 1789, la abolición de títulos y distinciones de posición social era uno de los más importantes. En tales circunstancias, era de esperar que la determinación de Bonaparte de introducir la Legión de Honor topara con una oposición vehemente. En floreal del año 9 (mayo de 1801), presentó ante el Consejo de Estado su propuesta, que suponía hacer extensivo el sistema de distinciones militares al ámbito civil. Se entendió como un intento de volver a introducir las clases en la sociedad mediante la resurrección de un sistema de nobleza, meritocrática, pero nobleza, al fin y al cabo, que distinguiría a unos ciudadanos con respecto a sus iguales y daría al traste de ese modo con uno de los principios fundamentales de la Revolución. Bonaparte defendió su proposición insistiendo en la importancia de las cualidades mentales sobre las físicas en la guerra moderna. «El general que hoy es capaz de lograr cosas está dotado de brillantes cualidades civiles», dijo al Consejo de Estado. Eran dichas cualidades las que respetaban los soldados, de modo que ya no era necesario medir casi dos metros para mandar en el campo de batalla.[14] Remitiéndose de nuevo al tiempo que había pasado en Egipto, recordó el desconcierto de Murad Bey, incapaz de entender que alguien de físico tan mediocre como él desplegara semejante dominio como general hasta que comprendió la importancia que poseía el intelecto en el sistema bélico francés. Demostrando no tener ninguna conciencia de lo irritante que resultaba para sus soldados el orgullo que le

producía pertenecer al Instituto y ser un hombre de ciencia, aseveró: «Yo sabía muy bien lo que hacía cuando, aun siendo solo un general, asumí el título de miembro del Instituto. Tenía bien claro que contaba con la comprensión de hasta el tambor más humilde del Ejército». Sería, estaba persuadido, un error dividir a la sociedad en soldados y ciudadanos, motivo por el cual debía ampliarse el sistema militar de condecoraciones a los integrantes de la sociedad que lograran grandes cosas.

El Tribunato y la Legislatura se oponían tanto como el Consejo de Estado a la Legión de Honor de Bonaparte. Entre otras cosas, les preocupaba que «so pretexto de eliminar los últimos vestigios de la antigua nobleza venga [el galardón] a crear una nueva y a reafirmar con fuerza la vieja».[15] En última instancia, existía el miedo de que «[l]a distinción propuesta desemboque directamente en la monarquía. Las cruces y los lazos son los pilares sobre los que se sustenta un trono hereditario, elementos desconocidos para los romanos que conquistaron el mundo». Bonaparte rechazó con vehemencia la idea de que en Roma se desconociese un sistema de condecoraciones. De hecho, insistió en que jamás había habido otra nación en la que estas tuvieran más peso. «Los romanos tenían patricios, équites, ciudadanos y esclavos, y cada clase tenía sus costumbres propias. Para recompensar los logros, otorgaban toda clase de distinciones, apellidos que recordaban grandes servicios prestados, coronas murales, triunfos...». Los honores que proponía fueron recibidos con desdén; «los consideran baratijas —reflexionaba—, pero es con baratijas así como se acaudilla a los hombres».[16] Presentó su Legión de Honor como un paso hacia la reconstrucción de una sociedad rota. «Todo ha quedado destruido: debemos emprender la obra de creación».[17]

La Legión de Honor se aprobó por una mayoría escasa en el Consejo de Estado, el Tribunato y la Legislatura, y se instituyó al fin en 1802. Tomaba libremente como modelo la legión romana, con legionarios, oficiales, comandantes, cohortes regionales y un gran consejo. Todos los franceses podían cumplir con los requisitos para ser galardonados, sin más criterio que el mérito o la bravura. (La primera distinción concedida a una mujer de que se tenga noticia correspondió a Angélique Brûlon, que combatió en las guerras revolucionarias disfrazada de hombre y la recibió en 1851. Hubo mujeres soldado galardonadas antes de esta fecha, pero la documentación al respecto se ha perdido). La crucecita de la Legión de Honor estaba esmaltada en blanco y pendía de una cinta de seda roja. Estaba conformada por cinco cuadrángulos dispuestos de forma regular sobre una corona de laurel anular y cuyos vértices coincidían bajo un busto circular de Bonaparte. El arquitecto Jacques Molinos copió el diseño para la construcción, a partir de 1802, de un edificio nuevo en el Jardin des Plantes, la Rotonde, destinado a albergar parte de la casa de fieras. La decisión de darle la forma de la Legión de Honor unía dos de las pasiones de Bonaparte: la ciencia y la meritocracia.

Bonaparte respetaba a sus amigos científicos, pero, en ocasiones, los obviaba. Pese a sus principios meritocráticos, la primera persona a la que

concedió el cargo de ministro de Interior fue su hermano Luciano. Tal cosa causó pavor entre los profesores del Instituto y del Jardin des Plantes, quienes temían que centralizara y pusiese en manos del Gobierno la investigación científica del mismo modo que la salud pública y la policía. A Thouin le preocupaba que el nuevo ministro lo despidiera, con lo que perdería su hogar y su posición en el Museo Nacional de Historia Natural y se vería en peligro la independencia del Jardin des Plantes, que tanto esfuerzo había costado. Por fortuna, Bonaparte encontró a su hermano demasiado obstinado y lo sustituyó poco después con Jean-Antoine Chaptal, químico, agrónomo y miembro del Instituto que se afanó en representar los intereses de los científicos. En mesidor del año 9 (julio de 1801), Chaptal viajó a Inglaterra para comprar sendos pares de tigres y de linces, un leopardo, una pantera, un mandril, una hiena y varias aves para el Jardin des Plantes. El coste total fue de ciento setenta y cinco mil francos. También permitió a Joseph Banks que añadiese una colección de plantas raras al cargamento. Siendo ministro Chaptal, Thouin conservó su puesto de trabajo hasta que le llegó la muerte en 1824.[18]

Los jardines públicos y privados estaban cambiando. Con el poder de Bonaparte crecían también las ambiciones de Josefina respecto del que tenía en Malmaison. Quería hacer de él «el jardín más bonito y curioso de toda Europa», capaz de rivalizar con los mejores jardines botánicos de todo el planeta, ya fuera el de Kew (Londres) o los de Schönbrunn y Belvedere (Viena). Thouin fue uno de sus contactos más útiles, siempre dispuesto a abastecer a la esposa del primer cónsul de especímenes del Jardin des Plantes. Ella le pedía especies foráneas con las que poblar sus invernaderos, pero la relación no fue unilateral. Así, desde el principio se dio una estrecha colaboración entre Malmaison y el Museo Nacional de Historia Natural, un intercambio entusiasta de ejemplares y conocimientos de botánica. Aunque, a veces, las peticiones de Josefina incluían plantas que no estaban en condiciones de ser trasladadas, por lo demás los profesores le enviaban encantados cuanto les solicitaba, sabedores de que las plantas recibirían los cuidados necesarios en Malmaison.[19] Cuando Thouin escribió un artículo sobre las colecciones nacionales de especies del género *Erica* (brezos) importadas en un principio de la colonia neerlandesa del cabo de Buena Esperanza, pudo hablar de Francia como tercera nación en importancia en lo tocante a estas plantas, detrás de Inglaterra y de los Países Bajos, debido en gran medida a la próspera propagación que habían conocido en Malmaison.[20]

La guerra no puso fin a todos los intercambios botánicos y científicos en general. En 1801, Thouin recibió una carta de Carl Peter Thunberg en la que su colega de Upsala lamentaba los efectos de la guerra, a la que aún no se había visto arrastrada Suecia, y expresaba sus deseos de ser aún joven para, una vez llegada al fin la paz, poder viajar a París y conocer la colección de flora y fauna del Jardin des Plantes.[21] El 19 de vendimiario del año 10 (11 de octubre de 1801), Josefina escribió a Louis Otto, diplomático y comisionado del Gobierno francés para el intercambio de prisioneros en Londres, para

agradecerle que hubiera encontrado tiempo para satisfacer su solicitud de plantas pese a la guerra y expresarle su esperanza de que, una vez firmada la paz entre Francia e Inglaterra, pudiese pedir al rey Jorge III que le hiciera llegar ejemplares de los Jardines de Kew. Durante el conflicto bélico, se habían remitido a Malmaison plantas procedentes del célebre vivero Lee and Kennedy Vineyard Nursery del distrito londinense de Hammersmith, que a veces llegaban en malas condiciones y provocaban con ello disputas en lo referente al pago.

Con la declaración de la efímera paz de Amiens el 4 de germinal del año 10 (25 de marzo de 1802), Otto organizó un envío especial del floricultor John Kennedy, cuyo padre había sido cofundador de la Vineyard Nursery. La ocasión permitió al británico viajar a Francia con plantas y semillas raras para Josefina. Durante su visita, Kennedy y ella acordaron financiar en colaboración una expedición al cabo de Buena Esperanza. Malmaison y la Vineyard Nursery sufragarían el envío de un naturalista y compartirían las muestras que obtuviese. Eligieron a James David Niven, botánico escocés que ya había hecho un viaje a la región y que pasó seis años en ella, mandando plantas y semillas a Europa a través de Santa Elena, propiedad de la Compañía de las Indias Orientales, que también se encargaba de gobernarla.[22] Niven dio con treinta especies de *Erica* desconocidas para la ciencia que fueron a integrar la colección de Josefina: *E. elegans*, *pellucida*, *blandfordia*, *hibbertia*, *niveniana*...[23] También recibió especies de *Ixia*, *Pelargonium* y otros géneros según lo estipulado. Aunque, más tarde, los viveros Lee and Kennedy tendrían que recurrir a un abogado para tratar de recuperar de los herederos de Josefina el dinero que les había prometido y no había llegado a desembolsar, durante la paz de Amiens y también un tiempo después resultaba imposible imaginar que la esposa del primer cónsul, quien no tardaría en erigirse en emperador de los franceses, podría incumplir su parte de un contrato.

Mientras, las embarcaciones proseguían su viaje de exploración. Después de arribar a Tierra de Van Diemen (futura Tasmania) en nivoso del año 10 (enero de 1802), *Le Géographe* y *Le Naturaliste* entraron en el canal D'Entrecasteaux y capturaron un albatros.[24] Los científicos llevaron a cabo labores hidrográficas y dejaron también constancia de encuentros con indígenas. Tras ello, los buques se separaron. Los investigadores de *Le Géographe* siguieron explorando la costa oriental y meridional de Nueva Holanda, que rebautizaron como Terre Napoléon. El 18 de germinal del año 10 (8 de abril de 1802), estando ancorada la nave en una bahía al sudeste de la moderna Adelaida, el equipaje vio aproximarse una embarcación con pabellón inglés. Se hallaba al mando del capitán Matthew Flinders y había zarpado de las islas británicas en el mes de termidor del año 9 (agosto de 1801). No era difícil pensar que la habían mandado a dar caza a los franceses.[25] Ni el capitán Baudin ni el capitán Flinders tenían noticia de la paz de Amiens. Sin embargo, pese a haber dado por hecho ambos que sus naciones seguían en guerra, se

reunieron en son de amistad y cooperación, tanto que el lugar en que lo hicieron tomó el nombre de bahía del Encuentro. Cuando Flinders compartió sus cartas de navegación con Baudin y le habló del descubrimiento de la isla Canguro, los franceses comprendieron que sus rivales se les habían adelantado en el reconocimiento de buena parte de las costas sin explorar de Nueva Holanda. El 9 de mesidor del año 10 (28 de junio de 1802), *Le Géographe* y *Le Naturaliste* volvieron a unirse en Port Jackson. Sus tripulantes, extenuados e indispuestos, recibieron buenos cuidados en la colonia inglesa durante cinco meses, período que los científicos franceses aprovecharon para consagrarse a sus investigaciones botánicas, antropológicas y de otra índole, hasta que, al fin, Baudin decidió que habían avanzado lo suficiente para enviar el buque *Le Naturaliste* de vuelta a Francia con un cargamento de colecciones de historia natural, mapas, memorias y observaciones.

La nave largó las velas con rumbo a Europa el 25 de frimario del año 11 (16 de diciembre de 1802), mientras que *Le Géographe* puso la proa a la isla Canguro. El capitán de *Le Naturaliste* era Jacques Hamelin, más afable y mucho más querido que Baudin. Cuando su barco llegó al puerto de El Havre cinco meses después, el 17 de pradial del año 11 (6 de junio de 1803), enviaron a Thouin desde París a fin de que recibiera a Hamelin y supervisara el reparto del cargamento entre el Jardin des Plantes y Malmaison. Los profesores del Museo Nacional de Historia Natural habían recibido de Chaptal, el ministro de Interior, la cortés invitación de dar prioridad a las peticiones de Josefina con respecto a los especímenes.[26] Tal solicitud se repitió el 18 de termidor del año 11 (6 de agosto de 1803).[27] En el viaje de París a El Havre, Thouin tuvo ocasión de sorprenderse al ver cómo se había reducido la libertad de movimiento bajo el régimen autoritario del primer cónsul.[28] La necesidad de pasaportes y de otros documentos que justificasen su viaje le pareció excesiva aun en comparación con las restricciones impuestas a los ciudadanos durante el Terror revolucionario. Las nuevas medidas policiales no hicieron sino aumentar el desasosiego que le habían provocado la purga de conservadores jacobinos que había llevado a cabo Bonaparte tras el atentado de la Rue Saint-Nicaise y el Concordato por el que Francia se reconciliaba con el papado. Cada vez era mayor su convencimiento de que los valores revolucionarios de libertad e igualdad estaban quedando erosionados. Los documentos que se le exigieron para viajar hacia El Havre incluían una descripción física detallada: cincuenta y seis años, un metro setenta y seis de estatura, pelo castaño y canoso, cejas castañas, ojos castaños, frente elevada, nariz aguileña, mentón redondo, rostro ovalado...[29]

La expedición a Australasia ya se había cobrado la vida de cierto número de los embarcados, entre los que se incluían dos jardineros, dos zoólogos, un botánico, un astrónomo y un pintor, muertos todos ellos en el mar o por enfermedades que los habían llevado a abandonar las naves. Al final, solo volvieron seis de los veinticuatro eruditos originales, por lo que fue todo un

alivio que Thouin y otros colegas de Instituto de los finados juzgaran de gran significación científica el cargamento de *Le Naturaliste*. Había a bordo ciento ochenta cajas de minerales y animales, cuatro de plantas secas, tres toneles de especímenes de árboles, dos cajas de semillas y sesenta cubas de plantas vivas.[30] Thouin ayudó a elaborar el inventario. Entre los ejemplares vivos no había canguros, ya que habían muerto en el trayecto después de que fracasara todo empeño de alimentarlos por la fuerza.[31] Entre las aves vivas que se enviaron a Malmaison había un emú (de la especie *Dromaius novaehollandiae*, la mayor de todas) que habían embarcado en *Le Naturaliste* en Port Jackson.[32] El 27 termidor del año 11 (15 de agosto de 1803) se publicó en *Le Moniteur*, el periódico oficial del régimen de Bonaparte, un informe sobre la expedición. Aun así, en contraste con la grandiosa despedida que se había otorgado a su expedición y los festines de que había disfrutado mientras esperaban para zarpar desde El Havre, Hamelin y el resto de los embarcados se sintieron decepcionados por la falta de atención y parabienes que recibieron fuera del Instituto. Lo cierto era que habían regresado a una nación que, de nuevo, se hallaba sumida en el caos. Bonaparte estaba ocupado preparándose para el combate, pues la paz de Amiens se había venido abajo el 28 de floreal del año 11 (18 de mayo de 1803), cuando Inglaterra rompió las hostilidades contra Francia.

En Malmaison, Josefina estaba creando una casa de fieras que bien podía rivalizar con la del Jardin des Plantes. Su pasión por coleccionar animales, además, recordaba a la que había demostrado María Antonieta antes de la Revolución. Así, tenía predilección por los animales que podían coexistir pacíficamente y vagar con la mayor libertad posible por sus jardines. Tenía un rebaño de ovejas merinas cuya lana se convirtió en una de las fuentes de ingresos de la hacienda. La idea de importar ganado ovino de España la había heredado del Antiguo Régimen. Hacía tiempo que se sabía que dicha raza producía un pelo de gran calidad y que era responsable del éxito del comercio lanar español; pero hasta finales del siglo XVIII estaba prohibida su exportación. Cuando tal restricción se relajó, sir Joseph Banks introdujo el primer rebaño británico en los Jardines de Kew en 1792; pero María Antonieta ya contaba con uno en Versalles desde 1786. La cría de merinas en Malmaison representó una clara imitación de la antigua reina por parte de Josefina, aunque también una práctica iniciativa empresarial. Bonaparte estaba interesado en la posibilidad de producir en Francia más lana y de mejor calidad para abastecer la confección de uniformes militares. Otra imitación de María Antonieta fue la vaquería que creó Josefina en Malmaison. En 1803 llegaron de Suiza tres empleados y una manada de vacas, y ella, como antes la reina, se complacía en mostrar a las visitas la granja y en consumir la leche y la nata que producía ella misma.

Josefina fue la primera en criar cisnes negros en cautividad.[33] La pareja que llegó a Francia a bordo de *Le Naturaliste* se transportó directamente a Malmaison. Aunque no había registro alguno de su origen, debió de ser Port

Jackson. Chaptal, el ministro de Interior, advirtió expresamente a Thouin de que aquellas aves estaban reservadas para la esposa del primer cónsul. Cinco años después, esta estuvo en posición de ofrecer cisnes negros criados en Malmaison al Museo Nacional de Historia Natural para la colección patria. Los ejemplares originarios se reprodujeron dos veces y uno de ellos, muerto finalmente en 1814, fue conservado por Louis Dufresne, ornitólogo y pionero de la taxidermia. Junto con las aves vivas, Josefina recibió de *Le Naturaliste* una gran cantidad de ejemplares muertos que se enviaron al Museo Nacional de Historia Natural, donde Dufresne y su esposa se ocupaban de disecarlos. En 1803, Dufresne introdujo el neologismo *taxidermie* en un tratado que llevaba por título *Nouvelle Dictionnaire d'Histoire Naturelle*, en el que explicaba que entre aquella y el embalsamamiento se daba, sin más, una diferencia estética.[34] El objetivo del matrimonio no era, sin más, conservar sus especímenes por medio del jabón arsenical, sino capturar la magnificencia e individualidad de cada uno de ellos disponiendo su piel sobre un soporte realista.[35] La taxidermia, según argumentaba el creador del término, es un arte amén de una ciencia. Además de todo el trabajo que hicieron con las aves que había transportado *Le Naturaliste* para Josefina, los Dufresne prepararon otras cincuenta para el Museo Nacional de Historia Natural. Algunas se hallaban en un estado terrible de putrefacción después de meses de viaje, pero él tenía la esperanza de que sus colegas y la consulesa quedarían satisfechos con las que habían podido rescatar y convertir en evocadoras piezas de exposición.[36] Josefina quedó tan encantada con los resultados que se lanzó a gastar miles de francos en aves disecadas. Tenía la misma tendencia obsesiva de muchos coleccionistas: no podía dejar de ampliar ni refinar su repertorio de plantas, animales y especímenes de historia natural.

En el año 12 escribió lo siguiente al subcomisionado francés en Portsmouth (Nuevo Hampshire):

> Por favor, hágame llegar una colección de semillas americanas [...] por cuanto deseo convertir parte del terreno de Malmaison en un vivero [...] de árboles y arbustos exóticos susceptibles de ser criados en nuestro clima. El primer cónsul ha puesto un grandísimo interés en este proyecto [...] [S]e trata de una nueva fuente de prosperidad para Francia [...] Cuento con su ilustrada ayuda y su fervor patriótico.[37]

No cabe duda de que Bonaparte apoyaba el afán coleccionista de que daba muestras Josefina con las plantas de Malmaison. En cierta ocasión, escribió al vivero de Versailles et du Roule para solicitar el envío de las plantas que había pedido su mujer. Entre brumario y ventoso del año 12 se hicieron llegar a Malmaison más de dos mil ejemplares.[38] Entre los objetivos de Josefina estaba también el de hacerse con todas y cada una de las variedades de rosa que existían en el mundo. Tenía 167 plantas de *Rosa gallica*, 27 centifolias, 22 de China, 11 silvestres, 8 blancas, 4 *R. spinosissima*, 3 musgosas, 3 damascenas, 3 *R. foetida* y 1 almizcleña.[39] Confió la gestión de su negocio botánico en expansión a Charles-François Brisseau de Mirbel, fundador de la anatomía microscópica vegetal en Francia. Llegó a ser superintendente de los

jardines y de todo su personal. Cuando Bonaparte se enfadó por tener que pagar una factura de Malmaison, fue Mirbel a quien culpó.[40]

El interés de Bonaparte por introducir nuevas plantas en Francia respondía a una motivación más económica. Quería averiguar si era posible ampliar el cultivo de patata y remolacha azucarera de forma que ofrecieran fuentes alternativas de alimento para una nación que seguía dependiendo del pan en gran medida. «Un ejército marcha al ritmo que le marca su estómago» es un aforismo que se atribuye a veces a Bonaparte y a veces a Federico el Grande. Sin embargo, aun cuando pudiera no haberla dicho el primero, no cabe negar el ardor patriótico con que abordó la cuestión fundamental del avituallamiento de los soldados. Quería «ofrecer un estímulo real a la agricultura» y, para ello, entender las diferencias regionales. Consideraba un error que la tierra estuviera en manos de pequeños horticultores que solo se preocupaban por ganarse la vida y nunca invertían en mejorar sus terrenos. «Esas no son las gentes a las que hay que estimular, sino a los terratenientes acaudalados, que hacen algo para aumentar el valor de sus propiedades y son la única clase que piensa en sus intereses y se preocupa por su propio futuro y por el de sus hijos».[41] Personas así, en su opinión, no se dejaban motivar por subvenciones, sino por medallas, condecoraciones y honores. Por tanto, era necesario reconocer con una carta de felicitación o con la Legión de Honor a los productores de toda Francia que se distinguieran por la cantidad o la calidad de sus labores agrícolas o ganaderas.

André Thouin compartía con Josefina la esperanza de poder naturalizar en todos los departamentos de Francia plantas exóticas llegadas de Australasia. En 1806 fundó en el Jardin des Plantes la Escuela de Agricultura Práctica con el fin de investigar el uso de los vegetales en la economía rural y la doméstica.[42] Los objetivos de aquel centro tendían un puente entre los valores revolucionarios y los del nuevo régimen de Bonaparte. Las plantas se consideraban recursos en potencia para los pobres, fuente de disfrute para los ricos y un bien para la República en general. Thouin definía la geografía como la ciencia que permite elegir «los métodos de conservación y multiplicación de plantas más apropiados que nos llegan de distintas partes de la tierra y cuya introducción en nuestra agricultura resulta útil o agradable».[43] Se esperaba poder normalizar la nomenclatura botánica tanto dentro de Francia como de manera internacional y había planes para naturalizar nuevas especies vegetales en todos los departamentos de la nación para consumo humano y animal. El eucalipto, de la familia de las mirtáceas, era un candidato para lograr aclimatarse en el mediodía de Francia y quizá en otros departamentos. El *Phormium tenax* o lino de Nueva Zelanda, usado desde antiguo por los maoríes para elaborar tejidos y, de forma más reciente, velas y cabos, se había introducido con éxito en Santa Elena y Mirbel, el director del jardín de Malmaison, esperaba poder cultivarlo también en Francia.[44] Los botánicos franceses recurrían a menudo a la ayuda de Bonaparte a través de Josefina. Alire Raffeneau Delile, que había estado con él en Egipto y había dirigido el

jardín botánico de El Cairo, fue nombrado en 1802 vicecónsul en Wilmington (Carolina del Norte). Se le encomendó la labor de hacer un herbario con especies americanas que pudiesen naturalizarse en Francia. Un año después, se pidió a Josefina que aprobase un aumento de su sueldo para que pudiera permitirse un caballo con el que ayudarse en su búsqueda de plantas susceptibles de cultivarse en Francia.

En frimario del año 10 (diciembre de 1801), Bonaparte envió a Santo Domingo (hoy Haití) una flota de guerra con soldados al mando del general Charles-Victoire-Emmanuel Leclerc, casado con su hermana. Madame De Staël dejó constancia de que, en su decreto, Bonaparte usaba el plural mayestático para referirse a «nuestro» cuñado. La idea de que Francia se encontrase asociada a la prosperidad de una familia en particular le pareció «una píldora amarga».[45] La expedición tenía como objetivo la afirmación del poder francés sobre la isla caribeña y el restablecimiento de los derechos comerciales exclusivos por parte de Francia. La trata en la isla había sido abolida durante la Revolución, pero existía un temor generalizado a que la reinstaurase el Consulado. Los insurgentes anticoloniales, encabezados por el formidable Toussaint Louverture, antiguo esclavo manumiso, habían redactado para Santo Domingo una Constitución revolucionaria que, al parecer de Napoleón, rechazaba la autoridad francesa. En virtud de aquella nueva carta magna, Louverture se había visto proclamado gobernador vitalicio sin romper lazos con Francia. De hecho, se tenía por «el Bonaparte de Santo Domingo».[46] Josefina le estaba personalmente agradecida por haber ayudado a sus familiares de Martinica a restablecer el orden y la producción en las plantaciones de azúcar que poseían en Santo Domingo, lo que redundó en su propio beneficio económico.[47] Louverture se asentó en una casa espléndida de la comuna de Ennery, con largos paseos y hermosos jardines de rosas que rivalizaban con los de Malmaison, desde la que gobernaba y recibía en audiencia.[48] Paulina, la hermana de Bonaparte, acompañó a su marido en la expedición dominicana. Antes de que zarpara de Brest el *Océan*, buque insignia de la flota, se transformó la cubierta de popa, por lo común destinada a montar cañones, en un jardín para disfrute de Paulina y su chiquillo durante un viaje que duraría poco menos de dos meses.[49]

Tras llegar a Santo Domingo en pluvioso del año 10 (febrero de 1802), Leclerc y su familia fijaron su residencia en Puerto Príncipe (conocido como Puerto Republicano tras 1793), en una lujosa mansión rodeada de tierras que incluían manantiales de agua dulce y bosques magníficos y a la que se accedía por una avenida de cítricos. Paulina tenía intención de crear una casa de fieras con animales exóticos. Con todo, aquel hermoso escenario contrastaba con la fealdad de lo que habían ido a hacer allí los franceses. Bonaparte había confiado a Leclerc el restablecimiento de la autoridad francesa en Santo Domingo, lo que comportaba derrocar a Louverture, a quien habían declarado fuera de la ley.[50] Lo arrestaron el 18 pradial del año 10 (7 de junio 1802) y lo

deportaron a Francia, donde murió en prisión antes de que transcurriese un año. William Wordsworth, defensor de la abolición de la esclavitud, le dedicó un soneto en el que expresaba su deseo de que conservase la vida y auguraba:

> Aun cuando caigas y jamás te alces,
> ¡vive y solázate! Pues dejas en tu estela
> fuerzas que proseguirán tu obra: aire, tierra y cielos.
> ¡No hay un simple soplo del viento
> que vaya a olvidarte![51]

Pese a los argumentos abolicionistas, tras la paz de Amiens, Bonaparte aprobó una serie de leyes por las que se mantenía la esclavitud en las colonias francesas donde todavía existía y volvía a introducirse la trata en Martinica, Tobago y Santa Lucía, a las que siguieron Guadalupe y Guyana.[52] En Santo Domingo, se estaban destruyendo las libertades que había brindado la Revolución.

A los jardines coloniales y las plantaciones de Santo Domingo había que sumar los huertos de los antiguos esclavos, situados en tierras pobres infestadas de mosquitos. Quienes luchaban por subsistir en tan miserables circunstancias estaban resueltos a no renunciar a su libertad. Abandonaron sus modestas tierras de cultivo para unirse a los rebeldes de los montes. Leclerc y sus soldados recurrieron a atroces prácticas de tortura y al asesinato, si bien no lograron hacer prevalecer la autoridad francesa. El general escribió a Bonaparte insistiendo en que necesitaría muchos más combatientes. Se dijo que no tardaría en volver a casa, pero murió de fiebres amarillas el 11 de frimario del año 11 (2 de diciembre de 1802) y Paulina tuvo que regresar sola, convertida en madre viuda a los veintiún años. El sucesor de Leclerc perdió ante los insurgentes y Santo Domingo declaró su independencia el 10 de nivoso del año 12 (1 de enero de 1804).

Las dieciocho hectáreas de jardín forestal de L'Habitation Leclerc quedaron abandonadas. Casi un siglo y medio más tarde, en 1944, adquirió el terreno la bailarina y antropóloga estadounidense Katherine Dunham, quien lo convirtió en lugar de vacaciones para adinerados, con casas de campo y una piscina espectacular. Sin embargo, al final de su vida, quiso transformarlo en jardín botánico a modo de frondoso legado al pueblo de Haití. Los árboles de L'Habitation Leclerc constituyen la última reliquia de bosque litoral del país. Con los años, han tenido que recibir protección frente al saqueo y al comercio debido a la creencia vudú de que entre los colosales ejemplares de baobabs de Mauricio y los mangos habitan espíritus. El bosque se considera un lugar peligroso. Cuando lo compró Dunham, seguía encantado por los fantasmas de los esclavos y horros mutilados y muertos por el régimen colonial francés. Le advirtieron: «el dueño de Leclerc nunca será feliz».[53] Exiliado en Santa Elena, Napoleón reconoció que invadir Santo Domingo había sido una tremenda estupidez por su parte.[54] Aun así, aquella fue una evaluación retrospectiva: en aquel momento, estaba resuelto a reinstaurar la esclavitud y argüía para

justificarlo que los revolucionarios no sabían bien lo que hacían al abolirla en 1794.[55]

Tres meses después de la declaración de independencia de Santo Domingo, el 4 de germinal del año 12 (25 de marzo de 1804), arribó al puerto de Lorient *Le Géographe*, el segundo buque de la expedición a Australasia, que ya no tenía por capitán a Baudin. Este, tras abandonar, exhausto y enfermo, la empresa en mesidor del año 11 (julio de 1803), había llegado a Isla de Francia el 9 de fructidor (27 de agosto) y había muerto tres semanas después. Las instrucciones relativas al reparto del cargamento fueron idénticas a las que se habían dado en el caso de *Le Naturaliste*: había que priorizar los deseos de Josefina sobre los intereses de los profesores del Museo Nacional de Historia Natural.[56] Antes de llegar a Francia, la corbeta, capitaneada a esas alturas por Pierre Bernard Milius, había fondeado en el cabo de Buena Esperanza y, desde allí, el gobernador Janssens había enviado a la consulesa un ave llamada *secrétaire du Cap* y una cebra de montaña.[57] También había a bordo un casuario, un ñu, tres canguros, dos emúes de una variedad poco habitual (*Dromaius novaehollandiae minor*), más pequeños que los más comunes, y varias otras aves y demás animales.[58] Esta vez, fue Étienne Geoffroy Saint-Hilaire, que había estado con Bonaparte en Egipto, quien acudió a recibir al barco regresado e inventarió la fauna viva que había a bordo. Algunos de los que habían sobrevivido al arduo viaje desde Australasia murieron durante el traslado de Lorient a París. Fue el caso de dos de los tres canguros. Poco después de recibir los animales que había pedido para su casa de fieras de Malmaison, Josefina envió la cebra y el ñu al Museo Nacional de Historia Natural. Le habían bastado unos días para descubrir que ninguno de los dos era apto para campar por su jardín. Los cambió por dos canguros que había importado Dufresne de Inglaterra durante la paz de Amiens.[59] Tenía la esperanza de que se aclimataran a su jardín y criaran en él, pero no había llegado a transcurrir un año cuando el canguro macho fue atacado por un perro y murió. Su cuerpo sin vida se devolvió al Museo Nacional de Historia Natural para ser disecado.

Para Josefina, Malmaison era un refugio pacífico en el que, esperaba, podrían coexistir en armonía flora y fauna exóticas. El jardín era su antídoto para el Terror, un medio muy personal de curación del trauma político a través de la interacción con el mundo natural. Para Bonaparte también constituía un santuario, pero, cuando él se retiraba allí era, a veces, para considerar el uso de formas extremas de violencia y aun de asesinato. En Malmaison se encontraba cuando lo informaron de que estaban a punto de llevar a cabo, tal como había ordenado, el arresto del duque de Enghien, miembro de la casa de Borbón que descendía doblemente de Luis XIV, el Rey Sol. Durante la Revolución, había estado al mando de algunas de las fuerzas exiliadas que habían tratado sin éxito de invadir Francia a las órdenes del duque de Brunswick; pero, desde el año 9, cuando contrajo matrimonio en privado con

Charlotte de Rohan, sobrina del obispo francés de Estrasburgo, había abandonado el servicio militar y vivía tranquilamente en Ettenheim, ciudad del estado de Baden. Aun así, el primer cónsul sospechaba que trabajaba para Inglaterra y estaba implicado en la conspiración de Cadoudal, una conjura realista más destinada a asesinarlo, esta vez de camino a Malmaison. Por estos motivos, envió a un grupo de secuestradores al otro lado del Rin para que lo apresaran en su propio domicilio y lo llevasen a Francia.

Lo llevaron sin más al castillo de Vincennes, fortaleza del este de París, donde fue juzgado ante un consejo de guerra y ajusticiado en la madrugada del 30 de ventoso del año 12 (21 de marzo de 1804), ante un pelotón de fusilamiento y al lado de un hoyo cavado en el suelo con anterioridad. Bonaparte no quería correr el riesgo de un juicio prolongado que pudiera llevar a la opinión pública parisina a volverse contra él en favor de los Borbones. Esta expedita condena a muerte por parte de un tribunal militar recordaba a las ejecuciones sumarias del Terror. Josefina, quien había implorado a su marido que tuviese misericordia, confió a madame Rémusat, su dama de honor: «He hecho lo que he podido por lograr que me prometa que respetarán la vida al príncipe [*sic*], pero mucho me temo que no cambiará de opinión».[60] Estaba persuadido de que la consolidación de su poder exigía que muriera el duque de Enghien. También se hallaba en Malmaison cuando recibió noticia de que se había llevado a efecto la ejecución y de que le habían denegado la petición de mantener con él una reunión cara a cara. Mucho más tarde, desterrado en Santa Elena, Bonaparte aseveraría no sentir remordimientos al respecto: «Me hostigaban por todas partes enemigos a los que habían puesto los Borbones contra mí. Amenazado con escopetas de postas, máquinas infernales y toda suerte de conjuras, no dejé pasar la ocasión de hacer cundir el terror hasta el mismísimo Londres».[61] Insistió en que volvería a hacerlo, a pesar de la condena generalizada que recibió aquel ajusticiamiento, tanto dentro como fuera de la nación y en particular por parte del zar de Rusia, Alejandro I, quien rompió de inmediato las relaciones diplomáticas con Francia. En toda Europa se endureció la opinión que se tenía de Bonaparte hasta convertirse en una determinación implacable a defenestrarlo. «Aquello fue peor que un crimen: fue una metedura de pata», concluyó Fouché, su ministro de la Policía.

Madame De Staël se encontraba exiliada en Berlín, en un apartamento situado frente al muelle del Spree, cuando supo del fusilamiento. De entrada, no dio crédito a lo que oía e insistió en que debía de ser un rumor falso difundido por los enemigos de Francia; pero, cuando le mostraron la condena a muerte que había publicado *Le Moniteur*, reaccionó horrorizada.[62] Una de sus amistades le dijo que en el castillo de Vincennes, pocos días después de que fusilaran y enterrasen al duque de Enghien, unos chiquillos estaban jugando al tejo en el montículo de tierra sin marcar que tenía por sepultura. Un anciano tullido de cabello plateado los observaba hasta que, incapaz de contener las lágrimas, los echó diciendo: «¡No juguéis aquí, hijos míos! ¡Os lo

ruego!».[63]

El 28 de floreal del año 12 (18 de mayo de 1804), el Senado adoptó una nueva Constitución, en virtud de la cual se otorgaba a la República francesa un emperador, por nombre Napoleón Bonaparte. Este, sosteniendo que los realistas se habían confabulado para restaurar la monarquía borbónica, se presentó como salvador de la Revolución. «El Gobierno de la República se confía a un emperador», declaraba la Constitución del Año XII. Se sometió a la aprobación de la ciudadanía mediante un plebiscito, que resultó en 3.572.329 votos a favor y 2.579 votos en contra. Uno de quienes se opusieron fue el botánico Thouin, republicano acérrimo incapaz de reconciliarse con un régimen imperial y, no obstante, resuelto a proseguir su labor en el Jardin des Plantes.[64] Contaba en esto con la ayuda de Josefina, por más que el hombre desaprobara la ascensión de su marido a emperador. La reanudación de hostilidades entre Francia e Inglaterra tras el desmoronamiento de la paz de Amiens supuso la suspensión oficial de toda correspondencia entre las dos naciones, lo que no fue óbice para que los botánicos recurriesen de nuevo a las redes de prisioneros de guerra para no interrumpir sus comunicaciones científicas.[65]

La inquietud republicana de Thouin lo llevó a declinar la Legión de Honor cuando se la ofrecieron como integrante del Instituto. También rechazó uno de los nuevos uniformes que introdujo Napoleón para los miembros de esta entidad al erigirse en emperador. Thouin recibió el impreso del recamador y encajero, pero no pensaba permitir que le tomasen las medidas para el uniforme. No deseaba regalar su propia vanidad ni convertirse en marioneta del Gobierno.[66] Rehusar el galardón resultó en extremo difícil. Lacépède, naturalista como él convertido en gran canciller de la Legión de Honor, trató de persuadirlo para que aceptase. Thouin expuso las razones que lo movían en una nota que escribió para él y tuvo el buen juicio de no enviar:

1. Las preeminencias y los privilegios exclusivos han ido desde hace mucho, e irán siempre, en contra de mis principios.
2. El honor no puede ponerse en común como el dinero o la ciencia, pues cada uno se queda para sí lo que ha adquirido.
3. Por último, yo no tengo ambiciones: estoy satisfecho con el honor que comparten los seis millones de ciudadanos franceses tras adquirirlo cumpliendo con las obligaciones de los hombres libres.[67]

En lugar de esta imputación indirecta a Napoleón por traicionar los valores revolucionarios, Thouin remitió a Lacépède una respuesta emoliente en la que, tras expresar su gratitud por semejante honor, lo rechazaba cortésmente. No dejó de declinar toda clase de invitaciones a ceremonias y banquetes, bien fingiendo estar enfermo, bien alegando no disponer del atuendo apropiado para la ocasión. Por último, hizo llegar a Lacépède una breve parábola sobre el entorno diferenciado que habitaban las águilas y los granjeros.[68] Las

primeras ocupan por naturaleza las altas regiones del Imperio, más cerca del Sol, del que no apartan la vista, y desde semejante altura arrojan su sombra sobre la tierra. En cambio, los granjeros, inclinados sobre el suelo, limitan su ambición a abonarlo y se contentan con disfrutar de la luz que refleja el astro rey sin caer en la temeridad de mirarlo fijamente. Por eso, concluía, resultaría incómodo para un granjero verse obligado a vestir la efigie de un animal con el que no está en sintonía y al que profesa aversión por su costumbre de matar y devorar sus ovejas. Thouin no podía haber sido más incisivo ni más claro. Deseaba que lo dejasen tranquilo en el Jardin des Plantes, escribiendo sus conferencias sobre agricultura e investigando, y no tener nada que ver con la corte del nuevo emperador. Así y todo, el Estado le envió el estipendio de ciento veinticinco francos que iba asociado a la Legión de Honor... y que él hizo llegar a un pariente necesitado. En privado, escribió su profesión de fe sobre el asunto de las distinciones sociales, donde criticaba expresamente al emperador, a quien se refería con el nombre, ya anticuado, de Bonaparte. Insistiendo en su determinación de concentrarse en la agricultura y la botánica y permanecer al margen de la política, en el año 12 publicó en los *Annales du Muséum National d'Histoire Naturelle* un artículo sobre la introducción de la dalia en Francia.[69] Recogía en él tres variedades —*rose* (rosa), *ponceau* (rojo vivo) y *pourpre* (púrpura)— que se habían importado de México a través de Madrid. En el Jardin des Plantes empezó a injertarlas con éxito y bautizó cada una de las nuevas en honor a alguien a quien admiraba. Entre los homenajeados estaban Thomas Jefferson y los naturalistas Georges Cuvier y el conde de Buffon. El nombre de Napoleón Bonaparte brillaba por su ausencia.

En sus horas bajas tenía la impresión de que los veinticinco años de lucha revolucionaria no habían servido para nada. Era un gran entendido en injertos, técnica que consideraba la más delicada, asombrosa y valiosa de todas las hortícolas.[70] En cambio, no sentía ningún interés por los injertos políticos que preocupaban en aquel momento a Napoleón, quien se había propuesto implantar un Imperio nuevo en las viejas raíces de la monarquía francesa. El nuevo emperador confió los planes de coronación a sus arquitectos favoritos: Percier y Fontaine. Después de que la proclamación del Senado lo hubiera investido con tal dignidad y antes de la ceremonia, quiso abordar la cuestión del simbolismo imperial. Así, el 23 de pradial (12 de junio), su Consejo de Estado consideró qué animal o planta debía adoptar como emblema de su poder e incorporar en consecuencia a su escudo de armas. El águila, el gallo, el león, el elefante, la abeja, el roble y la flor de lis se contaron entre las distintas opciones. Él, al principio, se mostró favorable al león; pero, tras unas semanas, cambió de opinión y eligió el águila, insignia de la Roma imperial. Por tanto, tras su coronación se añadió dicha ave al asta de cada estandarte de la Grande Armée que estaba reuniendo en campamentos en torno a Boulogne-sur-Mer, en la costa septentrional de Francia, seis águilas de bronce fundidas por separado que medían treinta centímetros por veinticinco. Napoleón instó a

los soldados a defenderlas con su vida. También se añadieron águilas a la cadena de la Legión de Honor, reservadas para el emperador y los príncipes de la familia imperial. La cadena estaba compuesta por dieciséis trofeos unidos por águilas, cada una de ellas con la cinta y la cruz de la Legión de Honor al cuello. También dio nueva vida a la abeja, símbolo de la inmortalidad que enlazaba con la dinastía merovingia, la de los soberanos más antiguos de Francia. En 1653 se habían descubierto en Tournai, en la tumba de Childerico I, fundador de dicho linaje real en 457 d. C., representaciones del citado insecto. Napoleón hizo que las copiaran para sumarlas a su escudo de armas y las integró, asimismo, en la cadena de la Legión de Honor.

Napoleón esperaba invadir Inglaterra con su Grande Armée. Los preparativos que estaba llevando a cabo en los campamentos de Boulogne se intensificaron cuando el Reino Unido declaró la guerra a Francia en floreal del año 11 (mayo de 1803) y la paz de Amiens se vino abajo. Se erigieron fortificaciones en el litoral francés y se congregó una flotilla. Napoleón efectuó una serie de visitas ceremoniales y concedió varias Legiones de Honor, pero las tropas que aguardaban empezaban a hastiarse y a inquietarse. Los animaron a aficionarse a la horticultura. En el año 12, el *Journal de Paris* publicó una descripción detallada de la importancia de tal actividad en los campamentos militares de alrededor de Boulogne. La tierra que rodeaba al que había en las inmediaciones de la ciudad costera de Ostende, hoy en Bélgica, no tenía «más que llanuras yermas, aguas estancadas y colinas estériles» hasta que la había transformado la presencia de los soldados franceses:

> Quien viaja ahora a la región contempla sorprendido largas avenidas de tiendas, construidas de un modo que resulta a un tiempo robusto y agradable. Por todas partes recrean la vista obeliscos, pirámides y columnas que, en el mejor estado imaginable, sostienen estatuas del emperador, Y, por primera vez en la zona, el espectador puede admirar jardines encantadores, parterres deliciosos y extensiones de césped verde que bordean las arenas del océano [...] No hay regimiento que no disponga de un jardín, ni compañía sin un bancal cuadrado y un pozo con el que regar las plantas y flores que cultiva.71

La jardinería, al decir de *Le Journal de Paris*, hacía más agradable la vida de los soldados y era para ellos motivo de orgullo. Resultaba gratificante ver ceder los obstáculos de la naturaleza ante sus afanosas labores.

Napoleón pensó en usar una flota de globos para el transporte de tropas a Inglaterra. A esas alturas había destituido a su «aeronauta de los festivales oficiales», André-Jacques Garnerin, y había puesto en su lugar a una mujer, Sophie Blanchard (de soltera Armant), esposa de Jean-Pierre Blanchard, pionero del ramo y protagonista, en 1785, del primer vuelo en globo a través del canal de la Mancha. Sophie había volado por primera vez el 6 de nivoso del año 13 (27 de diciembre de 1804). Napoleón consultó con ella si era factible una invasión con globos y hasta pudo haberla nombrado ministra jefa de Aerostación. Ella le advirtió que era poco probable que algo así tuviera

éxito por causa de lo impredecible de los vientos. La prensa británica no se cansaba de mofarse de los planes de ataque de Napoleón. Un grabado del año 11, titulado *Hop, Step and Jump* («Triple salto»), muestra al desdichado corso brincando de su tierra natal a Francia y elevándose por medio de la ambición y el poder antes de intentar salvar el canal de la Mancha con un último impulso y acabar ensartado en la espada de John Bull, personificación del Reino Unido. En otro, «Conversations Across the Water» («Conversaciones de un lado a otro del agua»), se ve a Napoleón y a John Bull en sus costas respectivas, uno con unas botas que resultan cómicas por su tamaño descomunal y otro diciendo: «Malditos seáis tú y tus botas, que yo estoy en mi parcelita de tierra en medio del océano». Al fondo, en el horizonte, se ven los buques de la Armada Real, listos para proteger Inglaterra.

Por tensas que estuviesen las relaciones entre Francia y el Reino Unido, los botánicos de Josefina siempre hallaban el modo de soslayar las hostilidades y seguir expandiendo el jardín de Malmaison. El año que se vio encumbrada a la condición de emperatriz de Francia, era de esperar que la siempre pródiga esposa de Napoleón diera por hecho que el dinero no era un obstáculo. Quería tener el mayor invernadero del mundo y la *orangerie* y el resto de los que tenía se le habían quedado pequeños.[72] Por eso pidió a Jean-Marie Morel, el paisajista septuagenario, que empezara a trabajar en la Grande Serre Chaude, que se convertiría en una de las atracciones más célebres y visitadas de las inmediaciones de París hasta que la demolieron parcialmente cuando se vendió la hacienda en 1824 y desapareció por completo tres años después.[73]

Cuando Napoleón examinó las cuentas de Malmaison de los años 12 y 13, sufrió un arrebato de ira y exigió recortes. Tenía muy buen ojo para los detalles y, al ver que la Grande Serre Chaude había supuesto ya un gasto de ciento cuarenta mil francos, exigió que despidieran a Morel, quien fue reemplazado por los arquitectos Jean-Thomas Thibault y Barthélemy Vignon.[74] Aquel magnífico invernadero, en cuya construcción se había hecho un uso innovador del vidrio y del metal, se concluyó de acuerdo con los planes de estos dos últimos profesionales. Tenía cincuenta metros de largo y diecinueve de ancho y estaba dividido en dos secciones: una de cristal en la que podían crecer árboles de hasta cinco metros y una serie de estancias y salas de visitas desde las que contemplar las plantas y disfrutar de ellas. El interior estaba caldeado por doce estufas de carbón. El nieto de Josefina (el futuro Napoleón III, quien entonces contaba cinco años) se estropeó los dientes con la caña de azúcar que había cultivado ella a fin de no olvidar las plantaciones de Martinica, igual que le había ocurrido a su abuela siendo niña.[75]

Napoleón dejó bien claro que quería que su esposa redujese el gasto en Malmaison. A partir de 1805, después del período de expansión que siguió al regreso de los barcos de Baudin, empezó a reducir el tamaño de su casa de fieras. En febrero, envió los emúes que había recibido de la isla King y la isla Canguro al Jardin des Plantes, donde uno de ellos viviría hasta 1822. Los

esqueletos de aquellas aves, conocidas como «emúes de la isla King» y pertenecientes a una especie enana extinta por la caza, se encuentran entre los especímenes más importantes del Museo Nacional de Historia Natural.[76] También hizo llegar a la institución, «para el bien público», un pelícano, tres avestruces y un casco de casuario.[77]

En 1805 se publicó una nueva edición de *Géographie moderne*, el libro de texto que había usado Napoleón en la escuela, actualizada a fin de recoger su condición de emperador de los franceses.[78] En sus páginas se reproducía un amplio extracto de la Constitución del Año XII, incluido el artículo 3 (título II), que decretaba el carácter sucesorio de la condición de emperador en el seno de la familia de Napoleón:

> La dignidad imperial es hereditaria dentro de la descendencia directa, natural y legítima de Napoleón Bonaparte, masculina y por orden de primogenitura, con perpetua exclusión de las mujeres y de su descendencia.[79]

El problema era que Napoleón no tenía hijos legítimos. Josefina no había conseguido engendrar de nuevo, motivo por el que el artículo 4 estipulaba que el emperador podía adoptar a los hijos o los nietos de sus hermanos varones, siempre que hubiesen cumplido los dieciocho años, con lo que entrarían en su línea directa de descendencia. Si, tras ello, Napoleón concebía un hijo legítimo propio, dichos parientes adoptados deberían cederle el puesto. Este recurso estaba vedado a los sucesores de Napoleón, pues con su uso se pretendía, sin más, solventar su problema. En ausencia de un heredero propio, biológico o adoptado, el título de emperador pasaría a su hermano mayor, José, y a sus descendientes varones, y, a continuación, al menor, Luis, y a sus descendientes varones. La expresión «con perpetua exclusión de las mujeres» aparece en dos ocasiones.

En 1805, existía entre Francia e Inglaterra una gran animosidad que los científicos, sin embargo, lograron sortear las más de las veces. El mismísimo Napoleón se mostró dispuesto a acceder a las peticiones de diversos eruditos. Sir Joseph Banks, miembro correspondiente del Instituto, escribió al respecto: «Se me ha concedido la liberación de cinco personas por graciosa intercesión del emperador, las únicas cinco, creo, que se han visto redimidas de su libertad condicional».[80] El 1 de floreal del año 13 (21 de abril de 1805), David d'Anjou, residente de Grenoble, obsequió a Josefina con un águila para su casa de fieras. El animal procedía del sur de España y podía ser un *Aquila chrysaetos* (águila real) o un *A. heliaca* (águila imperial oriental), si bien *Le Moniteur Universel* la denomina *aigle impérial*.[81] Tenía una envergadura de 2,3 metros y, dada su condición de rapaz, estaba enjaulada. Aunque Josefina no debió de acoger con gran entusiasmo aquella adquisición para su pacífica colección de animales de Malmaison, habría sido difícil rechazar un regalo así.

Aquel mismo año, Napoleón decretó la erección de un monumento impresionante en el lugar en que se había producido la batalla de Marengo, en

Alessandria. Desde 1801 había habido allí una columna conmemorativa, coronada por un águila, pero en aquel momento tenía en mente algo más majestuoso: una pirámide. Él mismo, acompañado por su esposa y ataviado con el uniforme que había llevado en aquel combate, puso la primera piedra en honor «a las sombras de quienes murieron en defensa de la patria». La pirámide, que no llegó a concluirse, formaba parte de una nueva Ciudad de las Victorias dotada de bulevares en conmemoración de otras contiendas de la campaña italiana.

La primera vez que se capturó un estandarte con una de las águilas marciales de Napoleón fue en la batalla de Austerlitz, el 11 de frimario del año 14 (2 de diciembre de 1805). En ella, la Grande Armée napoleónica derrotó a un combinado más nutrido de soldados rusos y austríacos acaudillado por Alejandro I y Francisco II, emperador del Sacro Imperio Romano Germánico; pero perdió el estandarte del 4.º regimiento de infantería de línea. Aquel mismo año, Napoleón había vuelto a abandonar los planes de invasión de Inglaterra para destinar al este, a la campaña austríaca de Ulm, las fuerzas que había reunido en el norte de Francia. Ocupó Viena y aguardó a que Rusia acudiese en auxilio de sus aliados austríacos. Fingiendo debilidad, engañó a los ejércitos rivales para que entablasen combate y obtuvo una victoria decisiva en los altos de Pratzen, colina de entre diez y doce metros de altitud. Advirtió a sus mariscales: «Examinen con cuidado este terreno, porque será campo de batalla y ustedes tendrán un papel importante en él».[82] Ocultó a parte de sus fuerzas en un lugar escondido opuesto a los altos de Pratzen.[83] El resultado dependió en gran medida de la niebla de primera hora de la mañana, que ayudó a encubrir al contingente francés al mando del general Soult. La estrategia de Napoleón se basó también en los arroyos y los lagos que protegían las posiciones de su flanco derecho, que había debilitado adrede. El «sol de Austerlitz», como lo llamaría él más tarde, salió alrededor de las nueve menos cuarto, proyectando largas sombras sobre el suelo y disipando la niebla en el momento más adecuado para que los combatientes franceses sorprendieran al enemigo y recobrasen los altos de Pratzen. Las fuerzas aliadas, que no habían sospechado que las estuvieran aguardando tantos soldados de Francia, lucharon con denuedo, pero sin éxito. Varios de sus batallones sufrieron derrota en un lugar llamado Viñedos Viejos. Al sur del campo de batalla, los rusos habían emprendido la retirada por los estanques de Satschan cuando la artillería francesa empezó a quebrar el hielo que los cubría. Los soldados franceses salvaron a algunos de morir ahogados. Tras el combate, Napoleón hizo drenar los estanques con la esperanza de encontrar cañones rusos; pero apenas pudieron recuperarse los cadáveres de unos cuantos hombres y unos ciento cincuenta caballos. En la arenga que dedicó a sus hombres victoriosos, dijo: «¡Soldados, estoy orgulloso de vosotros! El día de Austerlitz habéis satisfecho cuanto esperaba de vuestra bravura y vuestro arrojo. Habéis engalanado vuestras águilas con una gloria inmortal». Recompensó a sus oficiales, a la clase de tropa y a las viudas de

guerra con una generosa remuneración y adoptó personalmente a cuantos menores habían quedado huérfanos por la batalla, a los que permitió añadir el de Napoleón a sus nombres.[84]

El emperador se hallaba lo bastante cerca del combate para ser testigo de la captura del águila del 4.º regimiento. El portaestandarte cayó defendiéndola con su vida.[85] Un teniente trató de salvarlo, pero también murió en el intento. Otro francés lo recogió entonces de las manos sin vida del teniente y fue víctima del sable de un oficial de la caballería rusa. El águila fue presentada primero al zar Alejandro, en el campo de batalla, y después se llevó a la catedral de Kazán de San Petersburgo. El 4.º regimiento de infantería de línea era célebre por su constancia y su lealtad —Napoleón había puesto de coronel a su hermano José tras el desmoronamiento de la paz de Amiens—; pero, cuando perdió el águila, sus soldados corrieron aterrados en retirada. De Ségur, edecán del emperador, aseguraba que tanto su señor como él estuvieron a un paso de verse derribados en medio del caos. Entonces, la caballería francesa cargó para desquitarse. «¡Vengadlos! ¡Vengad nuestros estandartes!», gritaban mientras acometían a galope tendido en dirección a los rusos. Lo que siguió fue un enfrentamiento desesperado y cuerpo a cuerpo de las caballerías hasta que cedió la de Rusia. Hubo otras águilas que se libraron por muy poco de ser capturadas. La de los cazadores (*chasseurs à pied*) del 1.er batallón se salvó presuntamente por un chucho llamado *Moustache*, mascota del regimiento que se había encariñado con el portaestandarte. Cuando abatieron a este de un disparo, el perro y dos soldados salvaguardaron el águila hasta que lograron rescatarla de debajo de su cadáver. *Moustache* perdió una pata en el combate y recibió del mariscal Lannes una medalla en conmemoración del denuedo demostrado en Austerlitz.[86] El águila del 24.º regimiento de infantería ligera se perdió bajo los cascos de la caballería rusa. Más tarde la encontrarían en el campo de batalla los soldados del 4.º de infantería de línea, que buscaban con desesperación la suya propia entre los quince mil cadáveres y la devolvieron a lo que quedaba del batallón.[87]

Después de aquella victoria, Napoleón se trasladó al palacio vienés de Schönbrunn. El 4 de nivoso del año 14 (25 de diciembre de 1805), pasó revista en el desfile del cuerpo de ejército del general Soult. Cuando llegó al 4.º de infantería de línea, cuyos integrantes estaban avergonzados por ser la única unidad sin águila, no dudó en reprenderlos. «¿Qué han hecho con el águila que les confié?», les espetó con un francés que aún no se había sacudido su marcado acento corso. En su defensa, el coronel señaló que aquellos mismos hombres habían capturado dos estandartes austríacos, si bien para Napoleón aquello no compensaba la pérdida de una de sus águilas. Los soldados imploraron que se les concediese otra. Él exigió que le asegurasen que ninguno de los supervivientes la había visto caer y omitido el deber de sacrificar su vida por protegerla. Al final, cedió.[88]

Mientras se dirigía a Viena para reunirse con el emperador tras la victoria de Austerlitz, Josefina fue a visitar en Stuttgart a Federico I de Wurtemberg,

naturalista y entusiasta de las casas de fieras como ella, quien le ofreció otra pareja de canguros para su colección de Malmaison.[89] Ella, a su vez, le remitió varias aves exóticas y, más tarde, algún que otro cisne negro a disgusto de los profesores del Museo Nacional de Historia Natural que pensaban que rarezas así no debían enviarse fuera de Francia.[90] Los jardines del palacio de Schönbrunn se contaban entre los mejores del mundo. La emperatriz María Teresa, madre de María Antonieta, había emprendido su nuevo diseño en la década de 1770 y había incluido en ellos unas ruinas romanas, una fuente de Neptuno y otra con un obelisco. A petición de Josefina, se trasladarían a Malmaison muchas de las plantas, incluidos varios árboles, de dicho palacio.

Napoleón, resuelto a desligar a Francia del legado de la Revolución, suprimió el calendario republicano y mandó volver al gregoriano el 1 de enero de 1806. Pese a su belleza, el republicano resultaba impopular y difícil de manejar: cada año empezaba con un día distinto a fin de coincidir con el equinoccio de otoño. Para Thouin, ya bastante desconcertado con la instauración del Imperio y aún llorando el fracaso de la Revolución, aquel paso fue como asistir a una segunda muerte de su amigo Gilbert Romme.[91] El calendario había sido el legado revolucionario de Romme, una celebración secular del mundo natural. Entre los papeles de Thouin hay una carta que marca la transición de uno a otro.[92] El 3 de brumario del año 14, el ministro de Interior le escribió desde la Agencia de Agricultura para pedirle que remitiese al prefecto del Alto Rin las semillas que había solicitado para el vivero del departamento. Thouin había hecho una anotación en el margen para dejar constancia del envío, tres meses después, el 22 de enero de 1806, de ochenta y seis especies de grano. Entre la recepción del escrito y la satisfacción de lo que en él se solicitaba, el calendario republicano se convirtió en una reliquia del pasado reciente.

Napoleón adoptó oficialmente a los hijos de Josefina, Eugène y Hortensia, el 12 de enero de 1806. Dos días después, Eugène contrajo matrimonio con la princesa Augusta, hija del rey de Baviera, aliado del emperador. Al no ser pariente de sangre de Napoleón la carta magna lo excluía explícitamente de su línea sucesoria. El emperador adoptó también a Estefanía de Beauharnais, prima segunda de Eugène y Hortensia, y concertó su enlace con el nieto del príncipe elector de Baden, otro de sus aliados. De regalo de nupcias, Josefina obsequió a Estefanía con un juego de vajilla de Sèvres de motivos botánicos conocido como el Servicio Liliacées, porque reproducía ilustraciones del primer volumen del libro homónimo del artista Pierre-Joseph Redouté, que, publicado por vez primera en 1802, constituía un homenaje a las plantas de Malmaison, incluidos los lirios, las amarilis, las orquídeas y los iris, entre otras. La vajilla se había fabricado entre 1802 y 1805 y Josefina llevaba un año usándola cuando se la regaló a Estefanía en 1806. Al año siguiente la sustituyó con un servicio más majestuoso aún que tomaba los dibujos de otro de los proyectos editoriales del ámbito de la botánica por ella patrocinados: el

Jardin des Plantes de la Malmaison (1803-1805), de Étienne Ventenat, publicado en veinte volúmenes, cada uno de los cuales incluía seis láminas de Redouté. Josefina hizo llegar un ejemplar del primer volumen a Joseph Banks a modo de agradecimiento por la ayuda que le había prestado en su jardín.[93]

El nuevo servicio era un homenaje a plantas que, en estado natural, crecen a gran altitud. De los Pirineos, los Alpes, el Tirol, Salzburgo y Suiza llegaron ejemplares de *Andromeda polifolia*, *Azalea procumbens*, *Primula integrifolia* y *Ranunculus aconitifolius*; de los que habían recogido Alexander von Humboldt y Aimé Bonpland en la India y Perú, se incluían la *Befarua caracassana*, la *Calceolaria alba*, la *Gentiana corymbosa* y la *Valeriana globiflora*. El servicio incluía platos llanos y hondos, pero también jarrones de gran tamaño, recipientes sobre pedestales basados en piezas de cerámica de la antigua Roma y un busto del emperador. Esta segunda vajilla botánica, fabricada en 1807, era más internacional que la primera, pues estaba dedicada a plantas de América, Australia, China, México, Japón, Europa y el cabo de Buena Esperanza. En total recogía setenta y dos especies distintas de camelias, geranios, iris, mimosas, pelargonios, polemonios, rosas, etc. El aumento en el grado de ambición que se dio entre ambos servicios era fiel reflejo de la extensión de los jardines de Malmaison, que a su vez ponía de manifiesto el poder creciente del Imperio.

El 11 de marzo de 1806, Napoleón firmó un decreto por el que ordenaba la liberación del buque del capitán Flinders y la excarcelación de este. Lo habían arrestado tras fondear en Mauricio en diciembre de 1803, pero, tras la orden de Napoleón, aún habría de esperar tres años más para salir de prisión. En el entretanto, los franceses se apropiaron de buena parte del mérito de sus descubrimientos en Australasia cuando publicaron mapas propios en 1807. El primer volumen del *Voyage de découvertes aux terres australes* iba acompañado de un atlas que incluía el primer mapa completo de Australasia. El frontispicio del atlas era un medallón en el que se representaba Malmaison con tres canguros, dos emúes y cinco cisnes negros en el prado del fondo. Entre los árboles de ultramar que se mostraban había casuarinas, mimosas y mirtos. El medallón agradecía la ayuda que había brindado Josefina al naturalista François Péron y al artista Charles-Alexandre Lesueur cuando, tras su regreso de Australasia, se les había encomendado escribir el relato oficial de la exploración.[94] Optaron por mencionar poca cosa de la importancia y la contribución del capitán Baudin toda vez que había fallecido. Este atlas otorgaba el nombre de Terre Napoléon a la costa meridional de Nueva Holanda, que iba de Port Western al Cap des Adieux, con lo que, a todas luces, reclamaban para Francia el descubrimiento de la parte de aquel litoral que había explorado Flinders antes de reunirse con el capitán Baudin en la bahía del Encuentro. Su reclusión le había impedido publicar sus mapas o una relación de su circunnavegación de Australasia.[95]

Cuando apareció en inglés una traducción del *Voyage de découvertes aux terres australes*, cundió la indignación. En agosto de 1810, un autor anónimo

de *The Quarterly Review* daba a entender que el Gobierno francés había presionado a Péron para que perpetrase lo que, en la práctica, no era sino una siniestra expropiación de tierras en el Pacífico.[96] De hecho, el atlas de 1807 consistía, en su mayor parte, en ilustraciones de los animales y los pueblos indígenas con que habían topado los franceses; pero el recelo de los británicos no hizo sino intensificarse con la publicación, en 1811, de un segundo tomo firmado por Louis Freycinet. Este había sido el capitán de la goleta *Le Casuarina*, la embarcación de menor porte adquirida por Baudin al enviar de vuelta a Francia *Le Naturaliste*; sin embargo, en ningún momento mencionaba a este, aunque sí a Napoleón por haber encomendado la expedición a Nueva Holanda. El título del mapa de Terre Napoléon aparece en una filacteria que envuelve un tridente de Neptuno sostenido por un águila de aspecto feroz.[97] Entre los mapas que conformaban el segundo volumen del atlas había treinta y dos más que incluían topónimos en conmemoración de la familia y el régimen del emperador. Pese a las sospechas de los británicos, Napoleón no era el responsable directo de la asignación de dichos nombres. En muchos casos, habían sido los propios exploradores quienes bautizaban con denominaciones asociadas a su jefe del Estado las tierras que creían haber descubierto. Tal era una práctica común que, sin duda, también compartían los del Reino Unido.[98] Tampoco el hecho de nominar un lugar comportaba reivindicación alguna de su propiedad. A fin de conquistar Australasia, los franceses habrían tenido que combatir a los británicos para hacerse con su asentamiento colonial de Port Jackson y con el dominio de Nueva Gales del Sur. La verdadera Terre Napoléon, la parte de la costa meridional que exploraron antes los franceses, es una región que va desde el noroeste del cabo Banks hasta la desembocadura del río Murray, en la bahía del Encuentro. En un mapa moderno, los topónimos de esta zona llaman la atención por su modestia: M'Grath's Flat, Salt Creek, Martin's Washpool, Tilley Swamp...[99] El apellido del emperador sobrevive en el oeste de Australia en el golfo de José Bonaparte, el archipiélago de Bonaparte y la cuenca de Bonaparte, cuyos topónimos constituyeron el tributo que rindió el capitán Baudin al entonces primer cónsul y su familia al comienzo de la expedición. Los empeños posteriores de Péron, Lesueur y Freycinet en halagar a su emperador mediante la instauración del nombre Terre Napoléon en un continente distante fracasaron de manera estrepitosa.

Capítulo 6
El bosque de Fontainebleau

Ya tengo un jardín inglés, el bosque de Fontainebleau, y no quiero otro.
Napoleón[1]

Las botas de Napoleón y las de sus generales y su arquitecto resonaban por las estancias vacías y en desuso al tiempo que levantaban el polvo del suelo. El palacio de Fontainebleau, lujoso pabellón de caza de los reyes de Francia desde el siglo XII situado a cincuenta y cinco kilómetros al sudeste de París, quedó vacío durante la Revolución después de que se vendiera o destrozara su contenido. Después hizo las veces de prisión, de escuela y de depósito de armas. Desde el año 12, había sido una academia militar. Napoleón la inspeccionó un día frío, el 28 de frimario del año 12 (20 de diciembre de 1803), en un momento en que tenía la mente ocupada en las fuerzas que estaba congregando para la invasión del Reino Unido que había planeado. Uno de los estanques que decoraban los jardines geométricos se había transformado en piscina para los cadetes. El incendio que se había declarado en 1789, otro día frío en el que se habían congelado las tuberías, había devastado la *orangerie*. El techo se había desplomado sobre los fragantes árboles y de las altas ventanas con arcos de medio punto solo quedaban, después de que hubieran estallado los cristales, los marcos fijados a las paredes en ruinas frente a un cielo azul invernal. Las estancias del ala meridional del gran patio del Caballo Blanco se habían convertido en aulas y dormitorios para adolescentes de entre dieciséis y dieciocho años a los que se ofrecía una instrucción mínima antes de mandarlos directamente a la guerra. Mientras Napoleón, siempre con prisas, recorría con paso rápido pero metódico los largos pasillos de aposentos interconectados que en otro tiempo habían sido espléndidos, iba preguntándose una sola cosa: ¿sería posible restaurar el edificio? Su arquitecto, Pierre Fontaine, estaba en contra de semejante proyecto. Le había recomendado echarlo abajo y construir en aquella misma ubicación, al lado del bosque, un palacio totalmente nuevo, un monumento al nuevo Imperio. Con todo, el jefe del Estado no era un hombre

dado a despilfarros. «Puede que no sea, estrictamente hablando, lo que puede considerar palacio un arquitecto —dijo—; pero sí, sin duda, una vivienda bien calculada y perfectamente adecuada. Los edificios pequeños deben tener una simetría perfecta, pero los monumentos centenarios tienen el color y la forma del tiempo».[2] La idea de renovar edificios antiguos le resultaba atractiva. Su propia insignia, las abejas imperiales, la cinta de la Legión de Honor y la letra N sustituirían a la flor de lis de los Borbones, que aún podía verse en algunos de los muros pese a que los revolucionarios se habían afanado en eliminar todo vestigio de la monarquía.

Por las ventanas de la Galería de la Reina, rotas y sin postigos en muchos casos, se asomó al Jardín de Diana. En el pasado había sido un rincón de uso privado de los monarcas, decorado con estatuas de mármol; pero en ese instante se hallaba abandonado y lleno de zarzas. Recibía el nombre de la escultura romana de la diosa cazadora con que había obsequiado en 1556 el papa Paulo IV al rey Enrique II para sellar la alianza entre los Estados Papales y Francia frente a España en el contexto de las guerras italianas. Dos siglos y medio después, Napoleón se había formado una idea clara de lo útil que podía ser a su nuevo régimen Pío VII, el sumo pontífice que ocupaba entonces el trono del Vaticano. La antigua estatua, demasiado valiosa para permanecer a la intemperie, se había trasladado hacía mucho al Louvre y en su lugar se había instalado una réplica de bronce en el centro de una fuente. Con todo, al echar un vistazo al jardín, lo único que logró ver Napoleón fue un surtidor roto. La Diana de bronce también se había visto confiscada durante el Terror junto con las estatuas de mármol.

En la Galería de la Reina, entre las vigas, había un lugar en el que Luis XIV, el Rey Sol, había ido marcando su altura entre los siete y los cuarenta y dos años. Napoleón, que seguía sin tener hijos de Josefina, pasó por allí pensando en afirmar su poder. De adulto, Luis XIV superaba en poco más de un centímetro a Napoleón, que medía un metro sesenta y ocho; pero con los tacones y las pelucas que usaba le resultaba fácil parecer más alto. Su reinado duró setenta y dos años, en tanto que Napoleón no podía esperar que el suyo fuera tan largo.[3] Tenía muy claro que necesitaba un heredero, un hijo cuya altura poder ir midiendo con los años, un descendiente directo capaz de ampliar su dominio sobre Francia más allá de los límites de su existencia biológica. Prosiguió su recorrido por el edificio y llegó al dormitorio de la reina, donde había dormido por última vez María Antonieta en noviembre de 1786, hacía casi exactamente diecisiete años. Tras él estaba su tocador y una chimenea de mármol blanco decorada con un águila. ¿Cuánto habría de pasar hasta que Josefina pudiese ocupar el lecho de María Antonieta? ¿Cuándo podría estar listo para él aquel castillo en ruinas?

Decidió restaurar Fontainebleau en el breve intervalo que medió entre el plebiscito que confirmó su título de emperador y su coronación. La tarde del 8 de mesidor del año 12 (27 de julio de 1804), corrió al lugar con Josefina y llegó allí en torno a las once de la noche. A las cinco de la mañana siguiente

volvió a inspeccionar la escuela militar y, tras varias reuniones, salió a cazar al bosque a las tres de la tarde. El bosque de Fontainebleau, surcado por cadenas de arenisca y cambiantes franjas de arena de sílice, detritos de los Alpes varados en las márgenes de los ríos que corrían hacia el mar en tiempos inmemoriales, parecía creado para el placer de la caza. Galopando entre matorrales con árboles imponentes —robles, pinos silvestres y hayas—, se detuvo delante de uno de los numerosos desfiladeros y anunció: «¡Estamos en el bosque encantado de Tasso!».[4] Estaba recordando el entusiasmo que había profesado en su juventud por el poema épico de Torcuato Tasso *Jerusalén liberada*. En él, el mago Ismeno, musulmán converso, hechiza el bosque de las afueras de Jerusalén para evitar que los cruzados cristianos talen los árboles para construir máquinas de asedio con las que atacar las murallas de la ciudad. Cada vez que un guerrero levanta el hacha para golpear con ella un tronco, se ve poseído por la ilusión de que el bosque está encarnado de cuerpos humanos con vida.[5] Cuando el héroe Tancredo asesta un tajo con la espada en un ciprés, recibe la impresión de que corre sangre por el suelo del bosque y huye despavorido. Para Napoleón, aquel bosque no resultaba espeluznante, sino mágico y digno de su protección.

De pronto, reparó en que aquel sería el lugar perfecto para recibir en Francia a Pío VII. A regañadientes, el sumo pontífice se había dejado persuadir para viajar a París para la ceremonia de coronación. Hacía mil años que ningún papa consagraba a un soberano francés en suelo francés.[6] Hasta Carlomagno había viajado a Roma para que le impusieran la corona. Napoleón, en cambio, había dejado claro que Roma se hallaba ya en París. Pío VII se hallaba ya de camino y el emperador se propuso hacerse el encontradizo con él estando de cacería en el bosque encantado. El 15 de brumario (6 de noviembre), dio a Pierre Fontaine y Charles Percier un plazo de diecinueve días para dejar listo el palacio para una visita papal. Tenían menos de tres semanas para arreglar y amueblar todo un castillo: una misión casi imposible. Llegó al lugar un equipo colosal de albañiles, carpinteros, yeseros y pintores que se aplicó frenéticamente a la labor antes de que, ocho días más tarde, llegara el mobiliario. Fontaine y Percier corrieron a buscar muebles suficientes en tan corto espacio de tiempo. Llevaron algunos de Saint-Cloud y otros los compraron en París. De especial utilidad resultaron las posesiones del general Moreau, recién caído en desgracia después de que lo declarasen culpable de confabularse para asesinar a Napoleón en la conspiración de Cadoudal y lo desterraran a América. Moreau, cuyo padre había muerto guillotinado durante el Terror, había representado un papel importante en el golpe del 18 de brumario y, a continuación, capitaneado el ejército del Rin. Había amasado una riqueza considerable, pero sus valores republicanos y sus críticas irritaban a Napoleón. Tras la condena, sus posesiones pasaron a ser administradas por el Estado francés. En aquel momento, su mobiliario, incluida su cama de caoba y bronce, obra del taller Jacob Frères que fue transportada con gran cuidado a Fontainebleau,

contribuiría de forma directa al engrandecimiento del nuevo emperador.

Napoleón visitó el palacio para supervisar el avance de las obras el 1 de frimario del año 12 (22 de noviembre de 1804). Los dos días siguientes, dividió su tiempo entre la escuela militar y los aposentos que estaban preparando para él y para el papa. Este habría de ocupar la estancia de la Reina Madre, reservada tradicionalmente a los monarcas extranjeros, aunque convertida en biblioteca desde hacía un tiempo. Fontaine volvió a conectar el aposento al gran salón pabellón para crear un conjunto magnífico de habitaciones forradas de mármol y dignas de un papa. El olor a recién pintado, que Napoleón encontraba odioso, quedó pendiente en el aire frío de aquel castillo mal caldeado. Del Louvre (que había cambiado su nombre por el de Musée Napoléon en 1802) llegaron lienzos de asunto religioso con los que decorar las paredes recién enlucidas: *Le martyre d'une sainte*, de Burrini, y *La lanzada* (*Le Christ en croix*), de Rubens, entre otros. El personal de la escuela y los alumnos sentían un alivio inmenso cuando centraba su atención en los artesanos... y viceversa. Tenía una gran energía y un ojo muy agudo para el detalle. Siempre estaba impaciente y siempre lo apremiaba el tiempo.

La mañana del 4 de frimario del año 12 (25 de noviembre de 1804), Napoleón se puso en marcha a caballo, seguido por Josefina en carruaje y una modesta partida de caza que incluía al mameluco Rustam Raza, guardaespaldas suyo desde la campaña de Egipto. Rebasaron el obelisco, réplica del que había en el exterior de la basílica de San Pedro en Roma, que se había erigido en 1785 en una encrucijada del bosque en honor a María Antonieta y sus hijos. Durante la Revolución se habían retirado las letras de bronce de la dedicatoria y sobre el vértice superior habían colocado la escultura metálica de un gorro frigio. Este, no obstante, también se había quitado para quedar sustituido por un águila metálica que observaba el bosque como haría estando viva. De camino a Nemours, Napoleón y su séquito llegaron a la cruz de Saint Hérem, donde toparon con el carruaje del papa y su acompañamiento. El emperador se apeó de su montura. La puerta del vehículo se abrió y el papa, hombre achacoso de sesenta y dos años, cabello y ojos negros, vestido de blanco de la cabeza a los pies, vaciló antes de apoyar sus pies envueltos en zapatillas de satén en el suelo del bosque. Napoleón lo llevó hasta su propio carruaje y ambos recorrieron juntos la escasa distancia que los separaba del palacio. Mientras se acercaban a la Porte Dorée y accedían al patio oval, se oyeron salvas de cañón y las campanas se pusieron a doblar.[7] Napoleón y el papa subieron juntos la escalera de Luis XV antes de retirarse a sus respectivos aposentos, en los que aquella mañana aún se estaban ultimando detalles. El papa, extenuado tras sus viajes, pudo descansar al fin.

Josefina pidió audiencia privada con Pio VII. Cada vez le preocupaba más el hecho de que su matrimonio con Napoleón no hubiese sido por la Iglesia. ¿Podía ser coronada emperatriz al lado de su esposo en una ceremonia religiosa cuando la de sus nupcias había sido solo civil? Tras esta pregunta se agazapaba la sombra de una más negra y aterradora: ¿tendría intención

Napoleón de divorciarse de ella? Si, en el Antiguo Régimen, el matrimonio había sido indisoluble, los revolucionarios habían legalizado el divorcio y hecho de él un trámite sencillo. Cuando se rompían los matrimonios durante la Revolución, nadie tenía que culpar a nadie: bastaba con que uno de los cónyuges alegara incompatibilidad de caracteres y aguardara seis meses. No había un rasero de moralidad sexual distinto para hombres y otro para mujeres, y la misma ley se aplicaba a ricos y a pobres. El nuevo Código Civil, introducido por Napoleón en marzo de 1804, hacía que el divorcio fuese un tanto más difícil. Desde su aprobación, se hacía necesario que hubiera adulterio, maltrato o formas degradantes de castigo y hasta para disolver de mutuo acuerdo el matrimonio se requería el permiso de otros familiares. Durante los debates relativos a la reforma legal, Napoleón había adoptado una postura moderada y había tenido que enfrentarse con dureza a quienes querían volver a hacer indisolubles las uniones matrimoniales. Había intentado, sin éxito, mantener la incompatibilidad de caracteres como motivo suficiente, pues, según argumentaba, no era correcto que la ley obligase a las parejas a sacar a relucir sus infidelidades ante un tribunal. Aun así, Napoleón no era todopoderoso y, aunque se mostraría eternamente orgulloso del Código Civil, no logró todo lo que se propuso.

Josefina sabía que, si quería divorciarse de ella, lo haría. El papa le prometió que lo convencería de que volviera a casarse con ella en una ceremonia religiosa. Napoleón aceptó a regañadientes, a pesar de que se había enamorado de su nueva amante, la joven madame Duchâtel, y de que necesitaba un heredero y había perdido toda esperanza de concebirlo con su esposa. Le preocupaba que, si rehusaba contraer matrimonio mediante el rito católico, el papa pudiese no oficiar su coronación después de todo y se esfumara su sueño de verse consagrado como Carlomagno y otros reyes de Francia. Nada debía impedir la espléndida coronación que había planeado en París. No quería testigos: deseaba que el matrimonio sacramental fuese tan secreto como una confesión. Su medio tío Joseph Fesch, que había accedido al cardenalato de Lyon en 1803, le dijo: «Sin testigos no hay matrimonio»; pero Napoleón no pensaba ceder, de modo que el cardenal Fesch tuvo que solicitar una dispensa papal, una de las muchas que, sospechaba, iban a necesitarse en adelante.[8] A las cuatro de la tarde del 10 de frimario del año 13 (1 de diciembre de 1804), la víspera de su coronación, el emperador y la emperatriz recibieron el sacramento del matrimonio en una ceremonia secreta oficiada por el cardenal Fesch en el palacio de las Tullerías. La novia se dijo a sí misma lo que deseaba creer: que su matrimonio se había vuelto indisoluble. El certificado de aquel acto religioso, que en 2016 se subastaría por 32.500 euros, resultó no tener valor alguno para Josefina. Tenía al santo padre de su lado y había hecho cuanto estaba en su mano por garantizar su posición; pero sabía que no podía darle a Napoleón el heredero que quería y que, para él, la religión no era más que un medio para obtener un fin.

El emperador había pedido ya a Percier y Fontaine que planeasen su

coronación. Como de costumbre, deseaba contar con efectos espectaculares con un gasto mínimo. Práctico como siempre, pidió que se instalara una carpa ante el arzobispado para recibir a los carruajes y un pasillo cubierto entre el palacio y la iglesia. Sabía que era probable que el tiempo no acompañara. Los arquitectos recordaron la carpa de grandes dimensiones que habían encargado para Malmaison en torno a la fecha de la coronación del rey de Etruria. Se pusieron en contacto con el carpintero, que la había almacenado durante tres años, y le dieron un nuevo uso. El artesano quedó encantado de recibir, al fin, el pago que se le debía.[9] Cuatro días antes de la ceremonia, una violenta ráfaga de viento arrancó la carpa de sus piquetas y la volcó. Se partieron varios de los mástiles y travesaños y hubo que repararlos con urgencia pese a que el tiempo no dejaba de empeorar.[10] El día de la coronación, el 11 de frimario del año 13 (2 de diciembre de 1804), se puso a nevar. Los preparativos no culminaron hasta poco antes de la llegada de su carruaje. Napoleón descendió a cubierto de la carpa, recorrió el pasillo cubierto y entró en Notre-Dame con ropajes ceremoniales y una corona de laurel en la cabeza. El papa Pío VII lo aguardaba. Josefina avanzaba al lado de su marido. Los dos vestían de satén blanco recamado de oro. Durante la ceremonia se colocó sobre los hombros de Napoleón un manto carmesí bordado con motivos de abejas. Pesaba treinta y seis kilos, de modo que hicieron falta ayudantes para sostenerlo. Un coro de cuatrocientas voces cantaba la *Misa* y el *Te Deum* de Paisiello. La corona de Carlomagno, la que habían llevado por tradición los reyes de Francia, se había destruido durante la Revolución, de modo que la que esperaba en el altar era una nueva, de aire medieval. Llegado el momento, Napoleón se quitó la corona de laurel de la cabeza y se coronó a sí mismo. Acto seguido, coronó a su esposa. En 2017, una simple hoja de oro de aquella corona, una de las seis que se eliminaron del diseño final cuando Napoleón se la probó antes de la ceremonia y señaló que pesaba demasiado, se vendió por 550.000 libras en una subasta.

Después de la parte religiosa de la coronación, el emperador formuló un voto civil:

> Juro mantener la integridad del territorio de la República, respetar los términos del Concordato y la libertad de culto; respetar y hacer respetar la igualdad de derechos, la libertad política y civil, el carácter irrevocable de la venta de los bienes nacionales; no subir ningún impuesto ni crear gravamen alguno sino en virtud de la ley; mantener la institución de la Legión de Honor, y gobernar tomando solo en consideración el interés, el bien y la gloria del pueblo francés.[11]

Un globo sin tripulante, cargado de luces que formaban el dibujo de la nueva corona imperial, se lanzó desde la fachada principal de la catedral como parte de las celebraciones. El aparato ascendió sobre París, al principio con más éxito que el que tan bochornoso espectáculo había ofrecido en Egipto, aunque no tardó en desbocarse. Tras volar sin gobierno alguno por Francia y el norte de Italia, acabó por estrellarse en el lago Bracciano, cerca de Roma, y dio lugar a numerosos chistes contra Napoleón. Él, como antes de él los

emperadores romanos, trató de presentar como buen presagio un hecho que, a todas luces, parecía ser lo contrario y dio órdenes de exhibir en Roma el globo destrozado.[12]

El día siguiente a su coronación, hubo un desfile militar en el Campo de Marte durante el cual Napoleón distribuyó entre sus soldados los célebres estandartes del águila. Aquella ceremonia se había proyectado, en un principio, para el mismo día de la coronación; pero Josefina, que se encontraba extenuada, pidió que se pospusiera. De entrada, Percier y Fontaine se mostraron aliviados ante estas veinticuatro horas de prórroga, ya que a otra de sus colosales carpas, situada delante de la escuela militar, le quedaba aún un tiempo para estar lista. Sin embargo, no tardaron en lamentarse de la decisión ante la cellisca que estuvo cayendo durante todo el 12 de frimario. La decoración de telas pintadas se desintegró y las lonas chorreaban agua helada sobre las testas recién coronadas del emperador y la emperatriz.[13]

Pío VII había acudido a Francia con la esperanza de obtener algún beneficio político. El día que siguió al de su llegada a Fontainebleau, intentó sacar el tema de la restauración de los dominios eclesiásticos de Italia; pero recibió por toda respuesta que Napoleón no estaba en condiciones de discutir de política por estar concentrado en sus labores de anfitrión. Semanas después de la coronación, volvió a intentarlo. Por mediación del cardenal Caprara, legado suyo ante Francia, insistió en que se fijara una fecha para las negociaciones. Pero Talleyrand, ministro de Asuntos Exteriores de Napoleón, optó por emplear una táctica de demora y respondió que el emperador no había dado aún instrucción alguna al respecto. Finalmente, en febrero, Pío VII supo que el emperador tenía intención de coronarse a sí mismo rey de Italia. Tras cuatro meses en Francia, volvió a Roma con las manos vacías.

Napoleón volvió a visitar Fontainebleau entre el 10 y el 12 de germinal del año 13 (del 31 de marzo al 2 de abril de 1805), de camino a Milán, donde celebraría su siguiente coronación. Dio a Fontaine más instrucciones tras inspeccionar muy de cerca las obras que se habían acometido en su ausencia. Pidió que se instalara una escalera exterior de caracol por la que acceder al jardín de Diana desde su biblioteca, ubicada en la segunda planta, en lo que había sido antaño la Galería de la Reina. A fin de satisfacer tal encargo, Fontaine colaboró con otro arquitecto, llamado Étienne Leroy, a quien la nueva escalera le produjo tanto orgullo una vez concluida que encargó una cubierta especial de lona embreada para protegerla en invierno. Tres años después, Napoleón hizo construir una segunda escalera de caracol, interior esta vez, que conectara su dormitorio con la biblioteca. Así, en mitad de la noche gozaría de un acceso directo al jardín de Diana, reservado para su uso privado del mismo modo que, en el pasado, lo había estado para el de los reyes de Francia.

El 6 de pradial (26 de mayo), Napoleón se coronó a sí mismo rey de Italia en la catedral de Milán con la corona de hierro de Lombardía. Lo acompañaba Josefina, esta vez en calidad de espectadora y no de participante en la

majestuosa ceremonia. Pío VII no estaba presente, pues había delegado sus obligaciones en el cardenal Caprara. Al día siguiente, hubo juegos y carreras en imitación de los tiempos clásicos. Siguió a la coronación un mes de procesiones imperiales por las plazas fortificadas del norte de Italia: Brescia, Verona, Legnano, Mantua, Bolonia, Módena, Piacenza y Génova. Al fin, Napoleón regresó a Fontainebleau el 23 de mesidor (12 de julio). Impaciente, supervisó la reforma en proceso y dio órdenes complementarias. Mostró un interés particular en la ubicación de su bañera, dotada de grifos de cuello de cisne, que acabó, a la manera inglesa, en un espacio angosto situado al lado de una de sus salas de visitas.[14] A la mañana siguiente, salió con Josefina en un carruaje para cazar. Recorrieron la ruta de las Cascadas y siguieron la senda bordeada de pinos conocida como paseo de Enrique VI, desde donde disfrutaron de una magnífica panorámica del bosque.

Las cacerías se habían detenido durante la Revolución, se había acabado con los perros y cundían las prácticas furtivas. Se había desmantelado el feudalismo y se democratizó el uso de armas en los bosques. Napoleón revirtió todo esto. Consultó con los aristócratas que habían respaldado la instauración del Imperio y resucitó las prácticas cinegéticas del Antiguo Régimen. Berthier, que se había visto ascendido de general a mariscal del Imperio tras la coronación, fue nombrado cazador mayor (*grand veneur*), posición tomada directamente de las familias reales prerrevolucionarias y dotada de una generosa remuneración.[15] Napoleón albergaba la esperanza de que las partidas de caza lo ayudaran a integrarse en el círculo de los ancestrales soberanos europeos. Tal actividad servía también de metáfora militar. El personal encargado del bosque contaba con la ayuda de uno de los batallones destinados en Fontainebleau, cuyos soldados hacían las veces de ojeadores. La organización de la partida (cien personas, ochenta caballos y ciento ochenta perros) parecía una preparación excelente para la guerra.[16] Al principio y al final de cada una de sus campañas, Napoleón cazaba en compañía de sus aliados.[17] Si, en toda su vida, debió de participar en un centenar de cacerías, la mitad de ellas se dio entre 1809 y 1811.

Los hombres llevaban uniforme de caza de color verde intenso decorado con botones y galones dorados o plateados. Napoleón decidió que las mujeres también debían ir ataviadas para la ocasión. Josefina encargó a su costurero favorito, Louis-Hippolyte Leroy, quien se había encargado de confeccionar la indumentaria para su coronación, un atuendo majestuoso, compuesto por una chaqueta de hermoso terciopelo de color amaranto bordado en oro y un sombrero a juego coronado de plumas blancas. Sus damas de compañía también iban de color amaranto.[18] Hortensia, su hija, optó por el azul y la plata, y Paulina, la hermana de Napoleón, por el lila, también con plata. Los colores llamativos de sus atavíos podían verse destellar en la oscuridad del bosque.

En Fontainebleau, se celebraba la caza del ciervo con perros en días fijos. Napoleón salía a galope tendido y tomaba el primer camino que encontraba,

deleitándose más en el ejercicio que en la persecución. Como cazador no era muy disciplinado y se dedicaba a ir a caballo de un lado a otro, sin seguir el cuerno ni a la jauría. El trabajo en equipo no era algo que le surgiese de manera natural. Cabalgaba bien, pero sin gracia. Cuando se lanzaba ladera abajo, sufría serias caídas que luego nadie podía mencionar. Más peligroso aún era conduciendo una calesa (*calèche*). Se abalanzaba a gran velocidad hacia los obstáculos, resuelto a superarlos, y a veces volcaba y hacía volcar a sus caballos. Hicieron falta varios accidentes espectaculares para que renunciara a conducir. «Hasta en lo más insignificante, cada hombre debería centrarse en lo suyo», bromeaba.[19] En ocasiones, se dejaba llevar por su montura y se sumía en una honda ensoñación entre los árboles. Con todo, siempre montaba en cólera cuando el ciervo se escapaba y más aún si alguien osaba dar a entender que había sido su errática conducta a caballo lo que había desorientado a los perros. Despreciaba el fracaso. Su estilo a la hora de disparar era tan caótico como su equitación. Ni siquiera se tomaba la molestia de apoyarse la escopeta con firmeza en el hombro: disparaba con rapidez y, a veces, sin precisión a aves y conejos. Su ayuda de cámara tenía que aplicarle con frecuencia agua de colonia en los brazos, magullados y ennegrecidos. En cierta ocasión, el general Masséna recibió una herida en el ojo por un perdigón de la escopeta del emperador, quien, como un escolar, tuvo la desfachatez de culpar al mariscal Berthier. Este, por su parte, apenas logró murmurar una protesta.[20]

—¿No es curioso? —se quejó Napoleón a Talleyrand—. He reunido a un montón de personas en Fontainebleau. Quería que se divirtieran y he organizado toda clase de placeres para ellas. Sin embargo, están todos con la cara larga y aire aburrido y cansado.

Su interlocutor tuvo el arrojo de responder:

—Eso es porque el placer no puede convocarse a toque de tambor. Sin embargo, aquí, como cuando estáis en el campo de batalla, parece que siempre nos estéis diciendo: «¡Adelante, damas y caballeros! ¡Paso ligero!».[21]

Napoleón estaba de buen humor y no se tomó a mal la broma.

A sus espaldas, amigos y familiares hablaban de su nueva ostentación y su insistencia en la observación religiosa. El emperador se estaba volviendo un plasta. Madame de Châteaureine fue a ver con otras tres damas a Paulina, su hermana favorita, en termidor del año 13 (agosto de 1805). Tras la muerte de su marido el general Leclerc en Santo Domingo, no había tardado en casarse de nuevo, esta vez con un miembro de la acaudalada casa romana de los Borghese. La visita de Paulina le preguntó por el loro que tanto las había divertido en el pasado y ella le dijo que lo había regalado, junto con dos de sus monos, porque su hermano había hecho que contratara a un limosnero y dos capellanes y le había parecido «demasiado extravagante mantener a cinco animales improductivos en casa». No dudaba en despotricar de la resurrección de la Iglesia católica y aseguraba preferir la cháchara del loro a los quejidos del limosnero, así como las diabluras de los monos a las torpes zalemas de sus

capellanes, que parecían no cansarse de hacer inclinaciones y arrodillarse. Su encantadora alcoba se había transformado en capilla. «¡Por Dios! ¡Qué cambio! ¡Qué moda tan chocante, la de que todos tengamos que ser cristianos otra vez!».[22]

El de Fontainebleau, con sus doscientos cincuenta metros cuadrados, es uno de los bosques más extensos y célebres de Francia; pero hay muchos otros. Hoy, una tercera parte de Francia sigue cubierta de arboledas. Durante el Antiguo Régimen, se había prohibido recoger hojas del suelo de los bosques, ramas caídas o madera por considerarse que actividades así ponían en riesgo la seguridad nacional. El Rey Sol suprimió el uso comunal y consuetudinario del bosque por consejo de Colbert, su ministro de Finanzas, quien le advirtió en 1680: «¡Francia morirá por falta de madera!». Aquella estricta legislación afectó sobre todo a los más pobres. La Administration des Eaux et Forêts, organismo encargado de la gestión forestal durante el Antiguo Régimen, era uno de los símbolos más odiados de los privilegios y la opresión señoriales.

Durante la Revolución, se relajaron las restricciones relativas al uso de los bosques y los funcionarios locales que habían velado por su cumplimiento cayeron en desgracia y, a menudo, dejaron de percibir salario alguno. Siguió una década de caos. No estaba claro si los bosques debían incluirse en la venta de tierras expropiadas a la corona y al clero. Los antiguos bosques reales ocupaban cinco mil kilómetros cuadrados y los eclesiásticos, ocho mil más.[23] Todas aquellas extensiones habían pasado a pertenecer a la nación y podían venderse a fin de financiar su inmensa deuda pública. Aquellas nuevas circunstancias desreguladas dejaban mucho espacio para la corrupción. Además, el pretexto de la destrucción del feudalismo llevó a muchos, desde campesinos pobres hasta empresarios adinerados, a reivindicar su facultad para saquear los bosques. «El interés nacional se arma con una pala; el interés propio, con un hacha», argumentaba uno de los revolucionarios en un intento desesperado de proteger los árboles de Francia.[24] Las propuestas de una nueva legislación abarcaban un abanico incoherente que iba de la privatización total a la completa reafirmación del control estatal. Se vendieron parcelas relativamente modestas de bosques recién nacionalizados y los compradores dejaron claros los derechos que habían adquirido sobre sus nuevas propiedades talando los árboles a fin de obtener provecho comercial. Cuando Bonaparte llegó a primer cónsul, la deforestación era un problema generalizado. En el año 8 (1799-1800), Francia tenía mil kilómetros cuadrados menos de bosque que en 1789.[25] Napoleón se resolvió a imponer orden.

Tras el golpe de Estado del 18 de brumario, que volvió a desbaratar la reforma de la administración forestal, quienes entendían la urgencia de esta renovación abrigaban la esperanza de que Napoleón se erigiera en salvador de los árboles. Rougier de La Bergerie, agrónomo contrario a la deforestación, recordaba con nostalgia cómo habían conservado los reyes de Francia sus

bosques para la posteridad. Esperaba que el primer cónsul hiciera lo mismo y desde el principio había indicios que hacían pensar que así sería:

> ¿Habremos llegado, al fin, al momento en que será posible detener la mano devastadora del hombre, [que está] deteriorando por doquier el suelo de las tierras altas con clareos graves y desconsiderados y, al mismo tiempo, destruyendo árboles y bosques que la naturaleza ha hecho crecer con profusión y que han convertido a Francia en el país más fértil, salubre y feliz del planeta?[26]

El 16 de nivoso del año 9 (6 de enero de 1801), dos semanas después de salir con vida del intento de asesinato de la Rue Saint-Nicaise, Napoleón instituyó una nueva jerarquía forestal que comprendía a cinco superintendentes con sede en París, treinta *conservateurs*, trescientos subinspectores y ocho mil quinientos guardas.[27] La nueva administración quedó bajo la supervisión directa del Ministerio de Finanzas. En este sentido, como en muchos otros, Napoleón estaba dispuesto a basarse en ideas y reformas que se habían propuesto antes de su llegada al poder y no se habían puesto en práctica.

Sus nuevos guardas forestales debían llevar uniformes verdes. A fin de tratar de combatir la corrupción e inculcar disciplina, se prohibieron los guardas honorarios y asistentes. Los salarios no eran elevados y resultaba proverbialmente difícil mantener a raya a los guardas cuando vivían y trabajaban en lugares tan remotos rodeados de forajidos. Aun así, en los años que siguieron a su nombramiento como primer cónsul, en 1799, la administración forestal se vio muy fortalecida. La ley del 9 de floreal del año 11 (29 de abril de 1803) imponía una suspensión de veinticinco años a los clareos no autorizados.[28] Mediante estas restricciones a las libertades revolucionarias excesivas, Napoleón retomaba las limitaciones, controvertidas e impopulares, del Rey Sol en interés de las prioridades militares y estratégicas de la nación. En virtud de la nueva legislación, el Estado podía comprar en tierras particulares cuantos árboles necesitase para la construcción de barcos. También había ejemplos más personales de regreso al Antiguo Régimen. Talleyrand, sin ir más lejos, estaba tratando de ayudar a la duquesa de Montmorency, gran amiga suya, a recuperar el extenso bosque que le había requisado el Estado al exiliarse durante la Revolución. Todavía no se había vendido y la aristócrata deseaba disfrutar de nuevo de él si era posible.[29] Se introdujo en la corte de Napoleón y descubrió que este no era precisamente contrario a la antigua aristocracia.

Rougier de La Bergerie, que había apoyado la privatización durante la Revolución, admitió entonces que se había equivocado y defendió la prohibición estricta de más ventas de extensiones forestales de propiedad nacional:

> La Revolución nos concedió el mayor de los beneficios, la libertad; nos inspiró un entusiasmo universal que convirtió el período en el más memorable que se haya conocido en los anales de todas las naciones; pero tengamos el valor de admitir, pues estamos necesitados de verdades firmes, que también desarrolló en grado considerable

motivaciones egoístas e interesadas, contrarias al bien público y nefastas para él.[30]

El Código Civil propició más cambios en el año 12, de los cuales no todos fueron bien recibidos por quienes estaban preocupados por el futuro de los árboles de Francia. Al tiempo que confirmaba la abolición de los privilegios feudales impuesta por la Revolución, introdujo nuevas leyes que protegían los derechos de la propiedad individual, lo que comportaba que, a menos que el Estado tuviera un motivo incontrovertible, los propietarios particulares podían aclarar, dividir y vender sus tierras como quisieran.[31] En nivoso del año 13 (enero de 1805), Napoleón se dolió ante Fouché, su ministro de la Policía, de la mala administración a la que seguían sometidos los bosques y le hizo saber que habría que esforzarse más en imponer el orden. Días después, informó al ministro de Finanzas, Martin Gaudin, de que había despedido personalmente a un inspector forestal al que encontraba poco adecuado.[32] Quería que se prestara más atención al método con el que se elegía a los inspectores y a cómo cumplían con su función. El 29 de mesidor (18 de julio), escribió a Pierre-François Réal, consejero de Estado al cargo del primer distrito de la fuerza policial, para felicitarlo por el informe que había elaborado sobre los delitos forestales cometidos en Fontainebleau.[33]

Réal era hijo de guardabosques y había aprendido la práctica forestal desde la cuna. Durante la Revolución, había sido fiscal del tribunal revolucionario. Había mandado a muchos a morir y habría acabado en la guillotina si Robespierre no hubiese sido derrocado en el año 2. En tiempos del Directorio, compartió amistad con Barras y Fouché. Conoció a Napoleón a través de Josefina y colaboró con el golpe de Estado del 18 de brumario. También fue de gran ayuda durante el juicio y la ejecución del duque de Enghien, que tanto satisfizo a Napoleón. Este antiguo revolucionario transformado en policía, con quien nadie habría querido cruzarse por entre los árboles al anochecer, era el hombre perfecto para dar cuenta del bosque de Fontainebleau. Tan impresionado quedó Napoleón con la atención que prestaba a los detalles que le pidió que trazase planes nuevos para administrar los cinco bosques reales —los de Fontainebleau, Saint-Germain, Versalles, Rambouillet y Compiègne —, que podrían hacerse extensivos a otros en los que proseguían los abusos.[34] Napoleón pensaba que en cada uno debía haber un capitán responsable de la caza y la vigilancia y un subordinado inmediato de este al cargo de la administración; que debía haber menos encrucijadas en los bosques, pues estas alentaban a los furtivos, y que los administradores e inspectores debían informar del número de horas que habían estado caminando en sus turnos. Lo irritaba la fragilidad de la administración existente, que no consideraba digna de su confianza.

—Debe proponer una nueva administración supervisora, capaz de reprimir abusos —dijo a Gaudin.[35]

Napoleón disponía de veinticinco millones de francos para uso personal y las tierras y los bosques de la corona le reportaban otros tres millones.[36] Mientras repasaba atentamente las cuentas del año 12, percibió un déficit de

unos trescientos mil francos en las cantidades recibidas de la tala y las declaradas por la administración forestal. Llegó a la conclusión de que la corrupción seguía campando por sus respetos y decidió aumentar la vigilancia. Estando en el campamento de Boulogne, en termidor del año 13 (agosto de 1805), volvió a escribir a su ministro de Finanzas para recordarle que, dado que en las patentes que se expedían para nombrar a los administradores forestales con independencia de su categoría, desde los *conservateurs* hasta el último guarda, se requería en adelante la firma del emperador, más valía que las personas propuestas para dichos cargos dieran la talla.[37] Debían ser veteranos del Ejército que hubieran demostrado su valía. El ministro de la Guerra, Alexandre Berthier, elaboraría una relación de candidatos aptos.[38]

El 24 de germinal del año 14 (14 de abril de 1806), Napoleón aconsejó a su hijastro recién casado que no trabajara en exceso. Le ofreció el palco real de cuatro teatros parisinos para que dispusiera de él una vez a la semana y lo instó a mantener un establo y salir a cazar también una vez a la semana.[39] Hasta se mostró dispuesto a financiarle el establo. «Debería haber más alegría en tu hogar. Lo necesitan la felicidad de tu esposa y tu propia salud». Entendía a quien se esforzaba mucho en el trabajo, pues él era uno de ellos; «pero mi esposa es mayor —señaló con tacto al hijo de la aludida— y no necesita que yo la distraiga, y yo, además, tengo más trabajo que hacer».[40] Al mes siguiente, el 3 de pradial (23 de mayo), se nombró por decreto a doce inspectores forestales cuyo cometido consistía en recorrer los bosques de Francia para informar a la Administración central. Los inspectores tenían que supervisar la labor de los funcionarios forestales sin interferir en ella. Napoleón era un perfeccionista. Entre el año 9 (1801) y 1814, se expidieron 266 decretos, decisiones y circulares relacionados con los bosques que daban fe de un control cada vez mayor y más centralizado.[41] Aun así, pese a la determinación, el trabajo duro y el fervor administrativo, los bosques siguieron siendo un desgobierno.

Las inundaciones, tan desmedidas como frecuentes, se estaban convirtiendo en un problema en París y en toda Francia. Algunos culpaban de este cambio a la deforestación revolucionaria. El ingeniero Jean-Antoine Fabre concluyó que la reciente destrucción de los bosques que habían cubierto los montes eran la causa de aquellas avenidas. En consecuencia, recomendó un programa de replantación y prohibir la presencia de cabras en los bosques, donde hacían un gran daño a los árboles más jóvenes.[42] Durante la Revolución aumentó de forma espectacular el número de estos animales en Francia, pues, cada vez que se requisaba una vaca, un buey o una oveja para uso del Ejército, resultaba más barato sustituirlos con una cabra. En algunas regiones, a principios del siglo XIX, se había multiplicado por cuatrocientos el número de las que había habido cincuenta años antes.[43] Aquellos voraces cuadrúpedos contribuyeron a la deforestación, pues arrancaban la corteza de los árboles jóvenes y se comían los brotes. Eran una fuente asequible de leche y de queso

para la Francia rural pobre, y también resultaba más fácil culparlas de la destrucción de los bosques a ellas que a los ricos que habían aclarado sus tierras para obtener ganancias económicas. Por el Código Civil de Napoleón, el uso comunal y consuetudinario de los bosques quedó controlado y restringido como nunca desde tiempos de Luis XIV: las vidas de quienes apenas tenían nada con que subsistir se volvieron aún más intolerables. Su determinación de imponer orden en el caos heredado de la Revolución sobrepasaba el ámbito social para abarcar también el mundo natural. En el centro mismo del Código Civil yacía el derecho inviolable a la propiedad. Cuanto supusiera una amenaza para esta, aunque no fuese de origen humano, debía ser eliminado. Y las cabras no eran las únicas responsables: los lobos y los tejones, las orugas y los parásitos se volvieron objetivos de las campañas de supresión.[44]

El control del campo en tiempos de Napoleón fue un reflejo del enfoque administrativo jerárquico, autoritario y centralizador de su régimen. El emperador resucitó y reforzó la intervención estatal. Entre el año 10 (1802) y 1810, la presencia de facinerosos, lobos y jabalíes en los bosques descendió de forma notable y se tuvo una mayor información de los delitos cometidos. Se emprendió un catastro (*cadastre*) con la intención de analizar y esclarecer cuestiones impositivas, de propiedad y de acceso.[45] Para velar por las nuevas leyes que restringían los derechos consuetudinarios y los clareos privados, se introdujeron agentes que actuaban de un modo casi militar.[46] Se hizo caso omiso de las prácticas locales. La preferencia por contratar a veteranos del Ejército en calidad de guardas forestales condujo a una mentalidad de campo de batalla e hizo más violentos los encuentros entre los representantes del Estado y quienes trataban de hacer valer sus derechos consuetudinarios en el bosque.[47] En 1808, Napoleón impuso con más fuerza aún su potestad respecto a los bosques reales. Prohibió al pueblo llano pescar, bañarse, lavar la ropa, dar de beber a los caballos y recoger palos, hojas o frutos de cualquier clase en lo que a esas alturas consideraba sus bosques personales. Los perros debían ir atados y las sendas de caza tenían que estar despejadas en todo momento.[48]

Con la paz de Tilsit, firmada en julio de 1807, Napoleón se aseguró la alianza con Rusia y redujo de forma drástica el poder de Prusia. Aquel otoño, regresó a Fontainebleau para pasar allí una larga estancia de más de un mes de caza y celebraciones. El 14 de octubre de 1807 se iluminó el Grand Parterre durante un festival espectacular en conmemoración del primer aniversario de la batalla de Jena, que le había dado una victoria decisiva contra el Ejército prusiano y había desembocado en la capitulación de Érfurt. El matrimonio de su hermano Jerónimo con Catalina de Wurtemberg garantizó aún más la integración de la familia Bonaparte en los añejos círculos reales de Europa. Fontaine proyectó la instalación de un salón del trono en el palacio. Se encargó la escalera que conectaría el dormitorio de Napoleón con su biblioteca y se renovó el mobiliario de sus aposentos privados con denso terciopelo con bordados de

ramas de adelfas que le harían recordar la flora de Córcega.[49]

Un año más tarde, en otoño de 1808, convocó el Congreso de Érfurt para analizar con su nuevo aliado, el zar Alejandro, la amenaza que suponía Austria. Escribió a Josefina para decirle que acababa de estar de cacería en el campo de batalla de Jena y que había hecho una merienda campestre en el mismo sitio en el que había dormido la víspera de la batalla, de lo que hacía dos años casi exactos.[50] Empezaba a sentirse mayor. En Weimar habían celebrado un baile en el que había bailado el zar Alejandro y él se había abstenido. «Cuarenta años no pasan en balde», aseveró a su esposa, como si ella, mayor que él, no lo supiera de sobra.[51] En Érfurt, habló al fin abiertamente de divorcio con Talleyrand. «Lo exigen mi destino y también la tranquilidad de Francia. No tengo sucesor. José [su hermano mayor] no es nada y, además, solo tiene hijas. Soy yo quien tiene que fundar una dinastía y no podré hacerlo sino mediante alianza con una princesa de una de las grandes casas gobernantes de Europa».[52] El zar Alejandro tenía hermanas y una de ellas era suficientemente joven. Podría servir. Le pidió que investigase y le advirtió que Josefina sabía que Talleyrand no estaba de su parte.

Austria había estado rearmándose durante los tres años transcurridos desde la batalla de Austerlitz y su Ejército, al mando del archiduque Carlos, era mayor y estaba mejor adiestrado que nunca.[53] El de Napoleón, en cambio, estaba agotado y lleno de reclutas bisoños sin apenas instrucción y extranjeros. Tenía que hacer algo para que aquella dejase de ser una amenaza para el Imperio francés antes de que siguiera creciendo. Por consiguiente, declaró la guerra a Austria el 12 de abril de 1809 y llegó a la primera línea de combate a la mañana siguiente. Tras empujar a las fuerzas del archiduque hacia el norte por el Danubio, avanzó hasta Viena y puso sitio con éxito a la plaza entre el 10 y el 13 de mayo. Dirigió el asedio desde el palacio de Schönbrunn y bombardeó la ciudad con veinte obuses que, sin embargo, causaron más miedo que daño. Dentro habían quedado atrapados dos grandes músicos: Beethoven, que se estaba quedando sordo, y Haydn, que se hallaba moribundo. «No os asustéis, hijos míos. Nada puede pasaros donde está Haydn», era el poco convincente argumento con que trataba de calmar a su familia mientras temblaban las ventanas. Tras la rendición, Napoleón, recordando el estreno de *La creación* la noche en que casi lo asesina la máquina infernal, apostó una guardia de honor delante de la casa de su autor.[54] Un oficial francés llamado Clément Sulémy acudió a cantar el aria «Mit Würd' und Hoheit angetan» del oratorio al lecho de muerte de Haydn, quien lloró de gozo ante aquella voz sublime. Luego, el oficial volvió al frente, donde lo mataron poco después, en la batalla de Aspern. Haydn, mientras tanto, se sumió «dichosa y dulcemente» en el sueño eterno el 31 de mayo. Lo enterraron en silencio. Dos semanas después se interpretó el *Réquiem* de Mozart en su honor en la iglesia de Schotten, adonde acudieron soldados tanto franceses como austríacos. Antes del sepelio, los amigos de Haydn, adeptos de lo que Napoleón consideraba la ciencia falsa de la

frenología, le robaron la cabeza. Su cráneo no volvería a unirse al resto de su cuerpo hasta 1954.[55]

Por Beethoven, escondido en el sótano de su hermano durante el sitio mientras trataba de proteger con almohadas lo que le quedaba de oído, Napoleón no hizo nada. Tal vez no sabía del aprieto en que se encontraba el joven compositor. Tres meses después se había programado en el teatro de Schönbrunn un concierto en el que Beethoven dirigiría su sinfonía *Heroica*, que había estado dedicada a Napoleón hasta que el francés se había arrogado el título de emperador. Tras recibir noticia de la coronación, el músico tachó la dedicatoria con tanta vehemencia que hizo un agujero en la partitura original. Que se mostrase dispuesto a dirigir la *Heroica* en la Viena vencida bien pudo ser un gesto amargamente sarcástico.[56] Tampoco cabe descartar que buscara el reconocimiento del emperador que había conquistado la ciudad. Sea como fuere, estaba abocado a sufrir un desengaño, ya que Napoleón no se encontraba en Viena para asistir al concierto la noche del 8 de septiembre.

La mañana del 12 de octubre de 1809, fuera del palacio de Schönbrunn, había un joven vienés incapaz de dejar de temblar. Había acudido a ver el desfile de las fuerzas de ocupación francesas. Tenía dieciocho años, gozaba de una buena formación y era hijo de un ministro protestante. De pie entre la multitud, agitado a todas luces, no lograba dominar su ansiedad. De pronto, trató de acercarse al emperador, al parecer con el objeto de presentarle una petición; pero el general Berthier dio un paso al frente para ordenarle que se la entregara al general Rapp. El joven, que tenía la mano bien metida bajo el gabán, respondió que solo pensaba hablar con el emperador y se retiró. Entonces, volvió a acercarse con ojos de demente. El general Rapp no dudó en hacer que lo arrestasen. Cuando lo registraron, dieron con un cuchillo enorme de trinchar oculto debajo del abrigo. Napoleón, que nada sabía de todo aquello, prosiguió con el desfile. Después, cuando lo informaron de la detención, pidió ver al aprendiz de asesino, que fue llevado ante él con las manos atadas a la espalda.

El adolescente se llamaba Friedrich Staps. Además del trinchete, lo único que llevaba encima al ser arrestado era un retrato de su novia, una cartera y un monedero con algo de dinero. Napoleón le preguntó, por mediación del general Rapp, que hablaba alemán, qué pretendía hacer con aquel cuchillo.

—Matarlo —respondió Staps.[57]

Hablaron de religión y de política sin que Napoleón notara rastro alguno de fanatismo en el joven: solo el deseo de librar a Austria de los franceses. El emperador sacó el tema de la muerte de Julio César y se sorprendió cuando Staps se negó a convenir con él en que Bruto, uno de los magnicidas, fuera un asesino. Llamaron a un médico, que sentenció que el muchacho gozaba de una salud excelente. Napoleón quiso saber si su novia no se sentiría consternada al saber lo ocurrido y recibió por respuesta:

—Ella lo odia tanto como yo.

Entonces le preguntó si le estaría agradecido en caso de que lo perdonase y lo dejara en libertad.

—Seguiría buscando cualquier ocasión para quitarle la vida —fue su contestación.

Perdida toda esperanza de lograr más información de aquel joven trastornado, Napoleón volvió a entregárselo a los guardias para que lo interrogasen cuando tuviese hambre y frío y lo llevaran luego ante un tribunal militar. Luego, escribió a Fouché, que permanecía en París, e insistió en que nadie debía mencionar aquel episodio. No sentía ningún deseo de que nadie certificara que Staps estaba loco. Por el momento, no había habido escándalo alguno y prefería que siguiera siendo así. Cuatro días después, el muchacho se enfrentó al pelotón de fusilamiento. Impenitente hasta el final, gritó:

—¡Viva la libertad! ¡Viva Alemania! ¡Muerte al tirano! —Acto seguido, su cuerpo fue a unirse a la sombra que proyectaba en el suelo.

Aquel joven obsesionó a Napoleón, que seguía sin creer que hubiese actuado en solitario. Pidió al general Rapp un informe de su muerte y le dio órdenes de guardar el cuchillo del asesino.[58]

Napoleón salió de Schönbrunn después de la firma de la paz, pero, mientras volvía la espalda a Viena, mandó destruir sus fortificaciones. Había ocupado la ciudad dos veces, en 1805 y 1809, y no quería correr el riesgo de tener que asediarla una vez más. La zona arrasada se convertiría con el tiempo en el Volksgarten o «jardín del pueblo». Madame De Staël, aún desterrada de París, pasaría por Viena tres años más tarde, en el verano de 1812, de camino a Rusia. Visitó la abadía de Melk, situada en lo alto de las empinadas márgenes del Danubio, e imaginó a Napoleón, que la había usado de cuartel general la primera vez que había tomado Viena, caminando por la terraza mientras contemplaba a sus pies «la belleza del país sobre el que estaba a punto de abalanzarse con sus ejércitos». Añadía que el emperador se entretenía a menudo «componiendo piezas poéticas sobre las beldades de la misma naturaleza que está a un paso de asolar». Siguiendo sus pasos, disfrutando de la vista panorámica de la región y del curso sinuoso del río, De Staël admiró su fertilidad y se sintió «estupefacta al comprobar la rapidez con la que la abundancia de los cielos repara los desastres ocasionados por el hombre». El mundo natural, reflexionó, no tarda en regenerarse. «Son solo los bienes morales los que desaparecen para siempre o, cuando menos, se pierden durante siglos».[59]

En su viaje de regreso a Fontainebleau, Napoleón visitó a su aliado Federico I, rey de Wurtemberg, en su palacio de Stuttgart. Al mirar por la ventana, vio una cuerda de presos que trabajaba en la construcción de un nuevo jardín. Al preguntarle a su anfitrión quiénes eran aquellos hombres, supo que se trataba de rebeldes capturados y condenados a galeras durante la reciente expansión de Wurtemberg. Cuando salió del palacio, aún no había borrado de su memoria aquella cuadrilla de hombres encadenados. «El rey de Wurtemberg —comentó al general Rapp— es un hombre muy severo, pero

muy leal. No hay en toda Europa un soberano con más cabeza que él».[60] En Fontainebleau no se habían hecho preparativos para el regreso del emperador. Cuando llegó a palacio, el 26 de octubre de 1809, ni siquiera había centinelas de guardia. Poco después, sin embargo, aparecieron algunos familiares y cortesanos. Cuando se presentó Josefina, su marido salió a cazar desde el alba hasta el ocaso a fin de evitarla. Estaba resuelto a divorciarse. Pasó todo el día cabalgando en el bosque, tanto que recorrió veinticinco leguas y tuvo que cambiar seis veces de caballo. Meditó sobre los beneficios de una alianza con la casa de Habsburgo. Mientras los cascos de su montura batían las franjas de arena blanca del bosque, pensó obsesivamente en la necesidad de un heredero.

A finales de noviembre, tras cenar en el palacio de las Tullerías, dio la noticia a Josefina, a quien no debió de tomar por sorpresa. Le hizo saber que el acuerdo de divorcio debía firmarse el 15 de diciembre. Ella se puso histérica. Se desmayó o dio esa impresión. Jamás le habían preocupado las amantes de él. Lo único que temía era que se deshiciese de ella. Él tuvo que ayudar a llevarla a sus aposentos. Aunque le dolió la reacción de su mujer, se ciñó religiosamente al calendario que había marcado. Dado que el nuevo Código Civil lo había hecho necesario, las familias de las dos partes se reunieron para la firma de la separación. Aunque todos estaban llorosos, a los Bonaparte nunca les había hecho gracia Josefina. En realidad, no sentían lástima por ella, y menos aún habida cuenta de lo generoso del acuerdo, que la dejaba en poder de Malmaison, el palacio del Elíseo, el palacio normando de Navarra, dos millones de francos para amortizar sus deudas y tres millones de francos anuales para su manutención. «A partir de ahora, podrás plantar lo que quieras», comentó Napoleón recordando las discusiones que habían tenido sobre los gastos de jardinería. A las siete de la tarde del 19 de diciembre, le escribió desde el Trianón:

> Savary me dice que siempre estás llorando. Es una lástima. Espero que hoy hayas podido salir a dar un paseo. Te he enviado varias piezas de las que he cazado. Iré a verte cuando me asegures que serás sensata y que estás cobrando coraje. Mañana estaré todo el día ocupado con mis ministros. Adiós, querida. Hoy yo también estoy triste. Quiero oír que estás satisfecha y saber que estás recuperando tu estabilidad emocional. Que duermas bien.[61]

Los integrantes del Instituto, los que habían sido nombrados hacía poco y los que tenían publicaciones recientes, recibieron una invitación para acudir al palacio de las Tullerías en diciembre de 1809. Se congregaron con sus atuendos verdes mientras el emperador asistía a misa. El naturalista Jean-Baptiste Lamarck, con el cabello cano a sus sesenta y cuatro años, guardaba fila sosteniendo su último libro. Tenía memoria del Antiguo Régimen, había conocido al gran Buffon y a Daubenton, herborizado con Rousseau y publicado un libro de tres volúmenes sobre la flora autóctona de Francia.[62] Siendo estudiante de Medicina en París, se había dejado fascinar por las nubes que observaba desde su buhardilla y se había interesado en la previsión meteorológica. Había sobrevivido al Terror, época en la que ejercía de

profesor de invertebrados en el Jardin des Plantes. Estudiando la humilde lombriz de tierra, había elaborado una teoría temprana de la evolución, basada en el carácter hereditario de los rasgos adquiridos, que desafiaba la idea de la inmutabilidad de las especies. Sabía que tenía enemigos, científicos como él que no coincidían con sus teorías y le tenían aversión. A veces, llegaba a pensar que existían conspiraciones contra él. Había quien sospechaba que era ateo y había sido víctima de burlas por su interés en la meteorología y la publicación de sus pronósticos en un almanaque anual. Temía que aquella animadversión dañase la recepción de su *Philosophie zoologique*. Apretó el ejemplar encuadernado con que iba a obsequiar a Napoleón.

Cerca de él se hallaba François Arago, matemático, físico y astrónomo, demasiado joven para recordar la Revolución. Lo habían elegido para formar parte del Instituto aquel mismo año, a la edad de veintitrés, aunque su ingreso no había estado exento de controversia. Después de medir el arco de meridiano en España, donde lo habían acusado de ejercer de espía a las órdenes del ejército invasor de Francia y lo habían encarcelado en Mallorca, había conseguido escapar y corrido numerosas peripecias mientras trataba de volver a Francia. Acababa de salir del período de cuarentena habitual cuando recibió la invitación del palacio de las Tullerías. Algunos de los científicos de más edad tenían su elección por prematura. Cuando Napoleón recorrió la fila de eruditos, se detuvo para decirle:

—Qué joven es usted. ¿Cómo se llama?[63]

Aun así, no le había dado tiempo a responder cuando lo hizo de su parte el estudioso que tenía a la derecha.

—¿Qué ciencia cultiva? —quiso saber el emperador.

De nuevo fue un colega desesperado por llamar la atención quien contestó. Arago se sintió consternado ante aquella actitud avasalladora de aquellos compañeros de Instituto que rivalizaban por hacerse notar. Napoleón se centró entonces en Lamarck. El joven observó a aquel naturalista, célebre por «descubrimientos tan relevantes como hermosos», ofrecer humildemente su libro al emperador, quien, en cambio, lo hirió con frases mordaces, quizá con intención jocosa.

—¿Qué me trae? ¿Su absurda meteorología? ¿Un almanaque que deshonra su edad provecta? Céntrese en la historia natural y aceptaré con placer sus producciones. En cuanto a este volumen, solo lo tomo en consideración por las canas que peina.

Lamarck trató de explicarle que su *Filosofía zoológica*, de hecho, era un tratado de historia natural. Entonces, empezaron a correr lágrimas por el rostro del anciano, como las de una gacela moribunda que había visto Arago en Argelia. La gacela y Lamarck producían el mismo efecto, el mismo «que siempre se siente cuando una persona que, de súbito, se ve acometida por un infortunio irreparable, opta por resignarse y no mostrar la profunda angustia que la aflige sino mediante un llanto mudo».[64] El emperador pasó a otro miembro del Instituto y, tras mantener con él un nuevo diálogo cortante, fue a

hablar con los soldados a fin de evitar al resto de eruditos y demás ciudadanos presentes.

La meteorología de Lamarck pretendía identificar las leyes de la naturaleza que rigen el cambio climático. Sus empeños en hacer previsiones de largo alcance fracasaron de manera inevitable en una época en la que aún no había modo alguno de comunicarse de forma instantánea salvando amplias áreas geográficas. Su almanaque anual trataba de prever la influencia de la luna en el tiempo meteorológico y la temperatura probable para cada día. El problema era, sin más, que aún no se tenían la información ni los adelantos tecnológicos necesarios para hacer algo así. A Napoleón le interesaban los hechos fiables y no las probabilidades basadas en indicios insuficientes.[65] O no poseía el refinamiento intelectual que se exige para entender que intentar hacer algo que parece imposible forma parte de las aspiraciones científicas, o los colegas de Lamarck lo convencieron falazmente de que aquel proyecto climático suyo era un completo absurdo. El anciano publicó su último pronóstico en 1810 y adujo que su edad y su salud le impedían proseguir con sus observaciones meteorológicas.[66] Con todo, instaba a otros a tomar el relevo, convencido de que, a la postre, aquel ámbito resultaría de utilidad pública. Su senectud se vio agravada por la ceguera y la pobreza. Su hija, que cuidó de él hasta el final, no se cansaba de decir: «¡La posteridad se encargará de vengarte!». Lo enterraron en una tumba sin lápida, pero en 1909, al fin, erigieron en su honor una magnífica estatua en el Jardin des Plantes.

Aun cuando no lo hubiese confundido con un almanaque y hubiera reparado en que se trataba de una obra pionera de historia natural, Napoleón no habría sido capaz de apreciar el libro de Lamarck.[67] Cualquier teoría que pusiese en duda la inmutabilidad de las especies corría el riesgo de incurrir en la desaprobación de la Iglesia católica. Si los organismos podían evolucionar mediante la adaptación a su entorno, ¿dónde quedaban la agencia y el orden divinos? Napoleón podía no creer en Dios, pero sí, sin duda, en el orden, y dos de los miembros del Instituto de su confianza, Laplace y Cuvier, le habían asegurado que la visión lamarckiana del mundo natural estaba plagada de imperfecciones.[68] Su idea de que los organismos vivos se transforman de forma continua y gradual resultaba radical, antiautoritaria y subversiva. Napoleón se sentía más cómodo con la concepción de Cuvier de una naturaleza en la que las especies son inalterables y han sido creadas expresamente para representar un papel concreto en el orden de las cosas. Según él, podían ocurrir catástrofes que alterasen dicho orden, pero este volvería a afirmarse tras ello y la especie quedaría sustituida por otra. La historia del mundo natural, de la vida misma, no estaba movida por un motor interno ni tenía un final abierto como parecía pensar Lamarck. Pese a todo el interés que despertaba en él la ciencia, Napoleón se mostraba más que dispuesto a dejar que sus amigos le dictasen lo que tenía que pensar. Laplace y Cuvier le merecían confianza —pues, además de todo, eran buenos administradores— y, hasta donde alcanzaba su conocimiento, Lamarck seguía

siendo un revolucionario del que no cabía fiarse.

«¡Sobre todo, no me toquéis la Biblia!», advertía Napoleón a los científicos.[69] Lo último que necesitaba después de divorciarse al fin de Josefina eran más problemas con la Iglesia católica. De no haber sido por el matrimonio sacramental que habían celebrado a instancia de ella la víspera de su coronación, el proceso habría resultado mucho más sencillo. La anulación civil recibió la aprobación directa del Senado el 16 de diciembre de 1809, pero la religiosa era mucho más complicada. Aun así, el emperador, impaciente como siempre, se las compuso para imponer a Roma un tope de unas pocas semanas. El cardenal Fesch tuvo que testificar acerca de lo que había ocurrido y lo que no en la ceremonia privada que había oficiado el día de antes de la coronación. Los juristas expertos en derecho canónico dieron con un modo de pronunciar el veredicto requerido y fallaron el 11 de enero de 1810 que el matrimonio sacramental era nulo y no había llegado a producirse nunca. De vital importancia para la causa resultó la insistencia de Napoleón en que la ceremonia religiosa se había llevado a cabo sin su consentimiento, extremo por demás inverosímil, como sabían desde el papa hasta el más humilde coadjutor católico. El fallo recomendaba que el emperador y la emperatriz «rehabilitasen» su matrimonio mediante el consentimiento de renovar sus votos en presencia de testigos y de un sacerdote, si bien reconocía que, por motivos de Estado, tal vez no fuera eso lo que deseaba ni necesitaba hacer Napoleón. Por supuesto que no.

Llegado el otoño de aquel año, Napoleón había vuelto a Fontainebleau y estaba supervisando los preparativos de la recepción que iban a hacer a su nueva emperatriz. Como de costumbre, se quejó cada vez que tuvo la impresión de que se había sacrificado la funcionalidad en aras de la decoración o de la moda.[70] El arquitecto Leroy decidió que estaba demasiado mayor para seguir haciéndose responsable de las reformas del palacio. Lo sustituyó Maximilien-Joseph Hurtault, que había trabajado con Fontaine en el palacio de las Tullerías y se encontraba rediseñando el jardín de Diana, el espacio privado al que podía acceder el emperador desde sus dos escaleras de caracol, una interior y otra exterior; el jardín al que podía acudir en medio de la noche a tomar aire fresco en caso de no poder dormir. Pese a la proverbial aversión que profesaba su cliente a tal estilo, Hurtault había planeado hacer un *jardin à l'anglaise*. Napoleón, sin embargo, se avino a la idea, quizá persuadido por los restos de la *orangerie*, pues ¿qué necesidad tenía de construir unas ruinas artificiales cuando ya existían unas auténticas? Además, incorporarlas al diseño del jardín le ahorraría los gastos de demolición. Hurtault diseñó senderos curvos y extensiones de césped asimétricas.[71] Reparó la fuente de Diana y volvió a poner una escultura de la diosa, si bien no la réplica original de bronce, que se encontraba en Malmaison.[72] Se encargaron estatuas de mármol blanco de artistas contemporáneos con las que sustituir las que habían desaparecido durante la Revolución y se colocaron en medio de cuadros recién plantados de arbustos en flor y árboles exóticos,

frente al telón de fondo de la espesura del colosal bosque. El jardín descendía por dos pendientes suaves hacia una serie de zanjas que bordeaban los muros de la antigua *orangerie*. En ellas se habían creado, por debajo del nivel del suelo, amplias sendas de arena blanca de Fontainebleau que permitían pasear alrededor de los edificios irregulares a los que daba sombra un palio de follaje y flores. Estos caminos presentaban una alternativa más recogida a los pavimentos descubiertos de los vastos patios y parterres del otro lado del palacio.

Más allá de este jardín íntimo, Napoleón se interesó en la mejora de otras partes de la hacienda. Embelleció la zona que rodeaba al obelisco en el bosque, que hizo más regular mediante nuevas plantaciones. Marcó las carreteras principales de Borgoña, Auvernia y el Orleanesado con sendas columnas miliares. Madame de Pompadour, la amante de Luis XV, había creado un parque público en Fontainebleau, una barrera exuberante frente a la invasión de las arenas. Napoleón también plantó árboles destinados a fijar el suelo arenoso con sus raíces e hizo nuevos paseos para los habitantes de la ciudad.[73] Cuando el artista, arquitecto y escritor Antoine-Laurent Castellan escribió sus descripciones históricas del palacio e hizo sus dibujos, las sendas deprimidas que rodeaban los restos del invernadero se habían rellenado para formar un paseo con un pasamanos. Las ruinas habían quedado destruidas en 1834. Castellan lamentaba la pérdida de las piedras y del jardín que tantos recuerdos llevaban aparejados. El epígrafe de su libro, publicado de forma póstuma, es una cita del mismo poema de Tasso al que se había referido Napoleón al ver por vez primera los alrededores de Fontainebleau: «Entre valles solitarios, un alto bosque cargado de antiguas plantas».[74]

En Compiègne, en la Francia septentrional, hay otro gran palacio, construido para Luis XV, que bordea un vasto bosque donde cazaron durante siglos los reyes franceses. Napoleón hizo restaurarlo en 1807 y confió las obras, como de costumbre, a Fontaine y Percier. Allí se trazó otro jardín, también a la manera inglesa, como si fuera una prolongación del bosque que se extendía tras él. Fue allí adonde llevó el emperador a la archiduquesa María Luisa de Austria cuando, a los diecinueve años, llegó a Francia tras casarse con él por poder el 11 de marzo de 1810. El mariscal Berthier se había encargado de concertar el matrimonio pidiendo al padre de la novia, Francisco II, la mano de su hija en nombre de Napoleón. Al pisar suelo francés, María Luisa era muy consciente de que su desdichada tía abuela María Antonieta también había sido recibida con los brazos abiertos en Compiègne hacía cuarenta años.

Tras celebrar la boda en París en el mes de abril, el emperador y la nueva emperatriz regresaron a Compiègne. «Me he casado con un vientre», bromeó él en un momento malicioso. Aun así, ya sabía que ella era más para él que el potencial reproductivo que le ofrecía. Mucho más. Aquella joven se había criado odiándolo como archienemigo de Austria y había llorado desconsolada al saber que debía desposarse con él. Aun así, no tardó en reconciliarse con su

suerte y, llevada de un espíritu práctico, se resolvió a llevar la mejor vida posible a su sombra. Mirando por la ventana del dormitorio de su nueva emperatriz, Napoleón decidió crear para ella una vista espectacular, una avenida que partiera del palacio y se internara en el bosque, que le recordase a los jardines de su amado palacio de Schönbrunn, de donde había tenido que huir dos veces su familia cuando él había ocupado Viena. Al final de la avenida, en la cumbre de la colina distante, pensaba erigir un templo de la Gloria. La creación de la Percée des Beaux-Monts de Compiègne supuso la destrucción de cuatro kilómetros de árboles. Napoleón lo consideró un gran acto romántico. Murió antes de que se completase la tala. Hoy, la avenida que atraviesa el bosque conserva su espectacularidad y su belleza. Está bordeada de robles añosos —algunos de ellos procedentes del Antiguo Régimen—, hábitat natural de musgo y de especies de insectos en peligro de extinción. Algunos tienen nombre. El de Point de Vue mide cuarenta metros y se cree que tiene cuatrocientos años. En el amplio corredor de espacio vacío en el que se sacrificaron miles de árboles no queda nada del serrín y los feos tocones que en aquel tiempo se extendieron como una herida abierta en medio del bosque por el capricho de un amante.

Capítulo 7
Jardines imperiales

El jardín más grande, el más espléndido del universo.
Dominique Vivant Denon[1]

Napoleón no viajó nunca a Roma, pero tenía intenciones de hacerlo. Pretendía convertirla en la segunda ciudad de su Imperio. Aquel antiguo centro de gobierno imperial encendía su imaginación y daba forma a los sueños que tenía para París; pero él nunca vio el Foro con sus propios ojos.

—Deseo visitar Roma —dijo a Canova mientras lo observaba dibujar a María Luisa durante su desayuno.[2] Había solicitado la presencia del artista para que esculpiese a la nueva emperatriz. El italiano había llegado a Fontainebleau el 11 de octubre de 1810 y partiría a principios de noviembre tras completar un busto de escayola de María Luisa y mantener numerosas conversaciones íntimas e informales con Napoleón. «París es la capital del mundo. Debería usted quedarse aquí. Lo trataríamos muy bien», le prometió el emperador, mordiéndose la lengua justo antes de exigírselo. Canova, que había cumplido los cincuenta y tres y estaba mucho más delgado que en su visita de 1802, había regresado a Francia a regañadientes, con la esperanza de lograr patrocinio y protección para las antigüedades de su tierra y aun con la aspiración de conseguir que se hiciera la paz entre Napoleón y el papa Pío VII. El año anterior, los Estados Papales habían quedado anexionados a Francia, el sumo pontífice había excomulgado al emperador y este lo había hecho arrestar y deportar. Después se había producido un éxodo. Todos los ministros extranjeros, cuarenta cardenales, doscientos prelados y muchos otros canónigos y eclesiásticos habían huido de Roma. No tardó en crecer la hierba en unas calles que se habían descuidado ya un tiempo antes. El emperador, según insistió el artista, era la única esperanza con que contaba la ciudad.

Napoleón le preguntó por el intento reciente de producir algodón en Italia. ¿No había generado ingresos? Pocos, respondió Canova. Roma estaba necesitada de todo. Hasta las artes, que habían recibido de antiguo el apoyo de la nobleza, sufrían abandono. Los artistas estaban desempleados. Napoleón

había oído que los soldados que llegaban a la ciudad enfermaban a menudo durante el primer año para después recuperarse.

—¿Es tan malo e insalubre el aire como en la Antigüedad? —preguntó al recordar la descripción que hacía Tácito de las tropas del emperador Vitelio que volvían de Germania y caían enfermas tras dormir en la colina Vaticana. Hizo llamar a su bibliotecario con un ejemplar de la obra del autor romano, pero no logró dar con el pasaje en cuestión.[3] Canova le envió después la referencia y señaló que los antiguos se protegían del aire malsano respetando los bosques y las arboledas, que consideraban sagrados.

Napoleón decidió que Italia podía obtener compensación mediante excavaciones. Mandaría emprenderlas y las financiaría, y todos los tesoros exhumados le pertenecerían. ¿Cuánto, preguntó a Canova, había gastado el papa en excavaciones? El artista calibró bien su respuesta a fin de espolear el espíritu competitivo del emperador: no tanto como habría deseado, debido a su escasez de fondos; pero su generosa disposición había propiciado la creación de un museo nuevo. ¿Y la familia Borghese? ¿Cuánto habían gastado? Una vez más, Canova alentó al emperador al tiempo que lo halagaba: los Borghese no habían desembolsado tanto como podría parecer, ya que casi siempre colaboraban con otras familias nobles. Trató de convencerlo de que el pueblo de Roma poseía un derecho sagrado sobre las antigüedades de la ciudad, que constituían algo así como una propiedad inherente al suelo.

—Ni las familias nobles de Roma ni el mismísimo papa tienen derecho a apartar esos restos valiosísimos de Roma, la ciudad a la que pertenecen como herencia de sus ancestros y recompensa de sus victorias.[4]

En Francia se habían llegado a hacer planes de trasladar la columna Trajana del Foro a París; pero, cuando se había demostrado la imposibilidad de tal proyecto, se había optado por encargar una réplica a modo de celebración de la batalla de Austerlitz, hecha con el metal derretido de mil doscientos cañones capturados a los austríacos.[5] Por respeto a María Luisa, Napoleón no había asistido a su inauguración en la Place de Vendôme el día de su cumpleaños, el 15 de agosto, de aquel mismo año. No le hizo gracia descubrir que lo habían representado en lo alto de la nueva columna, que era 7,6 metros más alta que la original, vestido con toga. Tenía miedo de parecer ridículo. Tampoco le gustaban las cuatro águilas que había posadas en guirnaldas vegetales en la base del monumento, pero Canova lo tranquilizó al asegurarle que eran una copia fiel de la columna original. El emperador quiso saber en qué estado se hallaba la colosal estatua de sí mismo que había encargado en 1802 y Canova le dijo que estaba lista, que se había completado el molde con éxito y que cierto artista joven había hecho un grabado de la obra con el deseo de dedicárselo al emperador. El renombrado escultor no dejó pasar la ocasión de ayudar a uno de sus protegidos. Volvió a halagar a Napoleón, quien, sin duda, estaría dispuesto a animar a los creadores en tiempos adversos como

aquellos. Bonaparte se mostró preocupado al saber que aquella colosal representación de sí mismo era un desnudo de cuerpo entero. Habría preferido que lo esculpieran de uniforme militar. Canova le explicó que, en escultura, el estilo sublime exige desnudos. Le presentó varios ejemplos de monumentos antiguos y el emperador pareció convencerse.

Canova lo instó a visitar Roma, a ver por sí mismo el Capitolino, el Foro de Trajano, la Vía Sacra, las columnas, los arcos de triunfo y la Vía Apia, bordeada de tumbas.

—¿Y qué tiene eso de extraordinario? —preguntó Napoleón—. Los romanos eran los señores del mundo.

—Lo que produjo tantas obras magníficas no fue solo el poder, sino el genio italiano, nuestro amor por lo sublime.

Su resolución, su negativa a mudarse a París, su insistencia en representar desnudo a Napoleón, en recordarle que hay más logros que el poder, convertían a Canova en una de las pocas personas que, pese a estar a la sombra del emperador, se permitían hacerle frente. Su recompensa fue el patronazgo que necesitaba para él mismo y para Roma. El 6 de noviembre, desde Fontainebleau, Napoleón publicó los decretos por los que se asignaban doscientos mil francos para emprender excavaciones en Roma y una dotación de cien mil francos para la Academia de San Lucas, institución que apoyaba a los artistas y cuya dirección asumió Canova en 1811.[6]

Tanto María Luisa como Napoleón estaban encantados con la obra de Canova, quien representó a la emperatriz como una Concordia sonriente. Estimulado por su éxito y por la libertad y la franqueza de sus conversaciones, el escultor le rogó que pusiera fin a las desavenencias que habían desembocado en la detención de Pío VII la madrugada del 6 de julio de 1809.

—Dentro de poco, majestad, seréis padre —le dijo refiriéndose al ya visible embarazo de María Luisa, anunciada públicamente el 12 de noviembre de 1810—.[7] Por el amor de Dios, os suplico que protejáis la religión y a su cabeza y que preservéis los hermosos templos de Italia y de Roma. Es mucho más placentero ser objeto de cariño que de miedo.

—Ese es mi deseo —repuso Napoleón poniendo punto final a aquel asunto.

Canova pidió de nuevo que se le permitiera regresar a Roma para hacer el molde del busto de escayola de María Luisa y trabajar en una escultura de mármol de cuerpo entero, que, esperaba, la pareja imperial podría ver en breve cuando visitase la ciudad y su estudio.

—Vaya pues, si es su voluntad —respondió a regañadientes Napoleón.

Antes, sin embargo, de salir de Francia, Canova fue a ver a Josefina a Malmaison el 10 de noviembre. Si el artista había perdido peso desde su último encuentro, la exmujer de Napoleón lo había ganado. La encontró más gruesa y más triste que en 1802, pero sus juicios estéticos, su ojo infalible para la belleza, seguían igual. Nunca le había pedido una escultura de sí misma. En cambio, fue ella quien le encargó algunas de sus obras de más renombre, incluidos *Paris*, *Bailarina* y *Las tres Gracias*. No vivió para ver

acabada la última, pero, durante un breve período, tuvo la mejor colección de estatuas de Canova del mundo.[8] Durante su visita, le enseñó el jardín, su propia obra de arte. Su diseñador, Louis-Martin Berthault, no tardaría en ser enviado a Roma para colaborar en el proyecto de convertir el Foro y sus monumentos antiguos en un parque colosal: el Jardin du Capitole.

Las excavaciones del Foro romano planteaban dos problemas de relieve: en primer lugar, estaban mal financiadas y, en segundo lugar, la coordinación y la comunicación entre París y Roma era difícil y se veía interrumpida con frecuencia. Los fondos que se aprobaban en París tardaban mucho en llegar a Roma y a veces se quedaban por el camino. Dominique Vivant Denon, director de Museos de París, fue nombrado consultor de las excavaciones, pero se negó a aceptar el cargo. Consideró poco probable que se descubriera nada importante después de explorados los baños imperiales y el Palatino.[9] Dado que la calidad del aire era un problema tal, Denon hizo ver a Napoleón que lo más útil que podía hacer era crear un espacio salubre en el centro de la ciudad, un vasto jardín, sugirió, que incluyera el Capitolino, el Foro y el monte Palatino, y llegara nada menos que hasta las colinas del Oppio y el Celio. Los monumentos antiguos, único recurso de Roma, serían adornos espectaculares en un parque así. Denon supuso que el coste podía rondar los tres millones de francos. Aunque sabía que Napoleón tenía interés especial en crear puestos de trabajo para los pobres, vulnerables y sin sustento desde el cierre de los conventos y el fin de las prácticas religiosas tradicionales, propuso reducir de forma considerable el gasto empleando soldados para mover tierras. Aseguró al emperador que el resultado sería «el jardín más espléndido del universo», un espacio sublime que contendría los monumentos más magníficos de la antigua Roma.[10] En solo tres o cuatro años, Napoleón habría hecho más por los romanos con semejante obra que los papas en toda su historia.[11]

Los planes de Denon para lo que se conocería como el Jardin du Capitole estaban fundados en las ideas de Camille de Tournon, prefecto de Napoleón en Roma, y los eminentes arquitectos Giuseppe Camporese y Giuseppe Valadier.[12] Tournon había llegado a Roma en noviembre de 1810. No había tenido más cargo previo que el de intendente en Beirut y sus treinta y un años lo convertían en el prefecto más joven del Imperio, dotado de una gran pasión por la arqueología y la planificación urbanística.[13] Camporese y Valadier eran casi coetáneos, pues ambos rondaban la cincuentena cuando los nombraron directores de las excavaciones en 1810. Recibieron un sueldo de doscientos francos mensuales por cabeza, lo que, aseguraron, apenas bastaba para cubrir sus gastos de desplazamiento.[14] Camporese tenía un pasado revolucionario y había participado en el diseño del Altar de la Patria de la plaza de San Pedro durante la Festa della Federazione de 1798. Después, había ejercido de arquitecto papal y había participado en las labores destinadas a despejar el Arco de Severo y en el apuntalamiento del Coliseo durante el papado de Pío

VII. Valadier también había sido arquitecto papal y había tomado parte en la restauración de un buen número de iglesias y del puente Milvio.[15]

La Commission des Monuments et Bâtiments Civils, instaurada para supervisar las excavaciones y proteger los restos antiguos, aprobó los planos del parque.[16] Sin embargo, cuando se enviaron a París, el administrador, Joseph-Marie de Gérando, cuestionó la idea de hacer un jardín al estilo inglés, temiendo que sería «tortuoso», «afectado» y poco apropiado para la magnificencia del Foro.[17] También insistió en que se incluyera el Coliseo en el proyecto y en que se tuviese en cuenta la necesidad de hacer obras de drenaje si había que hacer descender el nivel del Foro hasta el del río Tíber. La carta por la que solicitaban obreros a las parroquias tenía en el membrete un águila imperial con rayos en las garras. A los indigentes se les advirtió que, si rechazaban la oferta de trabajo, no recibirían más ayudas.[18] Se esperaba de los pobres una gratitud filial a su remoto emperador por semejantes oportunidades de empleo. Si antes, cuando mandaba el papa, las excavaciones del Foro se habían llevado a cabo por convictos, con Napoleón se convertirían en fuente de ingresos para los indigentes. En un principio, los trabajadores varones de más de veinte años recibirían un sueldo diario de veinte bayocos papales (un franco aproximadamente). A los que aún no los habían cumplido les correspondía una cantidad menor y las mujeres cobrarían doce bayocos con independencia de su edad.[19]

Poco después, empezó a temerse que aquellos sueldos fuesen demasiado elevados e incitara a los aspirantes, sobre todo a las mujeres, a abandonar otros trabajos todavía peor pagados. Las mujeres recibían menos que los hombres por mover tierra y escombros, cuando su trabajo era más agotador. Cierto grabado contemporáneo de los obreros del Foro de Trajano representa a un varón empujando una carretilla y, a su lado, a una mujer con un cesto enorme de escombros puesto en equilibrio sobre la cabeza que lleva un chiquillo a la cintura y, con la mano libre, le sostiene el brazo a otra criatura de más edad que también lleva un cesto en la cabeza. Aparece erguida y con gesto tranquilo, mirando con admiración al hombre. Tal vez se tratara del padre de los críos. Tal vez ambos dieran por evidente que debía de ser él quien empujase de la carreta mientras ella solo contaba con un cesto. Lo que parece probable es que su expresión serena no reflejase la experiencia real de una labor tan extenuante.[20]

En enero de 1811, se hicieron planes de crear terrazas en las tierras que había al pie del Capitolino o dejarlas en ligera pendiente.[21] El día 12 se publicaron algunos más, poco después de la demolición de dos casas modernas que se habían construido en medio del Foro. Aquel derribo despejó la vista desde el Capitolino hasta el Arco de Tito e hizo más fácil imaginar toda aquella zona convertida en un jardín pintoresco con monumentos antiguos enmarcados por árboles recién plantados, avenidas y extensiones de césped.[22] El Foro estaba destinado a convertirse en un paseo peatonal. Llegado el mes de febrero de 1811, se habían gastado veinticinco mil francos

y habían empezado ya a darse problemas para pagar a los cuatrocientos o quinientos obreros pobres, que al final amenazaron con amotinarse a medida que se acumulaban los atrasos.[23]

El 12 de junio de 1811, desde Saint-Cloud, Napoleón publicó otro decreto a fin de garantizar las finanzas de la Academia de San Lucas, que debía recibir unos ingresos anuales de más de cien mil francos, derivados de las rentas de cuarenta y dos casas y otras propiedades. En agosto, Camporese y Valadier hicieron una relación de todas las antigüedades que se hallaban al cuidado de la Academia, ordenadas según la urgencia con que debían restaurarse. La lista de ochenta y dos monumentos incluía obeliscos, teatros, templos, baños, acueductos, arcos, tumbas, columnas, circos, puentes, la Cloaca Máxima, la pirámide Cestia y las murallas antiguas.[24] Había desavenencias sobre lo que debía abarcar el presupuesto destinado a las restauraciones y lo que debía beneficiarse del presupuesto de las excavaciones. ¿Contaban, por ejemplo, las obras del templo de Vespasiano como restauración o como excavación? ¿Quién era el responsable de pagar a los trabajadores? En medio de todas las disputas e incertidumbres, había un espacio considerable para la corrupción.

El decreto imperial del 27 de julio de 1811 aumentó el presupuesto del Jardin du Capitole a cien mil francos anuales.[25] El parque se había convertido en uno de los principales proyectos de embellecimiento de Roma.[26] Llegado el mes de octubre, se habían emprendido las demoliciones y estaban a punto de aclararse las enredaderas y los árboles del jardín de Santa Francesca.[27] En noviembre se despejó el cúmulo de tierra que se había dejado en el Foro el año anterior. En algún momento de 1811 se encontró en la zona central del foro un fragmento de una lista de augures romanos inscrita en piedra, lo que demostró que Denon se equivocaba al aseverar que no tenía sentido seguir con las excavaciones. Apareció mientras se cavaba la alcantarilla que iba del templo de Antonino y Faustina al de los Dioscuros y la columna de Focas.[28] Formaba parte de una lista de sacerdotes que iba de Sila (88 a. C.) a Cecilio Crético (7 d. C.). Aun así, este relevante hallazgo no interrumpió la plantación del jardín, que quedó dotado durante la primavera de 1812 de avenidas de árboles trasplantados.

En París, Napoleón quiso construir un foro nuevo que rivalizase con el de la antigua Roma. Se había hablado durante años de conectar el Louvre con el palacio de las Tullerías a fin de crear un centro de Gobierno mayor en el corazón de la ciudad. La construcción de la Rue Rivoli, que corría paralela al Sena por el lado opuesto de los jardines áulicos, formaba parte de este proyecto. Iniciada en 1801, siendo Napoleón primer cónsul, y bautizada en honor a la victoria más espectacular lograda durante la primera campaña italiana, aquella vía creaba una ruta directa entre la plaza de la Concordia, el palacio de las Tullerías y el Louvre. Los edificios de aquella calle larga y recta responderían a una regulación estricta y estarían dotados de arcadas y balcones normalizados. Sería una ruta triunfal y un lugar en el que pudieran

pasear los parisinos. Además, eliminaría todo obstáculo a la hora de acudir en defensa del centro de Gobierno, lo que ayudaría a evitar revueltas como la que había puesto fin a la monarquía en los jardines de las Tullerías el 10 de agosto de 1792. A medida que crecía el poder de Napoleón, sus arquitectos, Percier y Fontaine se dejaban llevar por sus *rêves fantastiques* y se deleitaban, en particular, con la idea de rediseñar el espacio que rodeaba el palacio de las Tullerías y eliminar todo vestigio del Terror. En 1806, Fontaine escribió en su diario que todavía era posible ver los agujeros hechos por las balas de cañón y la fecha del 10 de agosto de 1792 inscrita en las fachadas de los alrededores de la Place du Carrousel.[29] Había ya un proyecto en marcha para convertir el centro de París en «le forum Napoléon», un espacio romano en el centro mismo de la primera ciudad del Imperio.[30]

En julio de 1810, Percier y Fontaine ganaron el Prix Décennal d'Architecture por la contribución que habían hecho a dicha disciplina durante la década anterior. Su principal logro fue el arco de triunfo del Carrusel, erigido entre el Louvre y el palacio de las Tullerías en conmemoración de la batalla de Austerlitz. Imitaba de forma consciente los arcos de Septimio Severo y de Constantino que había en el Foro romano, así como el arco de Orange, la Arausio de la Galia romana, que Percier había dibujado durante el viaje de regreso de Roma. Las dimensiones del arco de triunfo del Carrusel se tomaron directamente de las del arco de Septimio Severo. Su construcción empezó en 1806, duró dos años y supuso el derribo de los edificios de la Rue Saint-Nicaise, algunos de los cuales se habían visto dañados en el atentado contra Napoleón de 1800. El emperador tenía la esperanza de que, al margen de los beneficios estéticos que brindaba el hecho de despejar la Place du Carrousel, la eliminación de aquellos bloques en ruinas y de una calle angosta a tan poca distancia de las Tullerías, que podían ser refugio de confabuladores, aumentaría la seguridad.

Siendo estudiante en Roma, Percier había elaborado un estudio minucioso de la columna Trajana que lo había llevado a colgarse de la estructura en un cesto a fin de dibujar las representaciones de las batallas entre romanos y dacios. En propiedad, sus dibujos pertenecían a la Académie Royale d'Architecture; pero cuando la institución se disolvió durante el Terror, arriesgó su vida por proteger aquellos dibujos insistiendo en que volvieran a quedar bajo su custodia. Aunque no eran las únicas representaciones de dicho monumento disponibles, representaron una fuente relevante de inspiración tanto para el arco de triunfo del Carrusel como para la columna de la Place Vendôme.[31] Fue Denon quien eligió, tras consultarlo con Napoleón, los recientes logros militares y diplomáticos que debían conmemorarse en los bajorrelieves del arco: la paz de Presburgo, la entrada en Múnich, la entrada en Viena, la batalla de Austerlitz, la paz de Tilsit y la rendición de Ulm.

Como siempre, Napoleón tenía una prisa terrible. Quería ver el monumento acabado cuanto antes. A fin de ahorrar tiempo, se emplearon los materiales que resultaron estar más cerca. Para las ocho columnas de mármol del arco del

Carrusel se usaron bloques de Lenguadoc adquiridos a un marmolista de Chaillot, pueblo situado poco más al oeste de París. Fontaine dio por hecho que debían de haber sobrado de la construcción del Gran Trianón de Versalles en tiempos de Luis XIV. Era inevitable que hubiese accidentes. Una de las columnas cayó y se partió cuando la levantaban para colocarla en su pedestal. Fontaine, afligido, expresó su convencimiento de que tal rotura no se habría producido si hubieran usado granito como pretendía hacer él en el diseño original. Lo mejor que pudieron hacer fue pegar la pieza y seguir trabajando con tanta rapidez como les fuera posible a despecho de las inclemencias de aquel temible invierno.[32]

Napoleón vio completo por vez primera el arco del Carrusel el 1 de enero de 1808, cuando acababa de regresar de Italia. Enseguida advirtió que el mármol que habían usado no era de la mejor calidad y, en general, tuvo la impresión de que la construcción parecía más un pabellón que una magnífica puerta de entrada a los dominios del palacio de las Tullerías. Con todo, Fontaine dejó constancia en su diario de que el emperador había quedado satisfecho con el primer monumento totalmente nuevo dedicado a su reinado. Había aumentado el número de edificios demolidos y la vista entre el Louvre y las Tullerías estaba despejada. El arco de triunfo del Carrusel se hallaba en el centro de «le forum Napoléon». El inestimable botín de las victorias del emperador se exhibía ya en el Louvre, donde se había instalado una nueva escalera majestuosa. Los cuatro caballos de San Marcos se habían retirado de las puertas de los jardines de las Tullerías, donde habían estado desde 1802, para colocarse en lo alto del arco del Carrusel.[33] Al principio, la estatua de Napoleón se situó en un carro tras los cuatro caballos, pero él se opuso —en su concepción original, la escultura había sido de Marte— e insistió en que excluyesen aquella representación escultórica suya y dejaran vacío el carro. La estatua rechazada se guardó cerca de allí, en la *orangerie* de los jardines de las Tullerías. En lo que al emperador respectaba, el arco del Carrusel estaba destinado a honrar a su Ejército y, si bien resultaba aceptable colocar su imagen en los bajorrelieves, no cabía decir lo mismo de una estatua de bronce situada en lo más elevado de todo el monumento.[34]

Avanzado su embarazo, a María Luisa le gustaba pasear por la terraza de los jardines de las Tullerías. Sin embargo, había empezado a congregarse en ella una multitud de curiosos con la esperanza de ver a la emperatriz. Napoleón, que protegía con gran celo la intimidad de ella y la propia, convocó a su arquitecto para encargarle la construcción de un nuevo pasaje subterráneo del palacio a la terraza que permitiera desplazarse de uno a otro sin ser observado. A Fontaine le irritaba que todo el mundo en palacio, desde el más humilde siervo hasta el empleado de más categoría, incluidos los médicos, tuviese una opinión sobre las excavaciones y la construcción de aquel túnel. Algunos de los comentarios críticos llegaron a oídos del emperador, que lo interrogó sobre su obra. Para él no había detalle insignificante.[35] Según reflexionaba Fontaine,

aquello ofrecía un ejemplo de cómo las cosas triviales adquieren una importancia colosal en la corte.

María Luisa se puso de parto antes de que estuviera acabado el túnel del jardín. El alumbramiento fue largo y difícil. En cierto momento, oyeron a Napoleón decir a los médicos que salvasen a la madre si tenían que elegir. La mañana del 20 de marzo de 1811 llegó al mundo sano y salvo un chiquillo que recibiría el nombre de Napoleón Francisco José Carlos Bonaparte y el título de rey de Roma. Su nacimiento se anunció a la ciudadanía de París con ciento una salvas de cañón. Lo pusieron en una cuna ceremonial diseñada por Pierre-Paul Prud'hon y decorada con hileras de abejas y un aguilucho. Los dos bajorrelieves de los lados evocaban la unión de París y Roma mediante la personificación de los ríos Sena y Tíber. Al oír la noticia, Francisco II, emperador de Austria, declaró que, por mayor que hubiese sido su sufrimiento, su hija María Luisa se había visto recompensada con creces al haber dado a luz al heredero de Napoleón, un juicio que, en realidad, solo podía hacer ella. Aquella noche se celebró un rápido bautizo preliminar por si el chiquillo moría antes de la ceremonia oficial, que se celebraría en Notre-Dame en Pentecostés.

Fontaine, que participó de forma muy activa en el diseño de la ceremonia bautismal, dio cuenta de que María Luisa se había recobrado y se la volvía a ver por las Tullerías el 19 de abril, cuando hizo su primera visita a la iglesia desde el nacimiento de su hijo. Llevaba un mes postrada en la cama o confinada en sus aposentos. Tres días antes se había concluido el túnel que unía el palacio con la terraza de los jardines. Napoleón lo usaba cuando salía a cazar. A veces lo acompañaba Fontaine, quien se encontraba con él cuando toparon con el pabellón de Bagatelle, una casa de recreo del Bois de Boulogne, y el emperador decidió de inmediato que había que restaurarlo para uso y disfrute de su hijo.[36] Comunicó a Fontaine sus planes de embellecimiento del Bois de Boulogne, que quería ver bien dotado de plantas y en buenas condiciones. También deseaba construir en las Tullerías un pabellón a orillas del Sena. Sin embargo, cuando Fontaine le mostró los planos y lo informó de que costaría quinientos mil francos, recibió la respuesta de que el presupuesto no podía superar los veinte mil.[37]

Otro de los proyectos arquitectónicos menores de Napoleón, inspirado de forma directa por el nacimiento del rey de Roma, fue una casa de fieras en el parque de Monceau. Fontaine le recomendó que adquiriese las propiedades colindantes para aislar por completo el lugar por todas partes antes de presentarle el proyecto.[38] Como siempre, se dio un conflicto entre los sueños del emperador y su aversión por la extravagancia. El parque público de Monceau era anterior a la Revolución. Lo creó Felipe de Orleans, primo de Luis XVI opulento a más no poder, como *jardin à l'anglaise* e incluyó numerosos caprichos arquitectónicos, como una falsa pirámide del antiguo Egipto o una columnata romana. Aun cuando odiaba los caprichos arquitectónicos, Napoleón tenía que reconocer que el parque se alejaba por

completo de la geometría de los jardines de las Tullerías y del Luxemburgo y del Jardin des Plantes. Pensó que un parque de estilo informal —que, más que inglés, él denominaba chino, con lo que reconocía la influencia que habían tenido en el diseño de los jardines europeos los sacerdotes jesuitas y otros viajeros que habían visitado China— sería beneficioso para la ciudadanía parisina.[39] En 1807, había pedido a Gaudin, su ministro de Finanzas, que reservara una partida del presupuesto para restaurar Monceau. El parque había albergado camélidos antes de la Revolución y Napoleón, previendo ya el placer que podía proporcionar a su hijo, quería resucitar y ampliar la casa de fieras. Fontaine trató de convencerlo de que Monceau podía ser otra casa de recreo para el rey de Roma, de que podían dejar tal como estaban los jardines e introducir un número modesto de animales interesantes.

El bautismo del rey de Roma, programado para Pentecostés, tuvo que posponerse una semana debido a las tensiones entre Napoleón y la Iglesia católica tras el arresto de Pío VII. Canova había tenido razón al instarlo a hacer las paces con Roma antes de ser padre. El Concordato estaba a punto de desmoronarse, pero el pequeño acabó por cristianarse. A las cinco y media de la tarde del domingo 9 de junio de 1811, se indicó con una descarga de cañón la salida de la familia imperial del palacio de las Tullerías para dirigirse a Notre-Dame. Se habían despejado y asegurado las carreteras para evitar atentados. En la catedral aguardaba el cardenal Fesch, quien también oficiaría el sacramento. Tras la ceremonia, Napoleón tomó a su hijo de los brazos de María Luisa y lo levantó por encima de su cabeza en un gesto de júbilo triunfal. Más tarde, este acto espontáneo quedaría estampado en medallas conmemorativas. No cabe duda de que la felicidad que exteriorizó aquel día el emperador era sincera. Había garantizado su sucesión, el futuro de Francia y el futuro de Roma. El grito de *Vive le roi de Rome!* resonó en Notre-Dame. Después se bailó hasta el amanecer en el palacio de las Tullerías, se iluminaron los jardines, se lanzaron fuegos artificiales en la plaza de la Concordia y se soltó otro globo aerostático ingobernable.

El 8 de junio, la víspera de la ceremonia parisina, el Foro romano se iluminó en una espectacular celebración de *son et lumière* del nacimiento del rey de Roma. El Coliseo, los arcos de Septimio Severo y de Constantino, y los templos de Antonino y Faustina, de la Concordia, de la Paz y de Júpiter Estator se alumbraron de forma fastuosa frente al cielo nocturno con la «termolámpara» de gas procedente de la destilación de la madera que había patentado Philippe Lebon en 1799. Un gentío inmenso se reunió para contemplar la ciudad como nunca se había visto. El prefecto Tournon se enorgullecía de la labor arqueológica que había despejado el terreno que rodeaba los monumentos antiguos y había hecho posible apreciar Roma como nunca de un deslumbrante *coup d'oeil*. Como parte de las celebraciones, el obispo Atanasio, vicerregente de la ciudad, dio permiso para que se cantara en la basílica de San Pedro el primer *Te Deum* desde la detención del papa.

Cuando el maestro de coro de la capilla Sixtina, Niccolò Zingarelli, patriota italiano, se negó a dirigir, lo arrestaron junto con sus intérpretes y los llevaron a París, donde Napoleón, que lo tenía por el mejor compositor vivo después de Paisiello, le encargó una nueva misa solemne y un *Stabat mater* y le otorgó una pensión.[40]

El 12 de abril de 1811, Napoleón fue al fin a ver la colosal escultura de Canova, que había llegado por mar desde Roma, a bordo de un barco cuya tripulación había recibido instrucciones de lanzarla por la borda antes de permitir que cayese en manos de los ingleses. Desde su llegada a Francia, a principios de enero, se había guardado en el Louvre a la espera de la aprobación del emperador. Al verla, Napoleón la desterró a un almacén por miedo a que aquella representación atlética y desnuda de su persona como Marte Pacificador fuera causa de mofa.[41] Con su agudeza habitual para el detalle, también encontró un fallo en una de las articulaciones del brazo. Solo se permitió ver la escultura de Canova a unos cuantos artistas selectos. Jacques-Louis David, que se contaba entre ellos, escribió a su autor en estos términos afables:

> Habéis logrado una figura muy hermosa en representación del emperador Napoleón. Habéis hecho por la posteridad cuanto puede hacer un mortal. No hagáis caso del descrédito con que la han manchado y dejad que la mediocridad tenga el corto consuelo que suele tomar.[42]

David no se refería a Napoleón, sino a la opinión pública, cuyos dictados el emperador, demasiado astuto políticamente, no dejaba de tener en cuenta. Cuando cundió la voz, la reacción negativa de Bonaparte ante el coloso de Canova, se canceló el plan de colocar una réplica en el centro del Foro romano.[43]

Roma no fue la única ciudad para la que el emperador decretó la creación de un parque público. Cuando visitó Venecia en diciembre de 1807, entró a la ciudad por un arco triunfal flotante situado en el Gran Canal y diseñado por el arquitecto Giannantonio Selva. El «héroe del siglo» recibió la bienvenida veneciana tradicional: una regata, un banquete, un baile y un *Te Deum* en San Marcos. Selva llegó incluso a rediseñar el teatro de la ciudad, La Fenice, de manera que incluyese un palco real mayor que los otros, que en tiempos de la vieja República habían mantenido una estricta igualdad.[44] Napoleón decidió que lo que más necesitaba Venecia era un jardín público para que sus ciudadanos pudiesen tener acceso a «los gozos del verdor».[45] Poco después de su partida, Selva se puso manos a la obra para convertir una porción considerable del barrio del Castello en un espacio verde y salutífero cerca del Arsenale.[46] El escritor Chateaubriand había descrito recientemente Venecia como «una ciudad contra natura».[47] El nuevo parque de Napoleón corregiría lo antinatural de la ciudad.

No era posible crearlo sin una demolición previa, pues la zona en cuestión estaba densamente poblada. Había en ella viviendas humildes de gentes

pobres —pescadores, encajeras, enhebradoras de cuentas de vidrio...— e iglesias de relieve —San Antonio, San Nicolás, San Domingo...—, así como el seminario de los capuchinos de Castello y el hospicio para marinos retirados.[48] La propuesta de derribo de estos edificios fue motivo de consternación generalizada, pero Selva tenía la mira bien puesta en el futuro. En consonancia con los dictados de Napoleón, quería dar a Venecia un majestuoso parque de formas simétricas con magníficas vistas a la laguna. Había proyectado una cochera para carruajes, un café, baños públicos y un jardín botánico, unidos todos por plantas dispuestas con arreglo al ordenado estilo francés. La atracción principal de los jardines sería un templete circular o *tempietto* que contuviese una escultura de Napoleón y estuviera elevado sobre una colina de escasa altura plantada de perennifolios.[49]

Eugène de Beauharnais, hijastro de Napoleón y virrey de Venecia, rechazó el templete y los baños y redujo el presupuesto total del parque en 1808. Llegado 1810, se habían efectuado las demoliciones. El arco de Lando de la iglesia de San Antonio se dejó en pie, pues se tuvo por demasiado bello para dar con él en tierra; pero el resto del edificio fue destruido y aquel quedó como único vestigio de la ruina, convertido en elegante marco contra un cielo vacío. A fin de reducir el gasto se reutilizaron para los nuevos los materiales de los edificios antiguos. La entrada a los jardines, sita en la vía Eugenia, estaba concebida para impresionar, con una alta verja de metal dispuesta entre seis columnas rematadas por estatuas de mármol; pero, al decir del diario de Emmanuele Cicogna, parecía más la puerta de la jaula de un león o de una fortaleza bien defendida.[50] Habían bastado tres años para que decayera el optimismo con el que se había recibido a Napoleón durante su visita de Estado.

Durante las conversaciones que mantuvo en Fontainebleau con el emperador en 1810, Canova se refirió con lágrimas en los ojos a la penosa situación de Venecia. Se había prohibido el comercio, se habían aumentado los impuestos y había muchas personas luchando por subsistir. Napoleón le prometió estudiarlo. Luego surgió el tema de Maquiavelo. Canova citó la aprobación que hacía el clásico del acto de gobernar por la espada. El propio artista era de la opinión de que, si los venecianos hubiesen estado a las órdenes de un general, habrían alcanzado mayores proezas; pero le habían tenido demasiado miedo a la posibilidad de que apareciera un César en el seno de su República. Napoleón se había mostrado de acuerdo en que la autoridad militar es peligrosa. «Yo mismo le dije al Directorio —añadió— que, si siempre estaban en guerra, en algún momento llegaría un hombre dispuesto a hacerse con las riendas del Gobierno».[51] Había predicho su propia llegada al poder o, cuando menos, eso decía. Creía que el nacimiento de su hijo había consolidado dicho poder para las generaciones venideras. En Venecia, el bautismo del rey de Roma se celebró con una nueva columna provisional encargada a Giuseppe Borsato, artista y arquitecto italiano influido directamente por Percier y Fontaine. Se basaba en la columna Trajana y

estaba construida en forma de espiral hueca e iluminada desde el interior. El ornamento exterior estaba hecho con pintura sobre lienzo.[52] No estaba hecha para durar.

Napoleón empezó a soñar en un nuevo palacio para el rey de Roma antes incluso de que fuera concebido su hijo. Durante la primavera de 1810, estando en Compiègne durante las primeras semanas de matrimonio con María Luisa, henchido de optimismo y de grandes planes de futuro, pensó en construir el nuevo palacio en Lyon y hasta pidió a Fontaine que trazase los planos preliminares; pero, cuando este viajó a Compiègne para mostrárselos, el emperador estaba demasiado ocupado para recibirlo. Más tarde, le hizo saber que su proyecto excedía el presupuesto de cuatro millones de francos. Tras discutir de nuevo los futuros costes, ampliaron esta cantidad a diez millones de francos a fin de incluir las obras de los jardines y los parques que rodearían el palacio que había imaginado.[53] Cuando tenía tiempo, a Napoleón le gustaba estudiar diseños arquitectónicos. Disfrutaba comparando y refinando planos y a veces discutía con Fontaine los cambios coyunturales y las vicisitudes a las que se encuentra sujeto el arte de la construcción.[54]

Fue el artista David quien sugirió primero Chaillot como ubicación del nuevo palacio.[55] Para construirlo, primero sería necesario adquirir una serie de fincas privadas y echar abajo algunas casas, pero aquello dejaría suficiente espacio libre para hacer un colosal conjunto palaciego en la margen septentrional del Sena, entre París y Versalles. Marie-Joseph Peyre, arquitecto del Antiguo Régimen y antiguo profesor de Percier y Fontaine, había tenido la ilusión de reconstruir Versalles y, para ello, había imaginado, entre otras cosas, una columnata que recordase a la de la basílica romana de San Pedro. Murió en 1785 sin ver jamás realizado su ambicioso proyecto, pero a sus discípulos se les estaba presentando la ocasión de construir desde cero un palacio imponente capaz de definir una época. En la imaginación de Fontaine superaba con creces a Versalles.

Napoleón tardó poco en abandonar la idea de un palacio lionés y abrazó con entusiasmo las posibilidades que le brindaba Chaillot. Una de las ventajas era que aquel terreno, que sería muy extenso, podría regarse con las aguas del canal de Ourcq, que había mandado hacer en 1802 para dar de beber a París. Si bien estaba aún en construcción, su trazado atravesaba la región de Chaillot.[56] Otra ventaja era que, en la colina de esta población, habían empezado las obras de un segundo arco triunfal mucho mayor que el del Carrusel. El 15 de agosto de 1806, día del trigésimo séptimo cumpleaños del emperador, se había puesto la primera piedra en el centro del Arco de Triunfo, una losa hexagonal de 3,65 metros por 1,60.[57]

Se colocó sin ceremonia oficial alguna a petición de los obreros. A finales de 1807 estaban casi acabados los cimientos. El 31 de octubre de 1808, se nombró a Jean Chalgrin arquitecto único del proyecto para evitar disputas entre colegas.[58] Antes se había encargado de remozar el palacio del

Luxemburgo y sus jardines, lo que había supuesto la creación de un parque en el centro de París dedicado por Napoleón a los niños de la ciudad. Las mejoras que introdujo en él Chalgrin incluían la restauración de la fuente y el jardín geométrico de los Médicis, del siglo XVII, y la creación del paseo más hermoso de París a lo largo de la Avenue de l'Observatoire. Sus planes para el Arco de Triunfo se aprobaron el 27 de marzo de 1809. Napoleón pidió que las inscripciones estuvieran en francés y no en una lengua muerta. Rechazó, además, la propuesta del Instituto de otorgarle los títulos de Augusto y Germánico. «No veo que lo que sabemos de los emperadores romanos tenga nada de envidiable —adujo—. Entre las principales empresas del Instituto, y de los hombres de letras en general, debería contarse la de mostrar la diferencia que existe entre su historia y la nuestra».[59] En su opinión, era César el único que se había distinguido por su carácter y sus hechos ilustres... y él no era emperador. El único título que quería Napoleón para sí, el único que pensaba permitir que figurase en el Arco de Triunfo, era el de emperador de los franceses.

Cuando Napoleón llevó por primera vez a María Luisa a París después de su boda, en 1810, Chalgrin pensó colocar en el lugar del Arco de Triunfo inacabado una maqueta de tamaño real hecha con madera y lienzo; pero tuvo problemas. Los quinientos trabajadores que empleó para ello convocaron una huelga y exigieron dos aumentos de sueldo. Si al principio se pagaban cuatro francos a los carpinteros, estos exigieron nueve y luego dieciocho... con éxito. Sin embargo, cuando pidieron veinticuatro, intervino Dubois, el *préfet de police*. Hizo arrestar a seis de los agitadores y cesaron con ello las exigencias.[60] Chalgrin encargó entonces un trampantojo al taller del pintor y diseñador Louis Lafitte. Este se sirvió de un buen número de ayudantes para crear en veinte días todo un conjunto de lienzos pintados. La maqueta ofreció a Chalgrin la ocasión de corregir fallos en sus planos del Arco de Triunfo. Murió el 21 de enero de 1811 después de completar todos los dibujos y las proyecciones del monumento.[61]

Napoleón fue a ver con frecuencia las obras del palacio de Chaillot con Fontaine, con quien tuvo varios encuentros tan reveladores como contradictorios. En una de sus visitas, se reunieron con el ebanista Georges Jacob, que había cumplido ya los setenta y se acercaba al fin de su existencia. Durante la Revolución, su amistad con David le había valido el encargo de confeccionar las sillas para el Comité de Salvación Pública durante el Terror. Se había jubilado en 1796 y había dejado a sus dos hijos varones al cargo del taller, que se conocería como Jacob Frères durante el Consulado y el Imperio. El negocio familiar prosperó hasta que murió uno de los hermanos en 1803. Entonces, Georges tuvo que reincorporarse para ayudar al hijo que le quedaba con vida a supervisar los numerosos encargos recibidos de la corona. Pese a la fama y al éxito de que gozaban sus muebles, Georges se hallaba, al decir de Fontaine, en la bancarrota. Napoleón le preguntó repetidamente en qué podía ayudarlo y el arquitecto no pudo menos de sorprenderse ante la sinceridad y la

persistencia del emperador.[62] En otra ocasión, Napoleón y Fontaine se reunieron con monsieur Nettement, propietario desde la Revolución del antiguo Couvent des Dames Sainte Marie. El emperador ensalzó la casa y el jardín que esperaba comprar para echar abajo. Cuando Nettement trató de elevar el precio de compra de su propiedad, en compensación, según dijo, por la pérdida del hermoso jardín de estilo inglés que tenía en el convento, Napoleón se negó en redondo e insistió en pagar lo mínimo.[63]

El calendario de Fontaine, desde la concepción de la idea del palacio del rey de Roma en Chaillot hasta el inicio de las obras, no llegó al año. Los planos a vista de pájaro que elaboró con Percier incluían terrazas, pórticos y fuentes que recordaban a los que servían para unir edificios y espacios diferentes en las villas romanas que habían estudiado.[64] Trabajaron en una serie de diseños después de que el emperador los animase a comparar y contrastar sus propuestas con otros palacios del presente y el pasado. Uno de los que publicaron representaba un vasto palacio rectangular sobre terrazas escalonadas que se elevaban desde la margen del Sena. En una de las terrazas centrales había dos fuentes enormes.[65] Otra variante mostraba una estructura que se elevaba directamente desde el río con una fachada italiana que recordaba a los *palazzi* venecianos. A medida que sus proyectos cobraban majestuosidad, Fontaine se dijo que Napoleón parecía tan ilusionado con aquel fantástico palacio como Percier y él.[66] La siguiente revisión del presupuesto lo aumentó hasta los veinte millones de francos, más otro millón que se destinó a la adquisición de tierras y demolición de cualquier edificio que estorbara.[67] Teniendo en mente la mala experiencia que habían tenido en Malmaison, Percier y Fontaine insistieron en la necesidad de integrar el palacio y sus jardines. Tanto estos como los edificios, recalcaba Fontaine ante el emperador, eran parte de un todo y debían ser diseñados por la misma mano.[68]

Llegado el 12 de abril de 1811, tras el nacimiento del rey de Roma y antes de su bautismo, los arquitectos habían hecho una maqueta de su propuesta que Napoleón había expuesto al público a fin de conocer su opinión.[69] Sentó a Fontaine a su mesa para discutir las críticas que habían expresado él y otros. Interrogó a su arquitecto sobre la existencia de restos de las viviendas de los emperadores romanos y él le explicó que las ruinas del monte Palatino y las de Tivoli y Espoleto parecían una colección de distintas clases de edificios más que una sola construcción majestuosa que respondiera a un proyecto coherente. Napoleón quiso saber entonces cuál era el palacio más hermoso del mundo. Fontaine, abochornado por tan poca refinada pregunta, trató de soslayarla con una respuesta prolija en la que enumeraba diferentes villas con sus pros y sus contras, hasta que, al fin, destacó el palacio Farnesio de Roma, que presentó como uno de los más imponentes, pero menos prácticos. Las residencias más grandes estaban en Alemania; las más vistosas, en Génova, y las más habitables, en Francia.[70] Al final de la conversación, el emperador pidió a su arquitecto que le construyera en los jardines de las Tullerías, en la

terraza cercana al río, un pabellón agradable y pequeñito en el que poder tomar el desayuno.

Junto con su deseo de ostentación pública y su sueño de poseer un palacio que superase a todos los demás que hubieran existido jamás, Napoleón sentía una necesidad intensa de intimidad. «Quiero alojarme dignamente —comentó a Fontaine—, pero no estaré nunca como la mayoría de los soberanos, cautivo e incómodo bajo el techo dorado de mi hogar».[71] Necesitaba contar con dos cosas en un mismo edificio: una morada digna de un cabeza de familia acaudalado, «con todas las ventajas de un particular que busca comodidad y libertad», y los salones de recepción y ceremoniales del representante de una gran nación. El arquitecto se dispuso a incorporar en los planos del palacio del rey de Roma los elementos que satisfarían estas necesidades. En el diseño definitivo, había un aposento privado doble que daba al jardín para el emperador y la emperatriz y un aposento público doble en la fachada principal.[72]

El 10 de diciembre de 1811, Napoleón salió a cazar de nuevo con Fontaine al Bois de Boulogne y le pidió que lo pusiera al día de todos los proyectos arquitectónicos, grandes y pequeños, que tenían entre manos en aquel momento y que iban desde el pabellón de Bagatelle hasta el conjunto palaciego de la colina de Chaillot. Fontaine le dijo que ya se habían dedicado doscientos mil francos en la primera fase de la creación de terrazas para el nuevo palacio. Se habían adquirido tierras y varias viviendas privadas. Para la siguiente fase habría que cercar toda la propiedad, construir las rampas que daban al río y plantar el nuevo parque. El emperador, impaciente como siempre, se quejó de la inconveniencia que suponía vivir en las Tullerías mientras aguardaba a tener lista su nueva residencia. Allí no había espacio para sus mapas ni para todo lo demás que necesitaba. Estaba pensando en construir una extensión de los jardines del palacio que lo acogía.[73]

A principios de 1812, Napoleón convocó a Fontaine para hablar con él después de comer. Debatieron sobre los planos del palacio del rey de Roma y, como siempre, el anfitrión se mostró muy crítico. El arquitecto hizo lo posible por desviar su atención hacia el parque, para el cual había que comprar aún varias propiedades privadas. Pidió un presupuesto de tres millones de francos para la primera fase, consistente en delimitar el terreno del palacio. Napoleón oscilaba entre la majestuosidad y la frugalidad. Le preocupaba que los edificios y jardines que encargaba no fuesen suficientemente regios, pero estudiaba hasta el menor detalle de los presupuestos y las hojas de balance con la intención de reducir costes.

La visita del emperador a Roma no dejaba de postergarse. Hizo planes para ir durante la primavera de 1812. En febrero de aquel año se dispuso el Jardin du Capitole entre el Foro y el Coliseo y comenzó el trasplante. Los árboles recién plantados formaron avenidas al instante.[74] Se acabó de despejar el Coliseo y entonces, el 21 de marzo, cuando empezaba a manifestarse la primavera en aquel extenso jardín nuevo, un grave terremoto dañó el

anfiteatro. Unos días más tarde, el prefecto Tournon calculó que el parque, que había costado ya 134.520 francos (y al que se habían asignado 100.000 anuales), exigiría el desembolso de otros 200.000 en 1812. Tenía un área total de 0,25 kilómetros cuadrados e incluía los monumentos más importantes de Roma.[75] Camporese y Valadier recibieron el encargo de presentar un proyecto razonado para seguir despejando el Foro hasta llegar a las cotas que tenía en la Antigüedad. Ya se habían demolido numerosas casas en torno al templo de Saturno y el Tabulario; pero seguían en pie otros edificios como graneros y almacenes.[76]

Si alguna vez llegaba al fin a Roma, Napoleón quería residir en un palacio tan magnífico como el que se estaba construyendo a orillas del Sena. El arquitecto italiano Raffaele Stern quedó al cargo de rediseñar el palacio del Quirinal sobre el monte Cavallo, residencia papal desde el siglo XVI.[77] Stern llegó a París para presentar sus planos y su presupuesto. Fontaine abrigaba cierto escepticismo acerca de ambos y lo cierto es que entre los dos arquitectos no faltaban la rivalidad ni la tensión.[78] Los rumores de que Napoleón iba a llegar por fin a Roma durante la primavera de 1812 dieron pie a una actividad frenética en el Quirinal. Las reformas incluyeron una nueva escalera colosal, así como una serie de pinturas de Felice Giani que representaban dioses tutelares y, en el techo del Gabinetto della Guerra, *El triunfo de la guerra*. Uno de los más decorativos de los nuevos frisos de escayola de los salones de Estado ilustraba el triunfo de César, con trofeos del campo de batalla, elefantes y un arco triunfal.[79] El principio rector del diseño de aquel palacio era la comparación del Imperio napoleónico y el romano a fin de trazar un paralelismo entre Bonaparte y los héroes de la historia de Roma, Julio César por encima de todos.

Tras el palacio del Quirinal, por encima de la Piazza del Popolo del monte Pincio, principal punto de entrada a la ciudad, se creó otro jardín nuevo. Antiguamente había habido en aquella colina jardines de gente adinerada, pero Napoleón dio órdenes de hacer un paseo público. En un decreto de 1811 se le asignó el nombre de Jardin du Grand César. El prefecto Tournon quería que las obras comenzasen el 15 de agosto, cumpleaños del emperador; pero estaba lejos de Roma, en París, asistiendo a su propia boda, y desde la distancia le era imposible imponer su voluntad.[80] Las obras del nuevo jardín empezaron al fin a finales de septiembre.[81] Los gastos fueron polémicos. En el presupuesto para 1812, el prefecto calculó que harían falta otros cincuenta mil francos para completar el proyecto. A esas alturas se había empleado ya a un millar de obreros para no pocos meses. El comisionado Martial Daru, que el año previo había sido nombrado ministro de la Guerra de Napoleón, protestó airado por semejante despilfarro. ¿Qué sentido tenía invertir cantidades así en un jardín cuyos árboles no iban a crecer con la rapidez necesaria para que lo disfrutasen sus contemporáneos? Podía entender que se despejasen los monumentos antiguos, pero ¿qué necesidad había de taparlos con cercas y plantas? El Jardin du Capitole se encontraba en una zona insalubre de la

ciudad a la que era difícil que quisiesen ir sus habitantes. El Jardin du Grand César estaba mejor ubicado, pero no por ello dejaba de ser, en opinión de Daru, un uso descabellado de los fondos públicos.

El arquitecto Valadier, quien hacía mucho que se había mostrado interesado en embellecer la entrada a la ciudad, fue el encargado de trazar los planos del Jardin du Grand César. Influido por Percier y Fontaine, incluyó elementos que no podían sino contar con su aprobación, como trazados geométricos de estilo francés, delimitados por setos vivos, estanques y las lomas de los jardines contiguos de los Borghese.[82] Dado que el monte Pincio se elevaba de forma tan marcada por encima de la Piazza del Popolo, Valadier unió los dos con unas elegantes escaleras interrumpidas por terrazas generosas. Berthault llegó de París para ayudar con algunas de las dificultades técnicas. Tournon, que había acudido a la capital para casarse, había pedido explícitamente que enviasen a Roma un arquitecto experto en obras de jardinería.[83] Temía a los arquitectos italianos, que tenían visiones grandiosas y poco miramiento por la economía. Berthault repasó con esmero los planos del Jardin du Grand César y recomendó conectar verticalmente las terrazas y desmantelar la cerca que separaba el parque de la plaza. En lugar de esta barrera marcada, se plantaron árboles alrededor del perímetro semicircular para desdibujar la separación entre el jardín y el espacio urbano.[84] La llegada de Berthault coincidió con la revelación de un escándalo relacionado con aquellas obras. Al final de cada jornada, se dejaba en blanco el registro de asistencia para que el subinspector Corvi lo rellenase a continuación inflando los números y reclamase así el salario de trabajadores que habían permanecido en sus casas a fin de reparar los daños sufridos en el terremoto reciente.[85] Los que sí acudían todavía a la obra se ausentaban en muchos casos después del descanso para el almuerzo, una vez que se les daba la escudilla de sopa que formaba parte de su paga.[86] Muchos eran ancianos, estaban enfermos o no tenían motivación alguna por causa de lo exiguo de los salarios, que a menudo sufrían atrasos mientras las autoridades de Roma esperaban la llegada de los fondos procedentes de París.

En París, Napoleón aprobó en 1812 un presupuesto descomunal para sus proyectos arquitectónicos.[87] Así y todo, también había empezado a prepararse para la campaña rusa, en la que esperaba derrotar al ejército del zar Alejandro y obligarlo a unirse al bloqueo comercial contra el Reino Unido. El 20 de enero pidió a Fontaine organizar las tiendas que necesitaba su hueste.[88] Al principio, la inminencia de la guerra no afectó a la participación del emperador en las obras del palacio de Chaillot ni en ninguna de las demás que tenía en marcha en París y Roma. En todo caso, su determinación de dejar a la posteridad monumentos que causaran impresión se hizo más marcada a medida que se aprestaba a volver al campo de batalla. Concluyó que los monumentos recién encargados salían más a cuenta que las restauraciones de los que ya existían, de los cuales poca gloria cabía esperar.[89] Fontaine coincidía con él, aunque pensaba que todo dependía mucho del monumento. Se mostró muy crítico con la estatua de un elefante de veinticuatro metros de

altura que se estaba erigiendo en la antigua ubicación de la prisión de la Bastilla para sustituir la fuente revolucionaria de la Regeneración. Hasta entonces solo se había concluido una maqueta de escayola bajo la supervisión de Denon, pero se habían puesto ya los cimientos y se tenía la intención de fundir cañones capturados en la batalla de Friedland a fin de hacer el descomunal paquidermo de bronce. Su desaprobación se fundaba en motivos estéticos, pues estaba convencido de que la imagen de aquel animal resultaría monstruosa.[90]

Napoleón salió de París en dirección a Dresde el 9 de mayo para unirse a su ejército. María Luisa lo acompañó hasta la ciudad sajona y envió al rey de Roma al castillo de Meudon con su aya, madame de Montesquiou. Mientras, a Pío VII lo llevaron preso a Fontainebleau, donde, triste y airado, tuvo ocasión de recordar su primera visita a aquel palacio, cuando, hacía ocho años, se dirigía a París para la coronación de Napoleón. El 24 de junio, el emperador cruzó el Niemen al frente de su Grande Armée e invadió Rusia. Indiferentes a la guerra, las obras del palacio del rey de Roma empezaron el 5 de agosto. La primera piedra se colocó el 15 de agosto, cumpleaños de Napoleón, el mismo día del ataque a Esmolensko, ciudad amurallada situada a trescientos sesenta kilómetros al sudoeste de Moscú. Fontaine no notó que se redujera el ritmo de construcción del proyecto de la colina de Chaillot hasta el año siguiente.[91]

Los franceses arrasaron Esmolensko. Los fuegos de la artillería destruyeron más del ochenta por ciento de sus edificios, lo que hizo huir a casi todos los habitantes. Murieron miles de soldados de uno y otro lado. Aunque no hay consenso sobre el número exacto, Napoleón trató de hacer ver que los franceses apenas habían perdido a setecientos hombres. Envió comunicados triunfantes y cartas a María Luisa en el mismo tono, pero la destrucción de Esmolensko lo dejó sin las provisiones que tanto necesitaba para su ejército. Tras una batalla sangrienta empeñada en Borodinó, siguió avanzando hasta Moscú y entró el 14 de septiembre en una ciudad desierta y sumida en el silencio. Había fuegos en las afueras y bolsas de humo negro en el horizonte cuando Napoleón ocupó el Kremlin, encantado de haber tomado posesión del célebre palacio de los zares. Puso un retrato del rey de Roma en la pared de su nuevo dormitorio, que tenía ventanas que daban al Moscova. Dio por sentado que los incendios estaban provocados por saqueadores y podrían dominarse. Para ello, ordenó a sus soldados que abatiesen a cualquiera que detuvieran con una tea. Aun así, poco después estaba ardiendo todo Moscú. La noche del 16 de septiembre, el intenso fulgor despertó a Saint-Denis, su ayuda de cámara. Contempló la ciudad desde el Kremlin. «¡Fue horrible! Imagínense una ciudad tan grande como París envuelta en llamas y lo que debe de ser contemplar semejante espectáculo durante toda la noche desde las torres de Notre-Dame».[92]

En el centro de Moscú hay un jardín botánico, el de los Boticarios, creado por Pedro el Grande con trazados simétricos, paseos largos y rectos de olmos y limeros apretados y un gran estanque. Algunas de sus plantas exóticas

procedían de los vergeles de los zares y otras se habían importado de Europa. En 1805, lo compró la Universidad de Moscú, que puso al frente a un director alemán, el botánico Georg Hoffmann, de la Universidad de Gotinga. Hoffmann había llegado a Rusia con la esperanza de escapar de las guerras napoleónicas. Jamás imaginó que pudiesen llegar a suelo moscovita.[93] Tras el incendio, escribió a la universidad diciendo: «No queda ni una silla, ni una banca, ni un solo instrumento». Con todo, algunas plantas sí sobrevivieron, entre ellas un alto alerce siberiano que había plantado Pedro el Grande en 1706. Hoffmann permaneció en Moscú tras la retirada de Napoleón y supervisó la reconstrucción del jardín.

En 1813 habían empezado a notarse en la primera ciudad del Imperio y en la segunda los efectos de la desastrosa campaña rusa. En Roma, Berthault presentó una serie de planos simplificados y mucho más modestos a fin de concluir el Jardin du Capitole. Otros proyectos tuvieron que postergarse o cancelarse antes incluso de haberse acometido. La construcción del Jardin du Grand César se detuvo y no volvió a retomarse hasta que Pío VII efectuó su entrada triunfal en Roma en 1814. Después de la derrota sufrida por los franceses en la batalla de Leipzig, en octubre de 1813, Napoleón cambió los planes que había hecho para el palacio de Chaillot para reducirlo a «un pequeño santuario, un retiro de convalecencia».[94] A principios de 1814, fue posible albergar una leve esperanza de que se recuperase la destreza militar del emperador. La primera aparición que hizo aquel año en un campo de batalla fue el 29 de enero, en Brienne, donde, si bien estuvo a punto de perder la vida, en la ubicación de su antigua escuela, las fuerzas de Prusia y Rusia, al mando del general Blücher, se retiraron al sur. Más tarde, sin embargo, Blücher se las compuso para unir su ejército al de sus aliados austríacos, a las órdenes del príncipe de Schwarzenberg. El 1 de febrero, en la batalla de La Rothière, derrotaron a los franceses con un tiempo gélido. Aquel mismo mes, Napoleón había empezado a hacer planes de evacuación del Gobierno de París y, a finales de marzo, el zar Alejandro había llegado a las colinas del Sena con un ejército de invasión. Cuando exigió la abdicación del emperador, el fantástico palacio a orillas del río se encogió hasta reducirse a un pabellón en un jardín. El proyecto definitivo quedó en un jardín inglés que incorporaría lo que se había llegado a completar de los cimientos del palacio inexistente del rey de Roma.[95] La construcción, muy cerca de allí, del Arco de Triunfo se detuvo en 1814, cuando el monumento apenas había superado los cinco metros de altura. «Le forum Napoléon», en el centro de París, quedó incompleto y el Louvre y las Tullerías siguieron sin unirse ni integrarse excepto por la inacabada Rue Rivoli.

Una mañana, la guardia mameluca del emperador vio irrumpir al rey de Roma en los aposentos de su padre en el palacio de las Tullerías. Napoleón abrazó y besó a su hijo antes de subirlo a su regazo cerca de las ventanas que daban a los jardines.

—¿De quién es ese jardín? —preguntó.

—De mi tío —dijo el pequeño.

El emperador le dio un tirón de orejas y dijo:

—Después de mí, será tuyo. Espero que tengas una buena herencia. —Con todo, a esas alturas no estaba ya muy seguro de lo que podría legarle.[96]

Capítulo 8
Los jardines de Elba

Un jardín del tamaño de mi mano.
Napoleón[1]

Durante la primavera de 1814, Napoleón se retiró a un rincón del palacio de Fontainebleau y se preparó para partir hacia sus nuevos dominios. Francia se había visto invadida doblemente: los ejércitos del Reino Unido, España y Portugal habían cruzado los Pirineos, y los de Rusia, Austria, Prusia y Suecia, el Rin. Tras la batalla de París, librada en las afueras de la ciudad entre el 30 y el 31 de marzo, se vio obligado a abdicar. Aunque, con arreglo a las condiciones dictadas por los aliados, podía haber elegido Corfú o Córcega, optó por exiliarse en Elba, la isla más extensa del archipiélago toscano. No tenía lazo alguno con Corfú y a Córcega, la isla en la que había nacido, que tan cerca estaba de Francia, lo unían demasiados. Pensó que, si elegía Elba, que tenía 22,5 kilómetros de largo por 10 de ancho, nadie podría sentirse resentido. Los Borbones, instalados de nuevo en el trono, no se sentirían amenazados si era emperador de Elba y tendría libertad para dedicarse a estudiar y reposar. Además, no sería digno de él ponerse a comparar una isla pequeña con otra, y un millar más o menos de súbditos no suponían diferencia alguna frente al esplendor que había perdido. El Tratado de Fontainebleau se firmó en París el 11 de abril de 1814 por representantes de Francia, Austria, Rusia y Prusia. Cuando Napoleón lo ratificó dos días después, en una habitación pequeña de sus aposentos privados del palacio de Fontainebleau, al lado de su cuarto de baño, hizo dos o tres arañazos sobre la mesa de patas en forma de garra y una melladura con el mango de la pluma.[2] Abdicó en calidad de soberano del Imperio francés y recibió el recién creado principado de Elba. María Luisa y él conservarían los títulos de emperador y emperatriz. Ella recibió además los ducados de Parma, Plasencia (Piacenza) y Guastalla. Su hijo, el rey de Roma, pasó a ser príncipe de Parma. El subsidio que recibía Josefina en calidad de exmujer del exemperador se vio reducido a un millón de francos. Napoleón, de hecho, percibiría de Francia dos millones anuales y pudo contar en Elba con una guardia de cuatrocientos soldados.[3]

A continuación, el palacio de Fontainebleau quedó desierto. Casi todos sus fieles generales, cortesanos y siervos abandonaron a Napoleón, quien, en cámaras vacías de paredes resonantes, miraba sin fuerzas diversos mapas de Elba y seleccionaba casi setecientos volúmenes de la biblioteca para llevarlos consigo: tratados de botánica y mineralogía que lo ayudasen a entender la flora, la fauna y la historia natural de la isla; libros de viajes como *Voyage en Suisse* (1790), traducción al francés de la obra de William Coxe; un volumen de números encuadernados de *Le Moniteur Universel* con el que ayudarse a escribir sus memorias; traducciones de clásicos latinos y griegos; libros de Voltaire, Rousseau y otros compañeros de exilio... A Louis Constant, uno de sus ayudas de cámara, que no tenía intención alguna de acompañarlo en el destierro, le dijo con sorna: «Prepara la carreta, que nos vamos a plantar coles».[4] Pasó mucho tiempo en el Jardín de Diana, sentado en un banco de piedra cerca de la fuente restaurada y su estatua de bronce de la diosa cazadora. La vista que tenía ante él estaba rematada por una estatua de Mercurio sobre un pedestal. En una ocasión estuvo tres horas en aquella postura, golpeando la gravilla con el talón hasta hacer un hoyo de un palmo de profundidad.[5] De cuando en cuando, oía ruedas de carruaje en el patio y preguntaba: «¿No ha vuelto Berthier?»; pero el mariscal Berthier, su jefe de estado mayor desde la campaña italiana de 1796, estaba ocupado haciendo las paces con Luis XVIII y preparándose para acompañar al Borbón en su entrada ritual a París. Una semana después de la abdicación del emperador, se llevó a cabo una ceremonia purificadora en la Place de la Concorde, donde habían muerto guillotinados Luis XVI y María Antonieta durante la Revolución.

La madrugada del 13 de abril, Napoleón había tratado de quitarse la vida.[6] Desde la campaña rusa, había llevado atada al cuello una bolsa diminuta de seda negra que contenía algo del tamaño de un diente de ajo. Algunos pensaban que se trataba de un amuleto, pero resultó ser un frasco de veneno, una mezcla de belladona, eléboro blanco y opio. A las cuatro de la mañana, pidió lumbre a otro de sus ayudas de cámara, un hombre llamado Hubert que se hallaba de guardia aquella noche, y se sentó a escribirle a María Luisa en bata y zapatillas. Hubert se retiró a la antecámara, pero dejó la puerta entornada y lo vio empezar tres veces su carta y quemar después lo que había comenzado. Entonces lo oyó echar agua en un vaso y removerla con una cuchara como si estuviera disolviendo algo. Napoleón pidió al criado que fuese a buscar al duque de Vicenza, al duque de Bassano, al gran mariscal Bertrand y al barón Fain, su *secrétaire archiviste*. Cuando llegaron, les dijo que, incapaz de sobrevivir a la deshonra de Francia, se había envenenado. Mandaron a buscar a un médico, el cirujano Alexandre-Urbain Yvan, para que le administrase un antídoto. Napoleón pasó la hora siguiente vomitando con violencia y a las seis de la mañana se sentía mejor. En cuanto le fue posible, se dirigió a la escalera de caracol exterior que llevaba al Jardín de Diana, donde pasó un buen rato paseando con los hombres de confianza a los que

había congregado cuando creía que se le iba la vida. En algún lugar del palacio, Marie Walewska, su amante polaca, aguardaba su visita. «¡Pobre! ¡Pensará que la he olvidado!», dijo al acordarse de ella por la mañana. Le escribió para tranquilizarla:

> Marie [...] los sentimientos que te impelen me conmueven hondamente. Son dignos de tu alma refinada y de la bondad de tu corazón. Cuando hayas puesto en orden tus asuntos, ¿querrías venir a tomar las aguas a Luca o a Pisa? Te veré con gran placer, a ti y a tu hijo, pues sabes que nunca han cambiado mis sentimientos para con él. Cuídate, piensa en mí con deleite y ¡nunca dudes de mí![7]

El coronel Campbell, oficial inglés al que el ministro británico de Asuntos Exteriores, lord Castlereagh, había encomendado la misión de acompañar al emperador venido a menos en su traslado de Fontainebleau a la isla de Elba, lo observó sin ser visto, «recorriendo con rapidez su aposento de extremo a extremo como un animal salvaje enjaulado».[8] Llevaba un viejo uniforme verde con charreteras doradas, pantalones azules y botas con la parte alta roja. Estaba sin afeitar y sin peinar, y tenía restos de rapé por todo el pecho y el labio superior. En la capilla de palacio, durante la misa matutina, se frotaba la frente con gesto nervioso y se mordía las uñas en un estado de gran agitación.[9] La ausencia de su esposa y de su hijo lo angustiaban tanto que Campbell lo vio llorar abiertamente al verse separado de ellos. Tras la abdicación, María Luisa se había llevado al rey de Roma a Rambouillet, castillo y parque cinegético situado a cincuenta kilómetros de París en el que la familia imperial había pasado varias temporadas en privado; pero su padre la había convencido poco después de salir de allí enseguida y viajar a Viena.

Días después de la partida de María Luisa, el artista Benjamin Robert Haydon, que viajaba por Francia y, a punto de cumplir los treinta, estaba obsesionado con Napoleón, encontró abandonados en el jardín del castillo el caballito balancín del rey de Roma y otros de sus juguetes.[10] El crío, desheredado de la noche a la mañana del Imperio que había perdido su padre, había sido interrumpido en pleno juego para llevárselo. El propio Haydon había pasado su infancia en Plymouth jugando con guillotinas de juguete que hacían con hueso y vendían los prisioneros de guerra franceses.[11] De camino a Rambouillet, hizo que el cochero se detuviera para llevar a un granadero de diecinueve años. El joven le contó que lo habían herido en la batalla de Chaumont y era el único de una unidad de sesenta reclutas de su ciudad natal de Chartres. «Si Bonaparte hubiese reinado más tiempo, habría asesinado a todo el mundo y luego les habría hecho la guerra a los animales», declaró el soldado.[12] Sin embargo, pese a toda su crueldad, pese a las matanzas, Haydon no podía evitar sentirse fascinado por el emperador caído. En Rambouillet le enseñaron el «cuarto de descanso secreto» de Napoleón, una estancia privada pequeña con un sofá de satén situado bajo un hueco abovedado decorado con representaciones de las batallas de Austerlitz, Marengo y Friedland, además de otras victorias. Al entrar, Haydon se echó a temblar y se sintió en contacto con el alma de Napoleón. «Aquí se retiraba cuando estaba extenuado [...]

[E]ste era su rincón privado, secreto, sagrado, pintado y dispuesto siguiendo sus propias instrucciones y para su propia gratificación particular [...] [A]quí yacía con la luz tenue del crepúsculo y se deleitaba con sueños de dominación y visiones de conquista».[13]

Al salir de Fontainebleau la mañana del 20 de abril, Napoleón pidió a sus portaestandartes que dieran un paso al frente para poder abrazar el águila, el emblema bajo el que habían acudido sus soldados al campo de batalla... y bajo el que habían muerto en muchos casos. Sus hombres inclinaron el estandarte hasta dejar a su altura el remate y él lo abrazó tres veces con gran emoción. Todo el que fue testigo de la escena lloró. A ancianos, guardias, soldados y aun oficiales extranjeros les caían lágrimas por las mejillas. Envuelto en gritos de *Vive l'empereur!*, subió al carruaje, bajó la ventanilla, casi ahogado por sus sentimientos, y emprendió su viaje a Elba. Más tarde, los oficiales que había entre el gentío rompieron sus espadas y renunciaron a sus cargos.

El día antes de zarpar de Fréjus a bordo del *HMS Undaunted*, buque de guerra británico engalanado como para recibir a un monarca, escribió desde Le Chapeau Rouge, el único hotel del municipio, al general Dalesme, comandante de Elba:

> Habiéndome llevado las circunstancias a renunciar al trono de Francia y sacrificar mis derechos en aras del bien y los intereses de la patria, me he reservado la soberanía y la propiedad de la isla de Elba [...] Envío, por ende, al general Drouot con el fin de que le entregue sin dilación el mando de dicha isla, incluidos sus arsenales y sus provisiones de boca, así como todas las propiedades que pertenecen a mi dominio imperial. Comunique a los habitantes el nuevo orden de cosas y hágales saber que he elegido la isla como residencia porque conozco la bondad de su carácter y la excelencia de su clima. Siempre serán objeto de mi más vivo interés.[14]

El puerto de Fréjus era el mismo que lo había visto desembarcar al regresar a Francia desde Egipto en 1799. Si entonces se encontraba en los primeros estadios de su espectacular ascenso al poder, ahora, pese al tono autoritario empleado con el general Dalesme, había perdido su imperio. Allí, a la intensa luz de la luna, lo aguardaban un regimiento de caballería bajo los árboles y la multitud que se había congregado para despedirse del emperador destronado. Mientras subía a bordo, conversó educadamente con los tripulantes que hablaban francés. El capitán del barco era Thomas Ussher, oficial angloirlandés de la Armada Real a quien Castlereagh había dado instrucciones de trasladarlo a Elba y esperar allí con él hasta que arribasen los buques ingleses que los seguirían con los soldados, los caballos, los carruajes y el equipaje del destronado. Al partir de Fréjus, los cañones del *HMS Undaunted* dispararon una salva real pese a estar prohibido hacer tal cosa después del ocaso. Napoleón volvió la espalda a Francia. «Los muertos son los únicos que no regresan», sentenció. ¿Recordaba la procedencia de aquella frase de infausta memoria? Se había originado durante el Terror revolucionario, en la firma de la orden de ejecución de Luis XVI y en un informe destinado al Gobierno revolucionario sobre las muertes en la guillotina que se estaban

produciendo de forma regular en la plaza de la Concordia en 1794.[15] Tal vez al apropiársela estuviese aceptando su suerte, pues, de hecho, a veces se refería a sí mismo como un «muerto» en Elba.[16] También podría ser que se hubiera aferrado a la posibilidad de regresar a Francia y a su antigua gloria. Nadie había hecho más que él, a su ver, para restañar las heridas de la Revolución. Sin embargo, en ese momento se encontraba desterrado del país al que había salvado.

Semanas antes de su llegada a Elba, en la plaza del pueblo de Marciana habían quemado una efigie suya y destrozado banderas tricolor, y al comandante local francés lo habían abatido y descuartizado en Porto Longone. Los de la isla, aislados del comercio y las noticias por los bloqueos, no sabían nada de la paz que se había negociado en París. El general Dalesme reprimió la revuelta contra los franceses con eficacia brutal: mató a tiros a los rebeldes y mandó sus armas al continente. Aun así, en la región occidental de Elba había insurgentes que no estaban dispuestos a rendirse. Además, la isla estaba en cuarentena por el temor a que la peste, que había cobrado gran virulencia en Malta, hubiera llegado a sus costas. Antes que Napoleón, llegaron el 27 de abril los británicos con información de la caída de París y la abdicación del emperador. Durante una semana aproximada, nadie de Elba tenía la menor idea de si el gobierno de la isla recaería sobre los británicos o sobre los franceses. Cuando, el 4 de mayo, desembarcó Napoleón en Portoferraio, resultó que la respuesta no estaba en unos ni en otros.[17]

Tardó cinco días en llegar a Elba. El *HMS Undaunted* puso rumbo a la costa ligur y Napoleón contempló, casi sumido en un trance, los Alpes y la descomunal altura que presentaban desde el nivel del mar, encandilado por los recuerdos que guardaba de la ocasión en que los había cruzado con su hueste en 1800. Se declaró una tempestad y el buque tuvo que mudar su derrotero para dirigirse a Córcega. Durante el viaje, los marineros cosieron banderas nuevas para Elba. Napoleón eligió un antiguo diseño toscano, consistente en una banda roja en diagonal sobre campo blanco, y añadió tres abejas doradas sobre el rojo. Cuando el barco arribó a Portoferraio, sobre las fortificaciones de la ciudad ondeaban ya dos banderas. Hubo salvas de cañón en el momento en que desembarcó ceremonioso el antiguo emperador vistiendo el uniforme de los cazadores de su guardia, con el añadido de una escarapela con los colores de Elba en el bicornio. Lo recibió una multitud llegada de todas las partes de la isla. Hasta los marinos británicos lo despidieron entre vítores desde las cubiertas del buque. Tan pronto puso pie en tierra firme, el alcalde, el signor Pietro Traditi, le entregó las llaves de Elba sobre bandeja de plata. Bajo palio, se dirigió a la catedral, donde el coro estaba cantando un *Te Deum*. No era Notre-Dame, pero menos da una piedra. Si en el apogeo de su trayectoria había enviado a administradores novatos a Elba y reservado las ganancias de sus minas a los huérfanos de sus soldados caídos, en ese momento todo su reino se reducía a aquella islita.

Aquella primera noche en Elba, Napoleón durmió en su catre de campaña en los aposentos del segundo piso del ayuntamiento que le habían asignado como residencia provisional. Eran las mismas habitaciones que habían ocupado hacía una década el general Joseph-Léopold Hugo y sus tres jóvenes hijos, el menor de los cuales era Victor, el futuro novelista.[18] Estuvo inquieto toda la noche y se propuso de inmediato buscar un alojamiento permanente más adecuado. Las colinas de la isla estaban cubiertas de vegetación exuberante, granados, naranjos y limoneros en flor, madreselvas, vides y olivos. Aquel lugar ofrecía toda clase de frutos, incluidas castañas, almendras, higos, nueces e higos chumbos. La región tenía buenos vinos y abundaba en peces, volatería y aves de corral. El aire estaba perfumado por plantas de romero, jara pringosa y acíbar. Avanzado el siglo XIX, visitó Elba un profesor alemán de Berlín con la intención de estudiar sus recursos naturales. Si Elba estuviera en Prusia, pensó, la convertirían en una gran escuela peripatética capaz de ofrecer lecciones inagotables a los naturalistas.[19] Sin embargo, no había residencias grandiosas. Nada de lo de allí podía compararse a Malmaison, y mucho menos a ninguno de los palacios que había ocupado Napoleón en Francia.

El Tratado de Fontainebleau le permitía disponer de una fuerza de cuatrocientos hombres para proteger Elba. En realidad, fueron quinientos sesenta y seis los soldados selectos de su Guardia Imperial que lo siguieron a su destierro. Se sumaron a un batallón de granaderos, corsos en su mayoría, y a cierto número de gendarmes locales. En total, acabó al mando de un millar de gentes de armas en la isla.[20] Mientras llegaba la Guardia Imperial, mandó convertir en establos los almacenes atuneros. El antiguo monasterio franciscano y Forte Stella se transformaron en barracones. Aguardó nervioso a sus tropas, escrutando el horizonte a cada paso por si veía aproximarse cualquier embarcación. A fin de distraerse, se puso a recorrer su nuevo reino de cabo a rabo. El 6 de mayo, cuando hacía solo dos días de su llegada, fue a visitar la mina principal, sita en la localidad de Rio Marina. De ella se había extraído mineral de hierro desde tiempos de los antiguos etruscos. Durante su visita, hubo una explosión controlada durante la cual tomó una pizca de rapé antes de dirigirse con calma a la iglesia local, donde se cantó otro *Te Deum* en su honor. Dado que Elba no tenía combustible con el que fundirlo, el hierro de la mina se exportaba. En ella trabajaban en aquel momento cuatrocientos hombres con cien caballos y bueyes. El encargado recibía quince mil francos anuales, y los mineros, un franco y veinte céntimos diarios.

Antes de la llegada de Napoleón, los habitantes de Elba pagaban tributo al Gran Ducado de Toscana en Piombino. Los consejos municipales de la isla determinaban la manera en que debía recaudarse, pero, por causa de la guerra, el último año no se habían percibido impuestos.[21] Él impuso de inmediato una tasa directa en toda la isla y una fecha límite para satisfacer los impagos. Sabía que la medida estaba llamada a ser impopular, pero sus finanzas lo exigían. El arcipreste Bartolini, del modesto municipio de Capoliveri, tuvo la

osadía de preguntar en una reunión del consejo: «¿Quién es ese Napoleón para darnos leyes? ¿De dónde viene?». El aludido no tardó en ir a visitar Capoliveri y hacer de Bartolini uno de sus consejeros. Una multitud de vecinos, incluidos niños pequeños, observó al nuevo gobernante procesionar por la ciudad bajo palio ceremonial. A continuación, se pagaron los impuestos.[22] Los ingresos fiscales adquirieron una importancia vital para él cuando Francia se negó a pagar su prestación de dos millones de francos anuales, con lo que, al margen de aquellos, no le quedó más recurso que su riqueza personal, a la que seguía teniendo acceso en el exilio.[23]

Napoleón eligió la Villa dei Mulini como residencia principal en Elba e hizo que se le cambiara la denominación por la de Palais Impérial des Mulini.[24] Estaba situada al pie de los muros de Forte Stella, en lo alto de un acantilado con vistas al mar y al puerto. Recibía el nombre de los dos molinos de viento que había en las inmediaciones, que estaban ya medio en ruinas a su llegada. Sus aposentos se hallaban en el piso bajo de aquel edificio de dos plantas, de cara al jardín, que deseaba rediseñar y mejorar. Paolo Bargigli, profesor de la Academia de Bellas Artes de Carrara que había trabajado a las órdenes de Elisa, hermana de Napoleón y gran duquesa de Toscana, fue nombrado arquitecto. A él fue a sumarse Vincenzo Antonio Revelli, pintor y decorador que acudió de Turín para colaborar en el proyecto. Napoleón se mudó a finales de mayo, aunque la reforma no estuvo lista hasta septiembre. Después de que, a primera hora de la mañana del 27 de mayo, desembarcasen sus soldados, hizo ayudar a los granaderos y cazadores que no se hallasen de servicio. Estos echaron abajo los hornos que había cerca de la casa, usados en otro tiempo para calentar al rojo vivo las balas de cañón antes de dispararlas y las casetas que alfombraban la planicie superior de la colina de Portoferraio. El trabajo era arduo y los soldados no dudaron en negociar con él para lograr gratificaciones.

Aunque la Villa dei Mulini era una construcción pequeña y discreta, no dejaba de contarse entre las mejores de la isla. Antes de la reforma de Napoleón, consistía en dos alas de dos plantas empleadas como barracones y conectadas por un edificio de un solo nivel. Él añadió a esta estructura central una gran sala de visitas a la que otorgó una altura ligeramente mayor que la que presentaban las dos laterales. Se convirtió en la mejor parte de la residencia, la única majestuosa, desde la que, además, era posible ver el mar por ambos lados. Tenía la esperanza de que su esposa y su hijo pudiesen mudarse a vivir allí. Asimismo, convirtió el edificio a modo de granero contiguo a la casa en un teatro de dimensiones reducidas. Había llevado consigo al destierro los primeros volúmenes de la *Description de l'Égypte* y no dudó en sacar de ellos varias láminas para enmarcarlas y colgarlas en las paredes.[25] Aun así, en Elba escaseaba tanto el cristal de buena calidad que resultó imposible dar con piezas lo bastante grandes para cubrirlas y hubo que usar dos en cada marco.[26] La decoración del cuarto de baño consistió en una serie de pequeños grabados italianos a color de los dioses paganos según la

descripción de Ovidio.[27] Fuera no tardó en disponer de una hermosa terraza desde la que oír las olas que rompían contra la costa sesenta metros más abajo.[28] Hizo diseñar el jardín con el estilo geométrico que siempre había sido su favorito. La entrada estaba delimitada por dos pilastras rematadas en sendos jarrones de alabastro en cuyo interior podían colocarse luces por la noche.[29] Las plantas sometidas a poda ornamental incluían una gran N hecha con heliotropos, especie con la que lo unía un vínculo especial por ser la que había elegido Josefina como emblema, junto con el lema *Vers le Soleil*, cuando estaban aún casados.[30] Le gustaba recordar, estando en Elba, que en el pasado había sido digno de que lo comparasen con el Rey Sol. Pese a la escasez de cristal, consiguió añadir al conjunto un invernadero en el que propagar las plantas necesarias para su nuevo jardín. En la trasera de la vivienda había una senda marcada y bordeada por un pequeño parapeto donde hacía ejercicio caminando arriba y abajo a paso ligero mientras comprobaba con su telescopio si llegaban barcos al puerto que tenía a sus pies. Había clavado toscamente varias tablas a fin de apoyar dicho aparato o, en ocasiones, un libro. Su otra diversión era un mono llamado *Jénar* que le encantaba y al cual se veía a menudo jugando en el jardín.[31]

Eligió de jardinero a Claude Hollard, que había visitado Fontainebleau en 1807 con la intención de cobrar el dinero que se le debía de la temporada en que había ejercido de administrador portuario protegiendo los intereses franceses en Breskens (Flandes Occidental).[32] Estando allí, entró en contacto con gente muy influyente y obtuvo una oferta laboral para cuidar el jardín de la hermana de Napoleón en Piombino. Elisa Bonaparte quedó impresionada con su talento a la hora de cultivar verduras y otras plantas y en 1810 lo ascendió a director del Parque Real de Piombino. En 1813, después de adquirir el título de gran duquesa de Toscana, lo obsequió con una heredad. Estaba disfrutando de tan favorables circunstancias, tan beneficiosas para su salud, cuando hubo de acudir a Elba a fin de ayudar a Napoleón en su pasatiempo favorito. Juntos, plantaron flores y arbustos mediterráneos, albaricoques, cerezos, manzanos, perales, cidros y melocotoneros. Napoleón, que adoraba los cítricos, hizo transportar desde Nápoles ciento cincuenta naranjos y cincuenta limoneros para plantarlos en la Villa dei Mulini. También estaba resuelto a importar moreras de varias partes de Italia. Dada la importancia que habían cobrado estos árboles en cierta etapa de su vida, cuando cuidó del malhadado vivero corso que arruinó a su familia tras la muerte de su padre, puede considerarse que fue una elección extraña. Con todo, su carácter tenaz hace pensar que quizá, en cierto modo, deseaba sustituir los malos recuerdos por otros buenos. También podría ser que tuviese predilección por las moreras y estuviera convencido de que podían prosperar en Elba.

Hollard pasó mucho tiempo con Napoleón, cuyos aposentos daban al jardín. Una mañana, el jardinero se levantó temprano para sorprenderlo escribiendo sobre el césped los nombres de todos los componentes de la familia imperial

con macetitas de flores dispuestas de manera estratégica. Él también se levantó temprano y salió al jardín antes de que hubiera tenido tiempo de acabar. Se mostró encantado, aunque, con su proverbial atención a los detalles, señaló que faltaba Hortensia, la hija de Josefina. Hollard sacó de inmediato un cesto de flores y escribió el nombre que no había tenido tiempo de escribir aún. Napoleón le dio un tirón de orejas y le dijo en tono afectuoso: «¡Todavía tiene que llegar el día en que te encuentre un fallo!».[33] Tal ocasión se daría aquel mismo año, cuando repasaba las cuentas de septiembre. Cuando escribió al gran mariscal Bertrand para quejarse con todo lujo de detalles de un gasto excesivo, los jardines figuraban en lo más alto de su lista: «Reprenda al jardinero por emplear a tres hombres durante todo el mes para trabajar en un jardín del tamaño de mi mano y a once granaderos para descargar unas cuantas carretadas de tierra».[34] Desaprobaba la cantidad de dinero que se había destinado a adquirir tepes en lugar de optar por semillas de césped, solución más barata. En su opinión, el jardinero tendría que haber negociado con los granaderos un pago por metro cúbico de tierra trasladado y haberles asignado el número necesario de carretas para tenerlos ocupados en todo momento. No le hacía ninguna gracia estar pagándoles para que estuviesen de brazos cruzados. Calculó que mover el resto de tierra no debería costar más de ochenta francos. Además, para el resto de las labores de cava que habría que hacer en el jardín, era conveniente buscar un acuerdo entre los granaderos y los ingenieros a los que había contratado en calidad de diseñadores. Según sus estimaciones, harían falta otros cuatrocientos francos, de modo que pensaba destinar al jardín un presupuesto de cuatrocientos ochenta para el mes de octubre, a los que habría que sumar seiscientos más para la construcción de establos. «En esta región es imposible hacer las cosas a la misma escala que en París», recordó a Bertrand, como si el gran mariscal no hubiese notado ni entendido la marcada disminución que había sufrido el Imperio de su señor.

Cada mañana, al salir de su casa, acompañaba a Napoleón un toque de tambores. A principios de junio, sin embargo, dejaron de oírse. Guardaron silencio tres días consecutivos, durante los cuales ninguno de los vecinos de Portoferraio vio a su emperador. Solía hacer ejercicio a diario y, de pronto, se detuvo: había sabido de la muerte de Josefina por los diarios que llegaban a la isla. Su antigua esposa había fallecido en Malmaison el 29 de mayo, probablemente de neumonía. Se decía que sus últimas palabras habían sido «Napoleón» y «Elba». En la última carta que había escrito a su exmarido, se había ofrecido a compartir su exilio, a condición de que le asegurase que María Luisa no iría a unirse a él. Josefina había sido la esposa de su juventud y la que lo había acompañado en su ascenso al poder. Al llorarla, estaba llorando, al menos en cierta medida, por él mismo.

Napoleón salía a menudo a dar paseos nocturnos por su jardín y disfrutar del fragante aire fresco y el sonido de las olas que rompían por debajo de la terraza. A veces lo oían cantar, repitiendo desentonado las mismas frases una y otra vez: «Si me hubiera dado el rey París, su gran ciudad...», o «Que me

devuelvan París...». La Revolución seguía ocupando sus pensamientos y uno de sus estribillos decía: «Marat, vengador del pueblo». Aunque tampoco faltaban letras como: «Ya está hecho; me voy a casar», o «Es de día y Colette no viene». Cabe la compasiva interpretación de que no prestaba atención a lo que cantaba mientras su mente se centraba en otros pensamientos; pero también es posible que estuviera empezando a perder la cabeza y entonase a duras penas cosas sin sentido en mitad de la noche, sin importarle quién podría oírlo. «Daba la impresión de estar instando a la noche a concluir mientras esperaba impaciente la luz del sol», comentó su ayuda de cámara Marchand.[35]

Napoleón no podía permitirse las ambiciosas mejoras que proyectaba introducir en Elba. Además de remozar su residencia en la Villa dei Mulini, pretendía financiar nuevas carreteras, establos, un hospital, un centro de cuarentena y un sistema destinado a bombear agua de mar para salvar el acantilado y hacerla llegar a su nuevo jardín. Su hermana favorita, la princesa Paulina, llegó a Portoferraio a visitarlo brevemente en una fragata napolitana llamada *Principessa Letizia*. Se había recuperado de la enfermedad que le había impedido viajar a Elba aquel mismo año y se alojó en los aposentos que había dispuesto su hermano en la Villa dei Mulini. Sin embargo, aún no habían acabado las obras en aquel edificio cuando Napoleón decidió que necesitaba una segunda residencia más adentrada en el campo. Pidiendo dinero prestado a su hermana, que vendió algunos de sus diamantes para ayudarlo, compró tierras con viñedos cerca de San Martino, en la carretera de Marciana, a unos diez kilómetros de Portoferraio. Recurrió de nuevo al arquitecto Paolo Bargigli y el pintor Vincenzo Antonio Revelli para trazar los planos de otra construcción a la que asignó el presupuesto provisional de un millón de francos. Recibiría la denominación de Saint-Cloud en memoria del retiro rural de las afueras de París en cuya *orangerie* se había hecho con el poder en 1799. El lugar elegido se hallaba a mitad de camino hacia la cumbre de una montaña empinada, con robledales de fondo y una hermosa vista panorámica. Pese al calor, acudía a diario al lugar a caballo o en carruaje, escoltado por una guardia de lanceros polacos que habían viajado con sus monturas desde Parma para unirse a él en Elba. «Será —comentó con sorna a uno de sus ayudantes— la casa de un rico burgués con unas rentas de quince mil libras anuales».[36]

La residencia de San Martino era más modesta aún que la Villa dei Mulini. Tenía cuatro paredes exteriores encaladas, tres ventanas a cada lado de una puerta angosta en la planta baja y siete en la primera, situada al mismo nivel que el jardín trasero por causa de la marcada pendiente del terreno. Napoleón pobló el vergel, que ofrecía una vista espectacular, con árboles diversos como robles, moreras y acacias. Plantó personalmente un olmo mediterráneo. Dentro de la casa, Revelli decoró el salón central con un trampantojo de columnas, jeroglíficos y frescos inspirados en la *Description de l'Égypte*. El cuarto de baño también estaba adornado con una vista panorámica de

elementos egipcios: pirámides, la Esfinge, obeliscos y templos.[37] En otras estancias, los falsos casetones del techo estaban ornados de abejas doradas y estrellas de la Legión de Honor, perlas y coronas de laurel. La sala de visitas tenía un trampantojo de colgaduras en las paredes y, en el techo, un dosel con un par de palomas pintadas en el centro que sostenían con el pico una cinta azul con una lazada. Esta última imagen representaba el vínculo amoroso entre Napoleón y María Luisa, que, pese a la distancia, seguían estando muy conectados. Con todo, a medida que las semanas se convertían en meses, se fue haciendo evidente que su esposa y su hijo no acudirían a compartir con él su exilio.

La entrada de la residencia de San Martino estaba custodiada por una joven de apenas veinte años llamada mademoiselle Durgy, aunque él se refería a ella como «mi loca». Ella le profesaba una devoción fanática y no tenía ingreso alguno hasta que la empleó en su casa de campo. Tenía una imaginación extraordinaria y escribía poemas en loor del emperador de Elba. Cada vez que visitaba la residencia, la oía recitar sus estrofas en el jardín.[38] La compañía femenina, que a veces había desdeñado en el pasado, se volvió particularmente valiosa para él. La presencia de su hermana Paulina lo impulsó a mejorar cuanto lo rodeaba y a consagrar su tiempo y sus energías a los numerosos proyectos de construcción que había emprendido en la isla. Cuando, el 2 de agosto, llegó su madre a Portoferraio escoltada por el coronel Campbell a bordo del *HMS Grasshopper*, la besó varias veces y le secó las lágrimas de gozo que le produjo el reencuentro.[39] Las condiciones del Tratado de Fontainebleau le garantizaban una asignación anual de trescientos mil francos y, aunque se había mudado a Roma, decidió sumarse al exilio de su hijo. Él dispuso una residencia independiente para ella en la Casa Vantini, cerca de la Villa dei Mulini, y pasaba tardes jugando con ella a las cartas. Era la única persona que se atrevía a reprenderlo o a hacerle trampas.

Durante sus primeros días en Elba, Napoleón había puesto en conocimiento del capitán Ussher sus planes de ocupar la isla vecina de Pianosa. Se divertía imaginando la reacción de las potencias europeas al recibir la noticia de que sus hábitos de expansión territorial no se habían aplacado con su abdicación. Pianosa es una islita llana y triangular situada a catorce kilómetros al sudoeste de Elba, la quinta en extensión del archipiélago toscano. Por sus lecturas de Tácito, Napoleón sabía que el emperador romano Augusto había desterrado allí a su nieto Marco Agripa Póstumo en 7 d. C.[40] Este vivió unos siete años en la isla antes de que lo asesinaran, pero los restos de su villa, sus baños termales y su teatro aún no se habían descubierto cuando Napoleón reclamó Pianosa como una extensión de su Imperio insular. En 1810, las fuerzas británicas habían invadido la isla y destruido la fortaleza de Teglia. Napoleón dispuso una guarnición y mandó restaurar el fortín. Hizo todos aquellos planes como si estuviera emprendiendo una gran campaña militar. «Vaya a Pianosa —dijo a su oficial— con un destacamento de tantos hombres y ocho piezas de

artillería. Instalen baterías y disparen a todo el que se presente». Entonces, entre risas, se volvió hacia el capitán Ussher y añadió: «¡Europa va a pensar que ya he logrado una conquista!».[41] Daba por sentado que la superficie llana y poco elevada de Pianosa resultaría más sencilla de regar que la montañosa Elba y esperaba que fuera posible cultivar maíz con el que alimentar a sus soldados. Tenía la intención de sembrar bellotas que se convertirían en altos robles, huertos de cítricos y viñedos. La realidad no llegó nunca a estar a la altura de la grandiosa visión que había abrigado para aquel lugar. Pianosa era poco menos que un desierto habitado por caballos salvajes.

El 27 de junio fue en visita oficial a ver la recogida de las redes de atunes. La pesca de esta especie constituía una de las fuentes de ingresos más importantes de Elba y un deporte nacional. La almadraba de Portoferraio gozaba de una gran antigüedad y había experimentado una notable resurrección en 1585 gracias al gran duque Francisco I. Cuando el mar estaba en calma, se disponían las redes en la bahía a fin de atrapar los atunes que acudían a Elba desde lugares remotos del Atlántico. A fin de alentar a los peces a no detenerse al llegar a las redes, los pescadores arrojaban al agua cantidades ingentes de tierra que hacían que aquellos enormes animales se introdujeran más aún en la trampa que les habían tendido. Una vez dentro, los hombres los arponeaban y teñían así de rojo el agua del mar. Luego, canturreaban mientras tiraban rítmicamente de las redes para embarcar el pescado en las gabarras. Cuando Napoleón quiso probar, eligieron para él un ejemplar de gran tamaño. El jardinero Hollard, que observaba la escena, pudo ver que el emperador de Elba no tenía la fuerza necesaria para sacar el atún del agua. Con todo, era tal el júbilo general —chiquillos que saltaban al agua para intentar coger los peces más pequeños que habían quedado atrapados con los atunes, embarcaciones repartidas por toda la bahía, cuyas aguas centelleaban al sol...— que Napoleón, entre carcajadas, restó importancia a aquella humillación menor. Aun así, el episodio constituyó un recordatorio muy público de que su fuerza física se hallaba en decadencia, no tan marcada como su poder político, pero sí lo bastante para que él y cuantos lo rodeaban no lo pasaran por alto. Tenía ya cuarenta y cuatro años, el rostro cetrino y los ojos hundidos, y estaba ganando peso y perdiendo pelo.[42]

Estaba inquieto y no dejaba de trasladarse de una residencia a otra ni de emprender nuevos proyectos arquitectónicos a fin de distraerse y olvidar la realidad del exilio y la conciencia de que apenas tenía nada en lo que ocuparse. Se había esfumado su poder, su mujer y su hijo estaban ausentes y su economía estaba bajo presión pese a la vida de restricciones que llevaba. Sin embargo, cada uno de sus proyectos lo acercaba más a la naturaleza, a escenarios más remotos y más majestuosos de manera natural. En el lado opuesto de la bahía, enfrente de Portoferraio, se encuentra una montaña de altos picos llamada Volterraio rematada por una fortaleza en ruinas de tiempos de los antiguos etruscos. Entre los siglos XIII y XIV experimentó diversas ampliaciones y sirvió de refugio a los vecinos de Elba cuando su isla

se vio atacada por piratas turcos u otros invasores. Napoleón ascendió la montaña para visitar aquellos muros antiguos. Lo acompañaban el capitán Ussher, un nativo llamado M. Lapi, que más tarde se erigiría en gobernador de la isla, y un guía local que conocía bien la montaña. Poco antes de llegar a la entrada de la fortaleza, se detuvo en la iglesia, tan pequeña que no cabían en ella más de veinte personas. Se dio cuenta de que, a esa altura, un sacerdote podía decir lo que le viniese en gana. Para él, la religión había sido siempre una cuestión práctica, un medio de garantizar el poder político secular; pero saltaba a la vista que, en un lugar tan remoto, a casi cuatrocientos metros sobre el nivel del mar, los predicadores se hallaban al margen de toda dominación estatal. Grabó la fecha de su visita en una piedra y la dejó en la iglesia, donde permaneció hasta que en 1848 la retiraron los revolucionarios. En la cumbre, desde los muros a medio derruir de la fortaleza, apenas resultaba visible Portoferraio. A su alrededor se extendían valles fértiles y colinas distantes, sin nada que interrumpiese el silencio aparte del canto de los pájaros.

Napoleón visitó muchas de las iglesias de Elba. fue a la de Madonna delle Grazie de Capoliveri y admiró una hermosa representación pictórica de la Virgen que veneraban los isleños. Era obra de un alumno de Miguel Ángel llamado Marcello Venusti, pero muchos la atribuían al mismísimo maestro renacentista. También fue a conocer el santuario de la Madonna del Monte, en Marciana, rodeado de imponentes castaños, los más grandes de la isla. Aquel árbol era una fuente nada desdeñable de sustento y de ingresos. Su exuberante follaje verde oscuro le ofrecía una sombra muy acogedora mientras ascendía por la montaña, observando el azul del cielo y del mar sobre su cabeza y bajo sus pies. La fachada del santuario estaba decorada con frescos del siglo XIII, uno de los cuales representaba a la Virgen de la Asunción mirando a las alturas. Cuando Napoleón la visitó, advirtió una casita situada al lado de la capilla ocupada por dos eremitas. Tenía solo cuatro habitaciones y paredes frágiles, pero su ubicación era hermosísima. Entre los árboles que le daban sombra se incluía una higuera cuyas ramas habían crecido hacia abajo y arraigado en el suelo, de tal manera que había quedado rodeada por un círculo de higueras más pequeñas.[43] Napoleón supuso que aquel lugar debía de ser magnífico durante una tormenta. Movido por un impulso, decidió adquirir otra casa de verano y los eremitas dejaron su vivienda para complacerlo. Cerca de la capilla, mirando a la puerta principal, había una fuente semicircular de diseño clásico de la que manaba un abundante venero de agua clara procedente de la ladera que desaparecía en el castañar. Aquel lugar aislado le encantaba. Disfrutaba comiendo al resguardo de sus árboles. Los lirios del valle, los heliotropos y las violetas aromaban la sombra y la humedad del bosque, y la hierba tupida resultaba más agradable a sus pies que las mejores alfombras de París. Muchos daban por hecho que los pensamientos que debía de albergar en aquella modesta morada no podían ser muy diferentes de los de sus anteriores ocupantes: las veleidades de la fortuna, la fugacidad del éxito y

el poder terrenales, la inconstancia del amor y la amistad... Salía a cazar al bosque, pero no lograba dar con aves ni otros animales a los que disparar: no hallaba manera de descargar su arma. «¡Qué diferencia con las cacerías de las que he disfrutado en Versalles, Saint-Germain o Fontainebleau, donde tantas piezas abatía!», señaló.[44]

A escasa distancia de aquella fuente, en un punto más elevado del pico del monte Campana, había una peña desnuda desde la que se contemplaba el archipiélago toscano, el mar de Córcega, Pianosa y Montecristo. Recibía el nombre de Affacciatoio o, a veces, de peña del Águila por la similitud que guardaba desde lejos con un ave de presa con las alas extendidas mientras se dispone a alzar el vuelo. Napoleón gustaba de sentarse en ella con la vista clavada en la isla que lo había visto nacer, consciente de que el poder de que había gozado en Francia y en los campos de batalla de Europa, como sus campañas en Egipto y Rusia, no eran ya más que recuerdos. El capitán Mellini, oficial de ingeniería de la isla que había vigilado en el pasado la pirámide incompleta erigida para conmemorar la batalla de Marengo, hizo un dibujo de Napoleón sentado en aquella roca.[45] «Debo confesar que mi isla es muy pequeña», señaló el emperador de Elba. Cerca de la peña había un semáforo en ruinas, vestigio del sistema de señalización que había heredado de los revolucionarios y que se extendía por toda Francia y más allá para que los mensajes procedentes de París pudieran llegar a la frontera en menos de cuatro horas. Habría sido fácil restaurar el de la isla para comunicarse con Córcega y, a través de ella, con Francia; pero no tenía sentido alguno una vez perdido su poder. En Inglaterra, las torres semafóricas que se habían instalado para competir con los franceses se estaban desmantelando tras su abdicación.

Pensaba a menudo en Córcega, que se hallaba bajo el mando del general Jean-Baptiste Bruny. En marzo de 1814, Bruny había sido el primer general en dar por buena la caída de Napoleón y brindar su apoyo al nuevo Gobierno provisional. Luis XVIII corrió a nombrarlo caballero de San Luis y a destinarlo a Ayacio para que velara por la paz en la cuna del antiguo emperador. Mientras Napoleón observaba Córcega melancólico, en Ayacio cundían las revueltas. La brutal represión de Bruny comportó, entre otras cosas, el derribo de los muros del jardín botánico. Desde su inauguración, en 1800, dicha institución había conocido momentos mejores y peores. Aun después de afiliarse con el Jardin des Plantes de París, había tenido problemas de financiación. En 1811 estaba ruinoso, pero al año siguiente se construyó un invernadero nuevo y llegaron dos jardineros de París para resucitarlo. Quisieron plantar algodón, pero el invierno era demasiado seco y en otoño no hacía suficiente calor para que prosperasen las plantas. Los jardineros cayeron enfermos de fiebres. Uno de ellos regresó a Tolón y el otro falleció. A continuación, se nombró a otros dos, deportados de Santo Domingo (hoy Haití), que cultivaron hortalizas entre las plantas exóticas. Cuando el general Bruny echó abajo los muros, los dos estuvieron a punto de morir tratando de defenderlo de los saqueadores y los vándalos.

Un día de finales de agosto, mirando el mar, Napoleón vio arribar a la bahía de Portoferraio un falucho genovés lujosamente engalanado. De él desembarcaron una mujer y un chiquillo, y empezó a correr el rumor de que la emperatriz María Luisa y el rey de Roma estaban al fin en Elba. En realidad, en aquel momento, la primera estaba en la ciudad saboyana de Aix, y su hijo, en Viena con sus abuelos maternos. Los recién llegados eran Marie Walewska, la amante polaca de Napoleón, y el pequeño Alexandre, hijo también del exemperador, concebido en 1809 a raíz de la batalla de Wagram. Para evitar las murmuraciones y disfrutar de la intimidad que tanto le había importado siempre, los llevó directamente a la casita del bosque de Marciana Alta. Al día siguiente, mientras el crío jugaba bajo los castaños, lo oyeron llamar *papa* a Napoleón. Este preguntó a uno de sus asistentes qué decían los vecinos de Elba sobre su visita y él le respondió que todos habían dado por supuesto que su isla estaba siendo honrada por la presencia de la emperatriz y su hijo. «Puede ser mi hijo y, sin embargo, no ser el rey de Roma», respondió Napoleón. Aunque las gentes de la isla no acababan de entender por qué quería vivir en la humilde ermita, el tiempo —fuera una semana o solo un día — que pasó con su amante y su hijo en un remoto idilio nemoroso de Elba, rodeados de naturaleza, bien pudo ser el de mayor felicidad privada que conociera en su vida.[46]

En el otoño de 1814, se reunieron en el Congreso de Viena los embajadores de más de doscientos Estados y casas reales europeos con la esperanza de convenir un plan de paz. El continente había sufrido veintidós años de guerra, interrumpidos solo por la breve paz de Amiens. Los diplomáticos empezaron a llegar a finales de septiembre y durante las reuniones, presididas por el estadista alemán Klemens von Metternich, Talleyrand negoció un acuerdo para Francia que suponía la perdición de casi todas las conquistas de Napoleón. Este mandó a sus espías desde Elba. El capitán Loubets, oficial de la Guardia Imperial, y su mayordomo, Cipriani, partieron hacia Génova en un bergantín con el pretexto de adquirir provisiones para el batallón y muebles y cristal para las nuevas residencias del emperador de Elba.[47] Los espías llevaban correspondencia del emperador para María Luisa y, mediante una red de contactos, trataron de averiguar lo que se cocía en los círculos diplomáticos de Viena. Napoleón esperaba recibir un informe semanal de la reunión de los mandamases europeos, reunión que un tiempo antes habría supuesto que dominaría. Profundamente consternado, supo que se estaba hablando de trasladarlo de Elba a la isla de Santa Elena, sita en el Atlántico Sur, para alejarlo más de las costas de Italia y Francia. No hubo que esperar mucho para que hasta los periódicos empezaran a hablar sin tapujos del asunto. Napoleón no daba crédito. «No puedo creer que Europa desee tomar las armas contra mí. De cualquier modo, les recomendaría que no me atacasen aquí, pues pagarían cara la empresa. Tengo provisiones para seis meses, una buena artillería y soldados valerosos dispuestos a defenderme. Se me garantizó la

soberanía de Elba. Aquí me encuentro como en casa, conque no le recomiendo a nadie que venga a importunarme».[48]

En el Congreso de Viena se formó una alianza entre Francia, Austria e Inglaterra frente a Rusia y Prusia. Los Borbones que habían recuperado su trono querían que les devolviesen Nápoles y Parma. Si el Tratado de Fontainebleau les había concedido a María Luisa y al rey de Roma los ducados de Parma y Plasencia, en aquel momento, aquella promesa, como otras muchas de las condiciones de dicho acuerdo, parecía estar en peligro. La misma noche que debía arribar a puerto el bergantín en que regresaban a Elba sus espías, se desató una terrible tempestad. Entre el aullido del viento y la lluvia, alcanzaban a oírse disparos de cañón de alarma. Napoleón se despertó y salió a su terraza para ver qué ocurría en el mar y estuvo a punto de caer al suelo por la fuerza del viento. Se aferró a la pared de la terraza, pero le fue imposible ver nada más que las olas que azotaban las rocas con violencia muy por debajo de donde se encontraba él. Insistió en cabalgar hasta la costa, donde encontró el bergantín, varado, pero a salvo. Entonces, mandó hacer una hoguera e improvisar un banquete para celebrarlo.[49]

Napoleón se vio convertido en atracción turística. A Elba llegaban numerosos visitantes de Córcega, Italia y Francia, algunos de ellos con la esperanza de encontrar trabajo. También acudieron ingleses deseosos de ver, aunque fuera de pasada, al hombre que desde hacía tanto demonizaba la prensa británica. Lord Holland y su esposa, leales adeptos suyos, se encontraban en Italia y tenían la esperanza de poder viajar a Elba. El caballero Mariotti, cónsul francés de Livorno advirtió a Talleyrand en agosto: «Los ingleses profesan una intensa admiración a Napoleón. Han agotado todos los bustos de alabastro suyos que había en Florencia. No hay capitán inglés que no tenga su retrato en el camarote».[50] A principios de diciembre, llegó a verlo el vizconde de Ebrington y aseveró no haber «encontrado nada de diabólico en él».[51] Se reunió dos veces con él en la Villa dei Mulini e hizo una relación detallada de las conversaciones que mantuvieron. En ellas, Napoleón insistía en que Francia no podía estar satisfecha con la restauración borbónica. Aseveraba saberlo no por espías, periódicos ni visitas, sino porque entendía bien la vanidad francesa. Aseguró a Ebrington que siempre había intentado animar a la vieja nobleza a integrarse en su Ejército y su corte, pero, tan cerca de la Revolución, se trataba de un asunto muy sensible. Tenía que andarse con mucha precaución si no quería que el espíritu de los franceses «se estremeciera como el de un caballo con las riendas demasiado cortas».[52] En su opinión, Francia deseaba una aristocracia, pero solo la aceptaría con el tiempo. Él había sido capaz de crear príncipes y duques y de otorgarles una gran riqueza, si bien no de convertirlos en nobles de verdad. Para eso habría hecho falta tender lazos matrimoniales entre ellos y la vieja nobleza. Era un gran admirador de la Constitución inglesa, y en particular de la Cámara de los Lores. En cuanto a la economía francesa, hizo saber a Ebrington que su asignación personal había sido de treinta millones de francos, de los cuales

aseguraba no haber gastado más de dieciocho, con parte de los cuales había acabado dos de los tres palacios que había proyectado. Estaba tergiversando la verdad. El palacio inconcluso en el que estaba pensando debía de ser el que habían planeado para el rey de Roma a orillas del Sena. En ningún momento mencionó a Ebrington la drástica reducción de su economía que había sufrido en Elba ni las diversas residencias, también sin acabar, cuya construcción había emprendido.

La primera conversación entre Napoleón y Ebrington se prolongó desde las ocho de la tarde hasta las once y media aproximadamente. Hablaron sin reservas de formas de gobierno, jefes de Estado, generales, la campaña egipcia y la ejecución del duque de Enghien. Mientras él paseaba de un lado a otro de la Villa dei Mulini, respondiendo las preguntas de Ebrington, iba sacando material para sus memorias, cuya redacción comenzó poco antes o después de aquella visita. El vizconde no pudo menos de asombrarse de que su anfitrión en ningún momento «delatara, ni por su expresión ni por sus formas, una sola emoción de animosidad ni de arrepentimiento».[53] Dos días más tarde, volvió a la Villa dei Mulini y hablaron a la mesa de la política y la Constitución de Inglaterra. Ebrington trasladó entonces la comparación entre esta y Francia al ámbito de la agricultura y destacó lo cultivada que estaba la segunda. Napoleón lo atribuyó a la división de la propiedad y a su propio aliento. Le aseguró que aquel terreno había sido siempre prioritario para él, mucho más que la industria y el comercio. Acto seguido volvió al problema de restaurar la nobleza en Francia, confesando a su invitado que siempre había pretendido que su templo de la Gloria parisino deviniera en iglesia dedicada a expiar las matanzas de la Revolución; pero, en su opinión, habrían hecho falta otros veinte años para que tal idea se volviera aceptable. Todavía lo obsesionaba el derramamiento de sangre de la Revolución, y en particular el asesinato de la Guardia Suiza en los jardines de las Tullerías, aun después de ver tantas vidas malogradas en el campo de batalla en las décadas que lo separaban de aquellos hechos.

A principios de enero, Napoleón invadió Palmaiolo, otra isla diminuta del archipiélago toscano, e hizo planes para añadir a su territorio la isla rocosa de Montecristo. Sin embargo, el 8 de enero cayó más nieve en Portoferraio de la que nadie recordara haber visto jamás en la zona. Fue como el extraordinario aguacero que se había producido en El Cairo en 1798 y que se atribuyó a la presencia del general Bonaparte. En Elba tampoco faltó quien pensara que tenía el don de dominar los meteoros.[54] El mal tiempo obligó a suspender casi todas las obras que lo habían mantenido ocupado y cuerdo. Solo pudieron proseguirse las de las nuevas carreteras. El pensamiento de Napoleón se trasladaba a Francia con una frecuencia cada vez mayor. Estaba convencido de que, aparte de unos cuantos miles de intrigantes, toda la nación seguía apoyándolo y secundando los principios de soberanía nacional y de honor francés. De treinta millones de habitantes, preveía que veintinueve millones y medio estarían a favor de derrocar a la monarquía rehabilitada de los

Borbones.[55] Empezó a imaginarse zarpando de Elba con su reducido número de soldados y poniendo un pie en Francia, como había hecho César para hacerse con las legiones armadas que necesitaba a medida que recorría el país.

El duque de Bassano, antiguo ministro de Asuntos Exteriores de Napoleón y bonapartista hasta la médula, envió a Fleury du Chaboulon disfrazado a Elba. Este oficial francés sin empleo, que había perdido su puesto de subprefecto de Reims tras la abdicación napoleónica, tenía la misión de presentar al emperador de la isla una descripción detallada del descontento que reinaba en Francia.[56] Su testimonio daría cuenta de la situación de manera mucho más cumplida de lo que cabía esperar de los periódicos. Le dejaron claro que su cometido no consistía en aconsejarle que regresara, sino en exponerle, sin más, cuál era el orden de cosas y dejar al prohombre que tomase su propia decisión. En primer lugar, Fleury se ganó la confianza de Bertrand y luego, cuando le recomendaron que paseara por el perímetro del jardín de la Villa dei Mulini como si fuera uno de los muchos turistas que trataban de ver, aunque fuera fugazmente, al hombre más famoso del mundo. El 12 de febrero, pasó por allí como si nada y topó con Napoleón en la puerta del vergel. En sus memorias dejó constancia de la primera impresión que le produjo el emperador desterrado. Parecía, al menos en lo externo, haber perdido su ambición y estar disfrutando de un retiro pacífico consagrado al estudio de la botánica, el cuidado de sus casas y el cultivo de sus jardines y los árboles y vides que acababa de plantar. «Como [el emperador romano retirado] Diocleciano, podía decir a quienes sospechasen que echaba de menos el trono: "Vengan a verme en mi retiro, que, cuando les enseñe los jardines que he plantado, no volverán a querer hablarme de Imperio"».[57] Fleury aseguraba que, de no haberle dado noticia de las voces de apoyo que lo aguardaban en Francia, Napoleón habría seguido cultivando el suelo de Elba.

El nuevo teatro municipal que construyó para la isla se había inaugurado el 24 de enero para ofrecer actuaciones de un grupo de soldados elegidos entre la tropa y acompañados por la banda militar.[58] Se había financiado mediante la venta de sesenta y cinco palcos privados a los isleños más acomodados. El arquitecto Paolo Bargigli convirtió el interior de la iglesia desconsagrada de la Madonna del Carmine en un teatro en forma de herradura. Los palcos estaban dispuestos en cuatro pisos y en lo alto había una galería pública. Vincenzo Antonio Revelli había diseñado y pintado con témpera al huevo un telón que representaba a Napoleón como Apolo cuidando una manada de vacas durante su año de exilio y servidumbre. Según el mito antiguo, el olímpico fue enviado a la casa de Admeto, rey de Tesalia, para servir en ella de vaquero después de matar a Delfina, la serpiente humana de Delfos. El mensaje que transmitía el artista a los ricos y pobres del auditorio era que, aun en el exilio, Napoleón seguía siendo comparable a un dios. Pintó a Apolo en un paisaje montañoso, rodeado de vistas panorámicas como las que se podían contemplar desde todas las residencias que tenía el emperador en Elba. Saliendo de entre las nubes en lo más alto del telón, había un carro tirado por

caballos, un mensajero de los dioses que anunciaba el fin del destierro de Apolo y, proféticamente, también el de Napoleón.

En Francia, quienes se mostraban hostiles a la restauración de los Borbones se referían en aquel tiempo a Napoleón como *el Cabo Violeta*. Esta era su flor favorita y sus partidarios leales se intercambiaban anillos y otros objetos decorados con ella con la esperanza de que, como aquella planta perenne, regresase en primavera. Circulaba el rumor de que, paseando por el jardín de Fontainebleau, después de su intento de suicidio y antes de partir hacia Elba, había prometido volver en la estación de la violeta.[59] Cierto grabado muy popular representaba un ramo de violetas entre las que se veían, ingeniosamente ocultos, los perfiles de Napoleón, María Luisa y el hijo de ambos. Se trataba de un pasatiempo de 1810 que, después de la abdicación de abril de 1814 cobró un nuevo significado para quienes seguían alimentando la esperanza de que Napoleón volviese al poder. La prensa británica no dudó en satirizarlo con una caricatura de George Cruikshank titulada *The Peddigree* [*sic*] *of Corporal Violet* («El árbol genealógico del Cabo Violeta») en la que se representaba como una planta de gran altura surgida de un montón de estiércol. En la base se observa la cabeza de Napoleón como un joven oficial republicano tocado con un sombrero con forma de seta decorado con una escarapela. Más arriba se representa una segunda cabeza dentro de un girasol con una corona compuesta de estambres que, más arriba aún, se unen para formar el cuello flacucho de un tercer Napoleón, consumido y desesperado y con la cabeza cubierta por un hongo todavía mayor del que crece el ramo del acertijo. Bajo el título del grabado se recoge la siguiente explicación del ascenso y la caída del emperador: «Primero como seta venenosa consular crecida entre estiércol corso, luego transformado en un girasol imperial; de ahí, en un hongo de Elba y, por último, en un ramo de violetas, dispuestas de tal manera que representan un perfil completo de Buonaparte con un busto de María Luisa y su hijo, el príncipe de Roma».

La última actividad que llevó a cabo en Elba Napoleón fue la de plantar árboles. Cuando mejoró el tiempo y se derritió la nieve, ordenó a su guardia que hiciese un jardín nuevo alrededor de sus barracones.[60] En cuestión de tres días, habían cavado y alisado la tierra, trazado paseos y plantado árboles.[61] Se asignaron bancales a los soldados para que los sembraran y los dejasen listos para la primavera y se plantaron moreras en el camino que iba de Portoferraio a la villa de Napoleón en San Martino. A esas alturas, sin embargo, toda esta actividad hortícola no era más que una fachada con la que desviar la atención de los planes de regresar en serio a Francia. Los marinos repintaron el *HMS Inconstant* con los colores de un mercante británico y lo cargaron con los víveres necesarios para mantener embarcados a ciento veinte hombres durante tres meses.[62] Mientras los soldados seguían trabajando en su jardín, una corbeta británica recaló en el fondeadero de Portoferraio. Napoleón se mostró en extremo preocupado, pues temía haber despertado las sospechas de los espías ingleses; pero la embarcación volvió a hacerse a la vela el 24 de febrero

y pudieron seguir sin interrupciones con los últimos preparativos para su salida de Elba.[63] Napoleón cenó con el general Drouot y habló con él de las municiones de que disponían para embarcar en los siete buques que conformarían el convoy que los llevaría hasta Francia. Informó al general de que en uno de los barcos viajaría el carruaje de su madre a fin de hacer creer a los observadores que se trataba de trasladarla a Nápoles. Repasados todos los detalles prácticos, se puso a recordar su campaña egipcia. Comparó la religión mahometana con la cristiana. Calificó la primera de sensual como «prometedoras huríes de ojos azules, verdes arboledas, arroyos cargados de leche...», en tanto que la segunda era espiritual y estaba centrada en el amor y la caridad. De las dos, dijo preferir la voluptuosidad terrenal del islam y añadió: «Yo podría haberme asentado sin dificultad en aquel país, dada la escasa religión de mi ejército».[64]

Un mes después de la inauguración del teatro, Paulina, la hermana de Napoleón, lo eligió para celebrar un gran baile de carnaval en el que Napoleón hizo acto de presencia brevemente. Al mismo tiempo, se preparaba para salir de Elba. Los caballos de los lanceros polacos se llevaron de nuevo a Elba desde Pianosa, donde se les había permitido correr en libertad. Los talabarteros tuvieron trabajo de sobra y los soldados esperaban ansiosos algo grande. Napoleón estaba convencido de que había conspiraciones en su contra. Leía con avidez los periódicos ingleses que le enviaba lady Holland. Saltaba a la vista que su futuro estaba sometido a un gran debate en Inglaterra y que no estaba claro, en absoluto, que pensaran permitir que permaneciese en Elba. Durante la última noche que pasó en la isla, paseó por la terraza de la Villa dei Mulini con su madre, quien más tarde aseveraría haberle dicho: «Si quiere el cielo que mueras, hijo mío, y te ha mantenido con vida durante este tiempo de ignominioso exilio, espero que no perezcas envenenado, sino con tu espada en la mano».[65] Tal vez habían hablado del intento de suicidio de Fontainebleau. La mañana del domingo 26 de febrero, Napoleón se dirigió a la muchedumbre congregada delante de su vivienda una vez convertida su inminente salida en un secreto a voces. «Os dejo paz, os dejo prosperidad, os dejo una ciudad limpia y hermosa. Os dejo mis caminos y mis árboles, por los que, al menos, me estarán agradecidos vuestros hijos».[66] Por la tarde, los soldados se ocuparon en sus jardines como de costumbre; pero, al volver a sus barracones, recibieron órdenes de ataviarse para el combate.[67] Aquella noche, cuando Napoleón embarcó en el *HMS Inconstant*, los isleños lloraron al verlo partir.

Hollard lo siguió a París y ejerció de jardinero en Malmaison durante los Cien Días, nombre que se daría al tiempo transcurrido entre su regreso a la capital francesa el 20 de marzo de 1815 y la segunda restauración de Luis XVIII, ocurrida el 8 de julio de aquel mismo año. Como en el caso de muchos de los adeptos más humildes del emperador destronado, la lealtad de Hollard no tenía límites. Tal como comentó sobre Napoleón cierto crítico del semanario británico *The Athenaeum*: «Los hombres a los que elevó a más

altura fueron los primeros en darle la espalda cuando las nubes de la desgracia oscurecieron su senda. En cambio, los que habían recogido una cosecha moderada gracias al sol de su gloria rezaron por la satisfacción de poder servirlo en el exilio».[68] Tras su segunda caída del poder, Hollard trató de seguirlo a su destierro en Santa Elena, pero acabó en Elba, en una casa situada a escasa distancia de Portoferraio en la que Henry Drummond Wolff, otro joven obsesionado con Napoleón que comenzaba entonces una descollante carrera diplomática, lo localizó en 1854. Ya octogenario, Hollard le contó cuanto pudo recordar de la estancia de Napoleón en la isla. En el último jardín del anciano, donde se sentaron a beber limonada y comer fresas, había un geranio añoso que había crecido hasta desarrollar el tronco de un árbol joven. Drummond Wolff calculó que debía de ser tan viejo como Hollard y, sin duda, lo suficiente para haber estado ya en Elba en tiempos de Napoleón.[69]

Capítulo 9
El jardín amurallado de Waterloo

De haber podido tomarlo, ese trozo de tierra le habría dado, quizá, el mundo.
Victor Hugo[1]

El 20 de marzo de 1815, el arquitecto Fontaine vio a Luis XVIII salir del palacio de las Tullerías a la una de la madrugada y a Napoleón regresar a las nueve de la noche.[2] El rey, enfermo, sexagenario, rodeado de viejos nobles y viejos prejuicios, daba la impresión de estar dejando que se le cayeran de las manos las riendas del poder, de estar escurriéndose del trono más que precipitándose de él. La bondad y afabilidad que había desplegado durante los diez meses de la primera Restauración lo habían hecho merecedor del cariño de muchos de los habitantes de palacio, que lloraron al verlo marchar. En el momento de su huida, les dio su bendición y les prometió volver en breve. Napoleón, a quien Fontaine consideraba que habían abandonado, traicionado y obligado a exiliarse tras quince años espléndidos en el poder, había dado muestras de una temeridad considerable al regresar. Sus seguidores esperaban que se hiciera borrón y cuenta nueva tras la desastrosa campaña rusa y la subsiguiente invasión de Francia por parte de los aliados, que desembocó en su exilio. Tras recorrer cientos de kilómetros desde Cannes en una marcha a la que no dejaban de sumarse adeptos, entró en el palacio de las Tullerías a hombros de un gentío inmenso y recuperó el trono sin usar más fuerza que la de su nombre. Si los seguidores de Luis XVIII eran cortesanos que deseaban recobrar los títulos y privilegios que se les habían arrebatado durante la Revolución, los de Napoleón eran héroes de guerra, muchos de ellos heridos con honor en el campo de batalla, leales al jefe que tantas veces los había guiado a la victoria. Fontaine, que se veía a sí mismo como custodio del palacio de las Tullerías, contempló asombrado el cambio de régimen que se produjo en un solo día. Durante el interregno de veinticuatro horas que se produjo entre la salida de Luis XVIII y la entrada de Napoleón, temió que la multitud que gritaba «Viva el rey» al lado de los jardines de las Tullerías pudiera llegar a las manos con la que exclamaba «Viva el emperador» en la

Place du Carrousel. El miedo que tenía ante la posibilidad de que saquearan el palacio resultó ser infundado.

Napoleón reanudó su trato con Fontaine. Le dijo que, tras escapar de Elba, podía haberse asentado en Córcega, donde había treinta mil hombres dispuestos a apoyarlo; pero sabía que Francia lo necesitaba. No le preocupaba su integridad personal, pues estaba convencido de que la falta de miedo y de costumbres fijas eran los mejores garantes de la seguridad de cualquier jefe de Estado, y que todo lo demás dependía del destino.[3] Al arquitecto le pareció calmado y en perfecto estado de salud, aunque otros lo consideraban obeso y avejentado antes de tiempo.[4] Napoleón pensaba que Francia estaba demasiado orgullosa de su reciente gloria militar para someterse a un monarca como Luis XVIII, que no marchaba delante de sus huestes. Él se presentaba como un liberador. «Quiero hacer feliz a Francia, restaurar su posición y hacer que la respeten todas las potencias mundiales». Se propuso movilizar las ciudades y los campos hacia un proyecto nacional que recordó a Fontaine el entusiasmo revolucionario de 1793. Se formaron nuevos regimientos para complementar a los antiguos. Por todas partes empezaron a hacerse preparativos para una guerra colosal. «¡Antes muerte que vergüenza!», gritaba el pueblo. El problema era el tiempo. Durante la Revolución, había habido tres años desde 1789 para organizar una guardia nacional, imponer el servicio militar y enviar al campo de batalla un ingente ejército popular. Napoleón apenas contó con más de dos meses. Llegado el mes de junio, sin recurrir a la recluta obligatoria, había reunido una hueste de unos trescientos mil soldados, en su mayoría veteranos que le profesaban una firme lealtad.

Fontaine recibió el encargo de diseñar un festival, el Champ de Mai, en el Campo de Marte, donde deberían reunirse quince mil diputados de los departamentos de Francia, junto con determinados contingentes del Ejército, para aceptar la nueva Constitución que se había redactado a la carrera tras el regreso de Napoleón. Pese a las exigencias económicas de la inminente guerra de la Séptima Coalición, Napoleón apartó más de 300.000 francos de fondos públicos para iluminar las celebraciones. También asignó 66.000 para arreglos que había que hacer en el palacio de las Tullerías y otros 28.000 para trabajos en el jardín.[5] El 1 de junio hizo un tiempo espléndido. Napoleón y sus hermanos cruzaron el Campo de Marte para tomar asiento delante de una carpa. Él se sentó en un trono. Entonces se anunció la nueva Constitución al nutrido conjunto de políticos y militares que los aguardaba dispuestos en gradas a la manera de un anfiteatro. En el altar de la Patria que se había construido expresamente para la ocasión, Napoleón, con la mano sobre la Biblia, hizo un juramento de lealtad a la nueva Constitución. Hubo una misa solemne con *Te Deum* y luego se distribuyeron los estandartes con el águila mientras el emperador pasaba revista a las tropas que desfilaron ante él. Fontaine consideró que el festival que había diseñado era el mejor que se hubiera celebrado jamás en el Campo de Marte, donde se habían dado celebraciones de unidad nacional desde la Fiesta de la Federación con motivo

del primer aniversario de la toma de la Bastilla el 14 de julio de 1790.[6] Marchand, ayuda de cámara de Napoleón, que había regresado con él de Elba, hizo constar su convencimiento de que el espíritu de la celebración fue el mismo de 1790 y su esperanza de que las nuevas fuerzas del emperador supieran emular las victorias del Ejército revolucionario francés. El 4 de junio hubo más celebraciones en honor a la recién aceptada Constitución, con un concierto en la terraza del palacio iluminado de las Tullerías, baile y comida y vino gratis en los jardines, y fuegos artificiales en la plaza de la Concordia. El día 12, Napoleón dejó el palacio del Elíseo a las cuatro de la mañana para ponerse al frente de la hueste que se disponía a invadir Bélgica.

Tres días después, el Ejército francés cruzó el Sambre a su paso por Charleroi y el emperador ordenó a sus generales tomar posiciones en la carretera de Fleurus antes de entrar en la llanura en la que, hacía casi exactamente veintiún años, había protagonizado el Ejército revolucionario francés su mayor victoria frente a una coalición de fuerzas británicas, neerlandesas, austríacas y prusianas. El 26 de junio de 1794, en pleno Terror, los franceses, al mando del general Jourdan y supervisados por Saint-Just, amigo íntimo de Robespierre e integrante del Comité de Salvación Pública, habían derrotado a sus oponentes en Fleurus y destruido las Provincias Unidas de los Países Bajos, victoria a la que había contribuido el primer uso de que se tenga constancia de un globo aerostático en misión de reconocimiento militar.[7] Mientras Napoleón apostaba a sus tropas en el mismo terreno, sabía que necesitaba una victoria para Francia igual de decisiva que la que habían logrado los revolucionarios en 1794. Se había presentado siempre como la única persona capaz de poner fin a la Revolución y brindar un Gobierno estable, pero en aquel momento se encontraba enfrentándose a las fuerzas de la contrarrevolución. El futuro de Francia se encontraba de nuevo en la cuerda floja. Si perdía, habría una segunda Restauración borbónica y Luis XVIII volvería a ocupar el trono al que con tanta rapidez había renunciado recientemente. La derrota resultaba inimaginable para él.

Tras escapar de Elba y antes de alcanzar París, Napoleón fue declarado prófugo por el Congreso de Viena, y el Reino Unido, Rusia, Austria y Prusia formaron una alianza por la que se comprometían a aportar ciento cincuenta mil soldados cada uno a un ejército de coalición. Sabía que su única posibilidad de supervivencia consistía en derrotar por separado a las fuerzas de cada país antes de que tuvieran tiempo de reforzarse o de unirse contra él. La velocidad y la decisión de su avance sorprendieron al duque de Wellington, que se hallaba en Bruselas al mando del Ejército angloaliado. La noche del 15 de junio, Wellington se hallaba en el baile de la duquesa de Richmond cuando supo que Napoleón había cruzado la frontera y había tomado posiciones entre las fuerzas angloaliadas y las prusianas, al mando de Gebhard von Blücher, con lo que había dividido las dos fuerzas.[8] Al día siguiente, se enfrentó a Blücher en la batalla de Ligny, a treinta y dos kilómetros al sur de Waterloo. El Ejército prusiano, apostado en una ladera

entre los pueblos de Saint-Amand y Ligny, no pudo soportar el asalto frontal francés y empezó a retroceder. Napoleón mandó entonces al ala derecha de su ejército, conformada por treinta y tres mil hombres al mando del general Grouchy, a perseguir a las tropas en retirada y asegurarse de que no se sumaban a un cuerpo separado de fuerzas prusianas apostado en Wavre y acaudillado por el general Friedrich von Bülow. Mientras, se aprestó a entrar en batalla una vez más al día siguiente con las fuerzas de Wellington, que habían tomado posiciones en la cumbre de Mont Saint-Jean, al sur del pueblo de Waterloo.

Napoleón y Wellington no se habían enfrentado nunca en un campo de batalla y, cuando lo hicieron en Waterloo, ambos adalides decidieron que la fortaleza de Hougoumont, situada en una depresión justo al sur de la cumbre de Mont Saint-Jean, era una plaza de vital importancia que había que defender o tomar a cualquier precio. Se trataba de un conjunto de edificios que incluía capilla, mansión y granja, dispuestos en torno a dos patios y rodeado en su mayor parte por los altos muros de un jardín. En 1661, había sido adquirido por la familia Arrazola de Oñate, que más tarde añadió «de Gomont» a su título.[9] Este apelativo podría hacer referencia a la resina de pino, o goma, que se obtenía de los árboles de gran tamaño que había en los alrededores. A medida que ampliaba la propiedad, la familia añadió un arboreto y un jardín extenso dispuesto a la manera francesa que se encargó de perfeccionar André Le Nôtre, con setos geométricos de boj y sendas de gravilla. Al sur, en paralelo al muro de dos metros de altura, discurría un paseo de carpes. En 1794, durante la batalla de Fleurus, cuando las fuerzas francesas exiliadas que se oponían al Ejército revolucionario ocuparon Hougoumont, toparon con que se trataba de una granja en toda regla, con toda clase de pertrechos agrícolas y de ganado.[10] En aquel momento, abrieron aspilleras en los muros del jardín para poder disparar al enemigo sin ser vistos. Algunas de ellas seguían aún en su lugar cuando Wellington envió a sus fuerzas a ocupar Hougoumont veintiún años más tarde.

El coronel Macdonnell, al mando de las compañías ligeras de los Guardias de Coldstream, pidió a sus soldados que abriesen más aspilleras en cuanto se hicieran con la fortificación. Wellington fue a visitarla a primera hora de la mañana del 18 de junio para inspeccionar los preparativos de cara a la defensa del lugar. Reforzó los doscientos combatientes de los Guardias de Coldstream con ochocientos del regimiento Nassau, mandó guarnecer la plaza y los bosques circunstantes. Se añadieron más soldados, hasta que la zona estuvo protegida por unos mil doscientos, la mayoría de habla alemana, procedentes de los regimientos hannoverianos del rey. El conde de Uxbridge, subordinado inmediato de Wellington, le pidió que lo pusiera al corriente del plan de combate por si le ocurría algo y tenía que hacerse cargo él. «No pierda Hougoumont», fue la respuesta del duque.[11] Su estrategia era defensiva. Tenía la esperanza de resistir el embate de las fuerzas napoleónicas hasta la llegada

de refuerzos prusianos desde Wavre. Wellington estaba haciendo tiempo. Poco después de que las fuerzas angloaliadas ocupasen la granja fortificada, llegaron soldados franceses que podían ser de la caballería con la misión expresa de tomar la plaza, o carroñeros oportunistas en busca de comida. De cualquier modo, llegaban tarde, porque la otra parte se había hecho fuerte ya en Hougoumont.

La noche anterior a la batalla estalló con fuerza una tormenta. Por la mañana, Napoleón consideró necesario esperar hasta que el suelo hubiera empezado a secarse para comenzar el ataque de la artillería a fin de evitar tener que trasladar los pesados cañones sobre una capa considerable de barro húmedo. Pensaba acometer un ataque frontal contra la infantería británica. Pasó revista a sus tropas delante de La Belle Alliance, posada sita justo al sur de las líneas de frente transformada en cuartel general del Ejército francés, y mientras recorría las filas a caballo, sus hombres lo aclamaron con un sonoro *Vive l'empereur!* Entonces, se retiró al sur, a la granja de Rossomme, con su Guardia Imperial y se apostó en una colina en la que desplegar sus mapas y desde la que contemplar la batalla que estaba a punto de desarrollarse ante él. A continuación, pidió a su hermano Jerónimo que atacase Hougoumont como táctica de distracción anterior al comienzo de la batalla principal. Pensó que Wellington debilitaría así el centro de su hueste para enviar más soldados a defender la granja fortificada.[12] A diferencia del duque, Napoleón no había visto de cerca el castillo ni, por supuesto, había estado dentro de sus altos muros. Aunque su ayuda de cámara Marchand daba a entender que resultaba fácil observar el ataque a Hougoumont desde la granja de Rossomme, resulta mucho más probable que la fortificación estuviera oculta tras los árboles.[13] Marchand deseaba proteger a su señor de las críticas y no quería admitir que, en lugar de observar y dirigir el ataque a Hougoumont desde la distancia, el emperador tuvo que conformarse con ver un valle densamente poblado que se elevaba hacia la cumbre de Mont Saint-Jean.

Wellington regresó a Hougoumont hacia las once de la mañana y ordenó al coronel Macdonnell «defender la plaza hasta el último hombre».[14] Aunque algunos de los soldados dudaban que fuera posible hacerlo con una fuerza de mil doscientos soldados, el duque insistió en que podía confiar en el coronel. El primer disparo de la batalla fue el que efectuó la artillería inglesa contra una columna de la 6.ª división de la infantería de Jerónimo Bonaparte a las once y media aproximadamente. La 1.ª brigada del general Baudin se enzarzó entonces en una lucha cuerpo a cuerpo en el bosque que rodeaba Hougoumont. Durante tres cuartos de hora aproximadamente, se combatió por la toma de cada uno de los árboles. Avanzando penosamente por entre los matorrales y por suelo muy desigual, los franceses llegaron al fin al extremo septentrional de la arboleda y se vieron ante una zanja con un denso seto vivo de espino blanco que ocultaba tras él los muros del jardín. Entre aquel y estos había una faja de tierra con un huertecito de frutales. Un testigo recordaba lo que ocurrió cuando los franceses atravesaron el seto y vieron por primera vez

el muro, a cierta distancia de ellos: «De pronto surgieron fuegos mortíferos de las aspilleras y los adarves del lienzo del jardín, que corría en paralelo al seto y como a unos treinta metros, y abatieron a las primeras filas. Quienes llegaban tras ellas en rápida sucesión quedaban pasmados por la aparición, repentina e inesperada, de aquella pequeña fortaleza».[15] Los soldados fueron cayendo en aquel huertecito de frutales por obra de las balas procedentes de las aspilleras. El general Baudin se contaba entre los muertos. Algunas fuerzas francesas lograron llegar al huerto de frutales de mayores dimensiones contiguo al jardín geométrico, que había sido antaño el arboreto; pero se vieron repelidos por las fuerzas angloaliadas defensoras. Resultaba imposible escalar el muro sin hacer brecha en él. Los que consiguieron salvar el espacio que mediaba entre este y el seto y se encaramaron a él presentaban, en cuanto asomaban por encima la cabeza y el tronco, un blanco fácil para los numerosos mosquetes que los aguardaban en el jardín de estilo francés. Un granadero de Napoleón se subió a hombros de uno de sus camaradas y apuntó su arma por encima del coronamiento; pero, antes de que pudiera descargarla, recibió en la cara el disparo de uno de los guardias de Coldstream.[16] Los cadáveres empezaron a amontonarse a lo largo del muro del huertecito de frutales, que pasó a conocerse como «el matadero».

A las doce y media se lanzó un segundo ataque francés en el lado occidental de la fortificación. La 2.ª brigada de la 6.ª división, al mando de Jean-Louis Soye, se internó en el bosque detrás de la brigada de Baudin. Los refuerzos permitieron al coronel Cubières dirigir la nueva ofensiva contra Hougoumont. La Guardia de Coldstream, a las órdenes del coronel Macdonnell, se vio rechazada hacia el norte hasta que empezó a retirarse a través de la puerta septentrional de la fortaleza, dotada de dos hojas recias de madera que podían cerrarse desde dentro con una tranca metálica. El mismo Macdonnell encabezaba las fuerzas encargadas de asegurarlas. Pese a la feroz acometida de unos treinta soldados de Napoleón, algunos de los cuales se las compusieron para rebasar primero las puertas, los defensores de la plaza lograron cerrarlas al fin y dieron caza y mataron a los intrusos franceses, a excepción de un tambor de muy corta edad al que perdonaron la vida. Wellington atribuiría más tarde la defensa victoriosa de Hougoumont al cierre de la puerta septentrional, escena celebrada en numerosas representaciones artísticas de la batalla de Waterloo.[17]

En torno a la una de la tarde, empezó la batalla principal de la cumbre de Mont Saint-Jean. Napoleón apuntó con ochenta cañones al flanco izquierdo angloaliado en su avance hacia Bruselas y el cuerpo del conde de Erlon cruzó los campos que se extendían al este del camino principal, pero se vio rechazado y perdió a unos siete mil hombres y dos águilas.[18] A las dos de la tarde se había emprendido un nuevo asalto francés contra Hougoumont, aunque Napoleón solo había pretendido distraer al enemigo del foco principal de su acometida al encargar a Jerónimo que atacara la fortaleza. El combate por tomar la granja se trocó en una batalla dentro de la batalla a medida que

los franceses destinaban más tropas a tratar de abrir brecha en el recinto amurallado. No hubo que esperar mucho para que la posesión de Hougoumont se convirtiera en sinónimo de una victoria más amplia en aquel campo de batalla y en Europa. El futuro de Francia dependía de conquistar una simple granja amurallada. En esta ocasión, la agresión fue dirigida al acceso meridional. Los asaltantes talaron árboles y se abalanzaron contra la puerta, más pequeña que la septentrional, y lograron entrar en Hougoumont por primera vez. Tan rápidos y precisos fueron los disparos de los defensores apostados en las ventanas de los edificios de la granja que enseguida empezaron a acumularse sus cadáveres en el patio. Los soldados franceses que entraron en tropel tras los primeros tropezaban con sus camaradas muertos o heridos. Los que no caían allí mismo se vieron rechazados hasta el otro lado de la puerta a fuerza de bayoneta.

La 9.ª división del mariscal Foy emprendió entonces un nuevo asalto al huerto de frutales mayor. Dado que seguía siendo imposible atravesar el seto y escalar el lienzo, Napoleón mandó disponer un obús cerca de la esquina sudeste del jardín y disparar carcasas (proyectiles incendiarios) a los edificios de la granja.[19] El 1.er regimiento de granaderos británico trató de volcar el obús, pero no lo consiguió antes de que se incendiara Hougoumont. Los edificios en los que se habían refugiado los soldados angloaliados heridos se estaban viendo envueltos por las llamas, lo que provocó escenas espeluznantes mientras se arrastraban, pese a sus lesiones, hasta el patio y rodaban sobre sí mismos para intentar apagar el fuego que les consumía los uniformes y la carne herida. James Graham, cabo de la Guardia de Coldstream que había ayudado a cerrar la puerta septentrional, solicitó y obtuvo permiso para abandonar su puesto en primera línea de fuego del jardín para sacar de uno de los edificios incendiados a su hermano herido, Joseph, y llevarlo a un lugar seguro.[20] Aprovechando el fuego, los franceses consiguieron irrumpir una vez más en Hougoumont, esta vez a través de una puerta secundaria lateral que daba al patio superior. Un batallón inglés los rechazó. Ambas partes hicieron prisioneros, aunque Hougoumont seguía sin caer frente a sus atacantes. Al ver desde la distancia que la fortificación estaba en llamas, Wellington envió un mensaje para insistir en que había que retenerla a toda costa:

> Veo que el fuego se ha extendido desde el depósito de heno hasta el tejado del castillo. Sin embargo, debe resistir con sus hombres en aquellas partes del castillo a las que no llegan las llamas. Ponga cuidado en que no haya bajas por el desplome de techos y de suelos. Cuando caigan, ocupe los muros en ruinas de dentro del jardín, sobre todo si el enemigo tiene posibilidades de pasar sobre los rescoldos del interior de la casa.[21]

Siguiendo las órdenes, los oficiales se plantaron ante las puertas de los edificios incendiados para evitar que los soldados que los defendían pudieran salir de ellos hasta el último momento, justo antes de que se viniesen abajo. La capilla también ardió. Dentro había heridos y un gran crucifijo de madera del siglo XV. Las llamas llegaron a los pies de la talla del Cristo y les

produjeron quemaduras de consideración antes de retirarse. Para los heridos, apoyados contra las paredes enjalbegadas del oratorio, fue como un milagro.[22] George Standen, alférez del 3.er regimiento de granaderos, escribió más tarde a su familia diciendo: «La anécdota de las llamas que solo llegaron a quemar los pies de la cruz es muy cierta y causó una gran sensación en un país tan supersticioso como este».[23] Alrededor de las tres y media había acabado el último ataque serio de los franceses a la fortificación, aunque siguieron produciéndose escaramuzas durante toda la tarde.

A Napoleón le resultaba difícil, si no imposible, ver con el catalejo lo que ocurría en Hougoumont desde la granja de Rossomme. Mientras escrutaba el horizonte con gesto impaciente, descubrió de súbito que ocurría algo en el este. Cerca del pueblo de Chapelle-Saint-Lambert, a siete kilómetros de allí, había aparecido un cuerpo de gentes de armas; pero, desde aquella distancia, le era imposible distinguir a qué lado pertenecían. Se hallaban a solo cuatro kilómetros y medio de las fuerzas prusianas de Wavre. Era de vital importancia averiguar de qué lado estaban las tropas que acababan de aparecer tan cerca del campo de batalla. En consecuencia, envió al general Bernard, su edecán, con una escolta con la misión de conocer más detalles. Su única esperanza era que se tratase de un destacamento de las fuerzas que había enviado a perseguir a los prusianos, que volviera para ayudar a sus camaradas franceses. Bernard no tardó en regresar para informarlo de que los que se veían en el horizonte eran soldados de la infantería prusiana. La única incertidumbre que les quedaba era su magnitud. ¿Serían, sin más, los restos del Ejército que había derrotado ya en Ligny, o tal vez uno nuevo, más numeroso? Resultó ser esto último: treinta mil soldados a las órdenes del general Bülow. Habían llegado los refuerzos que esperaba Wellington.

Al haber fracasado la toma de Hougoumont por parte de Napoleón, cuando mandó su caballería al combate principal, sus hombres y las monturas de estos se vieron atacados por los defensores de la granja fortificada, que seguían disparando desde las aspilleras del muro del jardín. Esto hizo que dicho cuerpo quedase concentrado en la parte central del campo de batalla, lo que, a su vez, lo volvió un blanco fácil para la artillería enemiga.[24] Al final, desesperado y consciente de que a esas alturas se encontraba en franca minoría, hizo entrar en combate a su Guardia Imperial con la esperanza de quebrar la línea de las fuerzas angloaliadas. Con todo, cuando aquella se acercaba a las laderas de Mont Saint-Jean, la 1.ª brigada de guardias de Maitland, que había estado oculta tras la cresta, salió de pronto y la aplastó.[25] Murieron unos tres centenares de sus integrantes, mientras que el resto se retiró más allá de los muros de Hougoumont. Los franceses habían perdido alrededor de cinco mil hombres tratando de hacerse con el fuerte. Al no ser capaces de tomar aquella simple parcela de tierra, perdieron toda la batalla de Waterloo.

Al caer la tarde sobre el campo de batalla comenzó el éxodo caótico de

soldados, muchos de ellos heridos y a pie. Johannes (o Jean) Hornn, el cochero neerlandés que había acompañado a Napoleón en sus campañas desde 1804, se las ingenió para avanzar con el carruaje del emperador hasta Genappe, a trece kilómetros de Waterloo, donde perdió dos dedos —o todo el brazo, según algunos— tratando de defenderlo de la aglomeración de combatientes en fuga.[26] El emperador ya había abandonado el vehículo. El comandante prusiano Blücher dijo haberlo visto apearse de un salto y, tras encaramarse a un caballo sin su espada, salir de allí a galope tendido dejando caer el bicornio. «Su sombrero sobre el campo de batalla vale cuarenta mil hombres», había dicho de él Wellington antes de Waterloo, aunque a esas alturas ya no era cierto.[27] Cuando llegó Blücher y vio que Hornn llevaba las riendas del carruaje, se puso a insultarlo en vez de ordenar que le curasen las heridas. El odio a Napoleón y a cuanto estaba a él vinculado se había apoderado de la escena de su derrota. El carruaje había hecho las veces de despacho móvil del emperador, de dormitorio, de vestidor, de cocina y de comedor. Estaba exquisitamente equipado con telescopios, un atlas y un tintero; un colchón y ropa de cama; adminículos para afeitarse y demás aseo personal, así como platos, vajilla, candelabros, un azucarero, una cafetera y una tetera de oro. Además, el carruaje era también un cofre del tesoro móvil con diamantes y dinero contante que Napoleón no había tenido tiempo de rescatar antes de huir a caballo. Los prusianos enviaron el carruaje en calidad de trofeo de guerra a Londres, donde se expuso en la Sala Egipcia del Museo de Curiosidades Naturales de William Bullock en Piccadilly. Cientos de miles de curiosos disfrutaron subiéndose a él para sentarse donde lo había hecho Napoleón. Bullock aseguró haber encontrado a Hornn, a quien empleó para recibir a los visitantes al pie del vehículo y ofrecerles una visita guiada. También publicó *The Narrative of Jean Hornn, Military Coachman to Napoleon Bonaparte*, en cuyo prefacio aseguraba a los lectores que Hornn no era un impostor, sino un testigo auténtico de acontecimientos extraordinarios. Por orden del príncipe regente, el carruaje recorrió a continuación todo el país para permitir a un número aún mayor de gente regodearse con la caída de Napoleón.

En las horas que siguieron a la batalla, el jardín y los huertos de frutales de Hougoumont quedaron alfombrados de soldados heridos de un lado y otro que yacían doloridos entre los muertos. Al otro día, el soldado raso Matthew Clay y su cabo regresaron a sus confines amurallados y encontraron los cadáveres de algunos de sus camaradas, reconocibles aún pese a haber muerto abrasados. Se pusieron a trasladar a los heridos a Bruselas. Se encendieron más fogatas para quemar —o acabar de quemar en algunos casos— los cadáveres. Los fueron reuniendo del jardín geométrico, cubiertos de barro y desnudos ya por obra de los saqueadores. Los muros de los edificios en ruinas estaban salpicados de agujeros de bala; los árboles y arbustos, partidos y destrozados. La terraza había quedado destruida. El capitán Mercer, al visitar

Hougoumont al día siguiente de la batalla, describió lo que había sobrevivido en románticos términos positivos:

> [...] el jardín era común, pero tenía paseos rectos y largos de césped a la sombra de frutales y, entre ellos, bancales de hortalizas. El conjunto estaba circundado por un muro de ladrillo razonablemente alto. Las hojas estaban verdes; las rosas y otras flores se abrían en todo su dulzor, y el césped mismo emanaba un olor dulce y fresco al aplastarlo con mis pasos.28

En julio, en cambio, uno de los primeros turistas ingleses que fueron a visitar el campo de batalla, ofreció una descripción desalentadora del aspecto que presentaba Hougoumont semanas después de Waterloo:

> En el bosque de Hougoumont no hay un solo árbol que no esté perforado por balas. En uno solo conté más de treinta agujeros en donde habían ido a embutirse [...] [M]ontones colosales de cenizas humanas de olor extremadamente repulsivo son lo único que queda de los héroes que lucharon y cayeron sobre este lugar aciago [...] [E]l pobre campesino que, con su esposa y su familia, se alojaba en la casa del jardinero sigue habitando una mísera caseta entre las ruinas desiertas y señala con supersticiosa reverencia la capillita del castillo, que permaneció intacta en pie, sola en medio de muros ennegrecidos y vigas derribadas [...] Tal vez sea imposible imaginar una escena más infausta que este castillo y este bosque en ruinas.29

La figura del campesino, o el jardinero, se convirtió en una de las muchas leyendas de Waterloo. Antes de la batalla, Hougoumont era propiedad de Chevalier («caballero») de Louville, un octogenario que vivía en Nivelle y tenía arrendada la propiedad a un aparcero llamado Antoine Dumonceau. El jardín geométrico y los huertos estaban al cuidado de Jean-Joseph Carlier, que habitaba la casa situada al lado de la puerta meridional.30 Su vivienda fue uno de los pocos edificios de Hougoumont que sobrevivió al combate y al fuego. Algunos relatos de la batalla aseguran que Carlier estuvo presente durante toda la contienda y que después lo vieron vagar por la escena de devastación, horrorizado y desorientado. Otros dicen que su hija permaneció con él durante parte del enfrentamiento, hasta que la guardia de Coldstream los sacó de la fortaleza, juntos o por separado, para llevarlos a un lugar seguro. En ninguna de las fuentes se dice que estuviera presente la mujer del jardinero.

Tras el combate, Chevalier de Louville decidió vender Hougoumont. Lo compró el conde François-Xavier de Robiano por cuarenta mil francos, aunque siguió ocupándolo un aparcero. Los turistas acudieron durante años al campo de batalla, del que recogieron recuerdos y anécdotas de los habitantes de la zona que decían recordar lo que ocurrió en Waterloo. En 1861, Victor Hugo pasó dos meses explorando el campo de batalla y los restos de Hougoumont, que volvía a estar activo como granja. Se alojó en el Hôtel des Colonnes de Mont Saint-Jean, se sumergió en aquel «campo aciago» e hizo una imaginativa reconstrucción de la carnicería.31 Durante su estancia, el novelista conoció a una lugareña de mediana edad y cabello gris que tenía su domicilio en la casa del jardinero, intramuros del castillo, y aseguraba ser la hija del jardinero de la batalla de Waterloo. Le dijo que recordaba haber

estado con su padre en Hougoumont siendo muy pequeña en el momento de la contienda. Hugo recoge el nombre de su difunto padre como Guillaume van Kylsom y lo incluye en la relación de la batalla de Waterloo que ofrece en *Los miserables*. Las fuentes hablan de un jardinero llamado Van Custem, no Van Kylsom, que vivía en Hougoumont con su mujer y cuatro hijos; pero, dado que no se mudó a la granja fortificada hasta 1823, ninguno de ellos pudo estar allí durante el combate. La mujer con la que habló Hugo debía de tener recuerdos equívocos de su infancia... o ser una impostora.[32] La novela de Hugo se publicó en 1862. Catorce años después, en 1876, llegó a Inglaterra para alojarse con el capitán Kerrish en Gedelston (Norfolk) una viuda de avanzada edad que decía llamarse madame Van Custem. Repitió a *The Norwich Argus*, el periódico local, la versión de la historia que había recogido Hugo y que, a continuación, recogieron en sus páginas los diarios de toda Inglaterra:

> Madame Van Custem, al cargo de la granja de Hougoumont en el presente, era entonces la hija del jardinero del *château* de Hougoumont y tenía cinco años. Su padre se mantuvo en su puesto y la tuvo a ella en su compañía. El *château*, ocupado por los guardias británicos, fue durante todo aquel día memorable del 18 de junio de 1815 el objetivo principal del ataque. *Madame* conserva un recuerdo muy vivo de la gentileza de nuestros soldados, que la consentían y le lanzaban trozos de galleta de sus macutos para entretenerla. Al final, por la tarde, Jerónimo Bonaparte bombardeó el *château* y le prendió fuego. A *madame* la llevó entonces un sargento de la guardia a una puerta trasera para que pudiese escapar al bosque de Soignies.[33]

La mujer que visitó al capitán Kerrish pudo o no ser la misma que le contó su historia a Hugo. Para el novelista, la idea del jardinero que fue testigo de la caída de Napoleón importaba más que el hecho de contrastar sus fuentes o comprobar la verdad de la historia que había encendido su imaginación. En Hougoumont, le impresionó muy vivamente, como a muchos otros antes y después que él, cómo había resurgido el mundo natural en un espacio no muy extenso que había contenido un verdadero infierno creado por el hombre. Describió la granja fortificada como «un lugar funesto, el comienzo del obstáculo, la primera resistencia que encontró en Waterloo ese gran leñador de Europa llamado Napoleón; el primer nudo con que topó su hacha».[34] En su mente, aquella fortificación se convirtió en parte de un árbol que Napoleón no pudo talar. Describió un peral en flor dispuesto en espaldera en el muro de la capilla del patio que el emperador solo conquistó en sus sueños. En la capilla, vio los pies carbonizados de la talla de madera del Cristo crucificado. Imaginó al jardinero sacando de allí a su familia y optando por quedarse él mismo a cuidar de Hougoumont, escondido en un sótano al estallar el combate. Imaginó que lo descubrieron y lo obligaron a sacar del pozo agua para aplacar la sed de los soldados. Imaginó que aquel hombre fue la última persona que lo usó para su cometido real antes de que se convirtiera en la tumba de los trescientos cuerpos allí arrojados, algunos de ellos aún con vida. En *Los miserables* escribe: «Parece ser que, la noche que siguió al entierro, se oyeron

salir voces apagadas de aquel pozo».[35]

Hugo estuvo recorriendo el jardín y vio que antaño había sido un parque «señorial» de estilo geométrico francés antiguo; pero lo encontró plagado de groselleros espinosos y de zarzas. Contó cuarenta y tres de los balaústres de piedra de la terraza aún intactos, mientras que otros yacían por el suelo, marcados con agujeros de bala, y uno, quebrado, se apoyaba sobre el pedestal «como una pierna rota». Accedió al huerto de frutales y contó treinta y ocho aspilleras en el muro que lo confinaba. Tuvo la impresión de que aquella pared estuviese lista para otro combate y, sin embargo, el lugar parecía «tan susceptible al mes de mayo como cualquier otro».[36] Había ranúnculos, margaritas y hierba crecida, caballos de tiro pastando y ropa tendida en cuerdas dispuestas entre los árboles, así como un manzano endeble que habían vendado, como a un soldado herido, con un emplasto de arcilla y paja. No era el único árbol dañado o moribundo. «Casi todos los manzanos están decrépitos por la edad. No hay uno solo que no tenga su bala o su pelota de mosquete. Los esqueletos de ejemplares muertos abundan en este vergel. Entre sus ramas vuelan cuervos y al fondo hay un bosque lleno de violetas».[37]

Esta alfombra de violetas, símbolo de la esperanza con que se aguardaba el regreso de Napoleón de Elba, que vio o imaginó Hugo en el bosque situado detrás de Hougoumont, estaba cargada de ironía y melancolía. Él entendió que la derrota de Napoleón en la batalla de Waterloo fue también el descalabro definitivo de la Revolución francesa. «El 18 de junio de 1815, Robespierre iba a caballo y lo desarzonaron», asevera para concluir el capítulo de *Los miserables* titulado «¿Hay que considerar que Waterloo fue positivo?».[38] Robespierre no combatió jamás en un campo de batalla, quizá ni siquiera sabía montar a caballo y es casi seguro que nunca tuvo uno. Difícilmente podía haber un contraste mayor entre el abogado cuyo nombre se convirtió en sinónimo del Terror revolucionario y el soldado consagrado en cuerpo y alma a la gloria de Francia. «Si la gloria se halla en la espada hecha cetro, el Imperio había sido la gloria misma», escribió Hugo.[39] Aun así, Napoleón debió todas sus oportunidades y todo su poder al trastorno causado por la Revolución de 1789. Cuando, al final, lo perdió todo en Waterloo, cayó con él lo que quedaba de ella.

A París fueron llegando poco a poco las noticias del campo de batalla. La mañana del domingo, 18 de junio de 1815, se oyeron fuegos de cañón que anunciaban la victoria obtenida por los franceses hacía dos días en la batalla de Ligny. Las nuevas no podían ser más emocionantes: Napoleón había triunfado sobre las fuerzas prusianas en el mismo terreno en que el Ejército revolucionario francés había ganado la batalla de Fleurus en 1794 y las había rechazado hasta Namur y Bruselas. «Los vientos de la victoria, que hacía tanto que no soplaban para nosotros, parecen sernos favorables de nuevo», escribió en su diario el arquitecto Fontaine.[40] Mientras esperaban narraciones más detalladas de lo sucedido, los parisinos empezaron a imaginar un futuro

brillante y un nuevo horizonte glorioso para Francia. Durante veinticuatro horas o más, Fontaine se atrevió a desear que fuera posible aún erigir el palacio del rey de Roma en la margen del Sena y que el poder de Napoleón volviera a alzarse con más fuerza que nunca. Tales ilusiones no tardaron en hacerse añicos cuando llegaron noticias de la derrota sufrida en Waterloo. A Fontaine lo despertaron a mitad de la noche el 21 de junio para informarlo de que el emperador regresaba al palacio del Elíseo. Corrió a pedir que recogieran las cerraduras y los muebles que se habían mandado a reparar y fue directo al palacio, donde vio a Napoleón y al gran mariscal Marchand regresar en torno a las seis de la madrugada, en un carruaje postal destartalado y casi sin séquito.

Para Fontaine, aquel desastre resultaba sobrenatural, superaba toda comprensión humana. ¿Cómo era posible que un hombre tan emprendedor como Napoleón, quien, tras tantas victorias formidables, había llegado a burlar el destierro para retomar su título y su trono y había reunido un nuevo Ejército, hubiese sufrido una derrota tan total, tan absoluta? Comprendió enseguida que Napoleón lo había perdido todo y se había convertido en un fugitivo en París. En la expresión de su antiguo señor y en su forma de hablar percibió una insensibilidad rayana en la indiferencia que bien podría haberse tomado por locura. Su prestigio había desaparecido. Ya no parecía un hombre extraordinario y el único sentimiento que inspiró en Fontaine fue pesar por ver a tal celebridad sobrevivir vergonzosamente a su caída.[41] A medida que iban llegando a París heridos que describían lo que había ocurrido en Waterloo, el pánico se fue apoderando de la ciudad.

Napoleón aceptó que su carrera política estaba acabada. Quiso abdicar, como había deseado hacer el año anterior, en favor del rey de Roma; pero su plan, que se había visto rechazado después de su primera renuncia al trono, tampoco fue aceptado esta segunda vez. En su lugar se instituyó un Gobierno provisional de cinco jefes de Estado —Fouché, Carnot, Caulaincourt, Grenier y Quinette— a la espera del regreso de Luis XVIII. Fouché había sido ministro de la Policía cuando Napoleón había expulsado al Directorio, conformado también por cinco integrantes, a principios de su ascensión al poder durante el golpe de Estado del 18 de brumario de 1799; Carnot había formado parte del Directorio, y los dos habían colaborado estrechamente con Napoleón desde entonces. Habían visto su ingente poder aparecer de la nada y esfumarse de nuevo tras solo quince años.

El exemperador decidió abandonar el palacio del Elíseo a la una de la tarde del domingo, 25 de junio, una semana exacta después de Waterloo. La agitación del público no dejaba de crecer en torno a la residencia. Quería evitar llamar la atención, de modo que se marchó sin escolta en un carruaje prestado que lo aguardaba en la puerta del jardín que daba a los Campos Elíseos. Con él estaban su ayuda de cámara suizo Jean-Abram Noverraz y el conde Henri Gatien Bertrand, que lo había acompañado a Egipto. Solo después de rebasar las puertas de la ciudad montó en su propio carruaje.[42] Se

dirigió a Malmaison, donde en otro tiempo había abrigado tantos sueños de gloria.[43] Josefina llevaba más de un año muerta, pero la casa seguía totalmente amueblada, habitada por su servicio y preparada para él por su hijastra Hortensia. Llegó en torno a la una y media con trescientos hombres de su Guardia Imperial y entró en sus antiguos aposentos. El distinguido matemático Gaspard Monge, viejo amigo suyo, fue a visitarlo el mismo día de su llegada a Malmaison. El antiguo emperador le confió que, sin Ejército ni Imperio, lo único que podía causarle impresión en aquel momento eran las ciencias. Había estado leyendo un volumen del *Viaje a las regiones equinocciales del Nuevo Continente*, de Alexander von Humboldt y estaba planeando dedicarse al estudio. Con todo, no iba a conformarse con aprender, sin más, lo que habían hecho otros:

> Quiero emprender una carrera nueva y dejar trabajos y descubrimientos dignos de mí; pero, primero, necesito un compañero que me ponga al corriente con rapidez del estado actual de las ciencias. Luego, recorreremos juntos el Nuevo Continente, desde Canadá hasta el cabo de Hornos, y durante ese inmenso viaje estudiaremos todos los grandes fenómenos de la física del mundo.[44]

Monge, que contaba ya sesenta y nueve años, se ofreció cortés a acompañarlo como había hecho en Egipto; pero Napoleón declinó amable su ofrecimiento. Era demasiado mayor para un viaje tan largo. Monge moriría tres años después, despojado de todos sus honores y excluido del Instituto porque su asociación con el emperador derrocado hacía sombra a todos sus logros.

Aquel mismo día llegó a Malmaison el general Becker para asumir el mando de la Guardia Imperial después de que el Gobierno provisional le encomendase velar por la seguridad de Napoleón. Hortensia se horrorizó al verlo llegar, convencida de que había acudido a detener a su padrastro. Él le aseguró que no era el caso y ella le mostró el camino de la biblioteca para que se reuniese con él. La sala estaba tal como la había dejado Napoleón al divorciarse de Josefina en 1810, pues su exmujer había insistido en que no se moviese de su lugar ninguno de los libros, que ella trataba como reliquias. Les quitaba el polvo ella misma y permitía a muy poca gente entrar siquiera en la biblioteca, donde algunos de los volúmenes seguían teniendo los puntos de lectura donde los había dejado él. Becker trató a Napoleón con el mayor de los respetos. Le explicó que había aceptado la misión que se le había impuesto a condición de que su cometido fuera el de proteger al exemperador y no el de vigilarlo ni espiarlo. Él se emocionó ante la lealtad y la devoción de Becker. Pasearon juntos por el jardín, hablando del estado de ánimo que imperaba en París, de las noticias relativas al Ejército, de las expectativas del Gobierno provisional...[45] Cayó la noche y seguían deambulando. Napoleón le expuso sus planes de emigrar a América. Estaba esperando a que el Gobierno le proporcionara salvoconductos y dos fragatas en Rochefort.

El del 26 de junio fue un día muy caluroso. Napoleón lo dedicó a recordar tiempos pasados en Malmaison, caminando de un lado a otro con las manos a

la espalda en lo que antaño había sido su jardín privado, justo delante de la biblioteca. Se trataba de un rectángulo de grandes dimensiones delimitado por cuatro sendas con limeros y un extenso cuadro de flores con forma de estrella en el centro. En 1815 solo quedaba uno de los cuatro, que llevaba de la biblioteca de Napoleón al pabellón octogonal que él llamaba su «cabaña de trabajo», un paseo breve que en otro tiempo había recorrido a menudo, solo o en compañía, y que a esas alturas no tenía gacelas domesticadas como las que había llevado de Egipto ni flamencos rosa como los que habían habitado entre las cañas de los estanques poco profundos. Pidió a Hortensia que caminase con él por la propiedad de Malmaison y los dos vagaron por los árboles exóticos que Josefina había insistido siempre en plantar por sí misma: acacias de tres espinas, cedros del Líbano, cipreses de Luisiana, sóforas de Japón, manzanos de la variedad *double belle fleur* y tulíperos. Visitaron el gran invernadero de Josefina y la recordaron rodeada de colores y fragancias mientras comprobaba a diario el estado de sus flores tropicales. Fuera, en los cuadros de flores, había tulipanes, jacintos, dalias y doscientas cincuenta variedades de rosas. Napoleón no dejaba de repetir: «¡Qué bonita es Malmaison!», tras lo cual añadió: «Pobre Josefina. No me acostumbro a vivir aquí sin ella. Siempre tengo la impresión de que la veré salir de una de las avenidas de árboles, recogiendo una de las rosas que tanto le gustaban. Nunca he conocido a una mujer con más gracia».[46] Al criado que había sido su ayuda de cámara le dijo: «Lo quería todo».[47]

Dos de sus amantes fueron a despedirse de él a Malmaison: Marie Walewska, que llevó a su hijo para que viese por última vez a su padre biológico, y Françoise-Marie Pellapra.[48] También fueron a verlo sus hermanos varones. Fontaine lo intentó. No había pasado por alto que antes de dejar París, el antiguo emperador se mostraba apático e indiferente ante los trascendentales acontecimientos que había causado. Su derrota parecía haberlo trastornado. Con todo, conjeturó, quizá fuese la locura lo único que le impedía quitarse la vida. Sabedor de lo mucho que le debía, Fontaine fue a verlo a Malmaison, no por curiosidad, sino porque su conciencia no le permitía abandonar, como habían hecho tantos otros, a su antiguo señor y amigo en la derrota. Llegó sobre las once de la mañana y le dijeron que Napoleón dormía. Mientras aguardaba a que se despertase, vagó por la casa y los jardines. Habló con los criados, cuyas noticias sobre el estado de ánimo de Napoleón no hicieron más que aumentar su preocupación y su tristeza. Obsesionado con el pasado, Fontaine sentía que le brotaban recuerdos a cada paso que daba en Malmaison, que de cuna del esplendor de Napoleón había pasado a ser su tumba. Estuvo dos horas paseando y a la una el exemperador todavía no había aparecido. Temiendo que no lo dejasen volver a París si tardaba mucho más en partir, se fue de allí con el alma apesadumbrada, aunque casi aliviado por no haber visto a Napoleón. Cuando llegó al puente de Neuilly, se encontró con que habían puesto barricadas: las fuerzas invasoras de la coalición habían alcanzado Saint-Denis. Con gran dificultad, Fontaine

pudo acceder al centro de París y jamás volvió a ver a Napoleón.

En sus *Memorias de ultratumba*, publicadas póstumamente en 1849 y 1850, Chateaubriand imaginó a Napoleón en Malmaison tras Waterloo. Lo describió solo «en aquellos jardines cuyos senderos arenosos rastrillaron otrora los pies de la turba», caminando entre zarzas y hierba crecida. Los árboles exóticos habían languidecido por falta de cuidado, los estanques difícilmente podían albergar ya cisnes negros y el aviario se hallaba vacío de especies exóticas. Las aves, según la fantasía del escritor, habían volado a sus tierras de origen, algunas de ellas a la isla de Santa Elena, donde esperarían al antiguo emperador:

> A la vista de aquellos jardines abandonados, aquellas estancias deshabitadas, aquellas galerías exentas de pasatiempos, aquellas salas en las que habían cesado la música y los cantos, Napoleón pudo repasar la trayectoria de su vida, preguntarse si con un poco más de moderación no habría preservado su felicidad.[49]

Chateaubriand hacía hincapié en que no eran extranjeros ni enemigos quienes habían desterrado a Napoleón, sino los franceses, sus amigos, que lo habían obligado «a abandonar el suelo sobre el que había vertido tanta gloria como infortunio». Lo habían abandonado por completo. «[L]a desgracia no hizo sino devolverlo al desierto de su vida». Pensando en el momento en que Napoleón se preparaba en Malmaison para hacer frente a su segundo exilio, Chateaubriand lo comparó con George Washington, quien, al renunciar al poder, había podido retirarse a los campos de Virginia sin ninguno de los remordimientos de Napoleón. Si volvió, sin más, a sus hábitos modestos, fue porque él no se había «elevado por encima de la felicidad de los labradores a los que había liberado», en tanto que Napoleón se había encumbrado —para después caer— a una altura tal que todo lo que había en su vida se había visto derrocado.

El Gobierno provisional quería que Napoleón dejara Malmaison y se dirigiera a Rochefort para zarpar de allí cuanto antes. En un principio, él se negó a hacer tal cosa antes de recibir su salvoconducto para América, pues temía que lo hicieran preso en Rochefort; pero al final se avino a partir el 29 de junio. Se puso el uniforme y volvió a visitar el dormitorio en el que había muerto Josefina. En una puerta lateral del *château* lo esperaba un carruaje. Napoleón se despidió de amigos y parientes. Hortensia se hallaba demasiado afligida para salir a acompañarlo, pero lo observó desde el umbral mientras él miraba por última vez a su alrededor antes de montar en el carruaje.[50] Con el tiempo, se trazaría un sendero bordeado por laureles a la derecha del patio principal. Lo llamaron del Exilio y colocaron al final una losa que marcaba el último lugar que pisó Napoleón en Malmaison. El carruaje salió por una vía secundaria. Él insistió en hacer una parada en Rambouillet, donde lo reconocieron y lo recibieron con gritos de *Vive l'Empereur!* Hizo que abrieran el parque y el *château* cuando había caído ya la tarde.[51] Se hallaba indispuesto y desconsolado.

En los cinco días que pasó en Rochefort, el telégrafo que comunicaba la ciudad portuaria con París no tuvo un minuto de descanso. El Gobierno provisional seguía presionándolo para que se hiciera a la mar, aunque no estaba claro qué barco habría de llevarlo ni cuál sería su destino. El 8 de julio se fue a dormir al *Saale*.[52] Sin embargo, viéndose incómodo a bordo de la fragata francesa, el 12 decidió trasladarse a Île-d'Aix, pequeña localidad insular cercana a Rochefort. Había ya buques británicos custodiando la bahía y, al desembarcar, lo recibió una multitud que, alineada en la orilla, le imploraba que no abandonase Francia. Se mudó al puesto de mando del oficial encargado, la mejor casa de la isla, cuya construcción había dispuesto él mismo al ir a visitar las fortificaciones del lugar en 1808. En el jardín amurallado de allí hay un árbol magnífico, un fresno injertado en olmo, con una placa conmemorativa en la que se lee:

> **Napoleón**
> Jardinero intermitente, capaz de injertar un fresno en un olmo.[53]

Si fue él quien lo hizo, tuvo que ser durante su primera visita a Île-d'Aix, estando cerca del apogeo de su poder, o durante la segunda, mientras se encontraba en el limbo esperando su traslado al destierro. Podía saber de injertos a través de fuentes clásicas como Virgilio o Plinio, por la experiencia adquirida en su juventud en el vivero de moreras que tenía su padre en Córcega, por medio del círculo hortícola de Josefina o por sus propios colegas del Instituto. La elección de especies, sin embargo, no es muy común: quien lo hiciera solo pudo tener por objetivo demostrar que es posible. Tal vez lo plantó él en 1808, para celebrar el poder del hombre sobre la naturaleza, o a modo de distracción de las vicisitudes de la fortuna en 1815.

Su hermano José fue a visitarlo a Île-d'Aix al día siguiente de su llegada y se ofreció a entregarse a los británicos fingiendo ser el exemperador. Napoleón lo abrazó, rechazó su generoso ofrecimiento y le pidió que partiese y se cuidara. José llegó a América, donde llevó la vida de exiliado que podría haber conocido Napoleón de haber estado dispuesto a cambiarse por él. Mientras él seguía deliberando sobre lo que hacer, entró por la ventana una cría de gorrión que aprendía a volar y que fue a estrellarse contra una de las paredes. El barón Gourgaud, general que había servido en Waterloo y permaneció fiel al antiguo emperador tras su abdicación, lo atrapó y Napoleón le dijo: «Ya hay demasiadas desgracias en el mundo. ¡Suéltelo!». Gourgaud obedeció y los dos observaron a la avecilla encontrar de nuevo el vano para salir volando en dirección a las naves británicas.[54] Aquel mismo día, Napoleón, sentado en una estancia de la primera planta que daba al jardín y al injerto de fresno y olmo, escribió una carta al príncipe regente.

> Alteza real:
> Presa de las facciones que dividen mi país y de la enemistad de las más grandes potencias de Europa, he acabado mi carrera política y me dispongo, como Temístocles, a «sentarme al calor del hogar» del pueblo británico. Me pongo bajo la protección de

sus leyes, que reclamo de vuestra alteza real como el más poderoso, el más constante y el más generoso de mis enemigos.

Rochefort, 13 de julio de 1815[55]

Napoleón conocía la historia del general griego Temístocles por su lectura de las *Vidas* de Plutarco. Se sentía atraído por la biografía de un héroe de origen «demasiado oscuro para contribuir a su gloria». Tenía rasgos en común con un militar cuya «ambición superaba a la de todos los hombres», tenía el honor en gran estima y se llevaba bien con el pueblo llano de Atenas porque memorizaba todos sus nombres. En aquel momento, abrigaba la esperanza de tener tanta fortuna en el exilio como Temístocles, quien supo buscar una vida nueva en Asia Menor, llegó a gobernador y conoció una muerte natural. Napoleón no dio nunca a entender que pudiese emprender una carrera política nueva en Inglaterra, pero sí creía que podría vivir feliz y en paz en un país cuyas leyes, Ejército y cultura siempre había respetado. Por esos motivos, a primera hora de la mañana del 15 de julio subió a bordo del bergantín *Épervier* y se rindió a los ingleses. Estos lo transfirieron al *HMS Bellerophon*, buque británico que había luchado en la batalla del Nilo, y lo llevaron a la costa meridional de Inglaterra, sin permitir, no obstante, que desembarcase en Plymouth, donde se congregó una gran multitud a fin de verlo, para lo cual muchos rondaron su buque a bordo de embarcaciones menores. Poco después, volvió a cobrar vida la idea de enviarlo a Santa Elena, la remota isla del Atlántico sur en la que tanto había temido acabar estando en Elba.

«El destino tiene estos giros. Donde se esperaba el trono del mundo, se divisa Santa Elena», escribió Victor Hugo al referirse al abismo que separaba las expectativas napoleónicas de la batalla de Waterloo y lo que ocurrió en realidad.[56] Mientras el antiguo emperador se dirigía a un exilio inoportuno y molesto en el Atlántico Sur, «los sesenta mil hombres que cayeron en Waterloo se pudrían en calma y parte de su paz se extendía por el mundo. El Congreso de Viena la convirtió en los tratados de 1815 y Europa lo llamó Restauración». Al decir de Hugo, tampoco en el destierro dejó Napoleón de aterrar a los reyes europeos por «cuanto seguía teniendo de revolucionario».[57]

En el Waterloo de nuestros días se ha emprendido una campaña destinada a replantar los árboles y arbustos que existían en el momento de la batalla, destrozados durante el enfrentamiento o aclarados tras él para crear tierra susceptible de ser roturada. La culminación del proyecto facilitaría a los visitantes la labor de entender lo que ocurrió en el jardín amurallado y el huerto de frutales de Hougoumont, la parcelita de tierra que necesitaba conquistar Napoleón para cambiar el curso de la historia europea. La Intercommunale Bataille de Waterloo 1815, propietaria actual de Hougoumont, y la Kléber Rossillon, la empresa francesa que gestiona el lugar, han recaudado fondos y han aprobado los planes de reforestación; pero aún están por llegar los permisos de las autoridades de la región valona. Aun así, llevados por la esperanza de que triunfe su iniciativa, los responsables de la

asociación benéfica Project Hougoumont han colaborado con Robin Lane Fox, escritor experto en historia antigua y jardinería, y con el profesor de botánica Barrie Juniper, ambos vinculados a la Universidad de Oxford, para identificar y conseguir variedades antiguas de manzano para replantar en la zona. Se trata de árboles poco comunes que en el siglo XVIII eran frecuentes en Brabante y el norte de Francia. Los está injertando un experto de Kent con la intención de que estén listos para trasplantarse en 2023. Otra empresa inglesa, la Majestic Trees de Harpenden, se encargará de suministrar las especies forestales y los setos vivos, en tanto que Penelope Milburn, antigua directora de Project Hougoumont, ha cultivado castaños (*Castanea sativa*) partiendo de semillas de uno de los tres ejemplares antiguos de la puerta meridional del *château*, que se cree que proceden de aquella época.[58] Los tres ha recibido daños por rayos y dos de ellos están muertos, aunque sus enormes y duros esqueletos siguen en pie, recortándose contra el cielo, y el tercero está vivo aún pese a los embates de las tormentas. Hay un cuarto árbol, mucho más joven, que plantó el octavo duque de Wellington en la década de 1970. En 2016, la Fondation Wallone pour la Conservation des Habitats los declaró Árboles Europeos de la Paz y la Memoria.

Wellington tuvo su propio olmo en Waterloo. Crecía al sudoeste del camino de Genappe a Bruselas y el duque lo usó de puesto de mando durante buena parte de la contienda. El árbol no sobrevivió mucho tiempo a los cazadores de recuerdos que acudieron en masa a la región después de 1815.[59] Despojado de su corteza y su follaje, murió y fue talado en 1818; pero antes de que ocurriera tal cosa, se encargó de dibujarlo Anna Children, adolescente que había acudido de excursión al campo de batalla con su padre, John George Children, entomólogo y bibliotecario del Departamento de Antigüedades del Museo Británico. Cuando supo que pensaban derribar el olmo de Wellington, Children compró la madera y encargó con ella muebles y otros recuerdos, incluidos un asiento de estilo Chippendale para Jorge IV y un *quaich* o escudilla escocesa de dos asas para Walter Scott. Con el tiempo, la hija de Children devino en la botánica Anna Atkins, pionera de la fotografía. El dibujo de juventud que hizo del olmo de Wellington, que presenta el tronco pelado como un hueso en sus dos primeros metros aproximadamente y algunas ramas dispersas en lo alto afanándose en rejuvenecer, fue adquirido por la reina Victoria, quien en 1890 mandó erigir un monumento a los caídos británicos en el cementerio bruselense de Evere. El que se dedicó a los franceses muertos en Hougoumont no se inauguraría hasta 1913 por iniciativa del novelista e historiador belga Hector Fleischmann, presidente de Les Amis de Waterloo. Lleva por inscripción una frase que dijo Napoleón al recordar la batalla en su destierro de Santa Elena:

> La tierra parecía orgullosa de llevar a tantos valientes.[60]

Capítulo 10
El último jardín

La gloria de Napoleón creció en una noche, como la calabaza vinatera de Jonás, y en una noche se marchitó.
Charlotte Brontë, «The Death of Napoleon»[1]

Durante el viaje de Napoleón a Santa Elena, los marinos del *HMS Northumberland* atraparon un tiburón enorme y lo embarcaron. La curiosidad que le despertaba aquel pez temible de aspecto peligroso que yacía sobre cubierta llevó a Napoleón a acercarse demasiado y se libró por los pelos de quedar herido de gravedad.[2] En adelante, se divirtió llamando al almirante Cockburn, responsable de transportarlo a la remota isla volcánica, a 1.930 kilómetros de la costa occidental de África, *el Tiburón*. Se llevaban como el perro y el gato, aun cuando el británico trataba al emperador destronado con respeto y accedió a su petición de desviar el rumbo para poder ver desde el mar el Teide en Tenerife (cosa que no sirvió de nada por la densa niebla que cubrió el mar mientras navegaban entre La Gomera y La Palma y que le impidió ver nada).[3] A bordo del *HMS Northumberland*, tenía la condición de preso del Estado británico. «Que me llamen como quieran —sentenció—. No podrán hacer que deje de ser yo».[4] Se aproximaban a su destino final cuando Cockburn se avino a dejar que su pasajero desembarcase tras caer la tarde a fin de evitar que se formara un gran revuelo con su llegada. «Más me valía haberme quedado en Egipto», bromeó cuando empezaron a divisarse los tonos pardos y purpúreos de las peñas, los precipicios y los cráteres de la isla.[5]

La noche del 17 de octubre de 1815, un bote llevó a Napoleón a Jamestown, la única ciudad de la isla. El trayecto que siguieron desde el muelle hasta la posada en que pasaría la primera noche en Santa Elena con su escaso séquito, la Maison Porteous, estuvo bordeada de isleños que, con los ojos de par en par, sostenían en alto sus faroles para vislumbrar al hombre más peligroso del planeta. Lo que vieron fue una figura envejecida de manera prematura, pálida y a la que escaseaba el cabello. Tenía sombras bajo los ojos, pero su mirada no había perdido un ápice de la capacidad de penetración que

los hacía célebres.[6] La posada estaba enfrente del jardín botánico de la Compañía de las Indias Orientales, fundado en 1787 como un lugar en que permitir que las plantas se recuperasen durante sus viajes a través del mundo, y Henry Porteous, su supervisor, era también el encargado de dirigir aquella, el único establecimiento hotelero de la isla. Napoleón dormía mal, lo que no hacía más que subrayar las ojeras de sus ojos grises. Desde la batalla de Waterloo, librada cuatro meses atrás, había perdido la capacidad para dormir a voluntad. Desde su dormitorio, sito en la primera planta, oía las voces que hablaban de él en la calle.

A primera hora de la mañana siguiente, Cockburn lo llevó a ver Longwood, la vivienda que aún estaban preparando para él a nueve kilómetros de Jamestown. Sus ayudas de cámara, Saint-Denis y Marchand, también iban con él. Los dos habían compartido exilio con él en Elba y ninguno había vacilado en acompañarlo a Santa Elena. El grupito que formaban recorrió la calle principal de la ciudad, delimitada por casas con porches poblados de plantas exóticas. Napoleón montaba un hermoso caballo árabe de color negro que le había proporcionado Cockburn.[7] En las afueras, tomaron una senda que ascendía por el acantilado. El terreno se volvió montañoso de inmediato. Al principio vieron ejemplares gigantescos de *Aloe barberae* (hoy *Aloidendron barberae*), algunos de hasta dieciocho metros de altura, y cactus, palmeras y plátanos; pero aquella vegetación tropical no tardó en dar paso a pinos, olivos y sauces africanos. En el centro de la isla, a 572 metros sobre el nivel del mar, había una hondonada profunda, yerma y calcárea conocida como la Ponchera del Diablo. Al llegar al borde, doblaron a la izquierda en dirección a Longwood. Los caballos resbalaban de cuando en cuando en aquel camino empinado, rocoso y seco. Llegaron a la zona elevada y plana conocida como meseta de Deadwood y, por fin, alcanzaron los dos pilares de piedra que marcaban la entrada al último domicilio de Napoleón.

El ancho camino de entrada estaba bordeado de *Commidendrum robustum*, gomero de entre cinco y seis metros de altura endémico de la isla, lleno de savia fragante y moscas de gran tamaño. Longwood había servido en el pasado de residencia de verano del vicegobernador de la Compañía de las Indias Orientales y los edificios eran bajos y de madera, con tejados a dos aguas, lo que hacía que el conjunto se asemejara más a una granja que a una residencia formal. Napoleón contempló en silencio las estancias, recorrió el jardín de hierba amarillenta y anunció que estaba listo para volver. A su regreso, cuando quedaban unos dos kilómetros para llegar a Jamestown, reparó en una casa encantadora rodeada de un vergel exuberante con higueras, mangos, plataneros, limoneros y granados. Se detuvo y descubrió que pertenecía a William Balcombe, administrador de la Compañía de las Indias Orientales, del que se decía que era hijo bastardo del príncipe regente. Al final del jardín había una cascada natural y un pabellón elegante del tamaño de una sala espaciosa, donde se había alojado el duque de Wellington durante su visita a Santa Elena en el viaje de regreso de la India en 1805.[8]

Napoleón entabló enseguida amistad con la familia Balcombe, envió a sus ayudas de cámara a recoger sus pertenencias en Jamestown y, en cuestión de unas horas, estaba cenando al fresco en un entorno exótico que le recordaba a su novela favorita: *Pablo y Virginia*, de Bernardin de Saint-Pierre. Se negó a volver a la Maison Porteous y los Balcombe lo invitaron a instalarse en el pabellón de los Briars hasta que estuviese listo Longwood. Les tomó gran estimación a la familia y a su jardín, donde pasó muchas horas felices dictando sus memorias a su amigo y confidente el conde de Las Cases, consejero de Estado y cartógrafo. Cuando se cansaba de trabajar, releía *Julia, o la nueva Eloísa*, de Rousseau, que producía en él la misma fascinación que en su época escolar.[9] Aunque el jardín de los Briars no era una jungla como el viejo vergel de la novela, consiguió que se sintiera resucitado y en contacto con la naturaleza. Paseaba por sus terrazas rocosas examinando las plantas: rosas blancas, geranios, magnolias, camelias y campanillas de invierno africanas. Los Balcombe tenían varios esclavos, uno de los cuales, un malayo anciano llamado Toby, cultivaba el jardín. Hablando con él gracias a la labor de intérprete de Las Cases, que hablaba inglés con soltura, Napoleón supo que lo habían secuestrado de niño y lo habían vendido los marineros ingleses en Santa Elena. Aunque la trata se había prohibido en todo el Imperio británico en 1807, tal medida no supuso la liberación de quienes ya sufrían esclavitud ni de sus hijos. Toby cayó en gracia a Napoleón, que se propuso comprar su libertad. Aquel, por su parte, llamaba al antiguo emperador «el buen caballero».[10]

Longwood estuvo listo para la mudanza el 10 de diciembre de 1815, en pleno verano de Santa Elena. Dada la altitud de la casa, aun en dicha estación era posible que descendiera sin previo aviso una densa niebla que hacía imposible ver a un metro y llovía con frecuencia todo el año. Todo allí estaba húmedo y no tardaron en estarlo también los cientos de libros que había llevado consigo Napoleón. De día se le permitía pasear o cabalgar dentro de los veinte kilómetros del perímetro de la propiedad, si bien no podía rebasarlos sin la compañía de un oficial británico. Los guardias estaban acantonados en los barracones de Deadwood, a la vista de Longwood. A las nueve de la noche entraban centinelas en el jardín y rodeaban la casa durante la noche. El coronel Bingham, comandante de la guarnición, envió a los suyos una descripción favorable de aquel terreno:

> En los barracones tengo una serie de aposentos excelentes desde cuyas ventanas puede contemplarse una vista grandiosa y noble que comprende mar, bosque, una llanura extensa y hermosa, unas alturas inmensas, unas peñas accidentadas, fortificaciones, barracones, tiendas y gentes de todos los colores, que en su conjunto ofrecen un bello panorama.[11]

Los gomeros de Longwood le recordaban a Bingham a paraguas rotos. Estaban cargados de canarios de dulce canto, capuchinos arroceros de Java de pico rojo y bengalíes. Los faisanes dorados y los pavos reales, de cuya presencia en Santa Elena daba cuenta la *Historia natural* de Buffon, recorrían

el suelo contoneándose.[12] Cerca de la casa había una carpa que había montado el teniente coronel Fehrzen, subordinado inmediato de Bingham, donde Napoleón comía a menudo o escribía sus memorias. Si cerraba los ojos, podía imaginarse de nuevo en campaña o en una de las muchas tiendas ceremoniales que habían diseñado sus arquitectos Percier y Fontaine en tiempos más felices. Al principio, disfrutó explorando su entorno, a pie, a caballo o en un carruaje pequeño. Con una casaca de caza dotada de botones dorados y medallas, chaleco blanco y bombachos, escalaba el pico de Diana, la cumbre más alta de la isla, y visitaba el barranco de Mulberry Gut, donde los granjeros de la zona cultivaban sus huertos de verduras y frutales. Sin embargo, fuera adonde fuese topaba con la molesta presencia de sus vigilantes. «Habría que ser un ave para escapar de aquí —se quejaba—. ¿De qué pueden servir estos centinelas en lo alto de las colinas?».[13]

El 14 de abril de 1816, cuando tocaba a su fin el verano, se presentó sir Hudson Lowe, nuevo gobernador de la isla, y estableció su residencia en Plantation House, el mejor edificio de la isla. El tiempo empezaba a deteriorarse. «En esta *isola maledetta* no hay sol ni luna que ver; solo lluvia y niebla a todas horas», rezongaba Napoleón.[14] Le tomó inquina al recién llegado casi desde el primer momento. Lowe había participado en 1794 en la ocupación británica de Córcega y después había ejercido de edecán del gobernador británico de Ayacio. Se rumoreaba incluso que se había alojado en Casa Buonaparte, que su familia y él habían abandonado al huir a Francia.[15] La primera vez que se encontraron, Napoleón insistió mordaz en que hablasen italiano. «¿O no ha estado usted al mando de un regimiento corso?», preguntó con desdén. Lowe era bajito, delgado, pelirrojo y casi de la misma edad que él. El emperador destronado no conseguía reconciliarse con el hecho de que alguien tan mediocre tuviese un poder absoluto sobre su día a día. Antes de que partiera de Inglaterra, lord Holland y su esposa lo habían invitado repetidas veces a Holland House para tratar de suavizar su actitud para con Napoleón y organizar el envío de obsequios a Longwood; pero no tuvieron éxito y, poco después, Lowe firmó una carta en la que abogaba por proscribir a Napoleón de por vida. En el Parlamento se debatió una ley que ratificase su destierro vitalicio el mismo mes que arribó Lowe a Santa Elena y lord Holland protestó al respecto en la Cámara de los Lores, calificando de repugnante el exilio de Napoleón; pero la propuesta se aprobó igualmente. En virtud de la nueva ley, se asignó al antiguo emperador la condición de prisionero de guerra: cualquier súbdito inglés que tratara de ayudarlo a escapar se enfrentaría a la pena de muerte. Pese a ello, lady Holland encontró la manera de eludir las restricciones relativas al correo y otras comunicaciones que podía recibir el relegado y se las compuso para enviarle ropa, agua de colonia de calidad, vino y ciruelas escarchadas, que él llamaba *les pruneaux de lady Holland*.[16] También le hizo llegar unos cuatrocientos setenta y cinco libros, que Saint-Denis, ejerciendo de bibliotecario de Longwood, catalogó y

ordenó en los estantes atacados por el moho.

Lowe introdujo nuevas restricciones a los movimientos de Napoleón. Apostaba a los centinelas alrededor del jardín al atardecer con órdenes de acercarse a la casa al llegar la noche y permanecer allí hasta que se hacía de día. No se entregaba carta alguna dirigida a Napoleón en calidad de emperador. John Cam Hobhouse trató de enviar un ejemplar de su relación de los Cien Días, titulada *The Substance of Some Letters Written by an Englishman Resident at Paris, during the Last Reign of the Emperor Napoleon*, pero cometió el error de poner en la dedicatoria *Imperatori Napoleon*, con lo que solo consiguió que Lowe lo confiscara y lo guardase en Plantation House.[17] Cuando el desterrado quiso liberar al esclavo Toby, que trabajaba en el jardín de los Briars, Lowe se lo impidió. Su actitud tenía que ver más con el intenso recelo que despertaba en él Napoleón que con la opinión que tuviera de la esclavitud.[18] Pensó que aquel gesto filantrópico debía de ocultar un plan perverso u otro. El nuevo régimen agrió el carácter de Napoleón. Un sábado, dos meses después de la llegada de Lowe, se dio un baño de tres horas y leyó de nuevo *Julia, o la nueva Eloísa*, repasando el vergel que la protagonista conocía como su Elíseo y su carácter selvático, que le confería un aspecto natural. A continuación, llamó a Las Cases y arremetió con críticas despiadadas contra el texto que otrora había admirado.[19] En los meses siguientes, recurrió a otros libros, como la *Odisea* de Homero, para solazarse.

Philippe Welle, joven botánico austríaco que trabajaba en los jardines de Schönbrunn, llegó a Santa Elena en 1817 entre quienes acompañaban al barón Stürmer, comisionado de Austria a quien se había encomendado la misión de estudiar las plantas de la isla. Welle seguía la estela de una gran tradición de fitólogos que habían recogido especímenes de la flora de la zona, entre los que se incluían Joseph Banks y Daniel Solander, participantes del viaje del *Endeavour* del capitán Cook, y Johann Forster y su hijo Georg, alistados en la expedición del *Resolution*, también a las órdenes de Cook. Welle había visto a menudo a la esposa de Napoleón, la emperatriz María Luisa, y a su hijo, el rey de Roma, en los jardines vieneses de Schönbrunn, y él, que llevaba dos años sin saber de su familia, estaba desesperado por verlo. Lowe, sin embargo, lo impidió.

En una carta remitida a lord Liverpool, Napoleón se burlaba, entre otros absurdos, del miedo que albergaba el gobernador a que hubiesen confiado a un botánico un plan de batalla o de fuga.[20] Aun así, pese a las precauciones tomadas por Lowe, sí que llegó a Longwood un mechón de pelo del rey de Roma, que había entregado a Welle en los jardines de Schönbrunn la madre de Marchand, aya del hijo de Napoleón. Este lo recibió emocionadísimo.[21] Poco después, soñó que perdía a su mujer y a su hijo. En el sueño vio a la emperatriz tan lozana como en Compiègne. Sin embargo, fue a abrazarla y topó con lo siguiente: «daba igual cuánto me afanase en tenerla en brazos, que sentía que se me escapaba. Entonces, lo intenté de nuevo y me encontré con

que todo había desaparecido». Dijo a Marchand que prefería soportar en solitario su desgracia en Santa Elena a tener de testigo a su familia.[22] Pensando en su hermano mayor, que había logrado llegar al Nuevo Continente, comentó: «José conseguirá asentarse como es debido en América. Será el refugio de todos mis parientes. Si yo estuviera en su lugar, fundaría un gran Imperio en toda Hispanoamérica; pero él seguro que se convierte en un burgués americano y dilapida su fortuna en hacer jardines».[23]

Cuando se mudó a Longwood, el jardín se había visto dañado por las obras de la vivienda. Alrededor de la casa no había más que hierba seca y pisoteada. El edificio que ocupó era una estructura larga y de una sola planta que se cruzaba en ángulo recto con el centro de otra formando una T. Disponía de dos jardines rectangulares no muy extensos dispuestos según el estilo francés que siempre había preferido y que cuadraban dicha T. Cada uno medía unos nueve metros por dieciocho. Desde su dormitorio veía uno de ellos, y desde su biblioteca, el otro. Les puso el nombre de los dos fieles ayudantes de cámara que lo habían acompañado en su destierro: Marchand y Saint-Denis, apodado *el Mameluco Alí*. Las memorias de ambos constituyen fuentes de información importantes sobre la vida de Napoleón en Longwood, aun cuando, como todas las autobiografías, representen testimonios muy personales que tienden a la exageración y a otras distorsiones. A veces se solapan y otras se contradicen, como si las disputas menores de los criados de la etapa final de la vida de Napoleón se hubiesen prolongado tras su muerte. El primero de aquellos, el jardín Marchand, tenía un rombo de césped en el centro. En medio de este, plantó un cafeto que le habían obsequiado. A su decir, el café de la isla, que se había introducido en 1733 procedente del Yemen, era lo único bueno que había dado Santa Elena. Alrededor de las cuatro caras del rombo había cuatro cuadros de flores de forma triangular en los que plantó rosales y fresas. Napoleón llamó a este jardincito su parterre e instaló una puerta de cristal en lugar de una de las ventanas de su dormitorio para poder acceder a él a cualquier hora del día o de la noche. La puerta quedó oculta tras una celosía cubierta de vegetación.

El segundo, el del lado de la biblioteca, tenía un óvalo de césped en el centro. Era el jardín Alí o la arboleda de Napoleón, plantado de cítricos, melocotoneros y acacias. En medio del óvalo colocó una pila de madera de un metro de diámetro llena de agua, pero atraía demasiados mosquitos y acabó por quitarla. Estos insectos no fueron la única plaga que hostigó a los habitantes de Longwood. Del suelo de la despensa salían ratas por la noche que subían por las paredes y atacaban la carne que había suspendida del techo por medio de ganchos de hierro. Los criados colocaban cebo en trampas de gran tamaño y las llevaban cada mañana al jardín, donde caían ocho o diez ratas a diario. Los animales luchaban por salir hasta que las soltaban... para que los perros del establo las partieran en dos de una dentellada. A veces, alguno de estos recibía un mordisco de una de las ratas.[24]

Al otro lado de los jardines, lo que no había sido sino hierba abrasada se trocó en tierra apta para criar árboles y otras plantas. Los más notables de aquellos eran dos pares de limoneros que se trasplantaron al jardín Marchand de tal modo que formasen un cenador bajo el que podían sentarse a comer seis personas. El cenador del jardín Alí, en cambio, estaba cubierto de flores de la pasión (*Passiflora spp.*), planta perenne que también abundaba en el cercado y el enrejado dispuestos alrededor de ambos vergeles. Aquellas llamativas flores de color púrpura y blanco parecían placas decorativas y presentaban una corona distintiva en la que se formaba un fruto de color amarillo anaranjado. Las flores de la pasión tenían un crecimiento extraordinariamente rápido allí debido al calor que recibían por el día y la abundancia de rocío que se formaba en ellas de noche. Las enredaderas producían sarmientos de diez centímetros en solo veinticuatro horas y cubrían las cercas con un denso follaje en apenas tres meses. Los cenadores de aquellos jardincitos permitían a Napoleón ocultarse a la vista del capitán que estuviera de guardia en cada momento. El emperador derrocado mostraba un gran interés en el desarrollo de los árboles, los rosales y las flores.[25] A veces, jugaba a los bolos con sus generales sobre el césped.[26]

El almuerzo se servía en el jardín Marchand. Consistía en una sopa, un plato de verduras, otro de carne y, por último, café que se servía sobre azúcar en una de las tazas de Sèvres decoradas con escenas de la campaña egipcia de Napoleón, quien a la sombra de sus limoneros gustaba de recordar el tiempo que había pasado en El Cairo y su retirada de Siria. Entre las piezas de porcelana que había llevado consigo había también platos que representaban vistas de los campos de batalla en los que había obtenido victorias o las ciudades de relieve que había conquistado. Había encargado el servicio en 1807 para uso personal y había precisado que ninguno de ellos debía mostrar «imágenes de batallas ni nombres de personas», sino solo elementos indirectos y alusivos que evocaran recuerdos agradables. En uno de ellos se representaba la visita que había hecho a Ayacio en 1799, de regreso a Francia tras huir de Egipto a bordo de la fragata *Muiron*.[27] Al mirar dicho plato, Napoleón recordaba a su ama de leche, Camilla Illari, que estuvo entre los primeros en darle la bienvenida, igual que los cabecillas que dominaban su ciudad natal y el caos de su administración. Aseguraba que la población de Córcega al completo había acudido a la costa para verlo y que en el trayecto que lo llevaba a su casa se había apostado toda una guarnición de soldados. Había visto concedido su deseo de desembarcar y conseguido que se prescindiera de la cuarentena habitual después de insistir, a fuerza de personalidad más que con ninguna prueba médica, en que no había enfermedad alguna a bordo del *Muiron*. Encontró a los soldados de Ayacio pobremente ataviados y descubrió que llevaban siete u ocho meses sin recibir su paga. Bajo los limoneros trasplantados de su nuevo jardín de Longwood, recordó haber satisfecho personalmente el dinero que se les debía a los soldados corsos pidiéndole prestados a su madre cuarenta mil francos.[28]

Todos estos acontecimientos que conmemoraba la vajilla se desempaquetaron en Santa Elena mediante recuerdos tan frágiles como los platos en los que estaban representados.

El placer que produjeron a Napoleón aquellos jardincitos no impidió que sus pensamientos se centraran de cuando en cuando en la idea del suicidio, tema que le había interesado durante toda su vida. Dictó un fragmento sobre dicho asunto a modo de «ejercicio de esparcimiento literario en este peñón deprimente». Pese al hecho de haber intentado matarse tras abdicar el trono en Fontainebleau en 1814 y quizá también después de Waterloo, Napoleón argumentaba contra tal práctica en los siguientes términos:

> El hombre que está dispuesto a quitarse la vida un lunes querrá vivir el sábado y, sin embargo, uno solo puede matarse una vez. La vida del hombre consiste en pasado, presente y futuro o, cuando menos, en presente y futuro.29

Napoleón dedicó la mayor parte del tiempo que pasó en Santa Elena a dictar sus memorias. Le preocupaba su legado. Se sabía gravemente enfermo por el dolor persistente que sentía en el estómago y sospechaba que moriría en aquella isla. Sin embargo, seguía sintiéndose muy vivo y se centró en aprovechar el presente. Entendía que este y el futuro son todo lo que posee todo hijo de mortal, incluidas las más grandes de las figuras históricas cuyos nombres resuenan a lo largo de los siglos de los que hay constancia escrita. Estaba dispuesto a aguardar con paciencia a que la naturaleza siguiera su curso e insistía en que no temía morir. «En cuanto a mi cuerpo, se transformará en zanahorias o en nabos. No me da miedo la muerte. En el Ejército he visto perecer a muchos hombres mientras hablaban conmigo».30 No tenía tendencias suicidas, pero sí estaba cada vez más deprimido.

Lowe arrestó a Las Cases el 25 de noviembre de 1816 por escribir una carta de queja ante el trato que se estaba dando a Napoleón en la isla e intentar evadir la censura. A principios del año siguiente lo expulsaron de Santa Elena y confiscaron el manuscrito de las memorias que había estado transcribiendo para Napoleón. El humor de este se volvió sombrío con el tiempo. Dejó de salir a caminar y de montar a caballo. Ya no frecuentaba tanto sus jardines. Empezó a buscar modos de evitar la vigilancia a la que lo tenían sometido, escondiéndose de los oficiales encargados de supervisarlo al menos una vez al día. Su salud se fue deteriorando. Su médico irlandés, Barry O'Meara, le extrajo un diente cariado que le había inflamado la encía y lo instó a volver a hacer ejercicio. Él respondió que la muerte sería una liberación y que no tenía motivo alguno para cuidar de su salud. Lowe empezó a preocuparse por la falta de ejercicio de Napoleón.31 El antiguo emperador estaba engordando. A finales de 1817, en su travesía de regreso a Inglaterra desde el cabo de Buena Esperanza, la madre de Helen Sheridan, una chiquilla de diez años que había perdido a su padre no hacía mucho, la llevó a ver a Napoleón cuando su barco recaló en Santa Elena. La niña lo observó caminar por su jardín: «estaba tremendamente obeso y llevaba un sombrero de paja grande».32

Lowe dio órdenes a O'Meara de informarlo regularmente sobre Napoleón y quienes habitaban con él, y el médico se convirtió así en renuente mensajero entre Longwood y Plantation House. Sospechaba que el exiliado sufría hepatitis, pero Lowe achacaba su estado de salud a las condiciones que se daban en Longwood y puso en duda tal diagnóstico, que no quiso que llegara a la prensa. O'Meara, irritado ante semejante injerencia, dejó de mostrarse colaborador. Las relaciones entre ambos se deterioraron enseguida de un modo llamativo y el facultativo optó por dimitir antes de verse despedido. En julio de 1818 zarpó hacia Inglaterra, donde sus empeños en tratar de persuadir al Gobierno británico de que Napoleón se hallaba gravemente enfermo y debía viajar a las islas británicas para recibir tratamiento le valieron la expulsión de la Armada y del Colegio de Médicos. Arrendó un par de piezas en Edgware Road y puso una clínica dental en cuyo escaparate exhibió el diente que le había sacado al emperador desterrado. Amasó toda una fortuna gracias al diario de su estancia en Santa Elena, que Napoleón, sabiamente, le había aconsejado guardar.

Tras la partida de O'Meara, el exiliado se quedó sin médico en casa hasta que su madre le envió a François Carlo Antommarchi, doctor corso que había recibido su formación en la Universidad de Florencia, y a dos sacerdotes italianos para que cuidasen de él. Poco después de llegar a Longwood, en septiembre de 1819, Antommarchi urgió a Napoleón a retomar la actividad física.

—¿Dónde? —le preguntó el paciente.

—En los jardines, en el campo, al aire libre... —le recomendó el médico.

Aunque se sentía mejor, Napoleón siguió mostrándose reacio a hacer ejercicio bajo la vigilancia de los «casacas rojas» británicos. Antommarchi, en consecuencia, le propuso que se dedicara a la jardinería.

—Deberíais cavar la tierra, roturarla y escapar así, a un tiempo, a la inactividad y a la humillación.

La idea fue bien recibida.

—¡Cavar la tierra! Sí, doctor, tiene usted razón. Voy a cavar la tierra.[33]

A la mañana siguiente había nombrado jardinero jefe a Jean-Abram Noverraz, su ayuda de cámara suizo, que poseía cierta experiencia agrícola previa.**** Enseguida se pusieron a estudiar planes complejos de expansión de los jardines existentes. Napoleón aceptó la idea de Antommarchi con al menos dos objetivos: aumentar la cantidad de actividad física y hacer también mayor su intimidad, pues tenía la esperanza de buscar un modo de estorbar la vista desde los barracones y desde el poste telegráfico que informaba a diario a Plantation House de su paradero. De pronto, no se habló en Longwood de otra cosa que de jardinería.[34] Napoleón quería cultivar frutas y hortalizas, construir paseos dotados de sombra y evitar que los centinelas alcanzasen a ver sus ventanas, y recurrió a la vegetación para no tener que preocuparse por la vigilancia a la que lo tenían sujeto.

Para evitar el fastidio que le producía el viento procedente de la meseta de

Deadwood que azotaba sus árboles, hizo construir una pared de tepe o berma de unos 2,7 metros de altura en torno al nuevo jardín, más allá de los árboles y como cinco veces mayor, con la esperanza de que aquel terraplén elevado de césped le proporcionase cierto abrigo.[35] También quería espantar el aburrimiento, suyo y del personal de su casa, y crear una barrera entre esta y sus vigilantes ingleses. Envió a su mayordomo, Pierron, a Jamestown a comprar carretillas, picos, palas y el resto de los pertrechos de jardinería necesarios para despejar una parcela de extensión considerable. Él tenía su propio rastrillo y su pala, que a menudo empleaba a la manera de bastón o para apoyarse mientras observaba el avance de las labores. Quiso usar un pico, pero le pareció que semejante herramienta no se adaptaba bien a sus manos.[36] Hizo llamar a Antommarchi para que admirase su destreza jardinera y lo provocó asegurando que el aire fresco y la pala habían hecho más por su salud que la medicina.[37] «Siempre he hecho que mi cuerpo se acostumbre a doblegarse a mi voluntad y pienso hacer que se habitúe a este ejercicio».[38]

Su proyecto se fue volviendo cada vez más ambicioso. Inspirado por lo que recordaba sobre fortificaciones, diseñó un laberinto de senderos rectos y curvos situados por debajo del nivel del suelo que habrían de cavarse entre cuadros de flores dispuestos de forma simétrica dentro de unos diez mil metros cuadrados de tierra alrededor de Longwood, confiando que podría recorrer dichos caminos socavados sin ser observado por sus guardias.[39] Las labores comenzaban al rayar el alba con la participación de toda la casa. Se contrató a cuatro jornaleros chinos para la construcción de los jardines y su posterior mantenimiento. Napoleón observaba su trabajo y, en cierta ocasión, los obsequió con una botella de vino.[40] Recibían treinta chelines mensuales además del salario y el alimento que les brindaba su Gobierno. A comienzos del siglo XVIII, el entonces gobernador de Santa Elena había propuesto a la Compañía de las Indias Orientales que dotara la isla de trabajadores chinos procedentes de Penang y de Macao por considerarlos «excelentes artesanos y granjeros que ofrecen mano de obra de calidad a muy buen precio».[41] En 1818 había ya unos seiscientos de ellos en Santa Elena. Los ingleses, a los que no se les daba nada bien pronunciar sus nombres, usaban, en consecuencia, números para llamarlos.

Uno de ellos era un carpintero muy competente que ayudó en la construcción de un pabellón chino en un extremo del muro de tepe para que Napoleón pudiera sentarse a contemplar el mar. Estaba decorado con muselina blanca y amueblado con un sillón chino y un diván de bambú. Su ubicación permitía al exiliado observar el paisaje que rodeaba Longwood y servirse de su telescopio para ver los barcos que arribaban a la bahía distante. El pabellón, de planta cuadrada, tenía de lona el techo y las paredes y ventanas de cristal con forma de rombo. Estaba pintado de color verde claro y los marcos de las ventanas eran grises. A él se accedía a través de una escalera cubierta de hierba sujeta por piquetas que seguía la curva de la pared de tepe. En lo alto del pabellón había una veleta con forma de dragón chino.

Cierto día, uno de los obreros chinos se puso a cavar demasiado cerca de un tejo alto y Marchand, temiendo que pudiera dañar las raíces, lo reprendió. Napoleón intervino para defenderlo. «Si sirven a tus espaldas una mesa bien provista, tienes hambre y se te permite sentarte, encontrarás, seguro, un modo de darte la vuelta para satisfacer tu apetito. Lo mismo le ocurre a este árbol, que tomará a través de las raíces que le queden al otro lado los nutrientes que se le han negado».[42] Lejos de verse intimidados por él o acometidos de un temor reverencial por estar trabajando para un antiguo emperador, los trabajadores chinos parecían divertidos ante su atuendo de jardinero: una chaqueta de mahón de las usadas por los granjeros, un par de pantalones del mismo tejido, chinelas rojas y sombrero de paja de ala ancha. Este último todavía se conserva. Tiene una cinta de tafetán negro ciñendo la alta copa, forrada con seda blanca y reforzada con un recorte de periódico inglés con fecha de septiembre de 1813. Contrasta de manera muy marcada con el bicornio que se ha vuelto ya consustancial con la proverbial silueta y la leyenda de Napoleón.

En 1829, el impresor Jean-Georges Frey publicó una litografía titulada *Le jardinier de Sainte-Hélène*, ilustración anónima que lleva por subtítulo: «Que no te extrañe ver a Marte de jardinero». Napoleón, antes asociado con el dios de la guerra, aparece retratado con aire pensativo, apoyado sobre una pala mientras sostiene un sombrero en medio de un paraíso rural de creación propia. Tiene la cabeza, en la que empieza a escasear el pelo, expuesta momentáneamente al sol mientras descansa al lado de sus plantas y sus herramientas, observado desde lejos por un hombre, una mujer y un niño. El hombre viste uniforme militar y un bicornio de medio lado, de tal modo que los dos picos le caen a uno y otro lado del rostro a la manera que ha quedado inmortalizada en la silueta de Napoleón. Tal vez se trate del Napoleón joven, o aun del Napoleón emperador, que muestra al espectador de la litografía dónde ha acabado su carrera: en un jardín de Santa Elena.

El bicornio que llevaba en la batalla de Waterloo, en 1815, que supuestamente cayó al suelo mientras huía y fue recogido del campo de batalla por un capitán neerlandés, el barón Arnout Jacques van Zuylen van Nijevelt, se subastó en 2018 por poco menos de trescientos cincuenta mil euros. Ese bicornio es uno de los diecinueve que han llegado a nuestros días de los ciento cincuenta que se calcula que vistió Napoleón durante su ascensión y caída, desde el momento en que lo nombraron primer cónsul, en 1799, hasta su derrota en Waterloo. Todos ellos los adquirió en Poupard et Delaunay, cuyo establecimiento en la galería comercial del Palais Royal abrió en 1811. Lo enterraron con uno de aquellos sombreros. Llevó consigo cuatro a Santa Elena, pero uno solo de paja, que reforzó con papel de periódico cuando empezó a desgastarse.

Este último aparece en una litografía a color del artista austríaco Franz Gerasch, basada en una obra de Horace Vernet y titulada *Napoléon Ier en planteur à Sainte-Hélène*. Melancólico y tripudo, el antiguo emperador se

apoya pesadamente sobre un codo bajo el que descansa el periódico que acaba de dejar de leer sentado en un sencillo banco de jardín. El sombrero de paja que lleva puesto se parece mucho al que se relaciona en el inventario de sus pertenencias que se elaboró tras su muerte. El conde Henri Gatien Bertrand, que lo había acompañado en su expedición a Egipto y compartió con él su exilio en Santa Elena, heredó el sombrero y lo legó a su hija, quien a su vez lo cedería a Napoleón Víctor, nieto del hermano menor de Napoleón y pretendiente bonapartista al trono de Francia hasta su muerte, ocurrida en 1926. Hoy se encuentra en el Musée National des Châteaux de Malmaison et Bois-Préau. En este mismo museo hay un banco de exterior hecho de madera de enebro que Napoleón III compró a un vendedor de Santa Elena y en el que, supuestamente, «se sentó a menudo el emperador durante su exilio». El respaldo está dividido en tres secciones, una de las cuales todavía tiene un sencillo enrejado de listones de madera clavados con puntillas.

Al principio, Lowe no pudo menos de recelar de la actividad jardinera que estaba desplegando Napoleón.

—¿Es por consejo suyo por lo que está haciendo todo ese violento ejercicio el general Bonaparte? —preguntó a Antommarchi.

Cuando el médico se lo confirmó, el gobernador añadió desdeñoso:

—Se esfuerzan demasiado plantando árboles en un terreno sin humedad y expuesto a un sol ardiente. Es trabajo perdido, porque se secarán. Ya verá como no crece ninguno.[43]

Aun así, no planteó ninguna objeción seria al respecto, ni siquiera en lo relativo a la pared de tepe, que acabó por tener 2,7 metros de alto y ancho y 24 de largo. De entrada, dio por hecho que no era más que un cortavientos y se mostró encantado de que aquella nueva ocupación facilitara la labor de los guardias a la hora de localizar a Napoleón. Cuando reparó en que la ampliación del jardín había separado a los guardias de la casa, se preocupó algo más, aunque tampoco quiso interferir en la pasión recién descubierta del emperador desterrado. De hecho, hasta fue a verlo a Longwood y se ofreció a brindarle a los soldados ingleses como mano de obra. Marchand recordaba que Napoleón rechazó la propuesta, pero Saint-Denis aseguraba que la aceptó.[44] Sea como fuere, el odio que le profesaba el desterrado no se hacía extensivo a sus parientes. Así, cuando la atractiva hijastra del gobernador fue a visitar los jardines de Longwood con la esperanza de ver al antiguo emperador, no dudó en obsequiar a la joven con dulces y con una rosa.

El cultivo de esta flor en Longwood exigía superar el obstáculo de la aridez del suelo. El agua escaseaba en la meseta de Deadwood. La que empleaba él para sus prolongados baños, que consideraba de vital importancia para su salud física y mental, tenía que ser transportada desde un manantial natural situado a más de un kilómetro en toneles cargados en un carro del que tiraban los obreros chinos. El venero, que proveía de agua potable a Longwood, también abastecía al campamento inglés. Lowe dispuso la construcción de una presa en el pico de Diana y la colocación de conductos que llevaran agua tanto

a Longwood como a los barracones que tenía enfrente. En Jamestown compraron una bomba con manguera y la montaron sobre ruedas para hacer llegar el agua a todo el jardín y, por tanto, a las zonas recién trasplantadas o más secas.

Tal vez tenía en mente el roble que se había plantado en su honor en Lausana en 1800 cuando trató de trasladar ejemplares maduros de esta especie a su jardín de Santa Elena. Los robles no alcanzaban una gran altura en la isla, pero sí extendían sus ramas como los manzanos de Francia sin que el tronco principal llegara a los dos o tres metros.[45] Se habían introducido en 1749, época en la que empezaron también a plantarse de forma intensiva en el cabo de Buena Esperanza con la intención de aliviar la escasez de madera. Para trasplantarlos hizo falta la fuerza de veinte hombres, además del cuidado que hubo que poner a la hora de trasladarlos con cepellón. Se regaban a diario y, aun así, la mayoría murió después de dos semanas. Al que sobrevivió al resto le pusieron el nombre de Roble del Emperador. A su sombra colocaron una mesa con varias sillas.

Napoleón decidió que quería oír correr el agua. Como los jardines presentaban una ligera pendiente, dispuso una serie de estanques para trasvasar el agua de uno a otro. El mayor, situado a más altura, tenía forma semicircular —la misma de su bicornio—, medía 4 metros de diámetro por 0,8 de hondo y estaba hecho de fábrica; el segundo era una cuba enorme de 3,6 metros de diámetro y 1,2 de profundidad, y el tercero tenía 1,8 metros de diámetro y 1,2 de hondo. El primero, el semicircular, costó 1.000 francos, y el segundo y el tercero, 1.800 en total. El agua iba pasando de uno a otro hasta llegar al huerto, situado a menor altura. La tierra procedente de la construcción de los estanques se añadió a la pared de tepe, que se dispuso en terrazas hasta formar una estructura que Marchand comparó con la de un teatro clásico y cuya hierba completó con rosales y otras flores para contener la tierra.

Napoleón se burlaba de sí mismo por la diversión que le proporcionaban aquellas obras hidráulicas de su jardín. Cada día, cuando se ponía el sol, le decía a Saint-Denis: «¡Venga! ¡Vamos a poner en marcha las fuentes!». Entonces, uno de los ayudas de cámara giraba la llave de paso principal y la secundaria para hacer que el agua corriera por los estanques y los canales que habían construido en la pendiente. Con todo, muchas veces la presa no tenía más agua que la necesaria para la casa y, en la estación seca sobre todo, había que usarla con moderación. También era frecuente que no quedase agua en Longwood cuando se abría el grifo de los barracones y había una gran demanda por parte de los soldados de aquel recurso compartido.[46]

El estanque semicircular estaba forrado de piedra y cemento a los que habían aplicado pintura al óleo para impermeabilizarlo. Napoleón compró carpas y las metió personalmente en el agua. Al día siguiente, sin embargo, el recipiente estaba medio vacío y algunos de los peces flotaban sin vida sobre la superficie del agua restante. Saint-Denis temía que se hubieran envenenado

con la pintura y Napoleón, viendo que no se le había otorgado la estanqueidad necesaria, decidió hacer que lo forrasen de plomo. Mientras el emplomador hacía su trabajo, metieron el resto de los peces en un barril. Durante la construcción del estanque se habían dañado tanto las raíces de un pino que el árbol fue secándose de forma gradual hasta morir. En su lugar, Napoleón encargó al carpintero chino la construcción de una gran pajarera de tres plantas.

Esta última estructura, hermosa y de forma semicircular, estaba hecha de madera pintada y de metal. Los tres artesanos chinos que trabajaron en ella se conocían como 146, 174 y 178.[47] La levantaron del suelo por medio de patas con forma de garra y la decoraron con motivos chinos. Estos incluían un cesto de flores, una garceta y una cinta que formaban un jeroglífico que representaba la longevidad. La palabra *peonía* formaba un segundo pictograma con el significado de riqueza y posición, en tanto que las aves que había pintadas entre flores de manzanos silvestres en la parte inferior formaban el mensaje: «Que tu noble vivienda se vea bendecida con riqueza y honor». El tejado verde abovedado estaba rematado con una talla de madera de un águila, pero Napoleón mandó retirarla. Resultaba demasiado absurdo ver el emblema que había guiado a sus soldados en el campo de batalla y por el que habían sacrificado la vida convertido en adorno de jardín.[48] Los canarios estuvieron en jaulas hasta que se completó la pajarera, pero casi todos enfermaron y murieron. A los pocos supervivientes los mataron los gatos. Cuando estuvo lista la estructura, sus primeros habitantes fueron un faisán cojo y unas cuantas gallinas. El primero murió dentro, pero a las gallinas las dejaron salir. Luego, encontraron palomas con las que llenarla, pero no tardaron en escaparse. «La jaula siguió sin aves como el estanque sin peces», señaló Saint-Denis. Su abuelo, oficial de las cocinas reales, había hecho una pajarera de guirlache que se sirvió ante la corte de Versalles antes de la Revolución. Cuando partieron el guirlache, el pájaro escapó volando y fue a posarse en la cabeza de María Antonieta. Por su parte, el padre de Saint-Denis había perdido su empleo en los establos reales de Versalles después de la Revolución, pero se había mudado a París, había fundado una escuela de equitación y había colocado a su hijo en la residencia del emperador en 1806. Años después, ese mismo hijo estaba viendo al antiguo emperador preso en Santa Elena y afanándose en buscar ocupantes para la pajarera de un jardín demasiado seco e inhóspito para criar rosas.

Napoleón hizo construir también una cueva artificial excavada en el muro de tepe. Dado que el techo era solamente tierra, hubo que reforzarlo con vigas de madera. El interior se hizo lo bastante amplio para que pudiera albergar bancos de tepe, una mesa redonda y algunas sillas. Asimismo, se introdujo una acequia hasta una fuente de madera situada en el extremo opuesto, que podía vaciarse por medio de un grifo en otra acequia que llegaba al pabellón. Para adecentar el interior de la cueva, la forraron con paneles de madera decorados por uno de los artesanos chinos con serpientes, dragones, aves y un

cúmulo de figuras fantásticas chinas. Pero la sequía hizo que las paredes de tepe se desmoronasen y la cueva empezó a llenarse de tierra y a hundirse. En menos de quince días, todas las rosas que habían plantado en salientes de la pared estaban marchitas. Se regaban bien a diario y, no obstante, la tierra seguía demasiado seca. Napoleón se las compuso para comer en la mesa del interior de la cueva dos o tres veces.

Colocaron una cerca en la pared de tepe a fin de evitar que los animales se metieran en el jardín. Cuando se completaron los senderos socavados, las acequias y los estanques y se plantaron los bancales de flores y de verduras, Napoleón vio una serie de gallinas que deambulaban sueltas por su obra y, furioso por el destrozo que estaban haciendo, agarró una escopeta y puso fin a aquel episodio. Tres de ellas murieron de un disparo y una cuarta recibió un tiro estando encaramada a un muro. Era la primera vez que descargaba un arma en mucho tiempo y no pudo menos de recordar sus días de cacería.[49] Días más tarde, abatió a una cabra y sus cabritos, que estaban pastando en el césped sin hacer daño a nadie. Después de aquello, estuvo unas semanas haciendo que le llevasen más cabritos al jardín para probar puntería. Acordándose de Córcega y el estropicio que hacían entre los árboles jóvenes en la isla, hizo saber a Marchand: «Yo siempre apoyaba la idea de acabar con ellos y tenía discusiones tremendas con mi tío el arcediano, que era dueño de muchos de ellos. Un día, cuando llegó al culmen de su ira, me acusó de presuntuoso».[50] Napoleón también se dedicó a disparar a los lechones de Santa Elena, anunciando fanfarrón a sus compañeros: «Os voy a ofrecer un cochinillo asado digno de un Odiseo». Su último disparo, al decir de Marchand, fue el que le encajó en la cabeza a un buey propiedad de la Compañía de las Indias Orientales que había entrado en los jardines y los estaba pisando.

Los integrantes del servicio de Napoleón encontraban en extremo agotador todo aquel trabajo de jardinería y aseguraban entre lamentos que si tenían que hacer una ampliación más, morirían sin remedio.[51] Muchos de ellos jamás habían cogido un pico ni una pala, ni empujado siquiera una carretilla. Cuando Napoleón estaba presente, supervisando las labores, todos se afanaban al máximo desde las cinco o las seis de la mañana. «Nunca había estado tan animado Longwood como en la época en que estuvimos trabajando en esos jardines. Se diría que la actividad nos había dado nueva vida», escribió Saint-Denis. Napoleón daba la impresión de no haber estado mejor de salud desde su llegada a Santa Elena: estaba siempre de buen humor y por la mañana no veía la hora de plantarse en el jardín para avanzar cuanto fuera posible antes de que hiciera demasiado calor para seguir. En los últimos meses de 1819, parecía que la naturaleza hubiese acudido en su ayuda, que su estado no dejaba de mejorar y que había encontrado la distracción que necesitaba en aquellos jardincitos. Marchand, sin embargo, advierte que solo era una ilusión.[52] Recordaba haber hecho un comentario a Napoleón sobre la mejora de su salud y haber recibido de él la siguiente respuesta: «No te creas

[...] No me queda mucho. Lo llevo dentro, aquí —añadió señalándose el hígado—. Esto es solo un momento de descanso que me ha dado la naturaleza. La enfermedad volverá a sobreponerse y me dejará frito».[53]

Mientras estaba disponiendo un bancal de judías verdes, percibió un conjunto de raicillas que lo llevó a hablar con Antommarchi sobre los fenómenos de la vegetación. Hizo saber a su doctor que creía en la existencia de un Ser Superior que preside las maravillas de la naturaleza y le preguntó si había dado alguna vez con un alma bajo su escalpelo. «¿Dónde reside el alma? ¿En qué órgano?». Estaba convencido de que la mayoría de los médicos eran ateos, al contrario, según su experiencia, que los matemáticos. Él mismo era agnóstico. A veces parecía ponerse del lado de los materialistas. «Cuando he hecho abrir en canal un ciervo estando de caza, he podido observar que tienen las entrañas como las del hombre. El hombre es simplemente un ser más perfecto que un perro o un árbol. Las plantas son el primer eslabón de una cadena en la que el hombre es el último. Ya sé que esto va en contra de lo que dice la religión, pero es lo que opino yo. Somos materia de arriba abajo». En otras ocasiones, parecía convencido de que existía una inteligencia divina responsable de ordenar el mundo. Aun así, dijo al general Gourgaud: «Si tuviese que elegir una religión, creo que me haría adorador del sol. El sol es el que da vida y fecundidad a todas las cosas. Es el verdadero Dios de la tierra».[54]

El suelo seco de Longwood no recompensó el esfuerzo que habían invertido en su cultivo y las orugas podían devastar en una sola noche cualquier cosa que hubiera logrado crecer.[55] Con todo, el huerto daba algunos frutos que acababan en la mesa de Napoleón: unos cuantos rábanos o lo necesario para hacer una ensalada de cuando en cuando. Siempre preguntaba si lo que iban a comer lo habían cultivado en casa. Los guisantes y las judías verdes estaban demasiado duros y la coliflor no se formaba como era debido.[56] Lo único que se daba bien era la col. Las fresas estaban cubiertas de flores, pero no llegaban a cuajar y daban pocos frutos. Los melocotoneros trasplantados prosperaban algo más. Un día sí y otro no, comían ensalada de alubias con aceite de oliva, vinagre de estragón, perifollo, perejil, cebolleta y la astringente pimpinela.[57] Al sentarse a la mesa, Napoleón comentaba: «Al final, nuestro trabajo no ha sido del todo en vano y nuestro jardín nos está dando de comer». A continuación, fingía reprender a los que no podían ocultar una sonrisa y sonreía también ante aquel teatrillo.

En mayo de 1820, Lowe escribió a lord Bathurst, secretario de Guerra y de Colonias, sobre las hortalizas que crecían en Longwood. Dijo haber oído que al comisionado francés, el marqués de Montchenu, le habían ofrecido tanto judías verdes como alubias (*haricots verts* y *haricots blancs*) del huerto de Napoleón.[58] Dado que el verde era el color de los bonapartistas y el blanco el de los borbónicos, Lowe se preguntaba, llevado de una actitud en extremo paranoica, si no estarían tratando de enviar al marqués un mensaje político a través de aquel plantío. No contento con ello, se puso en una situación más

ridícula aún al dar a entender que el comisionado francés se había comprometido al aceptar las verdes cuando debía haberse «limitado a exigir solo las blancas». Más serio desde el punto de vista político era el informe de Montchenu según el cual Napoleón había dicho a uno de sus ayudas de cámara: «Es una gran desgracia para Francia que mi hijo esté con vida, porque tiene grandes derechos».[59]

Los pensamientos de Napoleón volvían a menudo a la Revolución, de la que había nacido su poder. Rememoraba la caída de la monarquía y la matanza de los jardines de las Tullerías. «La Revolución francesa —decía— fue un movimiento generalizado de la masa del pueblo contra las clases privilegiadas. Su objetivo principal fue la destrucción de los privilegios y los abusos de estas. La Revolución instauró la igualdad de derechos: cualquier ciudadano podía alcanzar cualquier puesto con arreglo a su talento». En su opinión, había iniciado el proceso de centralización y racionalización de Francia que él había continuado. Se había hecho de ella una nación con el mismo derecho civil y criminal, y con los mismos impuestos, en todo su territorio. Estaba convencido de que, como quiera que el pueblo había votado para crear un cetro imperial y se lo había confiado a él, podía decirse que «nadie ha[bía] ascendido nunca a un trono con más derechos legítimos». Su poder procedía del pueblo y el pueblo había votado para hacer hereditario dicho poder. Contra todo pronóstico, seguía abrigando la esperanza de que su hijo se erigiera algún día en emperador de los franceses.[60]

La determinación de hacer un último jardín fue el fogonazo final de su energía. La vida del hombre que había conquistado y transformado Europa estaba a punto de apagarse. Con todo, antes de rendirse por completo a la decadencia natural de su propio organismo, Napoleón encontró la fuerza necesaria para imponerse al mundo de nuevo. Como un incendio que ha ardido con más brillo, más calor y más intensidad que ninguno, la llama de su voluntad revivió una última vez antes de apagarse. Aquella fue la primera vez desde la escuela que había tenido tiempo de cavar la tierra, sembrar semillas y plantar un jardín. También era la primera vez desde entonces que vivía con semejante falta de libertad. En Brienne-le-Château no había podido vagar sin trabas como lo había hecho siendo un chiquillo en los huertos de frutales de Córcega, pues la institución tenía normas y procedimientos que él, como el resto, debía observar. En Santa Elena se hallaba bajo constante vigilancia por si se le ocurría intentar abandonar aquella isla remota. Allí, las normas y los procedimientos se habían inventado exclusivamente para él, un emperador destronado al que seguían considerando el hombre más peligroso de Europa.

Lady Holland, que solo lo había visto en una ocasión y a lo lejos, durante la paz de Amiens, siguió apoyándolo durante su exilio. Adquirió uno de los bustos de bronce de Canova procedentes de Roma y lo colocó en su jardín de Holland House, sobre una columna de granito escocés en la que hizo inscribir una estrofa de la *Odisea* traducida por su marido:

> No está muerto: inspira el aire

de tierras de más allá de las profundidades,
alguna isla distante envuelta por el mar, donde
el héroe se rodea de hombres recios.

La propia lady Holland poseía un gran talento para la jardinería y, de hecho, a ella se debe la introducción de la dalia en Inglaterra en 1804. Apoyó las ambiciones hortícolas de Napoleón en Santa Elena enviándole simiente de *Xerochrysum bracteatum* o siempreviva, planta que se contaba entre las que habían sido catalogadas en 1803 en el volumen que documentaba las especies raras que crecían en el jardín de la emperatriz Josefina en Malmaison. Originaria de Australia, en suelo inglés se habían cultivado desde 1791. Los descendientes de las semillas que remitió la aristócrata a Santa Elena florecen todavía en la isla y se venden a los turistas en Longwood. Otra planta australiana que figura en el mismo libro es la *Acacia subulata*.[61] Esta también la propagó Napoleón en Santa Elena. En un momento de sinceridad, reveló al barón Gourgaud que, de no haber estado allí preso, la existencia que había conocido en aquella isla le habría sentado de maravilla. «Me habría gustado vivir en el campo. Me habría gustado ver a otros mejorar el suelo, ya que no tengo los conocimientos necesarios de agricultura para hacerlo yo mismo. No cabe imaginar una existencia más noble». Al final de su vida, se había convencido de lo siguiente: «La verdadera vocación del hombre es cultivar la tierra».[62]

Pese a todo el bien que le había hecho la jardinería, la salud de Napoleón se hallaba en decadencia. Hablaba largo y tendido con Antommarchi del cáncer de estómago que había matado a su padre. Estaba obsesionado con la idea de que la enfermedad era hereditaria y le angustiaba que el rey de Roma pudiera desarrollarla también. El estanque estaba otra vez lleno de peces y él se sentaba a observarlos durante horas, incluso cuando quedó «tan débil que apenas podía sostenerse». Se divertía lanzándoles pan, observándolos interactuar y tratando de encontrar paralelismos entre su comportamiento y el de la humanidad. Pero, pese a todo el cuidado y las precauciones que tuvo para mantenerlos con vida, al cabo de cuatro o cinco meses no quedaba uno solo.[63] Cuando empezaron a morir, Napoleón se dolía en los siguientes términos: «me persigue la fatalidad. Todo lo que amo, todo lo que se une a mí se ve azotado de inmediato. El cielo y los hombres se unen para hostigarme».[64] Aun así, no dejó de investigar la causa precisa del envenenamiento de sus peces, que resultó ser un cemento con cobre que se había usado en el fondo del estanque.

A finales de 1820, estaba tan enfermo que apenas podía caminar y necesitaba ayuda hasta para alcanzar su asiento del jardín. En torno a esas fechas recibió una noticia que le afectó en lo más hondo: su hermana Elisa había muerto en Trieste de malaria.***** Le había asignado el título de gran duquesa de Toscana en tiempos más felices. Cuando su dolencia estaba tan avanzada que ni siquiera podía salir al jardín, se sentaba en su dormitorio,

hacía abrir las puertas que daban a él y muchas veces pedía a sus ayudas de cámara que le llevaran una flor.[65] Quería respirar aire fresco y tener rosas cerca para disfrutar de su fragancia.[66] Rechazaba la medicina y repetía su adagio favorito: «Cuanto ha de pasar está escrito. Nuestra hora está marcada y no está en nuestra mano arrancarle al tiempo una porción que nos niega la naturaleza».[67] Antommarchi dejó constancia de las instrucciones que dio respecto a lo que hacer con su cuerpo sin vida.

> A mi muerte, que no puede estar muy lejos, deseo que abráis mi cuerpo. También deseo, no: requiero, que no dejéis que me toque ningún médico inglés. Si, no obstante, juzgáis indispensable la asistencia de alguien, el único al que quiero que recurráis es el doctor Arnott. Deseo, además, que me extraigáis el corazón, que lo conservéis en espíritu de vino y que lo llevéis a Parma, a mi querida María Luisa. Decidle cuán afectuosamente la he amado, decidle que nunca he dejado de amarla y hacedle saber cuanto habéis visto, cuanto atañe a mi situación y a mi muerte. Os recomiendo, por encima de todo, que examinéis con esmero mi estómago, que hagáis un informe exacto y detallado de su estado y que lo transmitáis a mi hijo. Los vómitos que se suceden sin intermisión me llevan a suponer que es el estómago uno de los órganos que tengo más trastornados y me inclino a pensar que lo aqueja la misma enfermedad que arrastró a mi padre a la tumba. Estoy hablando de cáncer de hipogastrio. ¿Qué pensáis vos?[68]

Antes de morir, añadió varios codicilos a sus últimas voluntades, incluido uno por el que legaba a lady Holland una caja de rapé decorada con un hermoso camafeo con que lo había obsequiado el papa Pío VI tras la firma del Tratado de Tolentino. Pese a todas sus dudas religiosas, su testamento aseveraba sin lugar a duda: «Muero en la religión apostólica romana, en cuyo seno nacía hace ya más de cincuenta años». A su hijo le dejó las casas y jardines que tenía en Ayacio. También le legó otros efectos, como la vajilla de Sèvres, su catre de campaña, sus sillas de montar, sus espuelas, su patena, sus libros y la ropa de cama que había usado en Santa Elena, con la esperanza de que los atesorase «como procedentes de un padre cuyo recuerdo no dejará el mundo que se borre». Cuando, en 1821, cruzó un cometa el cielo de Santa Elena, Napoleón se convenció de que marcaría su muerte. Había dedicado parte de su exilio a su comentario sobre las campañas de César y sabía que tras su asesinato había aparecido uno.[69] Estaba convencido de que el derecho a gobernar de César procedía, como el suyo, del pueblo.

Un día, mientras seguía la progresión del dolor y la aflicción de su paciente en los días finales de su existencia, Antommarchi lo vio de pronto recobrar fuerzas, incorporarse de un salto e insistir en que quería salir a pasear al jardín. «Corrí a recibirlo en mis brazos, pero las piernas le fallaron ante el peso del cuerpo. Cayó de espaldas y yo tuve ocasión de mortificarme por haber sido incapaz de evitar su caída», recordaba el médico.[70] Los asistentes de Napoleón lo llevaron de nuevo a la cama, uno de los catres bajos que había usado en sus campañas militares; pero él ya no reconocía a nadie. En medio de su confusión, siguió insistiendo en que quería ir al jardín. No dio muestras de estar entendiendo nada de cuanto ocurría a su alrededor, ni tampoco dejó de tener hipo desde ese punto hasta el momento de su muerte, ocurrida a las

17.49 del 5 de mayo de 1821, justo después de ponerse el sol. El doctor dejó constancia de que la víspera del intento que hizo Napoleón de salir al jardín por última vez se desató una terrible tormenta que amenazó con destrozar cuanto había en Longwood. Los árboles recién plantados se vieron arrancados de raíz y un sauce bajo el cual gustaba de sentarse Napoleón cayó derribado por el viento tempestuoso. «Daba la impresión —comentó Antommarchi— de que nada de cuanto valoraba el emperador fuera a sobrevivirlo».[71]

Antes de perder la facultad del habla, Napoleón dijo a sus compañeros que, tras la muerte, se reuniría con sus valientes soldados en los Campos Elíseos, el último descanso de las almas heroicas según la *Odisea*, «donde la vida se desliza con facilidad inmortal para el hombre mortal; sin nieve, sin acometidas del invierno, sin un aguacero, sin nada más que la brisa que manda de noche y de día el río Océano, los vientos cantarines del oeste que refrescan a toda la humanidad».[72] Mientras yacía sobre su catre de campaña en espera de que su alma llegara a los Campos Elíseos, el espacio verde que se extendía más allá de su último jardín, pensaba en los soldados que lo habían precedido. Sus últimas palabras delirantes fueron: «à la tête d'armée» («a la cabeza del Ejército»), casi inaudibles sobre los estertores de su aliento. Tal vez recordaba los otros campos —los de batalla— en los que se habían congregado sus combatientes dispuestos a seguirlo hasta la gloria. En Longwood no había ningún rincón suntuoso con pinturas de Austerlitz, Marengo o Friedland como las que había sobre el diván de la alcoba privada reservada para su descanso en Rambouillet. Aun así, durante aquel largo día final, tuvo los ojos cerrados casi todo el tiempo y nadie sabe qué imágenes de combates triunfales proyectaría su mente. Quizá lo que vio fueron más bien los jardines, los jardines de su infancia, tanto en la escuela como en Córcega; las Tullerías, el Jardin des Plantes y otros parques parisinos; los jardines egipcios; Malmaison; Saint-Cloud; Compiègne; los jardines y el bosque de Fontainebleau; los jardines que imaginó para Roma y en Chaillot para el rey de Roma; los jardines inconclusos de Elba; el jardín de Waterloo, que se trocó en un infierno, y, por fin, el último, al otro lado mismo de las ventanas abiertas, oscuro por las largas sombras vespertinas de los árboles que había plantado, el jardín al que ya no podía acceder sino en sus sueños.

En sus últimas voluntades, Napoleón pidió que sus cenizas reposaran en París, «en las márgenes del Sena, en medio de este pueblo francés que tanto he amado». Sin embargo, en su lecho de muerte cambió de parecer y dijo que quería ser sepultado con sus ancestros en la catedral de Ayacio. Si su cuerpo no podía salir de Santa Elena, deseaba que lo enterrasen cerca del venero del que sacaban los obreros chinos el agua que bebía, un lugar exuberante, adornado con flores silvestres, rosas y geranios, sobre el que pendían las ramas de los sauces; un lugar con más verdor y más sombra que ningún otro de las inmediaciones.[73]

En 1836, una carta publicada en *The Morning Chronicle* solicitó información relativa a los sauces vecinos a la tumba de Napoleón para

incluirla en el *Arboretum et Fruticetum Britannicum*. Muchos de cuantos habían visitado el lugar respondieron a este ruego e incluyeron grabados, dibujos, muestras secas y hasta una planta viva. Los editores del *Arboretum* publicaron sus conclusiones en *The Gardener's Magazine*.[74] No hay especie alguna de sauce que sea autóctona de Santa Elena. En 1810, siendo gobernador, el general Beatson había introducido un buen número de árboles y arbustos. Aunque *The St Helena Gazette* da cuenta entre 1811 y 1812 de las dificultades que tuvo protegiendo sus plantaciones de las cabras, varias de sus variedades subsistieron, incluida la *Salix babylonica*, que acabaría por conocerse como sauce de Napoleón. Según este testimonio, el ejemplar que fue destruido durante la tormenta antes de su muerte crecía cerca del manantial que le serviría de tumba. Después del sepelio, la esposa de Bertrand plantó varios esquejes del árbol desarraigado alrededor de las losas tomadas del hogar de la cocina de Longwood que le hacían las veces de lápida, junto con algunos nomeolvides. En 1828, los árboles surgidos de aquellos esquejes se hallaban moribundos y se plantaron veintiocho más para sustituirlos. A esas alturas, la tumba estaba cubierta por «una profusión de pelargonios de flores escarlata» y rodeada por una barandilla de hierro. En 1835, los visitantes informaron de que los nuevos sauces también estaban agonizando, en gran medida por el espolio al que los sometían los cazadores de reliquias. Llegado aquel momento había ya un ejemplar en la Roebuck Tavern de Richmond Hill con una placa que llevaba la siguiente inscripción:

> Este sauce, tomado de la tumba de Buonaparte en Santa Elena en el año de 1823, fue un obsequio del general Walker, gobernador de la isla y sucesor de sir Hudson Lowe, a John Townsend Farquhar, *esquire*, gobernador de Mauricio, que lo trajo a Inglaterra.[75]

También había ejemplares de sauce de Napoleón en el jardín de la Horticultural Society de Chiswick, en Kew, en el jardín botánico de Twickenham, en Kensington Gravel Pits, en Chatsworth y en varios jardines privados de Londres y de otros puntos del Reino Unido. Los autores del artículo publicado en *The Gardener's Magazine* reconocían la existencia de al menos dos tipos de sauce en cuestión y que no estaba claro cuál había crecido originariamente en la tumba de Napoleón. Citaban las anécdotas recogidas por «un joven naturalista de gran entusiasmo», llamado J. H. Fennell, que estaba preparando un tratado de botánica histórica y literaria. Entre los testimonios de visitantes de la tumba que había recopilado se hallaba este del libro *Pen and Pencil Sketches of India* (1832), del capitán Godfrey Mundy: «Los sauces están deteriorándose con gran rapidez y uno de ellos descansa sobre los agudos balaústres de la barandilla, embutidos en su tronco, como si la aflicción lo hubiese llevado a cometer suicidio».[76]

El artista Benjamin Robert Haydon era propietario de varios centenares de grabados de Napoleón y lo representó numerosas veces en Santa Elena, mirando al mar o contemplando su tumba en postura de romántico aislamiento y melancolía. Tras ver una de sus pinturas, William Wordsworth compuso un

soneto en el que comparaba a Napoleón con el sol poniente. Mientras que este, un poder «no culpable», volverá a elevarse, no cabe decir lo mismo de la suerte del emperador caído:

> Cielo sin nubes, mar sin una ola,
> y el único que quiso esclavizar
> al mundo, solo sobre yerma loma,
> vuelto de espaldas, los brazos cruzados
> y el rostro, cabe imaginar, teñido
> por un sol que decae, como su sino,
> mas no cae como él, pues su poder
> prosigue, no culpable, su camino.77

El 14 de octubre de 1832, Haydon anotó en su diario que había visto a sir Hudson Lowe en Londres por la calle cuando paseaba con unos amigos. Todos se detuvieron a mirarlo. Él los miró entonces con expresión feroz y cambió de acera. «Gesto más vil jamás se vio en un asesino. Respondía perfectamente a la descripción que había hecho Napoleón».78 Haydon compró una reproducción de la máscara mortuoria del emperador y se probó uno de sus bicornios para descubrir que le encajaba a la perfección. «Tengo el cráneo de Napoleón», señaló encantado en su diario.79 Estaba convencido de que «todo lo que ha habido jamás de romance, de degradación, de poesía... se realizó en Napoleón». En septiembre de 1840 aguardó sobrecogido el regreso a Francia de sus restos. «¡En qué condición quedará el mundo frente a las cenizas [*sic*] de Napoleón devueltas a Francia! ¡Se diría que el simple hecho de sacarlas de donde estaban ha despertado a los mismísimos demonios del infierno y ha hecho temblar la tierra!». Haydon siguió pintando al emperador hasta que, el 22 de junio de 1846, se quitó la vida abriéndose la garganta en su estudio. Se preguntaba si «no me encandilaría el brillo de su genio».80

Saint-Denis y Marchand volvieron a Santa Elena en 1840 con la delegación encargada de exhumar el cuerpo de Napoleón en octubre y devolverlo a Francia, donde fue recibido en Los Inválidos de París el 15 de diciembre. En su diario de viaje, Saint-Denis anotó que los jardines de Longwood se encontraban ya en ruinas. Las dos parcelitas rectangulares más cercanas a la casa, el parterre y el huerto de frutales de Napoleón, estaban completamente destrozadas. Solo quedaban unos cuantos melocotoneros añosos. Los dos jardines mayores, envueltos por paredes de tepe, estaban vacíos. Solo quedaban una sección mínima de la pared vecina a la arboleda y casi toda la fábrica del estanque de Napoleón. El pabellón sí seguía en pie. La pajarera se había guardado a fin de evitar que se estropeara y el nuevo gobernador de la isla, George Middlemore, la envió a Francia a modo de recuerdo. La acequia y los senderos socavados por los que había paseado Napoleón sin ser visto por sus guardias ingleses se habían desmoronado. Enfrentado a estas ruinas, Saint-Denis necesitó un tiempo para hacerse una idea de lo diferentes que habían sido los jardines veinte años antes. Aquí y allá había trozos de tierra baldía que otrora habían estado cultivados y en ese momento se veían separados por

zanjas rellenas de zarzas y malas hierbas. Había árboles donde antes no y zonas desnudas donde antaño había habido vegetación. «Todo lo que teníamos ante nuestros ojos se había abandonado en manos del mayor de los desórdenes».[81] Marchand no encontró rastro alguno de los jardines: «todo había desaparecido».[82] Lo único que quedaba en pie era el roble, los restos del estanque y una sección insignificante de la berma.

Agradecimientos

Este es el tercer libro que he hecho en colaboración con Jenny Uglow y quiero expresar mi más sincero agradecimiento por su brillante labor de edición, su gran penetración histórica y textual, y su amistad.

Gracias a todo el personal de Chatto & Windus, sobre todo a Clara Farmer y Greg Clowes; a Katherine Fry por la corrección de estilo, y a Anthony Hippisley por la tipográfica.

Gracias también al equipo de W. W. Norton & Company: Bob Weil, Gabriel Kachuck, Steve Attardo y Eric C. Wilder, que ha diseñado la cubierta.

Gracias, como siempre, a Peter Straus, agente y amigo de tantos años, y a Melanie Jackson, mi agente en los Estados Unidos.

Gracias a Peter Stothard por apoyarme con todo lo que escribo.

Gracias al decano, a los compañeros y a los alumnos del Gonville and Caius College de Cambridge.

Gracias a Joanna Evans, mi investigadora gráfica, y a Alex Bell por hacer el índice.

Gracias al personal de la biblioteca de la Universidad de Cambridge y a Kirstie Preest, de la biblioteca del Murray Edwards College, por hacerme posible la consulta de referencias durante la pandemia.

Gracias por vuestra ayuda profesional y personal en tantos ámbitos, Nadine Abell, Stig Abell, David Abulafia, Mary Beard, John Casey, Raphael Cormack, Robin Cormack, Charles Dunn, Richard J. Evans, Biancamaria Fontana, Antonia Fraser, Heather Glen, Kate Gregory, Alexandra Harris, Justin Higgins, Niall Hobhouse, Olivia Horsfall-Turner, Sarah Houghton-Walker, John Kerrigan, Yuri Kim, Adam Lebovitz, Maren Meinhardt, Alan Mikhail, Christopher Prendergast, Munro Price, Michael Sonenscher, Gillian Scurr, Ingrid Scurr, James Scurr, John Scurr, Alina Trabattoni, Paul Wingfield y Brian Young.

Por último, gracias a mis hijas, Polly y Rosalind Dunn, jóvenes maravillosas y ávidas lectoras a las que va dedicado este libro.

Bibliografía

Correspondencia de Napoleón

CG Correspondance générale, Napoléon Bonaparte, présentation du baron Gourgaud, introduction générale de Jacques-Olivier Boudon, 15 vols., París, Fayard, 2004-2018.

Publicaciones periódicas

Archives parlementaires de 1787 à 1860, débats législatifs et politiques des chambres françaises, sous la direction de M. J. Mavidal et de M. E. Laurent, París, Librairie Administrative de Paul Dupont.

Description de l'Égypte publiée par les ordres de Sa Majesté l'Empereur Napoléon le Grand, edición digital completa, Le Mans, Harpocrate, 2006.

Gazette Nationale ou Le Moniteur Universel, Société Canadienne du Micro Film, Montreal.

Ipswich Journal, and Suffolk, Norfolk, Essex and Cambridgeshire Advertiser, fund. 1725.

Journal de Paris, París, Imprimerie du Journal de Paris, 21 de febrero de 1795-30 de septiembre de 1811.

Journal des Défenseurs de la Patrie, núms. 1-2.278, París, 17 de abril de 1796-20 de marzo de 1802.

La Décade Égyptienne: Journal Littéraire et d'Économie Politique, 3 vols., El Cairo, Imprimerie Nationale, 1798-1799.

Literary Gazette: a Weekly Journal of Literature, Science, and the Fine Arts, 1823, ed. de W. Jerdan, W. Ring Workman, F. Arnold, J. Morley y C. Wycliffe Goodwin, Londres, Henry Colburn.

Transactions of the Horticultural Society of London, Londres, 1812-1848.

Libros y artículos

AA. VV. (1978), *Jardins en France 1760-1820*, París, Caisse Nationale des Monuments Historiques et des Sites.

Abrantès, L. J., duchesse d' (1836), *Memoirs of Napoleon, his court and family*, 2 vols., Londres, Richard Bentley.

Ali, M. (Louis-Étienne Saint-Denis) (2000), *Souvenirs sur l'empereur Napoléon*, ed. de C. Bourachot, París, Arléa.

—, (2003), *Journal inédit du retour des cendres 1840*, ed. de J. Jourquin, París, Tallandier Éditions.

Alison, A. (1835), *History of Europe during the French Revolution*, vols. 3 y 4, Edimburgo, William Blackwood and Sons. (Hay trad. esp.: *Historia de Europa: desde el principio de la Revolución francesa, en 1789, hasta la restauración de los Borbones en 1815*, México, R. Rafael, 1853).

Al-Ŷabartī (1975), *Al-Jabarti's Chronicle of the First Seven Months of the French Occupation of Egypt*, trad. de S. Moreh, Leiden, E. J. Brill.

Anónimo (1807), *The Secret History of the Court and Cabinet of Saint Cloud*, Nueva York, Brisban & Brannan.

Antommarchi, F. (1826), *Memoirs of the last two years of Napoleon's exile*, 2 vols., Londres, Henry Colburn. (Hay trad. esp. del orig. francés: *Últimos momentos de Napoleón: conclusión del diario de Santa-Helena*, trad. de J. C. Pagés, París, Hector Bossange, 1827).

Arago, F. (1848), «Éloges de Gaspard Monge», *Mémoires de l'Académie des Sciences*, XXIV, pp. 131-133.

—, (1859), *The History of My Youth: an Autobiography of Francis Arago*, Boston, Ticknor and Fields.

Arneville, M.-B. d', Benoît, J., Chevallier, B., Chiappero, P.-J., Jouanin, C., y Ledoux-Lebard, G., (1997), *L'Impératrice Joséphine et Les Sciences Naturelles*, París, Réunion des Musées Nationaux.

Arrigoni, T. (2014), *Il Giardiniere di Napoleone: Vita e Avventure di Claude Hollard*, Piombino, La Bancarella Editrice.

Atkinson, D. (2012), *The Criminal Conversation of Mrs Norton*, Canadá, Preface Publishing.

Aubry, O. (1937), *St. Helena*, trad. de A. Livingston, Londres, Victor Gollancz Ltd. (Hay trad. esp. del orig. francés: *Napoleón en Santa Elena*, trad. de Alfredo Gallart, Barcelona, Montaner y Simón, 1944).

Bailleux, N., ed. (2016), *La conquête de la mémoire: Napoléon à Sainte Hélène*, París, Gallimard y Musée de l'Armée.

Barthélemy-Maudle, M. (1982), *Lamarck, the Mythical Precursor: a Study of the Relations between Science and Ideology*, Massachusetts, MIT Press.

Beckett, G. (2004), «Master of the Wood: Moral Authority and Political Imaginaries in Haiti», *Political and Legal Anthropology Review*, vol. 27, n.º 2, pp. 1-19.

Behrens-Abouseif, D. (1985), *Azbakiyya and its Environs: from Azbak to Ismā'īl, 1476-1879*, El Cairo, Institut Français d'Archéologie Orientale.

—, (1992), «Gardens in Islamic Egypt», *Der Islam*, 69 (2), pp. 302-312.

Bellaigue, C. de (2017), *The Islamic Enlightenment: the Modern Struggle between Faith and Reason*, Londres, The Bodley Head.

Bellaigue, G. de (1978), «The Waterloo Elm», *Furniture History*, vol. 14, pp. 14-18.

Bernard, P., Couailhac, L., y Lemaout, G. y E. (1842), *Le Jardin des Plantes*, 2 vols., París, L. Curmer.

Bertrand, H. G. (1949-1959), *Cahiers de Sainte-Hélène*, ed. de P. F. de Langle, 3 vols., París, Sulliver-Albin Michel.

Beyeler, C., ed. (2015), *Pie VII face à Napoléon: la tiare dans les serres de l'Aigle, Rome, Paris, Fontainebleau, 1796-1814*, París, Réunion des Musées Nationaux.

Biver, M. L. (1963), «Le "Napoléon" de Canova», *Revue des*

Deux Mondes, 1 de abril, pp. 424-429.

Bonaparte, N. (1907), *Manuscrits inédits, 1786-1791/Napoléon, publ. d'après les originaux autographes*, ed. de F. Masson y G. Biagi, París, Librairie Paul Ollendor.

—, (1929), *Le discours de Lyon par le lieutenant Napoléon Bonaparte*, introd. de E. Driault, París, Éditions Albert Morancé.

—, (2001), *Oeuvres littéraires et écrits militaires*, ed. de J. Tulard, 3 vols., París, Bibliothèque des Introuvables.

—, (2009*a*), *Clisson et Eugénie*, trad. de P. Hicks, Londres, Gallic Books.

—, (2009*b*), *La Corse du jeune Bonaparte: manuscrits de jeunesse*, ed. de A. Casanova, Ayacio, Albiana.

—, (2018), *Napoleon's Commentaries on the Wars of Julius Caesar*, trad. de R. A. Maguire, South Yorkshire, Pen & Sword Military.

Boswell, J. (1768), *An Account of Corsica: the Journal of a Tour to that Island, and Memoirs of Pascal Paoli*, Londres, Edward and Charles Dilly.

Bourgoin, J., y Taillemite, E. (2002), «The Baudin Expedition to Australia 1800-1804», *International Hydrographic Review*, vol. 3, n.º 1, pp. 6-19.

Bourguignon, J. (1947), *Les adieux de Malmaison (29 juin, 1815)*, París, Paul Lechevalier.

Bourne, H. (1833), *Flores Poetici: the Florist's Manual, Designed as an Introduction to Vegetable Physiology and Systematic Botany for Cultivators of Flowers. With More Than Eighty Beautifully-Coloured Engravings of Poetic Flowers*, Boston, Munro and Francis.

Bourrienne, L. A. F. de (1831), *Mémoires sur Napoléon, le Directoire, le Consulat, l'Empire et la Restauration*, 10 vols., París, Ladvocat.

—, (1836), *Memoirs of Napoleon Bonaparte by M. de Bourrienne, his Private Secretary*, 4 vols., Londres, Richard Bentley. (Hay trad. esp.: *La caída del águila: memorias del*

secretario particular de Napoleón, trad. de Mariano Ramón Martínez, París y Buenos Aires, Hispano-Americana, s. a.).

Boyer, F. (1943), «La conservation des monuments antiques à Rome sous Napoléon», *Comptes Rendus des Séances de l'Académie des Inscriptions et Belles-Lettres*, año 87, n.º 1, pp. 101-108.

Branda, P. (2007), *Napoléon et l'argent*, París, Fayard.

Braude, M. (2018), *The Invisible Emperor: Napoleon on Elba*, Londres, Profile Books. (Hay trad. esp.: *El emperador invisible*, trad. de Mado Martínez, Sevilla, Bóveda, 2019).

Broers, M. (2002), *The Politics of Religion in Napoleonic Italy: the War against God, 1801-1814*, Londres y Nueva York, Routledge.

—, (2018), *Napoleon: the Spirit of the Age*, Londres, Faber & Faber.

Buffon, G.-L. L. Comte de, Daubenton, L.-J.-M, Montbeillard, P. G. de, Bexon, G.-L.-C. A. (1749-1789), *Histoire naturelle, générale et particulière, avec la description du Cabinet du Roi*, 36 vols., París, Imprimerie Royale. (Hay trad. esp.: *Historia natural, general y particular*, trad. de José Clavijo y Fajardo, Madrid, De Ibarra, 1793 [tomo XII]).

Burleigh, N. (2007), *Mirage: Napoleon's Scientists and the Unveiling of Egypt*, Nueva York, HarperCollins.

Calder, M., ed. (2006), *Experiencing the Garden in the Eighteenth Century*, Berna, Peter Lang.

Campbell, N. (2004), *Napoleon on Elba: Diary of an Eyewitness to Exile*, Welwyn Garden City, Ravenhall Books.

Carlyle, T. (2010), *On Heroes, Hero-Worship and the Heroic in History*, en *The Works of Thomas Carlyle*, vol. 5, Cambridge, Cambridge University Press. (Hay trad. esp.: *Sobre los héroes: el culto al héroe y lo heroico en la historia*, trad. de Pedro Umbert, Sevilla, Athenaica, 2017).

Castellan, A. L. (1840), *Fontainebleau: études pittoresques et historiques sur ce château*, París, Gaillot.

Chaboulon, Baron Fleury de (1820), *Memoirs of the Private Life, Return and Reign of Napoleon in 1815*, 2 vols., Londres, John Murray.

Chagneau, C., ed. (1978), *Jardins en France 1760-1820*, trad. de W. Wheeler, París, Caisse Nationale des Monuments Historiques et des Sites.

Chambers, N. (1999), «The correspondence of Sir Joseph Banks», *Notes and Records of the Royal Society of London*, vol. 53, n.º 1, pp. 27-57.

Chandler, D. G. (2009), *The Campaigns of Napoleon*, Nueva York, Scribner.

Charras, J. B. A. (1857), *Histoire de la campagne de 1815*, Leipzig, A. Dürr.

Chateaubriand, F. (2005), *Mémoires d'Outre-Tombe*, trad. de A. S. Kline, Poetry in Translation (https://www.poetryintranslation.com/PITBR/Chateaubriand/Chathome.php). (Hay trad. esp. del orig. francés: *Memorias de ultratumba*, trad. de José Ramón Monreal, Barcelona, Península, 2005).

Chuquet, A. (1898), *La jeunesse de Napoléon: Brienne*, París, Librairie Armand Colin.

Clayton, T., y O'Connell, S. (2015), *Bonaparte and the British: Prints and Propaganda in the Age of Napoleon*, Londres, British Museum.

Coats, A. M. (1969), *The Quest for Plants*, Londres, Studio Vista.

—, (1977), «The Empress Josephine», *Garden History*, vol. 5, n.º 3, pp. 40-46.

Cockburn, G. (1888), *Extract from a Diary of Rear-Admiral Sir George Cockburn, with particular reference to Gen. Napoleon Buonaparte, on passage from England to St. Helena, in 1815, on board H. M. S. «Northumberland»*, Londres, Simpkin, Marshall and Co.

Cole, J. (2007), *Napoleon's Egypt: Invading the Middle East*, Londres, Palgrave Macmillan.

Coleridge, S. T. (1911), *Biographia Epistolaris: being the biographical supplement of Coleridge's Biographia Literaria*, ed. de A. Turnbull, Londres, G. Bell and Sons Ltd.

—, (1957), *The Notebooks of Samuel Taylor Coleridge*, vol. 1: *1794-1804*, ed. de K. Coburn, Nueva York, Pantheon, Bollingen series L.

Conrad, M. (1961), «Jardins disparus», *Revue d'Études Historiques, Littéraires et Scientiques Corses*, n.º 1, Ayacio, Archives Départementales de la Corse, pp. 5-12.

Cordier, S., ed. (2018), *Napoleon: the Imperial Household*, New Haven y Londres, Yale University Press.

Courajod L. (1886), «La Diane de bronze du château de Fontainebleau», *Revue Archéologique*, 3.ª serie, vol. 7, enero-junio, pp. 10-19.

Croix, N. de la (1752), *Géographie moderne*, París, Delalain L'Ainé.

—, (1805), *Géographie moderne*, ed. M. Fontenai, París, Delalain Fils.

Cronin, V. (1972), *Napoleon Bonaparte: an Intimate Biography*, Londres, William Collins.

Cronk, Q. C. B. (2000), *The Endemic Flora of St Helena*, Inglaterra, Anthony Nelson.

Crumplin, M. K. H. (Waterloo 2000, 2014-2020), https://ageofrevolution.org/themes/science-technology/keep-hougoumont-at-what-price/

Cruysen, Y. V. (2015), *Waterloo: Busting the Myths*, Waterloo, Éditions Jourdan.

Dallas, G. (1996), *1815: the Roads to Waterloo*, Londres, Richard Cohen Books.

Damiens, M. (2012), *Hougoumont: une clé de la bataille de Waterloo*, San Francisco, Scribd.

Daniels, M. (1991), «A Memento of Napoleon», *The British Library Journal*, vol. 17, n.º 1, pp. 104-108.

Dard, E. (1939), «Napoléon Romancier», *Revue des Deux Mondes (1829-1971)*, vol. 54, n.º 2, pp. 214-228.

Delille, J. (1832), *Oeuvres de Delille: les Géorgiques*, París, Furne, Libraire-Éditeur.

—, (1834), *Oeuvres de Delille: les Jardins,* París y Aviñón, Lebailly & Chaillot.

DeLorme, E. P. (2005), *Josephine and the Arts of the Empire*, Los Ángeles, Paul Getty Museum.

Disponzio, J. (2001), «Jean-Marie Morel», *Studies in the History of Gardens and Designed Landscapes*, núms. 3-4, pp. 158-161.

Droguet, V. (2011), *Fontainebleau: le temps des jardins*, n.º 5, Amis du Château de Fontainebleau.

Ducrest, G. (1829), *Memoirs of the Empress Josephine, with anecdotes of the courts of Navarre and Malmaison*, 2 vols., Londres, Henry Colburn.

Dufresnes (1803), *Nouveau dictionnaire d'histoire naturelle appliquée aux arts: principalement à l'économie rurale et domestique*, París, Deterville.

Dumas, A. (1842), *Oeuvres d'Alex. Dumas*: *Napoléon*, vol. 4, Bruselas, Méline, Cans et Compagnie. (Hay trad. esp.: *Napoleón*, trad. de Alexis Padrón Alfonso, Madrid, Verbum, 2020).

Dwyer, P. (2007), *The Path to Power (1769-1799)*, Londres, Bloomsbury.

—, (2013), *Citizen Emperor: Napoleon in Power (1799-1815)*, Londres, Bloomsbury.

—, (2018), *Napoleon: Passion, Death and Resurrection 1815-1840*, Londres, Bloomsbury.

Edwards, C., ed. (1999), *Receptions of Rome in European Culture 1789-1945*, Cambridge, Cambridge University Press.

Elmarsafy, Z. (2009), *The Enlightenment Qur'an*: *the Politics of Translation and the Construction of Islam*, Oxford, One World.

Englund, S. (2004), *Napoleon: a Political Life*, Cambridge (Massachusetts), Harvard University Press.

Fairchild Ruggles, D. (2008), *Islamic Gardens and Landscapes*, Filadelfia, University of Pennsylvania Press.

Falk, A. (2007), *Napoleon Against Himself: a Psychobiography*, Charlottesville (Virginia), Pitchstone Publishing.

Farber, P. L. (1977), «The Development of Taxidermy and the History of Ornithology», *Isis*, vol. 68, n.º 4, pp. 550-566.

Fay, M. A. (2012), *Unveiling the Harem: Elite Women and the Paradox of Seclusion in Eighteenth-Century Cairo*, Syracuse (Nueva York), Syracuse University Press.

Fisher, H. A. L. (1914), *Bonapartism: Six Lectures*, Oxford, Clarendon Press.

Fontaine, P.-F.-L. (1987), *Journal: 1799-1853*, 2 vols., París, École Nationale Supérieure des Beaux-Arts.

Fornasiero, J., Lawton, L., y West-Sooby, J., eds. (2016), *The Art of Science: Nicolas Baudin's Voyagers 1800-1804*, Adelaida, Wakefield Press.

Forsyth, W. (1853), *History of the Captivity of Napoleon at St. Helena: from the letters of the late Lieut.-Gen Sir Hudson Lowe, and official documents not before made public*, Londres, J. Murray.

Fortescue, H. F. (1823), *Memorandum of Two Conversations Between the Emperor Napoleon and Viscount Ebrington at Porto Ferrajo, on the 6th and 8th of December, 1814*, Londres, J. Ridgway.

Fraser, A. (2006), *Love and Louis XIV: the Women in the Life of the Sun King*, Londres, Weidenfeld & Nicolson.

Fraser, E. (1912), *War Drama of the Eagles*, Londres, John Murray.

Freud, S. (1997), *The Interpretation of Dreams*, trad. de A. A. Brill, Hertfordshire, Wordsworth Editions. (Hay trad. esp.: *La interpretación de los sueños*, trad. de Luis López-Ballesteros de Torres, Madrid, Alianza, 2010).

Gaillard, M. (1998), *L'Arc de Triomphe*, trad. de N. Randall, Amiens, Martelle Éditions.

Garric, J.-P. (2012), *Percier et Fontaine: les architectes de Napoléon*, París, Belin.

—, ed. (2016), *Charles Percier: Architecture and Design in an Age of Revolutions*, Nueva York, Bard Graduate Center Gallery.

Geiringer, K., y Geiringer, I. (1982), *Haydn: A Creative Life in Music*, California, University of California Press.

Gershenowitz, H. (1980), «Napoleon and Lamarck», *Indian Journal of History of Science*, 15 (2), pp. 204-209.

Gillispie, C. C. (2004), *Science and Polity in France: the Revolutionary and Napoleonic Years*, Princeton, Princeton University Press.

Gillot, G. (2006), «Du paradis à Dream Park, les jardins dans le monde arabe: Damas, Le Caire, Rabat», *Annales de Géographie*, n.º 650, pp. 409-433.

Girard, P. R. (2011), *The Slaves Who Defeated Napoleon: Toussaint Louverture and the Haitian War of Independence 1801-1804*, Tuscaloosa, University of Alabama Press.

Glover, G., (2015), *Waterloo in 100 Objects*, Cheltenham, The History Press.

Gourgaud, B. G. (1823), *Memoirs of the History of France during the Reign of Napoleon, dictated by the Emperor at Saint Helena to the Generals who shared his captivity*, 3 vols., Londres, Henry Colburn.

—, (1903), *Talks of Napoleon at St Helena with General Baron Gourgaud: together with the journal kept by Gourgaud on their journey from Waterloo to St Helena*, Chicago, A. C. McClurg & Co.

Grainger, J. D. (2004), *The Amiens Truce: Britain and Bonaparte 1801-1803*, Londres, Boydell Press.

Granger, W. (1808), *The New Original and Complete Wonderful Museum and Magazine Extraordinary*, vol. 6, Londres, Alex Hogg & Co.

Gregory, D. (1996), *Napoleon's Jailer: Lt. Gen. Sir Hudson Lowe, a Life*, Madison, Fairleigh Dickinson University Press.

Grigson, J. (2007), *Good Things*, Londres, Grub Street.

Gueniffey, P. (2015), *Bonaparte 1769-1802*, trad. de S. Rendall, Cambridge (Massachusetts) y Londres, Belknap Press of Harvard University Press. (Hay trad. esp. del orig. francés: *Bonaparte: 1769-1802*, trad. de José Andrés Ancona Quiroz, México, FCE, 2018).

Guitry, P. G. M. (1897), *L'Armée de Bonaparte en Egypte 1798-99*, París, Ernest Flammarion.

Halsall, A. W. (1998), *Victor Hugo and the Romantic Drama*, Toronto, University of Toronto Press.

Hamilton, J., Duchess of (1999), *Napoleon, the Empress and the Artist: the Story of Napoleon, Josephine's Garden at Malmaison, Redouté & the Australian Plants*, Sídney, Kangaroo Press.

—, (2000), *Marengo: the Myth of Napoleon's Horse*, Londres, Fourth Estate.

Hamy, E. T., ed. (1901), *Lettres écrites d'Égypte à Cuvier, Jussieu, Lacépède, Monge, Desgenettes, Redouté jeune, Norry, etc., aux professeurs du Muséum et à sa famille*, París, Librairie Hachette et Cie.

Harrison, C. E. (2009), «Projections of the Revolutionary Nation: French Expeditions in the Pacific, 1791-1803», *Osiris*, vol. 24, n.º 1, pp. 33-52, Chicago, University of Chicago Press/The History of Science Society.

Haydon, B. R. (1950), *The Autobiography and Journals of Benjamin Robert Haydon (1786-1846)*, ed. de M. Elwin, Londres, Macdonald.

Hazareesingh, S. (2020), *Black Spartacus: the Epic Life of Toussaint Louverture*, Londres, Allen Lane.

Healey, F. G. (1959), *The Literary Culture of Napoleon*, Ginebra y París, Droz y Librairie Minard.

Hendel, W. T. (2003), «The Theatrical Representation of Landscape in Rousseau's *La Nouvelle Héloïse*», *Paroles gelées*, UCLA French Studies, 21(1), pp. 47-52.

Herold, J. C. (1962), *Bonaparte in Egypt*, Londres, Hamish Hamilton.

Hicks, P. (2014), «Napoleon On Elba: An Exile Of Consent», *Napoleonica. La Revue*, 1, n.º 19, pp. 53-67.

Higginbotham, J. A. (1997), *Piscinae: Artificial Fish Ponds in Roman Italy*, Chapel Hill (Carolina del Norte), University of North Carolina Press.

Hillairet, J. (1965), *Le Palais des Tuileries: le palais royal et impérial et son jardin*, París, Les Éditions de Minuit.

Hobhouse, J. C. (1816), *The Substance of some letters written by an Englishman resident at Paris during the last reign of the Emperor Napoleon*, 2 vols., Londres, Ridgways.

Holland, E. (1908), *The Journal of Elizabeth Lady Holland (1791-1811)*, ed. del conde de Ilchester, 2 vols., Londres, Longmans, Green and Co.

Holmes, R. (2008), *The Hottentot Venus: the Life and Death of Saartjie Baartman, Born 1789-Buried 2002*, Londres, Bloomsbury.

—, (2009), *The Age of Wonder: How the Romantic Generation Discovered the Beauty and Terror of Science*, Londres, HarperCollins.

Homero (1996), *The Odyssey*, trad. de R. Fagles, Londres, Penguin Books. (Hay trad. esp. del orig. griego: Homero, *Odisea*, trad. de José Alsina, Barcelona, Planeta, 1996).

Horn, J. (1816), *The Narrative of Jean Horn, Military Coachman to Napoleon Bonaparte*, Londres, London Museum.

Huet, V. (1999), «Napoleon I: a new Augustus?», en C. Edwards, ed., *Roman Presences: Receptions of Rome in European Culture 1789-1945*, Cambridge, Cambridge University Press.

Hugo, V. (2016), *Les Misérables*, trad. de C. Donougher, Londres, Penguin Random House. (Hay trad. esp. del orig. francés: *Los miserables*, trad. de Nemesio Fernández Cuesta, Barcelona, Destino, 2002).

Humboldt, A. von (1814-1829), *Personal Narrative of Travels to*

the Equinoctial Regions of the New Continent, during the Years 1799-1804, *by Alexander de Humboldt, and Aimé Bonpland; with maps, plans, &c. written in French by Alexander de Humboldt, and trans. into English by Helen Maria Williams*, 7 vols., Londres, Longman, Hurst, Rees, Orme and Brown. (Hay trad. esp.: *Del Orinoco al Amazonas viaje a las regiones equinocciales del Nuevo Continente*, Barcelona, Planeta, 2005).

Humboldt, W. von (2001), *Wilhelm von Humboldt Journal Parisien (1797-1799)*, trad. de E. Beyer, Arlés, Solin/Actes Sud.

Hunt, S., y Carter, C., eds. (1999), *Terre Napoléon: Australia through French Eyes 1800-1804*, Nueva Gales del Sur, Historic Houses Trust.

Jacques, S. (2018), *The Caesar of Paris: Napoleon Bonaparte, Rome, and the Artistic Obsession that Shaped an Empire*, Nueva York, Pegasus Books Ltd.

Jeanson, M., Le Bon, L., y Zellal, C. (2017), *Jardins*, catálogo de la exposición Jardins, París, Éditions de la Réunion des Musées Nationaux-Grand Palais.

Johns, C. M. S. (1994), «Portrait Mythology: Antonio Canova's Portraits of the Bonapartes», *Eighteenth-Century Studies*, vol. 28, n.º 1, pp. 115-129.

—, (1998), *Antonio Canova and the Politics of Patriotism*, Berkeley (California), University of California Press.

Jones, D. S. (2017), «A Lasting Legacy: the Baudin Expedition in Australian Waters (1801-1803)», *The Great Circle*, vol. 39, n.º 2, edición especial sobre las exploraciones francesas, pp. 56-85.

Jordan, D. P. (2012), *Napoleon and the Revolution*, Londres, Palgrave Macmillan.

Jouanin, C. (1977), «Josephine and the Natural Sciences», *Apollo*, pp. 50-59.

Karabell, Z. (2003), *Parting the Desert: the Creation of the Suez Canal*, Londres, John Murray.

Kelly, L. (2013), *Holland House: a History of London's Most Celebrated Salon*, Londres, I. B. Tauris.

Kennedy, W. P. (1845-1846), «Eloge historique de Joseph Fourier, par M. Arago, Secrétaire Perpétual de l'Académie Royale des Sciences de l'Institut de France», pp. 380-413, en *The North British Review*, vol. 4.

Kete, K. (2012), *Making Way for Genius: the Irish Aristocracy in the Seventeenth Century*, New Haven, Yale University Press.

Khaldi, B. (2012), *Egypt Awakening in the Early Twentieth Century: Mayy Ziyadah's Intellectual Circles*, Nueva York, Palgrave Macmillan.

Kirk, T. (2005), *The Architecture of Modern Italy*, vol. 1: *The Challenge of Tradition 1750-1900*, Princeton, Princeton Architectural Press.

Krettly, E. (2003), *Souvenirs Historiques du capitaine Krettly*, París, Nouveau Monde Éditions.

Lack, H. W. (2004), *Jardin de la Malmaison: Empress Josephine's Garden; with an essay by Marina Heilmeyer*, trad. de M. Walters, Múnich, Berlín y Londres, Prestel.

Lamarck, J. B. P. A. de Monet (2011), *Zoological Philosophy: an Exposition with Regard to the Natural History of Animals*, Cambridge, Cambridge University Press.

Las Cases, E. (1836), *Memoirs of the Life, Exile and Conversations of the Emperor Napoleon*, 4 vols., Londres, Henry Colburn.

—, (2017), *Le Mémorial de Sainte-Hélène: Le manuscrit retrouvé*, ed. de T. Lentz, P. Hicks, F. Houdecek y C. Prévot, París, Perrin. (Hay trad. esp.: *Napoleón explicado por sí mismo: memorial de Santa Elena*, Madrid, Saturnino Calleja, 1920).

Launay, L. de (1932), «Gaspard Monge, II, Un ami de Bonaparte», *Revue des Deux Mondes* (1829-1971), vol. 10, n.º 4, pp. 813-839.

Leadlay, E. (1993), «Botanic Gardens News», *Botanic Gardens Conservation News*, vol. 2, n.º 2, pp. 4-10.

Lemercier, N. L. (1823), *Moyse, poème en quatre chants*, París, Bossange Père.

Lenôtre, G. (1932), *Napoléon: Croquis de l'épopée*, París, Bernard Grasset.

Lentz, T. (2020), *Napoléon: dictionnaire historique*, París, Perrin.

Leroy, E. (2019), *Waterloo: une porte ouverte sur l'histoire*, Norderstedt, Books on Demand.

Letouzey, Y. (1989), *Le Jardin des Plantes à la Croisée des Chemins avec André Thouin: 1747-1824*, París, Éditions du Muséum National d'Histoire Naturelle.

Leys, S. (2006), *The Death of Napoleon*, trad. de P. Clancy y S. Leys, Nueva York, New York Review of Books. (Hay trad. esp. del orig. francés: *La muerte de Napoleón*, trad. de José Ramón Monreal, Barcelona, Acantilado, 2018).

Lonoff, S. (1996), *The Belgian Essays: Charlotte Brontë and Emily Brontë*, New Haven y Londres, Yale University Press.

Lormant, F. (2008), «La politique de la forêt sous le Consulat et l'Empire. L'exemple du département de la Meurthe», *Napoleonica. La Revue* 1 (n.º 1), pp. 69-100. https://www.cairn.info/revue-napoleonica-la-revue-2008-1-page-69.htm (las notas remiten a la paginación en línea).

Loudon, J. C. (1836), *The Gardener's Magazine*, vol. 12, Londres, Longman, Rees, Orme, Brown, Green and Longman.

Lubbock, C. A., ed. (1933), *The Herschel Chronicle: the Life-Story of William Herschel and his Sister Caroline Herschel*, Cambridge, Cambridge University Press.

Lytton, E. B. (1860), *The Poetical Works of Sir Edward Bulwer Lytton*, Londres, Routledge.

Macé, J. (2004), *Dictionnaire historique de Sainte-Hélène*, París, Tallandier Éditions.

Mainardi, P. (1989), «Assuring the Empire of the Future: the 1798 Fête de la Liberté», *Art Journal*, 48, pp. 155-163.

Malcolm, C. E. (1899), *A Diary of St Helena (1816, 1817), the Journal of Lady Malcolm*, ed. de A. Wilson, Londres, A. D. Innes & Co.

Marchand, L.-J. (1998), *In Napoleon's Shadow: Being the First English Language Edition of the Complete Memoirs of Louis-Joseph Marchand, Valet and Friend of the Emperor 1811-1821, Including the Original Notes of Jean Bourguignon and Henry Lachouque*, San Franscisco, Proctor Jones Publishing Company.

Martel, T. (1926), *Mémoires et oeuvres de Napoléon*, París, Albin Michel.

Masson, F. (1894), *Napoleon, Lover and Husband*, trad. de J. M. Howell, Nueva York, Merriam Company. (Hay trad. esp. del orig. francés: *Napoleón y las mujeres*, México, Centauro, 1944).

Matteson, K. (2015), *Forests in Revolutionary France: Conservation, Community and Conflict (1669-1848)*, Cambridge, Cambridge University Press.

McClellan, A. L. (1988), «The Musée du Louvre as Revolutionary Metaphor During the Terror», *The Art Bulletin*, vol. 70, n.º 2, pp. 300-313.

Meehan, T., ed. (1887), *The Gardener's Monthly and Horticulturalist*, vol. 29, Filadelfia, Charles H. Marot.

Mercer, C. (2012), *Journal of the Waterloo Campaign*, ed. de A. Uffindell, Barnsley, Pen & Sword.

Michal, S., y Jackson, P. W. (1997), «Developing an in-country capacity for biodiversity conservation in Haiti: the Haitian Botanical Foundation», *Botanic Gardens Conservation News*, vol. 2, n.º 9, pp. 50-53.

Mikaberidze, A. (2014), *The Burning of Moscow: Napoleon's Trial by Fire, 1812*, Barnsley, Pen & Sword.

Mikhail, A. (2014), *The Animal in Ottoman Egypt*, Oxford, Oxford University Press.

Milgrom, M. (2011), *Still Life: Adventures in Taxidermy*, Boston, Massachusetts, Houghton Mifflin Harcourt.

Monge, G. (1851), *An Elementary Treatise on Descriptive Geometry: with a Theory of Shadows and of Perspective*, trad. de J. F. Heather, Londres, John Weale.

Moon, I. (2017), *The Architecture of Percier and Fontaine and*

the Struggle for Sovereignty in Revolutionary France, Nueva York, Routledge.

Murat, L. (2014), *The Man Who Thought He Was Napoleon: Towards a Political History of Madness*, trad. de D. Dusinberre, Chicago y Londres, University of Chicago Press.

Naturel, M., y Vigo, L. (2018), «The Birdcage at Saint Helena», en *Napoleon: the Imperial Household*, ed. de S. Cordier, New Haven y Londres, Yale University Press.

Nelson, E. C., y Rourke, J. P. (1993), «James Niven (1776-1827), a Scottish Botanical Collector at the Cape of Good Hope. His *Hortus Siccus* at the National Botanic Gardens, Glasnevin, Dublin (DBN), and the Royal Botanic Gardens, Kew (K)», *Kew Bulletin*, vol. 48, n.º 4, pp. 663-682.

North, J. (2019), *Killing Napoleon: the Plot to Blow up Bonaparte*, Gloucestershire, Amberley.

O'Connor, H. (2017), *Napoleon's Doctor: the St Helena Diary of Barry O'Meara*, Dublín, The O'Brien Press Ltd.

O'Keeffe, P. (2009), *A Genius for Failure: the Life of Benjamin Robert Haydon*, Londres, Bodley Head.

Olney, C. (1952), *Benjamin Robert Haydon: Historical Painter*, Athens (Georgia), University of Georgia Press.

Olson, R. J. M. (1986), «Representations of Pope Pius VII: the First Risorgimento Hero», *The Art Bulletin*, vol. 68, n.º 1, pp. 77-93.

O'Meara, B. E. (1822), *Napoleon in Exile*, 2 vols., Londres, Simpkin & Marshall. (Hay trad. esp. del orig. francés: *Napoleón en el destierro*, trad. de I. López Lapuya, París, Garnier Hermanos, 1898).

Packard, A. S. (1901), *Lamarck, the Founder of Evolution: His Life and Work*, Londres, Longmans.

Paget, J., y Saunders, D. (1992), *Hougoumont: the Key to Victory at Waterloo*, Londres, Leo Cooper.

Pascoe, J. (2006), *The Hummingbird Cabinet: a Rare and Curious History of Romantic Collectors*, Ithaca y Londres, Cornell

University Press.

Pesme, G. (1936), *Les dernières heures de Napoléon avant l'exil*, Burdeos, Éditions Delmas.

Peters, E. A. (2009), «The Napoleonic Egyptian Scientific Expedition and the Nineteenth-Century Survey Museum», tesis, 37 (https://scholarship.shu.edu/theses/37).

Pincemaille, C., y Tamisier-Vétois, I. (2015), *Cap sur l'Amérique: la dernière utopie de Napoléon*, París y Malmaison, Art Lys y Musée National des Châteaux de Malmaison et Bois-Préau.

Plant, M. (2002), *Venice, Fragile City 1797-1997*, New Haven, Yale University Press.

Potenza, D. (2018), *L'effet kaléidoscope: la réécriture dans la production dramaturgique d'Alfred Farag comme stratégie multifunctionnelle pour une création à plusieurs niveaux*, París, Sorbonne.

Price, M. (2014), *Napoleon: the End of Glory*, Oxford, Oxford University Press.

Prod'homme, J.-G., y Martens, F. H. (1921), «Napoleon, Music and Musicians», *The Musical Quarterly*, vol. 7, n.º 4, pp. 579-605.

Rabbat, N. (2004), «A Brief History of Green Spaces in Cairo», en S. Bianca y P. Jodidio, eds., *Cairo: Revitalising a Historic Metropolis*, Turín, Umberto Allemandi/Aga Khan Trust for Culture, pp. 43-53.

Rapp, J. (1823), *Memoirs of General Count Rapp, First Aide-de-Camp to Napoleon*, 2 vols., Londres, Henry Colburn.

Raymond, A. (2000), *Cairo*, trad. de W. Wood, Cambridge (Massachusetts), Harvard University Press.

Reinhard, M. R. (1994), *Le Grand Carnot: Lazare Carnot 1753-1823*, París, Hachette.

Rémusat, M. de (1910), *Memoirs of the Empress Josephine*, 2 vols., Nueva York, P. F. Collier & Son.

Ricard, A. (1893), *Le Cardinal Fesch, Archevêque de Lyon:*

1763-1839, París, E. Dentu.

Ridley, R. T. (1992), *The Eagle and the Spade: Archaeology in Rome during the Napoleonic era*, Cambridge, Cambridge University Press.

Riskin, J. (2018*a*), «The Naturalist and the Emperor, a Tragedy in Three Acts; or, How History Fell Out of Favor as a Way of Knowing Nature», *KNOW: A Journal on the Formation of Knowledge*, University of Chicago Press Journals, vol. 2, n.º 1, pp. 85-110.

—, (2018*b*), «Evolution, the Science Napoleon Hated», *Republics of Letters*, vol. 6, n.º 1, pp. 1-10.

Robbins, L. E. (2002), *Elephant Slaves and Pampered Parrots: Exotic Animals in Eighteenth-Century Paris*, Baltimore, Johns Hopkins University Press.

Roberts, A. (2014), *Napoleon the Great*, Londres, Allen Lane. (Hay trad. esp.: *Napoleón: una vida*, trad. de Diego Pereda Sancho, Madrid, Palabra, 2016).

Robertson, J. W. (1814), *The Life and Campaigns of Bonaparte*, Newcastle upon Tyne, Mackenzie and Dent.

Robespierre, M. (2000), *Oeuvres de Maximilien Robespierre*, vol. 3: *Correspondance*, París, Phénix Éditions.

Roederer, P.-L. (1853-1859), *Oeuvres du comte P.-L. Roederer*, ed. de A. M. Roederer, 8 vols., París, Typ. de Firmin Didot Frères.

Roger, J. (1997), *Buffon: A Life in Natural History*, trad. de S. F. Bonnefoi, Ithaca y Londres, Cornell University Press.

Rose, J. H. (1929), *The Personality of Napoleon*, Londres, G. Bell and Sons.

Roudinesco, E. (1992), *Madness and Revolution: the Lives and Legends of Thérogine de Méricourt*, trad. de M. Thom, Londres y Nueva York, Verso.

Rousseau, J.-J. (1816), *Émile: ou de l'éducation*, París, Pierre Didot et Firmin Didot. (Hay trad. esp. del orig. francés: *Emilio, o de la educación*, trad. de Luis Aguirre Prado, Madrid, EDAF, 2000).

—, (1968), *La Nouvelle Héloïse*, trad. de J. H. McDowell, Pensilvania, Pennsylvania State University Press. (Hay trad. esp. del orig. francés: *La nueva Eloísa*, trad. de Lydia Vázquez, Madrid, Cátedra, 2013).

Roustam (1911), *Souvenirs de Roustam, mamelouck de Napoléon 1er*, ed. de P. Cottin, París, Librairie Paul Ollendorff.

Said, E. W. (2014), *Orientalism: Western Conceptions of the Orient*, Nueva York, Knopf Doubleday. (Hay trad. esp.: *Orientalismo*, trad. de María Luisa Fuentes, Barcelona, DeBolsillo, 1992).

Saint-Denis, L.-É. (1922), *Napoleon from the Tuileries to St. Helena: personal recollections of the emperor's second mameluke and valet, Louis Étienne St. Denis (known as Ali)*, trad. de F. H. Potter, introducción de G. Michaut, Nueva York y Londres, Harper & Brothers.

Saint-Hilaire, G. (1835), *Sur une vue scientifique de l'adolescence de Napoléon Bonaparte, formulée dans son âge mûr sous le nom de «Monde des détails»*, París, Brun.

Saint-Pierre, J. H. B. de (1799), *Paul et Virginie*, Londres, Baylis.

Scott, E. (1910), *Terre Napoléon: a History of French Explorations and Projects in Australia*, Londres, Methuen & Co.

Scott, W. (1827), *The Life of Napoleon Buonaparte, Emperor of the French*, 9 vols., Edimburgo, Longman, Rees, Orme, Brown & Green. (Hay trad. esp.: Walter Scoth [*sic*], *Vida de Napoleón Bonaparte, precedida de un bosquejo preliminar de la Revolución francesa*, «traducida libremente al español por M. L.», Barcelona, Juan i Jaime Gaspar, 1830).

Scurr, R. (2006), *Fatal Purity: Robespierre and the French Revolution*, Londres, Chatto & Windus.

Sewell, E. (1972), «Coleridge on Revolution», *Studies in Romanticism*, vol. 11, n.º 4, pp. 342-359.

Shorter, C., ed. (1908), *Napoleon and his Fellow Travellers: being a reprint of certain narratives of the dethroned emperor on the Bellerophon and the Northumberland to exile in Saint Helena, the romantic stories told by George Home, Captain Ross, Lord*

Lyttelton and William Warden, Londres, Cassell and Company.

Shvidkovsky, D., y Reteyum, A. (1999), «Botany in a Cold Climate», *Historic Gardens Review*, n.º 4, pp. 29-34.

Sivasundaram, S. (2020), *Waves Across the South: a New History of Revolution and Empire*, Londres, William Collins.

Smith, J. E. H. (2018), «The Ibis and the Crocodile: Napoleon's Egyptian Campaign and Evolutionary Theory in France 1801-1835», *Republics of Letters*, vol. 6, n.º 1, pp. 1-20.

Sorensen, D. R. (2006), «Je suis la Révolution Française», *Carlyle Studies Annual*, n.º 22, pp. 283-302.

Spary, E. C. (1998), «L'invention de l'"expédition scientifique": l'histoire naturelle, Bonaparte et l'Égypte», en *L'invention scientifique de la Méditerranée: Égypte, Morée, Algérie*, ed. de M.-N. Bourguet, B. Lepetit y D. Nordman, París, École des Hautes Études en Sciences Sociales.

—, (2000), *Utopia's Garden: French Natural History from Old Regime to Revolution*, Chicago, University of Chicago Press.

Staël, A. L. G., Madame De (1821), *Ten Years' Exile: Or, Memoirs of that Interesting Period of the Life of the Baroness de Staël-Holstein*, trad. de A. L. Baron de Staël-Holstein, Londres, Treuttel and Würtz. (Hay trad. esp. del orig. francés: *Diez años de destierro: memorias*, trad. de Manuel Azaña, Madrid, Espasa-Calpe, 1947).

—, (2008), *Considerations on the Principal Events of the French Revolution*, ed. de A. Craiutu, Indianápolis, Liberty Fund Edition. (Hay trad. esp. del orig. francés: *Consideraciones sobre los principales acontecimientos de la Revolución francesa*, trad. de Xavier Roca-Ferrer, Barcelona, Arpa, 2017).

Stafleu, F. A. (1971), «Lamarck: the Birth of Biology», *Taxon*, vol. 20, n.º 4, pp. 397-442.

Stendhal (2000), *The Charterhouse of Parma*, trad. de R. Howard, Nueva York, The Modern Library. (Hay trad. esp. del orig. francés: *La cartuja de Parma*, trad. de Consuelo Berges, Madrid, Alianza, 2020).

—, (2002), *The Life of Henry Brulard*, trad. de J. Sturrock,

Nueva York, New York Review of Books. (Hay trad. esp. del orig. francés [*Vie de Henry Brulard*]: *Vida de Enrique Brulard*, trad. de Juan Bravo Castillo, Madrid, Alfaguara, 1988).

Strathern, P. (2008), *Napoleon in Egypt*, Londres, Vintage.

Tácito (1925), *The Histories*, libros 1-3, trad. de C. H. Moore, Cambridge (Massachusetts) y Londres, Loeb, Harvard University Press. (Hay trad. esp. del orig. latino: Tácito, *Historias*, tr. de J. M. Requejo Prieto, Madrid, Ediciones Clásicas, 1997).

Talleyrand-Périgord, C. M. de (2007), *Mémoires du Prince de Talleyrand*, ed. de E. de Waresquiel, París, R. Laffont. (Hay trad. esp. del orig. francés: *Memorias de Talleyrand, obispo de Autun*, trad. de Jesús García Tolsa, Barcelona, Mateu, 1962).

Tardieu, A. (1822), *La Colonne de La Grande Armée d'Austerlitz ou de la Victoire*, París, Librairie Le Feu Follet.

Taylor-Leduc, S. (2019), «Joséphine at Malmaison: Acclimatizing Self and Other in the Garden», *Journal 18*, n.º 8.

Tendron, G. (2015), *Napoléon 1er à Fontainebleau*, n.º 11, Amis du Château de Fontainebleau.

Terrasse, C. (1952), *Napoléon à Fontainebleau*, París, Grasset.

Thompson, J. M. (1934), *Letters of Napoleon*, Oxford, Basil Blackwell. (Hay trad. esp.: *Cartas de Napoleón*, trad. de Graciela Frisbie, México, Tomo, 2000).

—, (1949), «Napoleon's Journey to Elba in 1814. Part I. By Land», *American Historical Review*, vol. 55, n.º 1, pp. 1-21.

—, (1950), «Napoleon's Journey to Elba in 1814. Part II. By Sea», *American Historical Review*, vol. 55, n.º 2, pp. 301-320.

—, (1988), *Napoleon Bonaparte*, Oxford: Basil Blackwell.

Tollfree, E. (1999), «Napoleon and the "new Rome": rebuilding imperial Rome in the late eighteenth- and early nineteenth-century Paris», tesis doctoral, Universidad de Bristol.

Tombs, I., y Tombs, R. (2006), *That Sweet Enemy: the British and the French from the Sun King to the Present*, Londres, William Heinemann.

Tooke, W. (1798), *Observations on the Expedition of General Buonaparte to the East, and the Probability of its Success Considered*, Londres, George Cawthorn, British Library.

Truffer, M., y Verdan, N. (1995), https://www2.unil.ch/dorigny40/files/2010/07/US243_1995_Histoiredusite5.pdf

Tylus, J. (1999), «Tasso's Trees: Epic and Local Culture», en *Epic Traditions in the Contemporary World*, ed. de M. Beissinger, J. Tylus y S. Wofford, Berkeley y Oxford, University of California Press.

Tyson Stroud, P. (2005), *The Man Who Had Been King: the American Exile of Napoleon's Brother*, Pensilvania, University of Pennsylvania Press.

Unwin, B. (2010), *Terrible Exile: the Last Days of Napoleon on St Helena*, Londres, I. B. Tauris.

Vallins, D., Oishi, K., y Perry, S., eds. (2013), *Coleridge, Romanticism and the Orient: Cultural Negotiations*, Londres, Bloomsbury Academic.

Verlet, H. (2012), *Les Belles eaux de Fontainebleau*, n.º 6, Amis du Château de Fontainebleau.

—, (2014), *Le Jardin de Diane à Fontainebleau*, n.º 10, Amis du Château de Fontainebleau.

Vial, C.-É. (2018), *Napoléon à Sainte-Hélène: L'encre de l'exil*, París, Perrin/BNF.

Vigée-Lebrun, L.-É. (1870), *Souvenirs (1755-1789)*, 2 vols., París, Bibliothèque Charpentier.

Villiers du Terrage, É. (1899), *Journal et souvenirs sur l'expédition d'Égypte (1798-1801)*, París, Librairie Plon.

Vittet, J. (2018), *L'appartement de Napoléon 1er à Fontainebleau: histoire et métamorphoses*, n.º 15, Amis du Château de Fontainebleau.

Vovk, J. C. (2010), *In Destiny's Hands: Five Tragic Rulers, Children of Maria Theresa*, Bloomington, iUniverse.

Watkin, D. (2011), *The Roman Forum*, Londres, Profile Books.

Webster, J. (2005), «The sublime and the pastoral in *The Creation* and *The Seasons*», en C. Clark (ed.), *The Cambridge Companion to Haydn*, Cambridge, Cambridge University Press, pp. 150-163.

Wheelock Thayer, A., Hermann, D., y Reimann, H. (2013), *The Life of Ludwig Van Beethoven*, Cambridge, Cambridge University Press.

White, A. (2016), *Of Hedges, Myths and Memories: a Historical Reappraisal of the Château/Ferme d'Hougoumont, Battlefield of Waterloo*, *Belgium*, Bélgica, White & MacLean Publishing.

Williams, R. L. (2001), *Botanophilia in Eighteenth-Century France: the Spirit of the Enlightenment*, Dordrecht, Kluwer Academic Publishers.

Wolff, H. D. (1855), *The Island Empire, or, the Scenes of the First Exile of Emperor Napoleon I*, Filadelfia, Parry & McMillan.

Woolf, V. (2016), *A Room of One's Own*, Londres, Vintage Classics. (Hay trad. esp.: *Una habitación propia*, trad. de Laura Pujol, Barcelona, Seix-Barral, 1980).

Wordsworth, W. (1838), *The Sonnets of William Wordsworth: collected in one volume*, Londres, Edward Moxon.

Wright, J. (1798), *Copies of Original Letters from the Army of General Bonaparte in Egypt, Intercepted by the Fleet under the Control of Admiral Lord Nelson*, Londres, J. Wright.

Zamoyski, A. (2018), *Napoleon: a Life*, Nueva York, Basic Books.

Sobre la autora

RUTH SCURR

Ruth Scurr es historiadora, biógrafa y crítica literaria. Enseña Historia y Política en la Universidad de Cambridge, donde es profesora y miembro del Gonville & Caius College. Su primer libro, *Fatal Purity: Robespierre and the French Revolution*, ganó el Premio Literario de la Sociedad Franco-Británica, fue preseleccionado para el Premio Samuel Johnson, para el Premio Duff Cooper y fue incluido entre los 100 mejores libros de la década en The Times. Escribe regularmente para el suplemento literario de *The Times*, *The Telegraph* y el *Wall Street Journal*.

Notas

* Simon Leys, *La muerte de Napoleón*, traducción de José Ramón Montreal, Acantilado, Barcelona, 2018, p. 7.

Introducción

1. Lonoff (1996), p. 272.
2. Coleridge (1957), p. 1166.
3. Coleridge (1911), vol. 2, p. 69, y Sewell (1972), p. 346.
4. Stendhal (2002), p. 15.
5. Carlyle (2010), p. 29.
6. Sorensen (2006), pp. 296 y 284.
7. *Ibid.*, p. 284.
8. Lonoff (1996), p. 272.
9. *Ibid.*, p. 278.
10. *Ibid.*, p. 305. El amigo y colega de Héger era Joachim-Joseph Lebel.
11. Holland (1908), vol. 2, p. 101, y O'Meara (1822), vol. 2, p. 67.
12. Holland (1908), vol. 2, p. 101, y Bourrienne (1836), vol. 3, p. 155.
13. Staël (2008), p. 272.
14. Woolf (2016), p. 35.
15. Coats (1977), p. 45.
16. Saint-Hilaire (1835), p. 2.
17. Stäel (2008), p. 272.

Capítulo 1: Los primeros jardines

1. Jeanson y otros (2017), p. 15.
2. Las Cases (2017), p. 97.
3. *Ibid.*, p. 314. (La ed. cit. por la autora entiende *habitation personnelle*, «vivienda personal», mientras que el resto da *habitation paternelle*, «vivienda paterna». [*N. del t.*]).
4. Chuquet (1898), p. 118.
5. Dumas (1842), vol. 4, p. 318.
6. *Ibid.*
7. Bourrienne (1836), vol. 1, p. 3.
8. Chuquet (1898), p. 122.

9. *Ibid.*
10. Bourrienne (1836), vol. 1, p. 3.
11. Delille (1834), p. 50.
12. Bonaparte (1929), p. 48.
13. Rousseau (1968), p. 305; Hendel, pp. 49-50; Chagneau (2015), p. 37, y Williams, p. 90.
14. Chagneau (2015), p. 9.
15. Gueniffey (2015), p. 55.
16. Las Cases (2017), p. 254.
17. Scott (1827), vol. 3, p. 10.
18. Gueniffey (2015), p. 70.
19. *CG*, vol. 1, n.º 29, p. 76.
20. Bonaparte (2009*b*), pp. 95-96.
21. *CG*, vol. 1, n.º 2, p. 45.
22. Boswell (1768), p. 191.
23. Conrad (1961), p. 5.
24. *Ibid.*, pp. 5-6.
25. Branda (2007), p. 22.
26. *CG*, vol. 1, núms. 4 y 5, pp. 47-48.
27. Conrad (1961), pp. 6–7.
28. Gueniffey (2015), p. 23, y Bertrand (1949-1959), vol. 3, p. 64.
29. *CG*, vol. 1, n.º 24, p. 71; Falk (2007), p. 66.
30. *CG*, vol. 1, n.º 23, p. 70.
31. Healey (1959), p. 41.
32. Bonaparte (1907), p. 282.
33. Roger (1997), p. 421.
34. *Ibid.*
35. *CG*, vol. 1, n.º 29, p. 76.
36. *Ibid.*, n.º 31, pp. 78-79.
37. Bonaparte (2009*b*), p. 149.
38. Gueniffey (2015), p. 95.
39. Las Cases (2017), p. 478.
40. Abrantès (1836), vol. 1, p. 56.
41. Monge (1851), p. 91.
42. Bourrienne (1836), vol. 1, p. 12.
43. Las Cases (2017), p. 105.
44. Hillairet (1965), p. 132.
45. Scurr (2006), p. 142.
46. Bourrienne (1836), vol. 1, p. 13.
47. Jordan (2012), p. 21.
48. Bourrienne (1836), vol. 1, p. 13.
49. Las Cases (2017), p. 105.
50. Roudinesco (1992), p. 114.
51. Las Cases (2017), p. 105, y Price (2014), pp. 50-51.

52. Price (2014), pp. 50-51.

Capítulo 2: Regeneración revolucionaria

1. *Gazette Nationale, ou Le Moniteur Universel*, vol. XVII, p. 367.
2. Williams (2001), pp. 46, 126.
3. Spary (2000), p. 183, y Williams (2001), p. 142.
4. Scurr (2006), p. 263.
5. Letouzey (1989), p. 361.
6. *Ibid.*, pp. 368-369, y Spary (2000), p. 141.
7. Chandler (2009), pp. 27-28.
8. Gueniffey (2015), p. 143.
9. Las Cases (2017), p. 116.
10. Abrantès, vol. 1, p. 62.
11. Bernard, Couailhac y Lemaout (1842), pp. 232-233.
12. Saint-Pierre (1799), p. 56.
13. Bernard, Couailhac y Lemaout (1842), p. X.
14. Robespierre (2000), p. 274.
15. Gueniffey (2015), pp. 151-152.
16. Englund (2004), p. 68.
17. Las Cases (2017), p. 195, y Gueniffey (2015), p. 159.
18. Chagneau (1978), p. 64.
19. Bertrand (1949-1959), vol. 1, pp. 175-179.
20. Gueniffey (2015), pp. 153-154.
21. Bertrand (1949-1959), vol. 1, pp. 175-179.
22. *CG*, vol. 1, n.º 235, p. 197.
23. *Ibid.*, p. 198.
24. Abrantès (1836), vol. 1, p. 61.
25. *Ibid.*
26. Robbins, p. 225.
27. Abrantès (1836), vol. 1, p. 60.
28. *Ibid.*, p. 19.
29. *Ibid.*, p. 67.
30. Bourrienne (1836), vol. 1, p. 30.
31. Dard (1939), p. 219.
32. Bonaparte (2009*a*), p. 15.
33. *Ibid.*, p. 16.
34. *Ibid.*, p. 17.
35. Abrantès (1836), vol. 1, pp. 102-103.
36. *Ibid.*, p. 104.
37. *CG*, vol. 1, n.º 1.068, p. 672.
38. Gueniffey (2015), p. 201.
39. O'Meara (1822), vol. 1, pp. 270-271, y Gueniffey (2015), p. 179.
40. *CG*, vol. 1, n.º 380, pp. 282-283.
41. Gueniffey (2015), p. 183.

42. Coats (1977), p. 45.
43. Stendhal (2000), p. 3.
44. Thompson (1988), p. 70.
45. Letouzey (1989), p. 464.
46. *Ibid.*
47. Bonaparte (2009), pp. 30 y 37.
48. *Ibid.*, p. 39.
49. *CG*, vol. 1, n.º 993, p. 628.
50. Mainardi (1989), p. 156.
51. Jacques (2018), p. 19.
52. Letouzey (1989), p. 478.
53. *Ibid.*, p. 484.
54. Scott (1827), vol. 3, p. 310.
55. *Ibid.*, p. 292.
56. *Ibid.*, p. 295.
57. Letouzey (1989), p. 489.
58. *Ibid.*
59. Lytton (1860), p. 166.
60. Las Cases (2017), pp. 292-293.
61. *Ibid.*
62. *Ibid.*, p. 437.
63. W. von Humboldt, p. 28; https://www.napoleon.org/en/history-of-the-two-empires/articles/a-physical-description-of-napoleon-and-josephine-in-1798-eyewitness-accounts-by-alexander-wilhelm-von-humboldt/
64. Letouzey (1989), p. 545.
65. https://www.napoleon.org/en/history-of-the-two-empires/articles/a-physical-description-of-napoleon-and-josephine-in-1798-eyewitness-accounts-by-alexander-wilhelm-von-humboldt/
66. Letouzey (1989), p. 505.

**Salvo para evitar alguna que otra repetición, se respetan en la traducción las denominaciones de *ingleses* e *Inglaterra* cuando se emplean en el original. Téngase en cuenta, no obstante, que el nombre oficial del Estado al que pertenecía Inglaterra era Gran Bretaña hasta 1801 y Reino Unido de Gran Bretaña e Irlanda a partir de este año y hasta 1922. Estos dos últimos son los que se usan en la presente edición para traducir Britain. *(N. del t.)*

Capítulo 3: Jardines egipcios

1. Wright (1798), pp. 235-236; Las Cases (2017), p. 141, y Strathern (2008), pp. 45-46.
2. Gueniffey (2015), p. 400.
3. *CG*, vol. 2, n.º 2.315, pp. 36-39, informe de Napoleón al Directorio (23 de febrero de 1798).
4. Tooke (1798), p. x.
5. Burleigh (2007), p. 16.

6. Cole (2007), pp.13-14.
7. Wright (1798), p. 148.
8. Krettly (2003), p. 42; Cole (2007), p. 17.
9. Strathern (2008), p. 38.
10. Letouzey (1989), p. 495.
11. Herold (1962), p. 53.
12. Kete (2012), p. 152.
13. *Ibid.*, p. 163.
14. Wright (1798), p. 108.
15. Burleigh (2007), p. 38.
16. *Ibid.*, p. 55.
17. *Ibid.*, p. 46.
18. Wright (1798), p. 55.
19. *Ibid.*, p. 119.
20. Cole (2007), p. 40.
21. *Ibid.*, p. 57.
22. Wright (1798), p. VII.
23. *CG*, vol. 2, n.º 2.625, pp. 193-195.
24. Gueniffey (2015), p. 384.
25. Wright (1798), pp. 23-24.
26. Burleigh (2007), p. 68.
27. Wright (1798), p. 59.
28. Behrens-Abouseif (1985), p. 71.
29. *Ibid.*
30. Al-Ŷabartī (1975), p. 110.
31. Behrens-Abouseif (1985), p. 71.
32. Las Cases (1836), p. 249.
33. *Ibid.*, p. 294, y Gourgaud (1823), vol. 2, p. 294.
34. Fairchild Ruggles (2008), p. 169; Behrens-Abouseif (1985), p. 74.
35. Behrens-Abouseif (1985), p. 74, y Al-Ŷabartī (1975), p. 115.
36. Al-Ŷabartī (1975), p. 107.
37. Behrens-Abouseif (1985), p. 74.
38. Raymond (2000), p. 299.
39. Fay (2012), p. 157.
40. Wright (1798), p. 181.
41. *Ibid.*, p. 208.
42. Cole (2007), p. 110.
43. *CG*, vol. 2, n.º 2.654, p. 208.
44. *Ibid.*, n.º 2.857, p. 290.
45. Wright (1798), p. 182.
46. *Ibid.*, p. 183.
47. *CG*, vol. 2, n.º 2.635, pp. 199-200, y Strathern (2008), p. 258.
48. *CG*, vol. 2, n.º 2.635, pp. 199-200.
49. Holland (1908), vol. 1, p. 200.

50. *Ibid.*
51. Strathern (2008), p. 259.
52. Khaldi (2012), p. 21.
53. *Ibid.*, p. 22; Strathern (2008), p. 259, y Cole (2007), p. 188.
54. Said (2014), p. 190.
55. Gueniffey (2015), p. 468.
56. Las Cases (2017), p. 139.
57. Guitry (1897), p. 228.
58. Gourgaud (1823), vol. 2, p. 208.
59. Burleigh (2007), p. 51.
60. *Description de l'Égypte*, vol. 19, p. 35.
61. Rabbat (2004), p. 47.
62. Strathern (2008), p. 179.
63. *CG*, vol. 2, núms. 2.602 y 2.808.
64. Gourgaud (1823), p. 288.
65. Behrens-Abouseif (1985), p. 107.
66. Hamilton (1999), p. 3.
67. Al-Ŷabartī (1975), p. 117.
68. Mikhail (2014), p. 6.
69. *Ibid*, p. 1.
70. Burleigh (2007), p. 74.
71. Behrens-Abouseif (1985), p. 303.
72. *Ibid.*
73. Al-Ŷabartī (1975), p. 115.
74. Burleigh (2007), p. 71.
75. *La Décade*, vol. 1, p. 10.
76. Gourgaud (1823), p. 289.
77. *Ibid.*, p. 288.
78. *La Décade*, vol. 1, pp. 37-46.
79. Bourrienne (1836), vol. 1, p. 161.
80. Bellaigue (2017), p. 4.
81. Burleigh (2007), p. 79, y Las Cases (2017), p. 409.
82. Englund (2004), p. 134.
83. Cole (2007), p. 186.
84. *Ibid.*, p. 188.
85. *Journal des Défenseurs de la Patrie*, n.º 1.493 («29 Nivôse, an 8»).
86. Martel (1926), p. XIII.
87. Burleigh (2007), p. 242.
88. Villiers du Terrage (1899), p. 83.
89. Cole (2007), p. 211.
90. *Ibid.*, p. 213.
91. *CG*, vol. 4, n.º 2.907, pp. 286-287, y Cole (2007), p. 105.
92. Burleigh (2007), p. 48.
93. Al-Ŷabartī (1975), p. 113.

94. Strathern (2008), p. 256.
95. Gourgaud (1823), p. 294.
96. Al-Ŷabartī (1975), p. 114, y Behrens-Abouseif (1985), p. 77.
97. Strathern (2008), p. 257.
98. Masson (1894), p. 66.
99. Burleigh (2007), pp. 175 y 177.
100. *Ibid.*, p. 167.
101. *Ibid.*, p. 177.
102. *Ibid.*, p. 185.
103. *Ibid.*, p. 187.
104. *Description de l'Égypte*, vol. 4, p. 457; Bourne (1833), p. 78; *Literary Gazette*, vol. 7, p. 579, y *Transactions of the Horticultural Society of London* (7 de julio de 1818), p. 178.
105. Burleigh (2007), p. 108.
106. Gourgaud (1823), p. 227.
107. *Ibid.*, p. 226.
108. Karabell (2003), p. 20.
109. *Ibid.*, p. 21.
110. Strathern (2008), p. 267.
111. Cole (2007), p. 233, y Las Cases (2017), p. 143.
112. Hamilton (2000), p. 25.
113. *Ibid.*, p. 28.
114. Cole (2007), p. 229.
115. Roberts (2014), p. 183.
116. Kete (2012), p. 154.
117. Hamilton (1999), p. 103.
118. Martel (1926), p. 1.
119. Elmarsafy (2009), p. 149, y Bonaparte (1907), p. 337.
120. Hamilton (2000), p. 37.
121. Burleigh (2007), pp. 144-145.
122. Cole (2007), p. 244.
123. Behrens-Abouseif (1985), p. 81.
124. Herold (1962), pp. 365-366.
125. Potenza, p. 42.
126. Kennedy (1845-1846), vol. 4, p. 394.
127. Bourrienne (1836), vol. 2, p. 19.
128. Behrens-Abouseif (1985), p. 84, y Gillot, p. 418.
129. Behrens-Abouseif (1985), pp. 88-89.

***Monge, Berthollet y Magallon conformaban la comisión encargada de poner sellos a todas las posesiones de los mamelucos.

Capítulo 4: Cultivar una corona

1. Hicks (2014), p. 45.
2. Lack (2004), p. 10, y Williams (2001), p. 147.

3. DeLorme (2005), p. 75.
4. Vigée-Lebrun (1870), vol.1, p. 117.
5. Lack (2004), p. 8, y DeLorme (2005), p. 79.
6. Lack (2004), p. 22.
7. *Ibid.*, p. 24.
8. Garric (2012), p. 69.
9. Moon (2017), p. 132.
10. Fontaine (1987), vol. 1, p. 7.
11. *Ibid.*, p. 31.
12. Carta a un destinatario sin identificar, 10 de pradial del año 8 (30 de mayo de 1800).
13. Fontaine (1987), vol. 1, p. 15.
14. Coats (1977), p. 40.
15. Fontaine (1987), vol. 1, p. 12.
16. *Ibid.*, p. 11.
17. Truffer y Verdan (1994).
18. Moon (2017), p. 125.
19. Fontaine (1987), vol. 1, p. 31.
20. Lemercier, pp. 208-222; https://www.napoleon.org/en/history-of-the-two-empires/articles/the-poet-and-the-consul-a-late-night-conversation-at-malmaison/
21. Rousseau (1816), p. 9, y Williams (2001), p. 101.
22. Calder (2006), p. 129.
23. Gueniffey (2015), p. 431.
24. Roederer (1853-1859), vol. 3, p. 336.
25. Hamilton (1999), p. 48, y Ducrest (1829), vol. 2, p. 292.
26. Granger (1808), p. 2728.
27. Ducrest (1829), vol. 2, pp. 284-285.
28. Lenôtre (1932), pp. 51-58.
29. North (2019), pp. 172-179.
30. Las Cases (2017), p. 211.
31. *Ibid.*, pp. 211-212.
32. Webster (2005), p. 154.
33. Roederer (1853-1859), vol. 3, p. 363.
34. *Ibid.* p. 357.
35. *Ibid.*
36. Staël (1821), p. 34.
37. Lenôtre (1932), pp. 51-58, y North (2019), p. 133.
38. Staël (1821), p. 34, y Lentz (2020), p. 586.
39. Fisher (1914), p. 9.
40. Ducrest (1829), vol. 1, p. 221.
41. *Ibid.*, p. 222.
42. Freud (1997), pp. 130–131.
43. Fontaine (1987), vol. 1, p. 19.

44. *Ibid.*, p. 25.
45. Bourrienne (1836), vol. 2, p. 32.
46. Englund (2004), p. 214.
47. Bourrienne (1836), vol. 2, p. 34, y Alison (1835), vol. 4, p. 655.
48. Englund (2004), p. 215.
49. Vovk (2010), p. 344.
50. Fontaine (1987), vol. 1, p. 27.
51. *Ibid.*, p. 26.
52. Staël (1821), p. 50.
53. *Ibid.*, pp. 50-51.
54. Alison (1835), vol. 4, p. 654, y Staël (1821), p. 50.
55. DeLorme (2005), p. 81, y Disponzio, p. 158.
56. Fontaine (1987), vol. 1, pp. 31-32.
57. Roederer (1853-1859), vol. 3, p. 342.
58. Alison (1835), vol. 4, p. 672.
59. *Ibid.*
60. Roederer (1853-1859), vol. 3, p. 589.
61. Dwyer (2013), p. 82.
62. *Ibid.*, p. 83.
63. DeLorme (2005), p. 194.
64. Staël (1821), p. 59.
65. *Ibid.*, p. 60.
66. *Ibid.*, p. 93.
67. Reinhard (1994), pp. 271-272.
68. Grainger (2004), p. 95.
69. Staël (1821), p. 72.
70. Holland (1908), vol. 2, p. 150.
71. Holmes (2009), pp. 200-201, y Lubbock, p. 311.
72. Biver (1963), p. 424.
73. Granger (1808), p. 2729.
74. Holland (1908), vol. 2, pp. 151-152.

Capítulo 5: Terre Napoléon

1. Coleridge (1957), vol. 1, p. 1166, y Vallins, Oishi, Perry (2013), p. 43.
2. Harrison (2009), p. 35; Tombs y Tombs (2006), p. 148, y Sivasundaram (2020), p. 44.
3. Harrison (2009), p. 34.
4. *Ibid.*, p. 35.
5. Scott (1910), p. 146.
6. Humboldt (1814-1829), vol. 1, p. 7, y Scott (1910), p. 154.
7. Bourgoin y Taillemite (2002), p. 6.
8. Scott (1910), p. 166.
9. Letouzey (1989), p. 529.
10. Conrad (1961), p. 7.

11. *Ibid.*, p. 8.
12. Letouzey (1989), p. 557.
13. *Ibid.*, p. 644.
14. Alison (1835), vol. 4, p. 659.
15. *Ibid.*, p. 663.
16. *Ibid.*, p. 664.
17. *Ibid.*, pp. 664-665.
18. Letouzey (1989), p. 529.
19. Arneville *et al.* (1997), p. 24.
20. Letouzey (1989), p. 536.
21. *Ibid.*, p. 541.
22. Arneville *et al.* (1997), p. 83. Carta del 26 de octubre de 1803. Nelson y Rourke (1993), p. 668.
23. Coats (1969), p. 260.
24. Arneville *et al.* (1997), p. 133.
25. *Ibid.*, p. 111.
26. Jones (2017), p. 58, y Arneville *et al.* (1997), p. 25.
27. *Archives Parlementaires*, 6 de agosto de 1803.
28. Letouzey (1989), p. 558.
29. *Ibid.*, p. 560.
30. Scott (1910), p. 248, y *Gazette Nationale, ou Le Moniteur Universel*, 14 de mesidor del año 11 (3 de julio de 1803).
31. Arneville *et al.* (1997), p. 135.
32. *Ibid.*, pp. 127-128 y 122.
33. *Ibid.*, pp. 142-145.
34. Milgrom (2011), p. 5.
35. *Ibid.*; Farber (1977), p. 561.
36. Arneville *et al.* (1997), p. 69.
37. DeLorme (2005), p. 85.
38. Arneville *et al.* (1997), p. 23.
39. Coats (1977), p. 46.
40. Williams (2001), p. 148.
41. Thompson (1934), pp. 111-112. Carta con fecha del 1 de marzo de 1805.
42. Letouzey (1989), p. 533.
43. *Ibid.*, p. 584.
44. Arneville *et al.* (1997), pp. 50-51.
45. Staël (1821), p. 52.
46. Hazareesingh (2020), p. 190.
47. *Ibid.*, p. 298.
48. *Ibid.*, p. 158.
49. Girard (2011), p. 70.
50. Hazareesingh (2020), p. 306.
51. Wordsworth (1838), p. 126.

52. Hazareesingh (2020), p. 301.
53. Beckett (2004), p. 6; Leadlay (1993), pp. 4-5, y Michal y Jackson (1997), pp. 50-53.
54. Las Cases (2017), p. 516, y Hazareesingh (2020), p. 301.
55. Hazareesingh (2020), pp. 301-302.
56. Arneville *et al.* (1997), p. 26.
57. *Ibid.*, p. 132.
58. *Ibid.*, pp. 113 y 128.
59. *Ibid.*, p.136.
60. Rémusat (1910), vol. 2, p. 122.
61. Las Cases (2017), p. 216.
62. *Gazette Nationale, ou Le Moniteur Universel*, 30 de pluvioso del año 12 (20 de febrero de 1804).
63. Staël (1821), p. 122.
64. Letouzey (1989), pp. 560 y 568.
65. *Ibid.*, p. 603.
66. *Ibid.*, p. 654.
67. *Ibid.*, p. 562.
68. *Ibid.*, p. 565.
69. *Ibid.*, p. 550.
70. *Ibid.*, p. 584.
71. Robertson (1814), p. 295.
72. Arneville *et al.* (1997), p. 21.
73. *Ibid.*, p. 51.
74. *Ibid.*
75. *Ibid.*, p. 93, y Letouzey (1989), p. 651.
76. Arneville *et al.* (1997), p. 32.
77. *Ibid.*, p. 113.
78. Croix (1805), p. 358.
79. *Ibid*., p. 360.
80. Carta de Banks a Flinders (junio de 1805); Scott (1910), p. 78.
81. Arneville *et al.* (1997), p. 114.
82. Chandler (2009), pp. 412-413.
83. *Ibid.*, p. 413.
84. *Ibid.*, p. 439.
85. Fraser, E. (1912), p. 109.
86. *Ibid.*, pp. 112-113.
87. *Ibid.*, p. 119.
88. *Ibid.*, pp. 116-117.
89. Arneville *et al.* (1997), p. 137.
90. *Ibid.*, p. 145.
91. Letouzey (1989), p. 561.
92. *Ibid.*
93. Arneville *et al.* (1997), pp. 44 y 183.

94. *Ibid.*, p. 26.
95. Scott (1910), p. 261.
96. *Ibid.*, p. 88.
97. *Ibid.*, p. 70.
98. *Ibid.*, p. 83.
99. *Ibid.*, p. 82.

Capítulo 6: El bosque de Fontainebleau

1. Fontaine (1987), vol. 1, p. 352.
2. Tendron (2015), p. 7.
3. Fraser, A. (2006), p. 35.
4. Terrasse (1952), p. 20.
5. Tylus (1999), p. 121.
6. Olson (1986), p. 79.
7. Fontaine (1987), vol. 1, p. 91.
8. Ricard (1893), p. 251.
9. Fontaine (1987), vol. 1, p. 88.
10. *Ibid.*, p. 91.
11. Englund (2004), p. 245.
12. Dwyer (2013), p. 180.
13. Fontaine (1987), vol. 1, pp. 92-93.
14. Vittet (2018), p. 9.
15. Rémusat (1910), vol. 2, p. 455.
16. Tendron (2015), p. 22.
17. *Ibid.*
18. *Ibid.*, p. 23, y Rémusat (1910), vol. 2, p. 641.
19. Rémusat (1910), vol. 2, p. 644.
20. Tendron (2015), p. 23.
21. Rémusat (1910), vol. 2, p. 644.
22. Anónimo (1807), pp. 33-34.
23. Matteson (2015), p. 116.
24. *Ibid.*, p. 106.
25. *Ibid*., p. 152.
26. *Ibid.*, p. 155.
27. *Ibid.*, p. 157.
28. *Ibid.*, p. 171.
29. Rémusat (1910), vol. 2, pp. 447-448.
30. Matteson (2015), p. 173.
31. *Ibid.*
32. Lormant (2008), p. 31.
33. *Ibid.*, p. 32.
34. Matteson (2015), p. 34.
35. Lormant (2008), p. 33.
36. Rémusat (1910), vol. 2, p. 452.

37. Lormant (2008), p. 35.
38. *Ibid.*
39. *Cf.* la carta a Josefina en la que menciona los palcos reales de cuatro grandes teatros de París (17 de marzo de 1807).
40. Thompson (1934), p. 143.
41. Lormant (2008), p. 35.
42. Matteson (2015), p. 165.
43. *Ibid.*, p. 177, y Williams (2001), p. 166.
44. *Ibid.*, p. 180.
45. *Ibid.*, p. 182.
46. *Ibid.*, p. 252.
47. *Ibid.*, p. 183, y Williams (2001), p. 172.
48. Matteson (2015), p. 175.
49. Vittet (2018), p. 19.
50. *CG*, vol. 8, n.º 19.042, pp. 1126-1127.
51. Thompson (1934), p. 227.
52. Talleyrand, pp. 330-331.
53. Thompson (1988), p. 296.
54. *Ibid.*, p. 300.
55. Geiringer y Geiringer (1982), p. 192.
56. Wheelock Thayer, Hermann y Reimann (2013), vol. 2, p. 150.
57. Las Cases (2017), p. 383.
58. Rapp (1823), p. 147.
59. Staël (1821), p. 261.
60. Rapp (1823), p. 149.
61. Thompson (1934), p. 258.
62. Williams (2001), p. 61.
63. Arago (1859), pp. 82-83.
64. *Ibid.*, pp. 78 y 83.
65. Stafleu (1971), p. 436.
66. Packard (1901), p. 82.
67. Riskin (2018*b*), p. 5.
68. *Ibid.*
69. Barthélemy-Maudle (1982), p. 37.
70. Vittet (2018), p. 21.
71. Verlet (2014), p. 16.
72. Courajod (1886), p. 12.
73. Castellan (1840), p. 400.
74. *Ibid.*, p. 9.

Capítulo 7: Jardines imperiales

1. Boyer (1943), pp. 103-104.
2. Bourrienne (1836), vol. 4, pp. 370-378.
3. Tacitus (1925), libro II, p. 313.

4. Bourrienne (1836), vol. 4, p. 371.
5. Tardieu (1822), p. 14; Tollfree (1999), p. 209, y Huet (1999), p. 63.
6. Ridley (1992), p. 248.
7. Fontaine (1987), vol. 1, p. 268.
8. Johns (1998), p. 117.
9. Ridley (1992), p. 86.
10. Boyer (1943), pp. 103-104.
11. *Ibid.*, p. 104.
12. Ridley (1992), p. 300.
13. *Ibid.*, pp. 49-50.
14. *Ibid.*, p. 81.
15. *Ibid.*, p. 58.
16. *Ibid.*, p. 57.
17. *Ibid.*, p. 141.
18. *Ibid.*, p. 54.
19. *Ibid.*, p. 57.
20. *Ibid.*, p. 67.
21. *Ibid.*, p. 143.
22. *Ibid.*, p. 139.
23. *Ibid.*, p. 143.
24. *Ibid.*, pp. 80-81.
25. *Ibid.*, p. 144.
26. *Ibid.*, p. 143.
27. *Ibid.*, p. 144.
28. *Ibid.*
29. Fontaine (1987), vol. 1, p. 133.
30. Tollfree (1999), p. 173.
31. *Ibid.*, p. 199.
32. *Ibid.*, p. 184, y Fontaine (1987), vol. 1, p. 145.
33. Garric (2012), p. 133.
34. Tollfree (1999), p. 187.
35. Fontaine (1987), vol. 1, pp. 284-285.
36. *Ibid.*, p. 269.
37. *Ibid.*, p. 290.
38. *Ibid.*, pp. 312, 299 y 302.
39. *CG*, vol. 7, n.º 14.483, p. 265, y Chagneau (1978), p. 23.
40. Prod'homme y Martens (1921), p. 598.
41. Johns (1998), p. 125.
42. *Ibid.*, p. 126.
43. Huet (1999), p. 59.
44. Plant (2002), p. 57.
45. *Ibid.*, p. 59.
46. *Ibid.*, p. 57.
47. *Ibid.*, p. 53.

48. *Ibid.*, pp. 61 y 59.
49. *Ibid.*, p. 59.
50. *Ibid.*, p. 60.
51. Bourrienne (1836), vol. 4, p. 376.
52. Plant (2002), p. 71.
53. Fontaine (1987), vol. 1, p. 261.
54. *Ibid.*, p. XXVII.
55. *Ibid.*, p. 262.
56. *Ibid.*, p. 264.
57. Gaillard (1998), p. 26.
58. *Ibid.*, p. 28.
59. Thompson (1934), p. 251.
60. Gaillard (1998), p. 28.
61. *Ibid.*, p. 30.
62. Fontaine (1987), vol. 1, p. 376.
63. *Ibid.*, vol. 1, pp. 146 y 281.
64. Garric (2012), p. 143.
65. Fontaine (1987), vol. 1, p. 274.
66. *Ibid.*, p. 271.
67. *Ibid.*, p. 276.
68. *Ibid.*, p. 278.
69. *Ibid.*, p. 288.
70. *Ibid.*, pp. 289 y 290, y Garric (2016), p. 255.
71. Garric (2012), p. 139.
72. *Ibid.*
73. Fontaine (1987), vol. 1, p. 310.
74. Ridley (1992), p. 144.
75. *Ibid.*, p. 68.
76. Ridley (1992), p. 144.
77. Fontaine (1987), vol. 1, p. 283.
78. *Ibid.*, pp. 297-298.
79. Tollfree (1999), p. 181.
80. Ridley (1992), p. 66.
81. *Ibid.*
82. Kirk (2005), p. 116.
83. Ridley (1992), p. 72.
84. Kirk (2005), p. 119.
85. Ridley (1992), p. 151.
86. *Ibid.*, p. 152.
87. Fontaine (1987), vol. 1, pp. 294 y 316.
88. *Ibid.*, p. 317.
89. *Ibid.*, p. 323.
90. *Ibid.*, p. 234.
91. *Ibid.*, p. 334, y Garric (2012), p. 146.

92. Mikaberidze (2014), pp. 79 y 86, y Saint-Denis (1922), p. 23.
93. Shvidkovsky y Reteyum (1999), p. 30.
94. Garric (2012), pp. 147-148.
95. Garric (2016), p. 256.
96. Roustam (1911), p. 166.

Capítulo 8: Los jardines de Elba

1. Thompson (1934), p. 355.
2. Hobhouse (1816), vol. 1, p. 193.
3. Hicks (2014), p. 53.
4. Roberts (2014), p. 717.
5. Hobhouse (1816), vol. 1, p. 193.
6. Saint-Denis (1922), pp. 67-70.
7. Marchand (1998), p. 116.
8. Campbell (2004), p. 18.
9. Thompson (1949), p. 7.
10. *Ibid.*, p. 6.
11. Olney (1952), p. 5.
12. O'Keeffe (2009), p. 134.
13. *Ibid.*, p. 135.
14. Thompson (1934), p. 353.
15. Su autor fue Bertrand Barère de Vieuzac.
16. Hicks (2014), p. 67.
17. Dallas (1996), p. 262.
18. Halsall (1998), p. 5.
19. Wolff (1855), p. 131.
20. Hicks (2014), p. 58.
21. Braude (2018), p. 99.
22. Wolff (1855), p. 124.
23. Branda (2007), p. 60.
24. Hicks (2014), p. 60.
25. Saint-Denis (1922), p. 75.
26. *Ibid.*
27. *Ibid.*
28. *Ibid.*, p. 89.
29. *Ibid.*, p. 76.
30. Coats (1977), p. 45.
31. Braude (2018), p. 102.
32. Arrigoni (2014), pp. 11-13.
33. Wolff (1855), p. 55.
34. Thompson (1934), p. 355.
35. Marchand (1998), p. 88.
36. Wolff (1855), p. 230.
37. Saint-Denis (1922), p. 83.

38. *Ibid.*
39. Marchand (1998), p. 104.
40. Higginbotham (1997), p. 72.
41. Braude (2018), p. 72.
42. Marchand (1998), p. 90.
43. Braude (2018), p. 104.
44. Saint-Denis (1922), p. 94.
45. Marchand (1998), p. 103.
46. Para Saint-Denis (1922), p. 97, fue de diez días, en tanto que Marchand (1998), p. 113, afirma que solo llegó a veinticuatro horas.
47. Marchand (1998), p. 127. Cipriani había ejercido de subordinado inmediato de confianza de Saliceti.
48. *Ibid.*, p. 130.
49. *Ibid.*, pp. 133-134.
50. Dallas (1996), p. 264.
51. Fortescue (1823), p. 23.
52. *Ibid.*, p. 8.
53. Fortescue (1823), p. 19.
54. Marchand (1998), p. 138.
55. *Ibid.*
56. Braude (2018), p. 201.
57. Chaboulon (1820), vol. 1, p. 81.
58. Hicks (2014), p. 65.
59. Meehan (1887), p. 58.
60. Marchand (1998), p. 141.
61. Saint-Denis (1922), p. 100.
62. Braude (2018), p. 204.
63. Saint-Denis (1922), pp. 100-101.
64. Marchand (1998), pp. 142-143.
65. Braude (2018), p. 219.
66. *Ibid.*, p. 225.
67. *Ibid.*, p. 226.
68. Wolff (1855), p. 166.
69. *Ibid.*, p. 42.

Capítulo 9: El jardín amurallado de Waterloo

1. Hugo (2016), p. 279.
2. Fontaine (1987), vol. 1, p. 447.
3. *Ibid.*, p. 449.
4. *Ibid.*, y Charras (1857), p. 85.
5. Fontaine (1987), vol. 1, p. 457.
6. *Ibid.*, y Marchand (1998), pp. 238-239.
7. Scurr (2006), pp. 307-308.
8. Dallas (1996), p. 367.

9. Paget y Saunders (1992), p. 7, y Damiens (2012), p. 6.
10. White (2016), p. 30.
11. Paget y Saunders (1992), p. 24.
12. *Ibid.*, p. 34.
13. Marchand (1998), pp. 243-244.
14. Paget y Saunders (1992), p. 35.
15. *Ibid.*, p. 39.
16. Crumplin, https://ageofrevolution.org/themes/science-technology/keep-hougoumont-at-what-price/
17. Paget y Saunders (1992), p. 45.
18. *Ibid.*, p. 49.
19. Paget y Saunders (1992), p. 53.
20. *Ibid.*
21. *Ibid.*, p. 54.
22. *Ibid.*, p. 56.
23. *Ibid.*, p. 54.
24. *Ibid.*, p. 60.
25. *Ibid.*, pp. 62-63.
26. Marchand (1998), p. 247; Saint-Denis (1922), p. 133, y Pascoe (2006), p. 101.
27. Price (2014), p. 10.
28. Mercer (2012), pp. 90-91.
29. Paget y Saunders (1992), pp. 71-72.
30. White (2016), p. 5.
31. Hugo (2016), p. 296.
32. Damiens (2012), p. 42.
33. *The Ipswich Journal* (16 de diciembre de 1876), p. 7.
34. Hugo (2016), p. 278.
35. *Ibid.*, p. 281.
36. *Ibid.*, p. 283.
37. *Ibid.*
38. *Ibid.*, p. 319.
39. *Ibid.*
40. Fontaine (1987), vol. 1, p. 459.
41. *Ibid.*, vol. 1, p. 460.
42. Marchand (1998), p. 257.
43. Pincemaille y Tamisier-Vétois (2015), p. 54.
44. Arago (1848), p. 131.
45. Bourguignon, pp. 15-21.
46. Lack (2004), p. 55.
47. DeLorme (2005), p. 100, y Jouanin (1977), p. 58.
48. Lentz (2020), p. 371.
49. Chateaubriand (2005), libro XXIV, cap. 1, sección 1.
50. Marchand (1998), p. 142.

51. *Ibid.*, p. 144.
52. *Ibid.*, p. 152.
53. https://ilesjardinsilesparadis.com/le-regard-de-gilles-clement-dans-le-paysage-de-lile-daix-et-au-fort-liedot/
54. Gourgaud (1823), vol. 1, p. 36.
55. *CG*, vol. 15, n.º 40.066, p. 1103.
56. Hugo (2016), p. 321.
57. *Ibid.*
58. https://projecthougoumont.com/restoration-of-hougoumont-the-next-phase/
59. Bellaigue (1978), pp. 14-18.
60. Las Cases (1836), vol. 1, p. 319, y http://napoleon-monuments.eu/Napoleon1er/

Capítulo 10: El último jardín

1. Lonoff (1996), p. 278.
2. Bourrienne (1836), vol. 4, pp. 261 y 235.
3. Cockburn (1888), p. 74, y Las Cases (2017), p. 95.
4. Las Cases (1836), vol. 1, p. 102.
5. Roberts (2014), p. 781.
6. Marchand (1998), p. 560.
7. Aubry (1937), p. 123.
8. *Ibid.*, p. 128.
9. Las Cases (2017), p. 490.
10. Aubry (1937), pp. 133-134.
11. Shorter (1908), p. 335.
12. Buffon (1749-1789), vol. 12, p. 259.
13. Malcolm (1899), p. 41.
14. O'Meara (1822), vol. 1, p. 33, y Las Cases (2017), p. 393.
15. Gregory (1996), p. 22.
16. Kelly (2013), p. 93.
17. Daniels (1991), p. 105.
18. O'Meara (1822), vol. 1, p. 19, y http://www.sthelenaisland.info/slavery/
19. Las Cases (2017), pp. 490 y 670-671.
20. *CG*, vol. 15, n.º 40.090, pp. 1116-1131.
21. *Ibid.*, p. 1120.
22. Marchand (1998), p. 621.
23. Tyson Stroud (2005), p. 77.
24. Marchand (1998), p. 568.
25. *Ibid.*, pp. 507-508.
26. O'Meara (1822), vol. 1, p. 59.
27. Chuquet (1898), p. 78.
28. Marchand (1998), p. 620.
29. *Ibid.*

30. Roberts (2014), p. 793.
31. O'Meara (1822), vol. 1, p. 169.
32. Atkinson (2012), p. 36.
33. Antommarchi (1826), vol.1, p. 261.
34. Saint-Denis (1922), p. 201.
35. Marchand (1998), p. 591.
36. *Ibid.*, p. 592.
37. Antommarchi (1826), vol. 1, p. 261.
38. *Ibid.*, p. 262.
39. Saint-Denis (1922), p. 211.
40. Marchand (1998), p. 613.
41. Naturel y Vigo (2018), p. 304.
42. Marchand (1998), p. 597.
43. Antommarchi (1826), vol. 1, p. 263.
44. *Ibid.*, p. 203, y Marchand (1998), p. 592.
45. Cronk (2000), p. 22.
46. Saint-Denis (1922), p. 205.
47. Saint-Denis (1922), pp. 206-207, y Naturel y Vigo (2018), p. 304.
48. La pajarera se halla expuesta en el Musée-Hôtel Bertrand de Châteauroux.
49. Marchand (1998), p. 611.
50. *Ibid.*, p. 612.
51. Saint-Denis (1922), p. 207.
52. Marchand (1998), p. 555.
53. *Ibid.*, p. 564.
54. Gourgaud (1903), p. 273.
55. Marchand (1998), p. 612.
56. *Ibid.*, p. 613.
57. Grigson (2007), p. 153.
58. Roberts (2014), p. 788; Unwin (2010), p. 185, y Forsyth (1853), p. 225.
59. Forsyth (1853), p. 225.
60. O'Meara (1822), vol. 2, p. 351.
61. Lack (2004), p. 42.
62. Gourgaud (1823), p. 252.
63. Saint-Denis (1922), p. 204.
64. Antommarchi (1826), vol. 2, p. 363.
65. Marchand (1998), p. 639.
66. *Ibid.*, p. 654.
67. Bourrienne (1836), vol. 4, p. 294.
68. *Ibid.*, pp. 296-297.
69. Marchand (1998), p. 644.
70. Bourrienne (1836), vol. 4, p. 296.
71. *Ibid.*, p. 299.
72. Homer (1996), p. 142.

73. Bourrienne (1836), vol. 4, p. 297.
74. Loudon (1836), pp. 700-702.
75. *Ibid.*, pp. 700-701.
76. *Ibid.*, p. 702.
77. Wordsworth (1838), p. 108.
78. Haydon (1950), p. 503.
79. *Ibid.*, p. 477.
80. *Ibid.*, p. 651.
81. Ali (2003), pp. 160-161.
82. Marchand (1998), p. 608.

****En el apéndice del servicio doméstico con que contaba Napoleón en Santa Elena que se recoge al final de la biografía de Walter Scott, figura también un jardinero inglés cuyo nombre no se da.

*****Había muerto el 7 de agosto de 1820, pero Napoleón no lo supo hasta meses más tarde.